

FRANCISCO CANDEL
HAN MATADO
A UN HOMBRE,
HAN ROTO
UN PAISAJE



Lectulandia

Casi es obvio advertir que la historia que aquí se cuenta es la del «asesinato» de un paisaje. Más aún, de ese paisaje que, por su cercanía, había conquistado carta de ciudadanía, como cualquier vecino de la urbe. Primero, son los inmigrantes que, por etapas, van depositando su sustrato humano, y lo envuelven en chabolas y barracas. Luego, es la industria que, doblemente, asesina, mata el campo y las barracas. Probablemente, es de un romanticismo trasnochado la pretensión de detener esa avalancha civilizadora. Y junto a la aventura del paisaje, paralela, corre la aventura del hombre, que, nacido en condiciones infrahumanas, sucumbirá al sino que le marca desde su nacimiento.

En el conjunto de la obra *candeliana*, es la novela que mejor retrata la amargura de una posguerra miserable. El contrapunto de la novela es, tal vez, ese cura que absuelve al protagonista en la hora del pan y del perdón.

Lectulandia

Francisco Candel

Han matado a un hombre, han roto un paisaje

ePub r1.0

Titivillus 28.01.17

Título original: *Han matado a un hombre, han roto un paisaje*
Francisco Candel, 1959

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A las encolerizadas Casas Baratas, que un día me quisieron linchar; a Enrique, que me sacó las castañas del fuego; a Janés y a Tomás, que no me dejaron de la mano en aquellos momentos; a mi mujer, que me debe una catastrófica enfermedad de nervios; a todos los que aguantaron el tipo al pie del cañón.

Notas

Después del jaleo que consigo trajo la publicación de mi anterior novela, considero necesaria esta nota o aclaración. Quede bien sentado que no me gusta la literatura de escándalo y que no me agradaría pasar a la posteridad — es una pretensión— con este remoquete. Por un perro que maté, mataperros me llamaron. Que nadie busque parecidos o realidades en esta ficción. En ella he barajado los cuatro sobados y manidos tópicos que se dan en todos los arrabales de todas las grandes ciudades industriales en los cuales la urbe avanza sobre el campo. Cualquier parecido con circunstancias o circunstancias será mera casualidad. Quisiera advertir también, que igual que los nombres propios —Francisco, Pedro, José, todos— no son privativos de nadie, tampoco lo son los moteos o apodos, como, por ejemplo: Grúa, Costipao, Gangrenica, Sesentaynueve, etcétera.

F. C.

PRIMERA PARTE

LA REPUBLICA

*Y en el humus que rodea el tallo
del hongo, crecen los barrios.*

NORMAN MATTER

(Los desnudos y los muertos).

1

Una golondrina volaba rasa por en medio de la calle, como un avión por un desfiladero. Estuvieron a punto de chocar. Alargando la mano quiso ver si la tocaba. Le pareció que sí. ¡Ca! La golondrina remontó el vuelo y él siguió corriendo. ¡Ca! Corriendo y vociferando. ¡Ca! A unas mujeres que bardan la acera de sus casas, y que sólo por esto, únicamente por esto, nada más que por esto se creían limpias, les dijo la cosa:

—¡Mi madre *ha críao*, mi madre *ha arico*!

Las vecinas cesaron de cascarle a la escoba. Una se rascó. El Grúca quedó pasmado. Se rascaba justo por donde su madre había escupido a su hermano, ¿hermano? ¡Mira que si le daba por echar el mondongo ahora mismo, de nuevo ante sus narices! No quería repetir» ver la misma cosa dos veces. Estaba harto. ¡Puf! Siguió corriendo.

La Jesusa dé los críos, por di Grúa, había dicho momentos antes del parto:

—Y éste, ¿qué?

La Jesusa de los críos hacía de comadrona con casi todas las parturientas de la vecindad. Había tenido cinco hijos, y otro que esperaba, seis. Ella entendía mucho de eso, ¡vaya, si entendía ella de eso!

—¡Bueno! Yo nunca he necesitado a la comadrona para nada. Yo le decía a mí madre, cuando empezaba a sentirme mal: Ponga a hervir una olla de agua. Yo...

La Jesusa de los críos, ahora, había puesto a hervir: una olla de agua. La dueña de la casa, la Esperanza, había refunfuñado. La Pucha, la madre del Grúa, desde la cama, había aullado:

—¿Es que no tengo derecho a cocina, o qué?

La dueña de la casa se había callado. Odiaba a muerte a su realquilada, pero se había tenido que callar. La Jesusa de los críos, por el Grúa, había dicho:

—Y éste, ¿qué? Podía irse a dormir con los hijos de la Esperanza.

La Pucha, que llevaba un puñado de horas encontrándose mal, que adivinaba que se acercaba el desenlace, y que ya todo le daba igual, dijo:

—Que se esté aquí y que aprenda, para cuando sea mayor, para que no sea tan *cagarrias* como su padre. Además, con los hijos de la Esperanza, ni hablar. Yo no quiero nada con esa muerta de hambre.

—Si quieres lo mando a mi casa, con los míos. —La Jesusa le dio una llave al Grúa—. Toma y abre. —Luego reflexionó—. No sabrás. Te llevaré yo. La Pucha dio un grito y se retorció.

—¡No te vayas ahora! ¡No me dejes sola!

La Jesusa de los críos le apretaba el vientre.

—¡Haz fuerza, mujer, haz fuerza! ¡Hay que aprovechar cuando vienen los arrechuchos! La madre del Gruíca lloraba.

—¡Si no puedo, Jesusa, si no puedo!

—¡Sí que puedes, sí! ¡Venga! ¡Aup!

Luego el dolor menguó. La Pucha miró fijamente a su hijo.

—Que se esté aquí. Que no sea tan *cagarrias* como su padre.

—¿Y *en* dónde está su padre?

—¡Pues *en* dónde quieres que esté! En el bar. Le cargaba el verme gritar y a las seis dijo que se iba a *cal* Sebastián, que ya debía de estar abierto.

¡Siempre hacen igual, los hombres a la hora de la verdad tienen menos valor que una!

—Y encima, ¡eso!, amenazando, diciendo que él no quiere otro hijo, que ya tenemos bastante con uno. ¡Bien que le gustó hacérmelo! ¡Huy!

Volvió a revolcarse, pataleando.

—¡Apreta, va, apreta^[1]! ¡Aprovecha el ataque; aprovéchalo!

—¡Si no puedo, Jesusa, si no puedo! ¡Oggg!

—¡Que sí que puedes, que sí! ¡Agárrate a los barrotes de la cama! ¡Venga! ¡Va!

El Gruíca, impertérrito, firme como una estatua, los ojos dilatados, lo presencié todo. Los ataques violentos, los retortijones, la sangre, las piernas abiertas, los gritos, la cabecita de la criatura, el azote en el culo, el llanto.

—Anda y dile a tu padre que ya puede venir, que tu madre ya está lista.

Salió corriendo. Por poco choca con una golondrina.

—¡Mi madre *ha arico*, mi madre *ha arico*! ¡Mi madre ha tenido un nene, mi madre ha tenido un nene!

La vecina que se rascaba se extrañó.

—¿Otro?

—¿Cómo otro, vecina, si es el segundo y mire la diferencia que se llevan el uno del otro? —Señaló al Grúa, que ya doblaba la esquina.

—No me diga, *señá* Eulalia.

—¿Que no le diga? ¡Pues como lo oye!

—¡Pero qué me tiene que decir usted a mi si ya se ha hecho perder tres! El Grúa la mata. Se lo tiene sentenciado. Siempre *la* dice: Si tienes otro crío te mato.

—Bueno, bueno; los maridos sentencian muchas cosas.

—Y algunos las cumplen. ¡Vaya! ¡Digo! —Dio dos escobazos más.

El Grúa padre, él *cal* Sebastián, apuraba la cuarta *barrecha*^[2].

—Si no me bebo un par antes de ponerme a trabajar, como si no; parece que no me encuentro.

—¿Pero vas a ir a trabajar esta mañana, teniendo a la mujer así?

—¡Ay!, ¿y por qué no?

El Sebastián lavaba los vasos en un cubo de agua, sin cambiarla nunca. El agua del cubo estaba un poco viscosa, con hilillos de baba. Pero allí nadie tenía asco.

—A más, *qu'el* vino mata el *micobrio*.

—Eso si que es verdad.

La barriada aún no hacía el año que estaba hecha, todavía le estaban dando las últimas manos. Estaban llenando de gravilla las calles y plantando árboles en los cercos de cemento.

—¡Es una lata esto de no tener el agua! ¡Siempre tienes que estar haciendo viajes a la fuente!

—Yo que tú, me quejaba. Teniendo negocio te la pondrían antes que a otros.

El Grúa comentó:

—Yo en mi casa ya la tengo.

—No, si a mí fue que me encontraron el precinto del contador roto y me la cortaron, diciendo que había hecho trampa. Entró el Grúa pequeño.

—¡Papa, uf, uf, aj, aj, aj!, la mama, aj, aj, aj...

—Sosiégate chaval. —Miró al Grúa grande—. Se ve que ha venido corriendo.

—Sí, se ve que sí.

Seguía resoplando, el Grúa hijo.

—... aj, aj, aj, *ha arico*, ¡ha tenido un nene!

El Grúa padre estaba sombrío. Sus ojos eran tan negros como su barba de tres días. Relampagueaban.

—Ya te dije que si tenías un muchacho me largaba.

—¡Ahí, pues tú me lo has hecho.

—Apáñate para no tenerlo.

Dio un golpe con el vaso en el mostrador. Por poco lo quiebra. Suerte que era de los de culo gordo.

—¿Cuánto?

El Sebastián contó con los dedos.

—Sesenta céntimos.

Pagó. Cogió la chaqueta y se la puso debajo del brazo. Encendió la colilla que había dejado en el borde del mostrador. El Sebastián le golpeó la espalda.

—Enhorabuena, Grúa, Que sea para bien. Que lo veas pronto hecho un hombre.

El Grúa padre lo miró con ojos asesinos y no dijo nada. El Grúa hijo salió detrás. Cuando vio que su padre, en vez de echar hacia casa, seguía calle arriba, hacia el Paseo, se extrañó, pero no habló gota, siguió detrás de él. A lo mejor... No supo qué «a lo mejor» colocar. Muchos domingos por la mañana su padre iba a plantar cepos para los pájaros detrás de la vía. Hoy, no era domingo. Ya en el Paseo, su padre se volvió.

—Vuélvete a casa, tú.

El Grúa, que había frenado su carrera, lo miraba, lo miraba.

—Vuélvete a casa. Yo me voy a trabajar.

Seguía parado. Por eso el padre se arrancó hacía él. Por eso él volvió grupas y salió huyendo.

En la parada del 97, el Grúa padre tropezó con Calixto, el Tuerto, que era un hombre a quien faltaba un ojo. Quién ha sudado tan tremendo mote, que lo matamos!

—¿A trabajar, Grúa? Me parece que hoy no hay barcos para descargar.

—¿No?

—Bueno, a mí me lo parece.

El Grúa, a pesar de eso, cogió el 97, un tranvía amarillo y traumático.

—¿Qué se ha ido a trabajar, dices?

El Grúa pequeño le sacudió a la cabeza dos veces: que sí, que sí.

La madre vociferaba:

—Ése lo que hará será no volver más, ¡seguro! Ése es un frescales. Ése sólo quería pasarlo bien y tú allá te apañes. Ése...

La Esperanza, en el pasillo, escuchaba regocijada. La Pucha, por darle a la otra en las narices, rectificó:

—¿Has visto, Jesusa, mi marido? No pierde un día de jornal así lo maten. En su vida ha hecho un día de fiesta.

La Jesusa de los críos asentía:

—Igualico que el mío, te lo juro; igualico que el mío. No es porque yo lo diga, pero...

La Esperanza hacía como que no oía, y cual si hablara para ella repetía siempre la misma cantinela:

—A mí que no me falte el alquiler del mes y lo demás son cuentos.

La Pucha se exasperó.

—¡Ay, pero qué se ha creído ésa! Aún tengo mis buenas manos para sacarme un jornal aun cuando me falte el marido...

El Grúa se había puesto a jugar a pelota a lo largo del pasillo con un hijo de la Esperanza. La Pucha lo llamó.

—Ven aquí. No quiero que te juntes con esa gentuza.

La Esperanza llamaba a su retoño.

—El día que te vea con ése, te mato.

La Pucha se acabó de soliviantar y la Jesusa trató de tranquilizarla.

—Pucha, que tú no estás bien y te puede venir una hemorragia o algo.

La Pucha no callaba.

—Por eso abusan, que si no...

El pequeñin, que había nacido esmirriado y canijo, lloraba.

—Dale el pecho, mujer.

—Pero si no tengo, ¿no lo ves? Los disgustos, que me dejan seca.

—Pues habrá que darle el biberón. Además, este crío no me gusta nada. Tendríamos que avisar, al médico.

—¿Qué médico?

—El que sea.

No sabían cuál. La Pucha no tenía. La Jesusa, al ir a vivir allí, había roto la iguala

con él suyo.

—El de la Esperanza, tú.

—De ésa, ni los buenos días.

—Mira que se te muere.

—¡Pues que se muera!

Luego se desdijo y se puso a llorar.

—¡Hijo de mis entrañas! ¡Que se me muere, que sé me muere!

No paraba de besuquearlo.

El Gruíca quería irse a jugar. La Pucha, en aquellos momentos, era como el vinagre.

—¿Qué es eso de irte a jugar? Aquí con tu madre y tu hermanillo.

El Grúa no quería a su hermanillo. A su madre, a ratos. La Jesusa se despidió.

—Voy a hacer algo en casa, que ya es tarde. Si algo ocurre ya lo sabes.

—Gracias, chica. No sé cómo agradecértelo.

Si todo el mundo fuera como tú...

La Jesusa de los críos era escuálida como un bacalao, sólo barriga; se infló.

—¡Nada, mujer! ¡A mandar, que para eso estamos!

Se llevó al Grúa con ella y le dio de almorzar. La Pucha todo el día estuvo diciendo lo mismo:

—No vendrá el ladrón ese, no vendrá. ¡Conque a trabajar! ¡Valiente excusa!

El recién nacido murió a media tarde. Se quedó seco y arrugado como un higo. Hasta tenía ese color entre amaratado y ceniza que tienen los higos. La Pucha lloraba. De vez en cuando se consolaba, o intentaba consolarse, que viene a ser lo mismo.

—He hecho por él todo lo que he podido. Que no tenía teta y se la ponía en la boca, para que me chupara la sangre.

La Jesusa de los críos decía:

—Para lo que le esperaba en esta vida, sólo sufrimientos...

Y la señora Benigna:

—¡Angelitos al cielo!

Y la tía Eulalia:

—Más vale así que no un desgraciaíco toda su vida.

Y la Encarnica:

—¡Tres que se me han muerto a mí, tres!

La Pucha deseaba ahora que volviera el marido.

—¿No querías que lo matase? Pues míralo; bien muertecico está.

Al pensar que su marido entraría de un momento a otro por la puerta, se estremecía de alegría, hasta con placer. Pero el marido no volvió.

—Si tú fueras mayor, te mandaba a buscar a tu padre.

El Grúa se encogía de hombros. El igual iba más allá del Paseo, hacia lo ignoto, a buscar a su padre, para contarle lo que había respecto a aquel higo seco al que por lo visto tanto temía, como se estaba allí quieto sin hacer nada, aguardando la noche y

que la Jesusa de los críos le diera de cenar.

Anochecido, la Esperanza, que ante la muerte del pequeñín se había reblandecido un tanto, le entró un plato de caldo a la Pucha.

—Tenga, esto le hará bien.

La Pucha, a quien con la muerte del hijo se le había ido el rencor, aceptó agradecida.

—Ya verá como su marido viene luego, más tarde. Bey habrán tenido más faena que ningún otro día.

La Pucha se puso a llorar.

—¡No vendrá, ya verá usted como no vendrá! Si supiera que el chiquillo ha muerto... Pero no lo sabe. Y él no quería ningún crío más. Los tiempos están difíciles.

De vez en cuando besaba al muerto. A veces le daban ataques de histeria y botaba en la cama. El Grúa se había acostado en el suelo. Tenía miedo del hermano muerto. De pronto notó que su madre lo llamaba.

—Corre, ve a buscar a la Jesusa. Me estoy desangrando.

El Grúa llamó a la Esperanza.

—Tía Esperanza, tía Esperanza...

La Esperanza fue a buscar a la Jesusa, pues ella no sabía qué hacer. La Jesusa la taponó bien. El Grúa se caía de sueño. Al pequeñín lo enterraron a los dos días, cuando ya empezaba a oler. El vecindario, ante tamaña perspectiva, se había preocupado de avisar a la funeraria. Lo enterraron en la fosa, de pobre, sin ceremonia, alguna, pues estaba sin bautizar. La Pucha se mesaba los cabellos. El Grúa, ni si ni no, como si lloviera. Aquel mismo día, la Pucha se levantó y lavó las ropas de la cama. La Jesusa de los críos aún era más valiente. La Jesusa de los críos se levantaba a lavar el mismo día de tenerlos. Pero esto casi que no pasaba a nadie.

2

Estaban haciendo, hicieron, tres o cuatro grupos de casas económicas en Barcelona. En San Adrián, en Horta, en Santa Coloma, en San Andrés, en La Maresma. La gente afluyó a ellas por colonias, por bandadas. Los que vivían en las barracas del Castillo se desplazaron a las de La Maresma. Eran algo así como pueblos volantes.

Las casas eran todas iguales. Los arquitectos habían agotado su ingenio. Eran manzanas simétricas. Las manzanas formaban calles. Las calles tenían nombres arbitrarios, los que sus moradores les daban. El Grúa no se atrevía a dar la vuelta a su manzana. Cuando se atrevió fue descubriendo un mundo igual, pero nuevo. El corazón le subía y le bajaba. Cuando se atrevió creyó que había dado la vuelta al mundo. Después hacían apuestas entre los chicos

a ver quién daba antes la vuelta, quien antes la daba era el Caliche, pues era zanquilargo.

En las calles y en las plazas había acacias, jovencitas y pizpiretas, e incluso alguna fuente, en la que apretabas un botón y salía agua. El cielo era azul; el paisaje, verde; las casas, blancas; las tejas, rojas; en la puerta de cada casa, un Sagrado Corazón, una especie de estampa de hojalata no muy bonita; los picaportes tenían forma de pie. El Grúa no alcanzaba a ellos, y el alcanzar, lo veía todavía muy lejano.

Había campos. Los del Antolin, los del Sisquet. Más lejos, los del Cubano, los del Borrull. Más aún, los del Cal Pixarada, Els Tous, Can Josep de les Formigues. Éstos, todavía no los conocía el Grúa. Los del Antolin, sí. Cuando en ellos había, caña de azúcar, iba, arrancaba un tallo y lo chupaba; iban, arrancaban un tallo y lo chupaban. Cuando alguien decía que venía el «gurí», salían corriendo. El «gurí» llevaba una gorra con cinta roja, y una correa ancha que le cruzaba el pecho, con una chapa en ella, y escopeta, y todo. Era como un gigante, especialmente el día que cogió a uno de ellos, al Raurito, y le dio tres sopapos, tres sopapos al desgaire, tal vez medio cariñosos. Al Raurito los sopapos le parecieron truenos. La madre del Raurito quería comerse al «gurí». El «gurí» la encañonó con la escopeta.

El pregonero de las Económicas era el Crescendo. Trabajaba de descargador en el muelle. La mitad de los días no había trabajo. El Crescendo tenía una trompeta de basurero. En cada esquina, soplaba en ella, y después pregonaba. «¡Eiiiiii, en la tienda de la Gajo, pescado, & treinta la libra, fresco y barato!». «¡Eiii, se hace saber, que quién se haya encontrado un monedero, con cinco duros, que lo devuelva, que es de la tía Moravía, la que vive en la calle tal!». «¡Eiiiiii, hago saber, que esta noche, en la replacleta frente a los colegios, titiriteros!». «¡Eiiii...!». Marcaba muchas comas y siempre decía: «Eiiii». La mujer del Crescendo era la Crescencia, y era gorda. El Crescendo acostumbraba llevar un tallo de menta en la boca, por la olor, pero a veces lo mascaba y se lo tragaba. La menta, para las habas cocidas, va muy bien. La trompeta de basurero encandilaba a los chicos.

En la calle del Colegio, en la acera, frente a su casa, se sentaba el hijo de la Galdufa. Era tonto, ya grandullón. Su madre lo colocaba allí, en el suelo, y allí se estaba todo el día, donde lo dejaban, arrastrándose de un lado para otro. Probablemente, las piernas, igual que la cabeza, no le funcionaban. Se orinaba y se ensuciaba encima. Luego golpeaba con la mano sobre los excrementos. Al hacerlo repetía esta cantinela: «A caca aquí, a caca acá; a caca aquí, a caca acá». Y así muchas veces. Su madre, al principio, lo lavaba y lo cambiaba continuamente. Después, no; después lo dejó estar. Los chiquillos saltaban y bailaban delante de él. «¡A caca aquí, a caca acá!». La Galdufa salía hecha un basilisco.

— ¡Sinvergüenzas, ladrones; mal dolor sus dé!

El tonto, a veces, pedía:

— Chufas, cacaos...

El Grúa untaba un pedazo de pan en la misma porquería B tonto y se lo daba. El desgraciado se lo comía. El Grúa se partía de risa.

El horizonte que el Grúa vela desde la casa era la vía del tren con sus puentes, uno muy grande, con el mercancías silbando y echando humo: algo maravilloso. La lástima era que sólo pasaban dos trenes al día, pero así era más acontecimiento W La vía del tren había partido en dos los campos del Sisquet, sin contemplaciones de ninguna clase.

Entre los campos del Antolin y las Económicas había una franja de huertos con una valla de alambre de espino, reluciente. Había, junto a esta valla, una regata de cemento Portland, larga, muy larga, por la que el agua corría los días de lluvia y las bolas de los muchachos constantemente. El Grúa saltó al huerto del tío Maximiliano y se desgarró la camisa con los pinchos del alambre. La Pucha le zurró. Una paliza pronto pasa y el jugar es todo el día, ¿no? El tío Maximiliano, en el huerto, tenía una higuera. Para el Grúa era una especie de cuestión de honor sujetar el llanto cuando su madre le pegaba. Ya lo podían matar.

— ¡Hora de una vez, condenado!

Como si golpearan una pared. Igual.

3

—Vamos a jugar a padres y a madres.

Jugar a padres y a madres era un aburrimiento. El padre era un chico; la madre, una chica; un muñeco, el hijo pequeño. Con un canto de yeso se trazaban unas líneas en el suelo y esto era la casa. Un espacio imaginario, la puerta. Cuando se entraba o se salía por esta puerta imaginaria, se decía: «Chiquirrac, la puerta cerrada». O; «Chiquirrac, la puerta abierta». Se daba la vuelta a la mano, pues en ella había una falsa llave imaginada, y, por la puerta invisible, se entraba o se salía a discreción.

En aquel bendito juego todo era imaginario. La escoba con que se barría, el cuchillo con que se cortaba el pan, este mismo pan, la silla donde uno se sentaba, el hatillo con la comida que el que hacía de padre se llevaba al trabajo, la teta para la muñeca. Cuando el padre volvía del trabajo, besaba a la madre y a la muñeca. Esto era lo mejor del juego. Por allí no es que se estilara demasiado que el hombre besara a la mujer cuando regresaba de sus quehaceres, pero esto era lo clásico y lo clásico siempre perdura. Apedrear gatos era infinitamente mejor.

—Vamos a jugar a padres y a madres, a lo que éstos hacen por la noche. Más que poco interesante, lo que los padres hacían por la noche era algo incomprensible. El

Grúa estaba harto de verlo. Lo peor era que lo despertaban. Dormía a los pies de la cama y siempre pescaba alguna coz que se escapaba de aquellos absurdos pataleos. Ahora, con la fuga del Grúa padre, un hombre que no cabía por la puerta de su casa, todo era bastante mejor. Dormía con su madre, más cómodo, más ancho, más descansado.

—Vamos a...

La cría dijo la palabra redonda, sin pelos y sin complicaciones, cual si fuera un carretero y no una mocosa. La cría, para el Grúa, era una mujer. Llegaba sobradamente a la mesa de la cocina. Pelaba patatas y encendía el fuego. Para fregar los platos se subía en una banqueta, pues a la fregadera sí que alcanzaba, pero al grifo, no. Se colocaba un delantal, y un lazo en el pelo. A veces se pintaba las uñas, y, en una Ocasión, los morros. Era imponente. El Grúa sólo alcanzaba a media pata de la mesa, un poco más, tal vez.

La cría era la hija de la Esperanza. La Esperanza iba a hacer faenas y ella cuidaba de la casa. La cría era la Maruja, y siempre estaba liada con todos los chiquillos de aquel trozo de barrio, incluso con sus hermanos. El Grúa la había visto muchas veces con las faldas arriba, pero jamás se había preocupado de esto. El padre de la Maruja era tranviario, y cobraba *el* dinero a todos los que iban en el tranvía. Algo estupendo. Además se pasaba horas y más horas —las horas muertas— dando vueltas sin parar, montado en el vehículo. Algo más estupendo todavía.

La cría Maruja cogió por su cuenta al crío Grúa, que estaba como medio atontado.

La cría Maruja volvió a pelar patatas. El Grúa crío la miraba serio, tranquilo, sereno, los ojos abiertos, muy abiertos.

—Como digas algo a tu madre, o a la mía, o a mi padre, ¡verás!, nos cogerán los guardias y nos meterán en la cárcel.

La cárcel era algo grande, inconmensurable, cotí rejas, muchas rejas; los barrotes, uno detrás de otro, como palillos; con ratas, con cadenas, con bolas de hierro. La cárcel era algo lejano y remoto, pero tangible, el tío Calcomanía había estado en ella. El Grúa no contó nunca nada. La cárcel debía de estar en *la* fin del mundo, por allí donde trabajaba su padre, seguramente más lejos.

La cría Maruja tenía diez, veinte, treinta, cuarenta años más que el Grúa. Durante mucho tiempo creyó que se había acostado con una mujer. Luego comprendió que lo había hecho con una mocosa que tenía los pechos lisos y a la que faltaba incluso, otra cosa.

4

El campo da más sabiduría que la ciudad. El contacto con la Naturaleza reaviva los instintos que, en el hombre, ya empiezan a estar dormidos.

El Grúa no sabía leer ni escribir.

En las Económicas había una escuela, la de Ramón Llull, Una escuela grande, con amplios ventanales, con mesas para seis chicos en lugar de pupitres, con floreros, con señoritas muy guapas, con maestros que no usaban palmeta ni puntero.

Además, estaban construyendo otra escuela al lado del campo de la Mandrágora. Ésta era un pabellón de madera verde, como si fuera un chalet, con las sillas y las mesas de hierro. A ella asistirían los niños que tuvieran los ojos malos, que eran muchos; todos aquellos que tenían tracoma o vestigios de esta enfermedad.

El Grúa no iba a ninguna de estas escuelas. El Grúa iba a la que había en la Colonia Parcerisas. La Colonia Parcerisas era un grupo de casas situado entre el campo de la Mandrágora y el Paseo, y era una barriada más antigua que las Económicas. A la escuela de la Colonia Parcerisas la llamaban «el colegio de los caganeros». La regía un matrimonio ya maduro. Él era un hombre de enormes bigotes, chaqueta con tres botones, anteojos con cinta hasta el ojal de la solapa, voz afónica y un gran puntero que hacía servir de palmeta; ella llevaba un moño que parecía un castillo. Enseñaban a leer con unos grandes cartelones colgados de la pared, y los alumnos salmodiaban todo el día el abecedario —«a, e, i, o, u»— y la tabla de multiplicar —«dos por uno es dos; por dos, cuatro; dos por tres, seis»—. Las Económicas, con su flamante escuela, minaron poco a poco el prestigio del «colegio de los caganeros», y tuvieron que cerrar, no les quedó otro remedio. El matrimonio viejo se dedicó a dar clases particulares, con muy poco provecho, pues por allí no habla excesivo afán de aprender.

El Grúa había empezado a ir a la de los «caganeros». La Pucha, luego, quiso que fuera a la de Ramón Llull, que por ser del Ayuntamiento era de gratis. La Pucha, al principio, se resistía a que su hijo fuera a un colegio gratuito, como iban los de la Esperanza. Ella, aunque hacía faenas, tenía ribetes de gran señora. A más, donde no se paga, no pueden enseñar. Las vecinas le dijeron:

—No seas tonta.

Y la convencieron.

El Grúa hacía días que ni al colegio de los «caganeros» iba. Le cargaba aquella escuela. Salía a pelea diaria. En cuanto le gritaban: «¡Caganero!, ¡caganero!», ya estaba: trompazo que te crió.

Últimamente, le había arrojado un tintero a un condiscípulo, al hijo de un payés que, por ser rico, era el niño mimado de la clase. Lo expulsaron inmediatamente de la escuela. El Grúa se encogió de hombros. ¡Mejor!

Cuando su madre se empeñó en que fuera a la del Ayuntamiento, se negó. Sentía verdadero odio y repugnancia por las instituciones pedagógicas. Cada vez que la Pucha lo empujaba hacia la escuela se encabritaba como un

potro salvaje. Únicamente fue cuatro o cinco días, y, alguno de ellos, en la hora del recreo, saltó la verja y se escapó. La Pucha, que debido al mucho trabajo iba perdiendo sus agallas, su altivez y sus ínfulas de grandeza, acabó por dejarlo.

El Grúa vagaba todo el día. Se reía de los demás chavales de la calle, que iban a colegio; de los chavales que le contestaban que toda su vida sería un burro. Se encogía de hombros, y los chavales que toda su vida no serían burros, en el fondo, y de una manera nostálgica, lo envidiaban.

El campo da más sabiduría que la ciudad, hemos dicho. Si se agarra una mata de ortigas verdes aguantando la respiración, no se siente picazón alguna. Si a una lagartija se le hace tragar tabaco y se le pone un palillo entre los brazos, toca la guitarra. Si le cortáis el rabo, éste se mueve convulsivamente, diciendo: «Putá, maricón; putá, maricón...». Si se quema un murciélago vivo, se ensucia en los muertos de uno, y aun dice cosas peores. Y si a una rana se la infla por el trasero con una paja, después, puesta en di agua, flotará desesperada, igual que el corcho, sin poder hundirse, de verdad.

El campo da más sabiduría que la ciudad. En uno de los cuatro o cinco días que fue a la escuela del Ayuntamiento, el maestro habló de los pobres niños de la ciudad que no ven el sol, que salen a jugar al balcón, o a calles y plazas llenas de automóviles y tranvías, donde es imposible dar un paso. Por allí, vehículos que estorbaran, ninguno. Sólo se veían los carros de la basura, la perrera en el verano, y el taxi que cada día traía a las maestras y maestros a la escuela. ¡Ah!, y el 97, si uno se largaba a la barriada de La Maresma como hacia su padre para ir a trabajar.

Casi se había puesto triste, el Grúa, pensando en esos niñea de ciudad que no ven el sol, ni los pájaros, ni las golondrinas, ¡pobres! Luego lo había pensado mejor: «Que se chinchen, ¡porras!».

El campo da más sabiduría que la ciudad. Lo hemos dicho y lo sostenemos. Para cazar golondrinas, lo mejor es atar un alambre en la punta de una caña y agitarla fuertemente en sentido de rotación. El alambre dirá: «Vid, videvid, vid...», igual que una golondrina, y, éstas, atraídas, caerán bajo sus golpes certeros. Claro que esto sólo puede hacerse los días húmedos o de lluvia, cuando vuelan bajas; en los días azules es inútil, nada más cierto. Para cazar murciélagos, basta con un trapo, que los atonta, en lugar de un alambre; hay que mover la caña mucho más suavemente y emplear las luces del atardecer. Y para los gorriones, lo mejor es ir de noche al nido, pues coges la madre y todo; en cambio, de día, no.

El campo da más sabiduría que la ciudad, decíamos, repetíamos; indudablemente; y también más crueldad. Para coger grillos, sólo con pinchar con una pajuela en sus grilleras, sobra; y si te orinas en los agujeros, aún es más gracioso, pues aparece el grillo atónito y desconcertado, con

gotitas en las antenas, con las alas mojadas, pretendiendo secarse con las patas de atrás. Para que los jilgueros canten, lo mejor es sacarles los ojos con una aguja candente. Si estrujas la cabeza de una libélula entre un papel, te sale dibujado lo que has pedido. Si a los saltamontes les cortas las sierras, te obedecen, y pasan la maroma o un alambre.

Cuando te das un golpe en la frente, si escupes con rapidez no te sale chichón. Si te haces sangre en las narices, con poner la cara boca arriba, asunto concluido, pues se corta la hemorragia. Y si se te cae un diente y lo entierras en seguida, te saldrá otro al poco tiempo, ya lo creo.

El campo da más sabiduría que la ciudad, son muchos los que lo dicen, son muchos los que lo niegan.

El Grúa no sabía leer ni escribir, ni puñetera falta que le hacía.

A las moscas se les puede introducir en el culo un papelito enroscado formando punta. Entonces vuelan desesperanzadas mientras sus compañeras las miran llenas de asombro. ¡Naturalmente!

5

La Pucha, que siempre había sido mujer decente y cabal, cuando el plante del marido cacareó que aún lo sería más, que no haría como otras, cuyos nombres sabía pero se los callaba. Ella sacaría a su hijo adelante. Tenía buenas manos y salud, que era lo «principal». Se dedicó a hacer faenas, a fregar pisos y escaleras como una burra, desde la mañana hasta la noche. Y cuando se asqueó de esta miserable vida y quiso dejar de ser honrada, estaba ya prematuramente ajada y no pudo sacarle a la cosa el rendimiento que en un principio le hubiera sacado y el rendimiento que ella soñaba.

Cuando llegó a la conclusión de que su cuerpo podía servirle para algo más que para acémila de carga —en fin de cuentas, otras ya lo hacían, ¿no?—; cuando llegó a la conclusión de que lo que aquí te pasas de bueno por delante que te lo llevas —y a nadie se la coma por eso, ¿no?—; cuando llegó a la conclusión de que total para cuatro días que una va a vivir —y la que más y la que menos, ¿no?— dio una especie de respingo en «¡ah!» tan hondo y sentido como el de cualquier egregio filósofo descubridor de un nuevo sistema, postura o religión.

La Punta, una que dejó un hijo en la Maternidad, una que primero era morena y luego fue rubia, una que llevaba un abrigo de pieles de conejo con el mismo empaque que si fuera de visón, una que lo daba por una hebra de hilo y se quedaba tan fresca, se lo decía más de una vez:

—Anda y no seas tonta. Mira yo. Antes que lo hubiera hecho.

El corazón le dio un vuelco ante tan prometedor horizonte. Luego le dio otro vuelco: cuando por más pintura que se ponía y por más ajilimojes que hacía, las

arrugas no se le iban. Luego el corazón ya no hizo nada. Los desgraciados se conforman presto y la vida sigue y pasa. Como que el cuerpo no servía, aprovechó las manos. Entre fregar escaleras y aquello, ¡phs! Por las inmediaciones de Atarazanas, por los alrededores del Puerto, cerca de la Aduana, debajo del Morrot, se hacían la competencia. Cuando el 97 pasaba, jadeando y despidiendo luz por sus tronadas ventanas, se echaban al suelo, o la mujer se colocaba de espaldas, frente al hombre, tapando las apariencias, sin dejar de trabajar.

6

La barriada de las Económicas tenía una capilla, una capilla de madera, no muy grande, que sólo se llenaba de feligreses hasta la mitad. En ella decía misa cada domingo, a las diez, el Padre Hilario, un sacerdote jesuita, que venía de Barcelona ex profeso para ello. El Grúa no lo sabía, eso de que era jesuita; el Grúa sólo sabía que llevaba una especie de faja negra arrollada a la cintura, y, en cambio, el otro cura, el que había en la iglesia junto a la playa, no.

La iglesia junto a la playa era la iglesia parroquial. Estaba rodeada de huertos, de campos, de ríos con cañaverales. Frente a la puerta principal había un hermoso paseo lleno de plátanos. Cerca estaba la fábrica de arena, con sus grandes montones que llegaban hasta la boca de los depósitos suspendidos. La arena la llevaban desde la misma orilla del mar con unos trenes miniatura. Estos trenecitos hacían reír. La máquina era tan pequeña que el maquinista casi no cabía en ella. Las vagonetas estaban herrumbrosas, ya un poco viejas.

Por los enormes montones se deslizaban los muchachos, dando vueltas, llenándose la boca de arena.

Había más fábricas. Unas fábricas antiguas, mohosas, en consonancia con el paisaje, que se caían de puro viejas. La fábrica del cartón estaba derruida. Su chimenea había caído al mar. Un trozo de esta chimenea, el fragmento de la base, emergía de entre las olas, como una torre o castillete. Nadando, nadando, se podía uno introducir en ella por medio de un boquete cubierto por las aguas y aparecer por la parte de arriba y zambullirse de nuevo en el mar. Una vez se había ahogado un chaval, contaban.

El Gafas, y su primo, y dos o tres compañeros más, iban a oír misa a la iglesia de la playa. Aseguraban que eran «avanguardistas», y, cuando llegaba el verano, el cura los llevaba diez días por ahí, con tiendas de campaña y todo: de «campamento», decían, recalcando, el Gafas y su primo y los dos o tres chicos.

A la capilla de las Económicas iba poca gente, y, a los pocos que iban, di

Crescendo los miraba de reojo.

Las mujeres de las Económicas tendían la ropa entre acacia y acacia, entre las jovencísimas acacias que se doblaban fatigadas, rendidas. Los muchachos, además, colgaban sus columpios en sus tiernas ramas. Subsistir era un milagro cotidiano.

Algunas de estas acacias las cortaban, para leña, decían, para el fuego. Estaban tan verdes que no ardían ni aun rodándolas con gasolina.

El reluciente alambre de espinos que separaba la barriada de los campos, había sido cortado por muchos lugares. Los hierros que sostenían el alambre, doblados o arrancados. Todo aquel que hacía un huerto, tenía que cargarse un trozo de alambrada, para poder entrar en él, pues dar la vuelta por detrás significaba demasiada molestia. Muchos de esos huertos, acotados en un momento de exaltación, aparecían abandonados y llenos de hierba. En uno de ellos había un pozo de agua. Los chiquillos lo fueron llenando de perros y gatos muertos, hasta que lo obturaron. El Grúa trajo un perro lobo que había matado de un cantazo en la nuca. Lo metían en el agua, y, cuando se hinchaba, lo sacaban. Entonces bailaban sobre su barriga. Era muy divertido. El agua salía a chorlitos por el trasero.

La regata para el agua, por donde los niños jugaban con bolas, estaba siendo destrozada paulatinamente, no por la acción del tiempo; sino por la de los humanos. Faltaba el portland a trechos. Había quien golpeaba en él con un martillo, porque sí, por el gusto de verlo saltar a trocitos, seguramente.

Las rejas del alcantarillado habían sido arrancadas. Cuando llovía, ríos de agua se colaban por estas abiertas fauces, con gorgoteos, con remolinos, arrastrando basuras, papeles, desperdicios, hasta que se embozaban, quedando las calles encharcadas, intransitables. Ante esta especie de diluvio que invadía su mundo subterráneo, hacían las ratas su aparición. Corrían despavoridas por las aceras y la gente las mataba a patadas.

(Lo más divertido de las ratas no es matarlas así. Claro que sí no queda otro remedio... Lo mejor es aprisionarlas vivas en esas rateras grandes como cestos. Entonces se las rocía de bencina, se les aplica una cerilla y se abre la puerta de la jaula o prisión. Corren que se las pelan, con unos chillidos que hielan la sangre. El Grúa se divertía mucho con esto. El Grúa y todo el mundo. ¡A ver!).

Las Económicas iban perdiendo su fulgor del principio. Las calles aparecían abolladas, echado a perder el pavimento. Las aceras resquebrajadas. Las bombillas de las esquinas, algunas, rotas.

En la calle Central habían abierto muchos bares. Para eso, sus inquilinos tuvieron que derribar algunos de los tabiques interiores de las viviendas, a fin de conseguir un local amplio. Lo hacían, estas y otras reformas, y no pedían,

para hacerlo, permiso a nadie. ¡Olé!

Había quien pintaba la fachada de la casa de azul, o de amarillo, o de encarnado, con lo que destacaban horrorosamente sobre las demás, que eran blancas habitualmente. Con esto rompían el equilibrio y la simetría que eran la base de aquellas construcciones. ¿Y qué? Ellos lo hacían por darse tono y postín y así lo conseguían. ¡Entonces!

7

El hijo del tío Costipao y el Cebollica, estaban induciendo al Grúa.

—Verás qué divertido es.

—Nos llevaremos todo lo que podamos.

El Grúa no se decidía.

—¡Tope!, ¿tienes miedo?

—No. Si no es eso. Es que mi madre no quiere que esté tan de noche por ahí.

—Enrédala.

—O no te arrimes por casa hasta que hayamos terminado.

Sí, eso sería lo mejor. Una bronca más o una paliza, ya no tenía importancia. Continuaba con sus filosofías.

Anochecido, merodearon por los alrededores de la escuela. Se trataba de penetrar en ella. La escuela era como una fortaleza. Las puertas grandes, macizas. Las ventanas, altas, con gruesa tela metálica.

El Cebollica era quien más rumiaba.

—Si tuviésemos una cuerda.

—¿Para qué?

—La atábamos a una de las ventanas y tirábamos.

El hijo del tío Costipao fue a buscar una cuerda a su casa. El tío Costipao le preguntó a su hijo

—¿Aónde vas con eso?

—Es para entrar en el colegio. Le explicó lo que pensaban hacer.

—Anda y llévate una «escarpa» y un martillo; con eso no haréis *na*.

—Y con la «escarpa» y el martillo, ¿qué?

—Toma, pues hacéis saltar la cerraja de la puerta; El hijo del tío Costipao se llevó la dos herramientas y, además, la cuerda.

—¡Menos mal!

—Dice mi padre...

—Y tu padre qué sabe.

—¿Ay?, pues más que el tuyo.

—Oye, a mi padre no lo mientas. Si mi padre, que en gloria esté, me hubiera visto haciendo esto, me hubiese matado. ¿O es que tú crees que mi padre era como es el

tuyo?

El Grúa creyó necesario echar su cuarto a espadas.

—A mí, mi madre, igual.

El Cebollica volvía a sus melindres.

—¡Huy, mi madre! Con mi madre, esta noche, veremos lo que pasa.

El Grúa y el Cebollica se sentían más honrados que el retoño del tío Costipao. El retoño del tío Costipao se encogió de hombros.

—Bueno, a mí no me dirán nada, cuando volvamos a casa. A vosotros, sí.

Al Grúa, un soplo helado le corrió por la espalda. La culpa la tenía la cara de vinagre que a veces ponía su madre.

El Cebollica se había constituido en capitán de aquel asunto. Dieron la vuelta a la escuela. Las ventanas estaban a mayor; altura que las cabezas de ellos. Además, era expuesto. La gente que pasaba por la calle te vela. Y los vecinos de las casas de enfrente podían asomarse. Como ahora lo estaba haciendo la Galdufa. Disimularon.

—Vamos a saltar la verja del patio —susurró el Cebollica.

—Vamos —dijeron el Grúa y el hijo del tío Costipao.

El patio daba a la calle de los Huertos, y a los campos del Antolin. Por allí no había casi peligro. La verja era alta, pero fácil de escalar. El Grúa era el más ágil y cayó dentro el primero. El patio era grande, hermoso. En un extremo había parcelas de tierra cultivada. Eran los pequeños huertos que cada clase tenía. También había árboles jóvenes. El Grúa desgajó una rama. El Cebollica, otra. El hijo del tío Costipao, ídem. Destrozar porque sí, causa satisfacción.

El Grúa miraba con amor —digámoslo así— el patio. Los mejores ratos de su breve asistencia a la escuela los había pasado allí, en los días que, según y como, no se había podido escapar. Aquí, frente a los bancos, se había hinchado de dar volteretas en el suelo, con unos cuantos de la clase, para verle las piernas a la maestra, que era una tía que estaba muy bien.

En la parcela de la clase de los mayores, había fresas. Aquellas fresas eran el orgullo del maestro, que no se hartaba de enseñar semejante hermosura a sus colegas y de regalar las primicias de estas fresas a la señorita Susi, que era la maestra delante de la cual hicieran cabriolas el Grúa y sus condiscípulos. El Grúa no se acordaba del nombre de este maestro, pero era un nombre que le hacía mucha gracia.

—Cebollazo, ¿cómo se llama el maestro ese de la clase de los mayores?

—Sisebato o Sisebuto, tú; no lo sé muy bien.

—Me parece que no, me parece que es otro nombre que hace reír mucho.

—¡Bah!, tú quieres decir el señor Pelotas. Ése no es el de la clase de los mayores. Ése es uno alto, con lentes, que lleva bigote.

—¡Jope! Ése es el Bigotillo Sin Nariz —corrigió el hijo del tío Costipao.

Se metieron en el huertecillo de fresas y se las comieron todas. Casi no había y era difícil encontrarlas. Entonces pisotearon las matas, gozando por anticipado de la enrabiada que cogería el señor Sisebato o Sisebuto, como fuera.

En el patio también las ventanas estaban altas. El hijo del tío Costipao y el Cebollica sostuvieron al Grúa. Entrelazaron las manos y el Grúa puso los pies allí. Ató la cuerda a uno de los barrotes que sostenían la tela metálica, y, con la especie de escoplo o cortafrió y el martillo, descubrió las puntas de este barrote y una esquina del de arriba. Tiraron fuerte de la cuerda y levantaron media tela. Por allí se colaron, ayudándose unos a otros. Rompieron los cristales, para poder abrir los postigos. Esto de romper les hacía mucha ilusión.

De los tres, sólo el Cebollica iba a la escuela y conocía bien el terreno que pisaban. Él guiaba. Recorrieron todas las clases, todos los pasillos. La puerta que se resistía, ¡clac!, golpe de *escarptra* y martillo. Eran unas puertas frágiles, no como los portones de entrada. Procuraban no encender luces que se vieran desde la calle.

Estaban decepcionados. No sabían qué llevarse. ¿Lápices? ¿Libros? Revolvieron los cajones del despacho del director. Allí no había nada. Sólo papeles. Rompieron una caja de madera, esperanzados, y eran gomas de borrar. Quisieron llevarse una máquina de escribir. Pesaba como el plomo.

—¿Y adónde vamos con ella?

—No podremos venderla. Nos dirán que de dónde la hemos sacado.

—Es verdad, tú.

Salieron del despacho del director encolerizados. Se entretuvieron en ir volando los floreros, en romper las macetas de los rincones, en sacudir patadas a las escupideras.

Pasaron por la biblioteca. El Grúa empezó a rebuscar en sus bolsillos.

—¿Tenéis mixtos, vosotros?

No. Nadie tenía. Al Grúa le dio como un colapso. Le hubiera gustado pegarle fuego a toda aquella porquería. Sus instintos antipedagógicos renacían.

Abrieron los grifos de los lavabos, colocando previamente el tapón, para que el agua se derramara. Abrieron las duchas. Al hombre anatómico le sacaron las entrañas y las desparramaron por el suelo. Al esqueleto le pusieron un lápiz en la boca.

—No. Será mejor esto.

El hijo del tío Costipao sacó una colilla del bolsillo. Quitaron el lápiz de entre los dientes y pusiere» la punta de cigarro. Hacia un raro efecto, mezcla de hilaridad y temor. Les invadió un extraño respeto.

—Será mejor que nos vayamos; es tarde, ya, y en casa...

Sí, sería mejor. Allí ya no había nada que hacer. Al Cebollica, que no había dejado de tocar hierro —la hebilla de la correa— mientras duraba el sarcasmo esqueleto, se le había aflojado el vientre.

—Yo tengo ganas de hacer *de cuerpo*. Al Grúa y al otro, se les contagiaron las ganas. Grúa se fue entusiasmando con una —a su juicio extraordinaria idea.

—Yo lo haré en la mesa del director —dijo—. Tú, Cebollica, en la del Bigotillo Sin Nariz; y tú, en la de los mayores. Él Cebollica protestó:

—No, yo en mi clase.

—Bueno, como quieras.

Después se entretuvieron en clavar todos los lápices y plumas que encontraron, en aquella especie de catedrales defecadas. Formaron algo así como un raro erizo.

—Mirar, mirar. Ésta parece un castillo. —Señalaba los lápices clavados, el Cebollica—. Esto son los cañones.

—Pues anda, que la mía —dijo el Grúa. Iban de una clase a otra, comparando aquellos monumentos. Estaban orgullosos: de sus obras maestras. El Grúa aún se entretuvo en llenar de porquería la cerradura de las dos puertas de la calle y las dos del patio. Luego se dieron el bote.

—Cuando el tío de la pipa vaya a abrir mañana... El tío de la pipa era el señor Tomás, el conserje. Cuando se indignaba tiraba la pipa al suelo. Aquella mañana la tiró tantas veces que la rompió. El tío Costipao le había dicho a su hijo:

—Qué.

—Nada.

—Cómo que nada.

—No había nada para llevarse.

Él tío Costipao le registró los bolsillos a su hijo. Luego le dio dos guantadas.

—¡Toma, por tonto!

Si hubiera sabido lo de la máquina de escribir, hace volver a su hijo a buscarla. Por eso, éste, calló.

Los maestros se pasaron todo el día comentando y haciendo conjeturas.

—Lo extraño es que no se hayan llevado nada.

—Pero nada absolutamente —decía el director.

Alguno intentaba hacer piruetas seudopsicológicas.

—Esta gente ama más la destrucción que el latrocinio. Son producto de la irreflexión. Obran por reflejos.

El señor Sisebato o Siseboto o Sisebuto, como se llamase, meditaba:

—¿No habrán entrado a por mis fresas y luego...?

8

Una mañana derribaron la capilla. La gente estaba enardecida. La demolieron con picos, o arrancando las tablas con las manos. Lo extraño era que no emplearan el fuego. Las muchedumbres, cuando enloquecen, cuando se embriagan, todo lo solucionan con incendios. Sin embargo, no quemaron nada. Arrancaban grandes trozos de contraplacado y se los llevaban.

Aquello podía ser de provecho.

Al Padre Hilario, con su altar portátil y sus ornamentos para decir misa, ya no se le vio más por allí. Ni a él ni al individuo con gafas y aspecto de rata de sacristía que cada domingo lo acompañaba y le ayudaba la misa y a llevar los

accesorios.

La gente, aquel día, gritaba como loca:

— ¡Viva la República! ¡Viva la República!

Porque había entrado la República, decían.

El Grúa no sabía qué era esto de entrar la República. Se imaginaba a una mujer gorda entrando en algún sitio. Pero él gritaba viva la República como un energúmeno, sentado a horcajadas encima de la campana que habían arrancado de la capilla y que arrastraban con una soga sobre el hombro, tirando como dos bueyes, el tío Juan de las Pipas y el Matapencos. El Grúa iba descubriendo que había varias cosas que le gustaban la mar: las chicas, lo ajeno, romper y, ahora, gritar. Gritar en todos los tonos —chillando, rugiendo, vociferando, relinchando— y en todas las posturas —sentado encima de la campana, derecho, abrazado a ella, saltando al suelo, volviendo a subir, dándole al badajo—. El tío Juan de las Pipas, que sudaba la gota gorda, decía:

— Estate quieto, Gruíca.

Y el Matapencos, que era gordo y corpulento, y que con la Pucha se apañaba más de una vez, intercedía:

— Déjalo estar al muchacho.

Muchos de los espectadores, los que ni sí ni no, los que nunca se meten en nada pero que en todas partes están, como los cuervos, a ver qué pasa, por si las moscas, decían, por el Matapencos y el tío Juan de las Pipas, profetizaban:

— Dios los castigará.

— Eso es un sacrilegio.

— Están haciendo una judiada.

— Aun cuando no se crea, las cosas hay que respetarlas.

— Estos acabarán mal.

— Dios los castigará.

Efectivamente, Dios los castigó; Dios castigó al Matapencos y al tío Juan de las Pipas. Veréis. El tío Juan de las Pipas, que tenía tracoma, se fue quedando ciego, paulatinamente, con el correr del tiempo, y al Matapencos se le murió la mujer al año (claro que él se volvió a casar a los dos meses; con la Pucha, no, que estaba muy sobada, sino con otra que era doble guapa que él).

— No sus lo decía yo que Dios los castigaría... En las astas que había en las puertas de la escuela, ondeaba la bandera tricolor. Muchas chicas, en el pelo, llevaban pasadores con los colores rojo, amarillo y morado. Todo eran gritos y algazara, como si aquello fuera jauja. A lo mejor lo era. No se es lo que se es, sino lo que se cree ser.

En las Económicas no hubo misa ningún domingo más. La gente no lo

sintió demasiado. El Crescendo ya no tuvo que mirar de reojo a nadie.

El Gafas, y su primo, y algunos otros compañeros, continuaban yendo a la iglesia parroquial de junto a la playa. Eran «avanguardistas»; ellos mismos lo decían. El cura de la iglesia junto a la playa era un buen hombre, más bueno que el Padre Hilario, decían el Gafas, y su primo, y los otros. Nadie hacía caso de esto y nadie les llevaba la contraria.

El primo del Gafas se llamaba Abrahán. Abrahán es un nombre judío, el Gafas lo aseguró. La gente, al primo del Gafas, lo llamaba el Abrán, pues Abrahán no lo sabían pronunciar muy bien, y menos aún escribirlo. El Abrán no estaba muy contento de llamarse Abrahán, pero peor hubiera sido llamarse Jeremías. En la tierra de donde eran los padres del Gafas y de su primo, Ademuz, creemos, era costumbre poner nombres bíblicos a los críos cuando nadan. Siempre no, nos parece a nosotros, pues el Gafas se llamaba Dionisio, pero la mayoría de veces, sí. Al primo del Gafas le querían poner Jeremías, pero la madre del Gafas dijo que no.

—Jeremías es muy feo; pongámosle Abrahán.

El Abrahán estaba contento y agradecido con la madre del Gafas. Siempre que le preguntaban el por qué de un nombre tan raro y tan feo, lo contaba:

—Bueno, pues suerte de mi tía, que si no... El Abrán era un chico corpulento, con mucha fuerza, que nunca Doraba. El Abrán, por un puñado de cromos, nevaba al Grúa a «coscoletas» (a las costillas) desde la calle de Ellos hasta el Pasea El Grúa, los cromos, los sacaba de los sobres sorpresa. Los sobres sorpresa vallan a diez céntimos cada tino. El Grúa se metía en casa de la señora Tomasa, la tendera de la esquina, que vendía caramelos y chucherías, y se los quitaba. La señora Tomasa era ya vieja, diminuta, con unos lentes en la punta de la nariz, con un moño blanco, como una brujita. No veía mucho. Una hermana del Gafas, que se llamaba Judit y era muy embustera, le pasó una vez diez céntimos de la perilla. Estaba jactándose de su triquiñuela, cuando se presentó la señora Tomasa en su casa.

—Esta perra gorda es falsa. Venga, devuélveme lo que te has llevado.-

La Judit Coraba de rabia.

Entre el Gafas, el Abrán y el Grúa, troncharon una enorme planta de girasol. Estaba llena de hojas y de flores amarillas aún sin granar. Era jueves por la tarde. El Gafas y el Abrán tenían que ir a la parroquia, a echar en el buzón las soluciones de los acertijos que en la última página del periódico que los «avanguardistas» hacían, había. Este periódico lo hacían a multicopista, con tinta encarnada, y tenía el bonito nombre de «Adelanté». El Abrán le dijo al Grúa:

—Grúa, dos tebeos y te llevo montado en el girasol hasta la Iglesia.

El Grúa entró en la tienda de la señora Tomasa.

—Señora Tomasa, ¿cuánto valen las pipas de chocolate?

— Quince céntimos, hijo, quince céntimos.

Los tebeos estaban amontonados junto a los sobres-sorpresa.

— ¡Huy!, son muy caras.

¡Plas, plas, plas! Agarró tres tebeos. Con una mano los sostenía detrás de la espalda.

— ¿Y la regalicia?

— Depende del trozo, hijito, depende del trozo. Así, carneo céntimos; así, diez; así, quince...

— Bueno, luego vendré a por un cacho.

El Abrán se pirraba por los tebeos. Más que por los cromos.

— Toma, Abrán, tres.

El Grúa apreciaba al Abrán y no le dolía darle tres tebeos en lugar de dos.

Salieron arreando. El Grúa cabalgaba ufano sentado sobre la espesura de las hojas. El Gafas trotaba al lado. El Abrán lo transportaba con la misma facilidad que si se hubiera tratado de una pulga. A veces, el Grúa se apeaba y dejaba subir un rato al Gafas, pero poco, pues le gustaba mucho el que lo acarrearán. Le hacía el efecto de ir montado en un «charret» como los que los domingos corrían en el Hipódromo.

Pasado el Puente de Hierro terminaba el adoquinado y empezaba el camino Llano de Polvo. En aquel puente se amagaba un tísico, un tío con las uñas largas, y por la noche salía y chupaba la sangre de los niños.

— No volveremos muy tarde, ¿eh? — dijo el Gafas.

Al Grúa le hubiera gustado ver a aquel fulano que se mamaba la sangre de los chiquillos como si fuera vino, y de quien todo el mundo hablaba pero que nadie había visto.

— Mi hermana Judit, una tarde que vino a buscar leche a cal Sisquet, lo vio escondido en un cañar.

— Tu hermana es una embustera — dijo el Abrán sin dejar de galopar.

Levantaban una polvareda enorme. Los pies se les ponían blanquecinos. Al Gafas se le empañaban los cristales de las ídem. A derecha e izquierda se veían masías, unas más cercanas y otras más lejos, con sus montones de heno, con sus perros, con sus gallinas en las eras, con sus patos en las acequias. Pasaron junto a una ringlera de higueras, lo menos veinte.

— Aquí fue donde se mató el tío del Federico.

El tío del Federico arrendaba cada año aquellas higueras en el tiempo de los higos. Un año se cayó de una de ellas y se reventó por dentro.

— Las caídas de las higueras siempre son mortales.

— Claro, como que las ramas se rompen sin avisar...

El vecindario, a raíz de la muerte del tío del Federico, estuvo muchos días diciendo esto; esto y cosas parecidas.

Casi todos los campos que veían desde el camino eran de alfalfa. Había

algunos de remolacha y de zanahoria. Las zanahorias son muy buenas para comer, más que las remolachas, y eso que de la remolacha se saca el azúcar. Esto era algo que el Gafas no acababa de entender. Por qué la zanahoria es dulce y la remolacha, no. Él no sabía que se trataba de campos de remolacha forrajera. Junto a los ríos había macizos de juncos. El junto tiene una raíz blanca y tierna. Tiras del junco y aparece esta tentadora raíz. Se masca y es muy rica. En las márgenes del camino ondulaban los cardos borriqueros. Sus alcachofitas, de flor morada, también se comen. Hay que ir arrancando las espinas con cuidado. Se come el nacimiento de esta espina, y el botón afelpado que surge al final. En el campo hay mucha cosa silvestre de la que los mayores ignoran sus propiedades y qué, en cambio, los niños aprecian porque saben sus mágicos resultados.

Echaron por un atajó que salía delante de la iglesia. Las ramas, al paso de aquel carricoche vegetal, se zambullían en el río. En la puerta de la rectoría estaba el señor párroco. Era un hombre todavía joven. Con unos lentes con montura de metal. Tenía una frente amplia; parecía bueno e inteligente.

El Gafas y el Abrán le besaron la mano y pasaron dentro de la rectoría, a echar las soluciones en el buzón. El Grúa se quedó fuera, sin arrimarse demasiado. Se había puesto derecho. Estaba cubierto de polvo completamente. Los pantalones se le habían roto por el culo. A sus pies yacía el maltrecho carruaje. Las hojas se habían gastado y se veían los nervios. Las llores, medio arrancadas, no eran amarillas, ni flores, ni nada. Como que el cura lo miraba, se entretuvo en dar puntapiés al girasol. Los dedos le asomaban por las puntas de las rotas alpargatas. Salieron de la rectoría, el Galas y el Abrán. Ofrecían tan mal aspecto como él. Se pusieron a hablar con el cura. El Abrán lo llamó:

—Grúa, ven aquí.

El Grúa se arrimó.

—Ha venido con nosotros. Es de allí de la calle.

El cura les dio un real a cada uno, para que se compraran de merendar.

Fueron a un grupo de casonas que había junto a la playa, en el cruce de la Carretera del Hipódromo y del camino por donde habían galopado ellos. Sabían que allí había tiendas y una panadería. Se compraron un llonguet, que les costó quince céntimos, y una pieza de chocolate, que les costó diez.

—¿Te das cuenta si es bueno ese cura? —decían el Abrán y el Gafas atizándole grandes bocados al panecillo y mordiscos pequeños al chocolate, para que éste durara tanto como aquél—. ¿Es mejor que el Padre Hilario o no?

Sí, sí. Verdaderamente era mejor que el Padre Hilario. El Padre Hilario no les había dado nunca para que merendaran; alguna estampica de vez en cuando y pare usted de contar.

El cura aquel era mejor. El que da, en el momento que da siempre es bueno.

Pe todos modos, el Grúa, que no se casaba con nadie, el detalle este de la merienda nunca lo tuvo demasiado en cuenta. Y cuando el cura venía a las Económicas a llevar el Viático a algún enfermo, era uno de los que con más ardor le tiraba piedras. Aquel paraguas blanco con que él sacerdote se cubría, lo llevaba de cabeza; su mayor placer consistía en volcárselo de una certera pedrada al sacristán o monaguillo que lo sostenía entre las manos.

Algunas personas mayores azuzaban a los críos para que tiraran piedras. Al Grúa no le hacía falta coacción ninguna.

9

—¡En el Paseo están pegando tiros! El Joaquín Pibernat había llegado corriendo, jadeando, sudando. El Joaquín Pibernat tenía la cara blanca y huesuda, con los ojos grandes, saltones. Lo llamaban, por este motivo, el Cara de Calavera. Pero él se enfadaba mucho cuando los otros chicos se lo decían.

Se hallaban sentados en la acera lateral del colegio. Estaba anocheciendo. De la calle de Ellos los habían echado porque se entretenían tirando pedos muy fuertes. Se llevaban la mano a la rodilla y la cerraban cual si empuñaran alguna palanca de mandos imaginaria, igual como hacen en los aviones cuando sueltan las bombas. Hacían fuerza y decían:

—¡Palanca!

A continuación, ¡raaaass!, el cuesco. Los del Abrán parecían verdaderas bombas. Los del Raurito siempre fallaban.

De la calle de Ellos los había echado la madre del Raurito, pues estaban junto a su puerta. Les había arrojado un cubo de agua. El Abrán había protestado indignado:

—Pero los de su Raurito, que *jieden*... El Raurito, una vez, ya hacía días, había hecho: ¡palanca!, con tanta fuerza, a fin de alcanzar la sonoridad, que le había salido un churrete de porquería por el *camal* del pantalón. El Raurito se había ido llorando a su casa. El Raurito, por nada, siempre lloraba.

Hacía poco que habían oído unas detonaciones. No habían hecho caso. Para detonaciones las que ellos estaban fabricando, a cual más fuerte. Ahora llegaba aquel desgracian del Cara de Calavera alborotando.

—¡En el Paseo están pegando tiros! No se lo querían acabar de creer.

—¿Tú cómo lo sabes? ¿Es que vienes de allí?

El Carica de Calavera estaba más blanco que de costumbre.

—Sí, aj, aj, uf, uf... Estaba echando los bofes.

—Yo estaba entrando por la calle de los Huertos. ¡Uf, uf! Venía de la Maresma. ¡Aj, aj! Los tiros son enfrente de la calle de la Fábrica. ¡Uf, uf! ¡Aj, aj!

El Gafas dijo:

—Yo me voy para mi casa.

Casi todos lo imitaron. Por las calles resonaban las voces de las madres llamando con agudos gritos a sus hijos.

—¡Juanitooooo!

—¡Pericooooo!

—¡Manueeeeeel!

El Grúa dijo:

—Yo me voy al Paseo, a ver qué pasa.

El Abrán quiso secundarlo.

—Yo me voy contigo. El Gafas lo amenazó.

—Primo, si vas se lo digo a la lía. El Abrán echó detrás de él.

—¡Chivato! ¡Cuatro ojos!

El Grúa ya corría por la calle Central. Había un estado general de alarma. Las mujeres zurraban a los críos y los metían dentro de casa. Nadie sabía bien lo que pasaba.

—Han ametrallado un auto en el Paseo.

—Han matado al dueño de la Fábrica de Ropas, Un hijo de la Esperanza había ido con el soplo a la Pucha.

—Su Gruíca se va al Paseo a ver los tiros.

La Pucha salió llorando y gritando detrás de su hijo. Iba a *medio* pintarrapear. Lo llamó y el Grúa se detuvo. Su madre le tiró de las orejas y lo llevó hacia casa.

A la mañana siguiente el Grúa se largó hasta el Paseo. Toda la noche había estado pensando en los tiros, en el taxi ametrallado. Se había desvelado muchas veces a causa de esto. Su madre se había asustado tanto que aquella noche no había salido a «trabajar», no se había atrevido, y al Grúa lo había hecho acostar temprano.

El taxi estaba junto a los troncos de las acacias, como un barco varado. Lo habían acribillado saliendo de las Económicas, al intentar dar la vuelta. Había multitud de mirones, cada uno haciendo su comentario. En los cristales del parabrisas había varios agujeritos muy redondos, y en los laterales también. Estos agujeros, el Grúa los encontraba hermosos. Sus bordes estaban llenos de rayitas, como pequeños soles. El amarillo del coche estaba lleno de sangre reseca. El estribo, también. En los adoquines estaba ya cuajada y formaba un gran charco. La puerta delantera estaba abierta; colgaba como un miembro examine. Dentro se veía un zapato, unos lentes y un periódico. El periódico, igualmente lleno de sangre. El zapato, los lentes y el periódico, dijeron oran *del* taxista.

Se hablaba de una venganza. De la Fábrica de Tejidos habían expulsado a varios trabajadores. Los pistoleros sabían la hora al que cada día el dueño abandonaba la fábrica. Los pistoleros trabajaban por cuenta de algún sindicato. Aquel día el dueño no había puesto los pies en el trabajo para nada. En el taxi iba el subdirector y su hijo. Habían herido gravemente a ambos. Al chófer lo habían matado.

—Fíjate, el pobre hombre se ganaba su pan, como cualquiera de nosotros. —Eran los comentarios de la gente.

—Fíjate, el pobre hombre, ¿qué culpa tenía? —Eran los comentarios de la gente.

El Grúa miraba obsesionado la sangre coagulada, con nubes de moscas pululando encima de ella. Debía ser admirable ser pistolero.

A los dos días, la Guardia de Asalto acorraló a las Económicas; Se iba a verificar un registro y a practicar algunas detenciones. Por el Paseo y la carretera junto a la vía del tren, la carretera Recién Terminada que llamaban, patrullaba la caballería. En las bocacalles *emplazaban* ametralladoras. Parejas de guardias, estratégicamente, se iban colocando en las esquinas. No dejaban asomarse a las ventanas, ni levantar las persianas. No dejaban que nadie saliera de su casa y menos de la barriada. Aquella mañana, los hombres no fueron a trabajar.

El hijo mayor de la tía Maravillas, el Tuertecico, aprovechó que la esquina de su calle aún no estaba vigilada. De una corrida dobló hasta la calle adyacente. Llamó en la casa del Grúa.

—Déjenme, amagar aquí. Mi casa será una de las primeras que registrarán.

La Esperanza tenía miedo y no quería. La Pucha sentía cierto cariño por el Tuertecico, pues era asiduo cliente suyo, así es que intercedió por él. El Tuertecico se escondió en el patio.

A media mañana llamó la policía a la puerta. La Esperanza se quedó blanca como el papel.

—Aquí no hay nadie.

—Eso lo veremos ahora.

Miraron los cuartos. Luego el patio. Nada. El Tuertecico se había encaramado al tejado y había corrido como un gato, agachándose, para que desde la calle no lo vieran.

El Grúa miraba embelesado los uniformes azules de los de Asalto, y sus pistolas, y sus porras. Le hubiera gustado ser guardia. Y matarla alguien. También le hubiera gustado ser el Tuertecico, ser tan valiente como él. Aunque no, el Tuertecico, no. Eso de tener un solo ojo no le convenía demasiado. El Tuertecico llevaba un ojo de vidrio, pero aquella mañana, con las prisas, no se lo había puesto.

Detuvieron al Yegua, uno que en la función «El Pan de Piedra» salía vestido de húsar o algo parecido, pues llevaba una guerrera en cabestrillo con charreteras y cordones. Detuvieron al padre del Casimiro y al tío Vagoneta. En el bar «Suspiros de España» encontraron un arsenal de bombas, pistolas, ametralladoras. Eso decía la gente. También decían que el Yegua, el padre del Casimiro y el Vagoneta no tenían nada que ver con los tiros del Paseo. El Grúa veía el arsenal de armas como una deslumbrante cueva del tesoro de cualquier película de piratas. Veía unas bombas redondas, relucientes; unas pistolas de plata; unas ametralladoras con tres patas, con cintas largas llenas de balas, dispuestas para disparar.

Las fuentes de las replacetas parecían farolas, por lo altas que eran, y lo hubieran sido de haber tenido una luz arriba. En la parte superior ataban una cuerda con una pelota de trapo colgando de una punta y le sacudían con la mano. El juego consistía en no dejarla enrollar alrededor del hierro. Ahora habían derribado en casi todas las fuentes esta parte superior. El hierro, los traperos, lo pagaban bastante bien.

Los grifos estaban desarticulados, flojos, estropeados, y el agua manaba sin cesar. El cemento Portland de los grandes redondeles estaba resquebrajado, hundido. El pie de algunas fuentes estaba lleno de musgo.

En la que había frente al edificio de la escuela, el agua se estancaba en el suelo y formaba un charco grande. Los chiquillos, desnudos, se revolcaban en este dedo de agua. El portland era como una especie de pista de patinaje. Los chavales tomaban impulso y se tiraban boca abajo, resbalando sobre sus gordas barrigas. Se entremezclaban entre ellos, y topetaban, o se esquivaban, según. Parecían los autoschoque de los parques de atracciones.

El campeón de este nuevo deporte acuático era el Barriguica, el hermano más pequeño del Federico. El Barriguica sólo llevaba una corta camiseta como indumentaria. Tanto en verano como en invierno, descalzo y la barriga al aire. En el invierno, las piernas se le amorataban un tanto, pero nada más, y los mocos, a veces, se le helaban. Entonces, en lugar de sorberlos, se los comía como si fueran caramelos. Como que al nacer no lo habían fajado, tenía el vientre desarrollado de una manera monstruosa. En el vértice de este escandaloso vientre sobresalía un ombligo que en lugar de estar hacia dentro estaba hacia fuera; era grande y redondo como un botón de chubasquero. Tendido sobre su barriga podía dar vueltas igual que una peonza. Parecía una barca, deslizándose a través del charco, o, mejor aún, una lancha motora, pues levantaba estelas de agua a sus lados. Lo impresionante era que no se le gastase el ombligo, que la piel del vientre no se fuera a hacer gárgaras, que no encontrase una piedra y se despanzurrase, que no...

Estas digámosles orgías acuosas, siempre terminaba aguándolas el farmacéutico, que consideraba estas desnudeces inmorales e inciviles. Tenía la farmacia allí cerca, en la calle que llevaba el nombre de su establecimiento, en las casas grandes que en esta media calle había. El farmacéutico era un tío que tenía la cabeza gorda y que se creía medio alcalde. En cuanto aparecía, los chiquillos cogían sus ropas y salían huyendo. A veces, conseguía quitarle la ropa a alguno, y tenía que ir la madre de éste a reclamarla.

Los chiquillos, mientras huían, lo insultaban.

—¡Ay, si su cabeza fuera un diamante!

El cabeza diamante corda detrás de ellos con sus patas cortas y zambas,

sin poder alcanzar a nadie. Esta alusión a su magnífica testa lo sacaba de quicio. Una vez que agarró a uno, se hinchó de darle palos. Luego, el padre del chaval quería matarlo.

— ¡Oh, es que la moral, es que la moral!

— ¡A mí no me venga con cuentos de que si la moral, de que si la no moral; la próxima vez que le pegue a mi chiquillo lo espeazo!

El alquiler de las Económicas era de treinta pesetas. Las casas que hacían esquina, treinta y una. Las grandes de la calle de la Farmacia, treinta y dos. Luz y agua, aparte.

El Crescendo agarró su trompeta y se lió a pregonar:

— ¡Eiiii!, el que pague de ahora en adelante el alquiler del mes, le quemaré la casa; y los meses que vienen, que tampoco pague naide. ¡Eiiiiii!...

El pregón no era muy explícito, pero convincente.

— ... le quemaré la casa, como me llamo Crescendo.

La gente se asomaba a las esquinas. Los chiquillos lo seguían.

— Éste es capaz de hacer lo que dice.

Los perros se metían por en medio de la piernas de los muchachos, en el corro que formaban. Recibían algún pisotón y aullaban. La trompeta del Crescendo también aullaba.

Algunas mujeres habían salido con el cubo de la basura y se habían llevado chasco.

— ¡Ay!, pero si es el Crescendo.

— ¡Eiiiiii...!

— Éste es capaz de hacer lo que dice.

— ¡Digo! ¡Si lo conoceré yo a éste!

Además, que ganas de pagar no había muchas. Conque dejaron de hacerlo.

— ¿Y si nos meten el desahucio?

— ¡Pues que no lo metan!

El cielo era azul. La trompeta de basurero del Crescendo relucía al sol. La voz la tenía ronca.

Al mes siguiente empezaron los desahucios. Llegaban los guardias, el juez con el oficio, y los muebles a la calle. Los inquilinos, despavoridos, corrían al Crescendo.

— ¡Crescendo, Crescendo!

El Crescendo tenía el pelo rullo, ensortijado. Con el tallo de menta se escarbaba los dientes.

— Que naide se apure.

¡Chap! Escupió.

— Cuando se vaya la poli, los muebles otra vez adentro. Continuó escarbándose los dientes y chupando las partículas blancas que extraía con el

tallo.

—Es que cierran la puerta y nos quitan la llave.

—Pues se tira abajo la puerta y asunto concluido.

Lo hacían así. En cuanto la policía se iba, volvían a meter los muebles. Se los volvían a sacar y ellos los volvían a meter. Aquello era un «tira y afloja». Quisieron cargar los enseres en un camión, pero era inútil, no había nada que hacer. Las mujeres chillaban como histéricas. Los críos, contagiados, berreaban como cabritos. Interceptaban el paso del camión, tendiéndose delante de él, o se sentaban encima de los trastos amontonados, en cuclillas, al estilo moro. El Crescendo les había dicho que hicieran todo eso, y ellos le obedecían. Al final, las autoridades tuvieron que dejarlo. No hubo más desahucios y se dejó de pagar definitivamente.

—¿No sus lo decía yo?

El Crescendo era algo así como un santón, o como un cristo. Unos tíos de la ciudad, que hablaron de Ferrer y Guardia, y de una lápida, y tal, todo esto en un tablado a la entrada de las Económicas, y que luego todo quedó en nada, en agua de cerrajas que se dice, dijeron algo así de él: que era un cristo laico, un apóstol de los tiempos modernos, un...

El Crescendo tenía agallas, o las fue tomando. Agarró de nuevo su trompeta y de nuevo a pregonar.

—¡Eiiii, que las chapas del santo ese que hay en cada puerta de casa, que las quitéis, que no las tenga que quitar yo, que le pegaré fuego a la casa, como me llamo Crescendo! ¡Eiiii...!

Aquella misma noche todos los Sagrados Corazones estaban quitados. En las puertas quedó una marca, un pequeño cuadrado más oscuro que el resto de la madera —una madera ya descolorida por el sol— y nada más. La mayoría, luego, pintaron de nuevo y esta reliquia desapareció.

El padre del Gafas, subido en una silla, con unas tenazas, desclavó la estampa. Su mujer era muy beata y hacer esto le dolía.

—Yo no es que le tenga miedo al Crescendo, y ya veríamos si se atrevería a quemarme la casa, pero es tonto buscarse complicaciones.

Muchos decían lo mismo.

—Yo no es que le tenga miedo al Crescendo. Además, que el Crescendo mucho hablar. Mucho hablar, mucho hablar: mas lo quitaban. A la mayoría, ni les dolió ni les entusiasmó la cosa. El padre del Gafas colocó el Sagrado Corazón detrás de la puerta de su casa. Era una venganza cauta y sibilina. El padre del Abrán hizo igual. El padre del Abrán, detrás de la puerta, tenía también una herradura.

La pintura —el alquitrán mejor dicho— se regalaba por la pared. Gruesos lagrimones se escurrían hacia abajo.

—Mira, es como si lloraran. —Se refería a las letras, claro.

El Crescendo ladeaba la cabeza a un lado y a otro, observando su obra, pero sin entretenerse mucho, pues la faena apremiaba. Quien trazaba las letras era él. El Grúa sólo aguantaba el bote de alquitrán y vigilaba.

—Eres el chaval más valiente del barrio.

El Grúa se esponjó. La noche era clara y hacía viento. El Crescendo manejaba una brocha vieja y desmochada. Tris, tras, tris, tras, surgía el letrero: ¡NO VOTAR RAI! Esto en cada esquina. El Grúa no sabía leer.

—Crescencio, eso ¿qué dice?

—Pues eso: «No votar, Fai».

—Pero, ¿qué quiere decir?

—La Fai ordena a todos los obreros que no voten el día de las elecciones, que se abstengan.

El Grúa no entendía nada, pero quedaba contento. Además, el Crescencio explicaba esto muy serio.

Pasó el sereno. El sereno tenía una pata mocha. Mocha de nacimiento, claro.

—Ya está bien, Crescencio.

—Bueno, tú te callas. Tú como si no hubieras visto *na*.

El sereno se fue.

—Vaya unas maneras de vigilar, Gruíca.

—Yo ya le avisé que venía, pero usted no me hizo caso.

El Grúa no tenía miedo. Al principio, sí. Luego se le contagié la tranquilidad del Crescendo. El Grúa, por el Crescendo, sentía lo que se dice idolatría. El que lo dejara participar en sus aventuras, casi lo hacía desmayar.

En media noche embadurnaron las ciento y pico de esquinas —NO VOTAR FAI, NO VOTAR FAX, NO VOTAR FAX— que había en las Económicas. Otros lo estaban haciendo en La Maresma, en el Barrí Vell, en el resto del distrito. Otros, en Barcelona.

—El Partido estará contento.

Palmeó al Grúa en la espalda.

—Tú también eres del Partido.

El Grúa se lo creyó. Entornó los ojos, como un perro cuando recibe las caricias del amo. Se sentía grande, inefable; se sentía otro.

Los letreros de las esquinas —NO VOTAR FAX— tardaron años en desaparecer. Pintabas encima de ellos y el alquitrán transcendía. Hubo quien rascó las letras, pero quedaban más marcadas. El Grúa se pasaba largas horas mirándolos. No sabía que la satisfacción que experimentaba era la del genio o creador.

A los dos días detuvieron al Crescencio. Al Grúa se lo comunicaron en seguida.

—Se llevan detenido al Crescendo.

Al Grúa le entró un temblor por todo el cuerpo. Ahora vendrían a por él. Seguro que el sereno —¡aquel desgraciao, pata mocha, hijo tal!— se había chivado.

—Las mujeres no dejan que se lo lleven. Se lo llevan porque dicen que por culpa de él no pagamos.

El Grúa respiró. Luego el corazón se le hizo pequeño. ¡Se llevaban a su amigo el Crescencio! ¡¡Se llevaban a su amigo el Crescencio!! ¡¡¡SE LLEVABAN A SU AMIGO EL CRESCENCIO!!! Salió disparado hacia la calle del Crescencio. Frente a los colegios estaba parado el coche de los guardias. Era del mismo color que la perrera. La calle del Crescencio estaba llena de gente. Al Crescencio lo llevaban entre cuatro guardias. Dos por los brazos y dos por los pies. Iba sin conocimiento, los otros guardias de Asalte; blandían las porras y repartían estopa.

—¡Desgraciaos!

—¡Judíos!

—¡Asesinos del pueblo!

—¡Es como si hubieran prendido a Cristo!

Los guardias mordían el barbuquejo, de ira.

Se habían presentado a por el Crescencio y las mujeres se habían interpuesto. El Crescencio los miraba socarrón. Se sentía invulnerable.

—Está detenido. Véngase con nosotros.

—¿Yoooo? Si no me dejan.

Señalaba a las mujeres y a los críos. Se sentía un patriarca de la antigua ley, se sentía conductor de pueblos, jefe de clan.

—Venga, menos guasa —dijo él *poli* de las estrellas.

Fueron a ponerle la mano encima y las mujeres se arrojaron como lobas. Arañaban y mordían. El Crescencio, apoyado en la pared, sonreía; un poco blanco, pero sonreía. La Crescencia lo tenía cogido de una mano.

—Va, éstrate a casa.

No. Mi puesto está aquí. No tengas miedo que no me harán nada. No se atreverán. Estamos en un país libre.

A un guardia le sangraba una mano. Le habían atizado un mordisco en el dorso de ella. Blandió la porra y empezó a hacer el molinete. Los demás guardias, igual. Las mujeres corrían y hacían caer a los críos que se habían agarrado a sus faldas. Algunos eran atropellados. El capitán del pelotón aprovechó la ganga.

—¡Va! Sacudidle a ese fulano y al camión con él.

Le cascaron tal porrazo en la cabeza que la porra le pareció un relámpago blanco y el tallo de menta se le cayó de la comisura de los labios. Lo cargaron entre cuatro; el resto de los policías cubrieron la retirada.

Antes de llegar a la camioneta fue cuando el Grúa los vio. Creyó que el Crescencio estaba muerto. Se lanzó en picado, como los aviones, y le mordió en un muslo a uno de los guardias. Éste, sin soltar al Crescencio, sacudía la pierna. El Grúa era como las lapas. Otro de los guardias acudió. Le soltó tal bofetada que fue a parar

a tres metros de distancia. Sangraba por la boca y no sabía bien lo que le pasaba.

—¡Canallas! ¡Tratar así a una criatura!

Unas mujeres lo levantaron.

Al Crescencio lo tuvieron preso unos meses. Cuando lo soltaron y el Grúa lo vio por primera vez, iba en bicicleta y con su peculiar tallo de menta.

—¡Crescencio!

—¿Qué hay, chavea?

El Grúa le hubiera querido contar que había mordido a uno de los guardias y que le habían pegado por él. Pero le dio vergüenza. Unas mujeres preguntaban:

—¿Ya lo han soltado, Crescencio? El Crescencio tenía un pie en el suelo y otro en el *pedal*. Con los dedos índice y pulgar, hacía girar el tallo de menta.

—Sí. Yo ya sabía que no pasaría *na*. Volvió a llevarse el tallo a la boca. LO mascó y escupió verde.

—¡Huy!, en la cárcel no lo pasaba del todo mal. Yo me hice amigo de los rancheros. Lo peor era estar sin *jamba*.

Las mujeres reían y gastaban bromas, llenas de picardía. El Grúa escuchaba embelesado. Una de las mujeres era joven, recién casada, y estaba muy bien.

12

El Grúa era feliz. Se sentía el rey del mundo. A la vista de los campos experimentaba esa misma satisfacción que sacude al colono ante la tierra cultivada. Entonces se echaba al suelo y se revolcaba entre la hierba.

Nunca tan rey como en aquellos momentos. Pero rey en el amplio sentido de la palabra. Rey de la calle, rey de los prados, rey de las carreteras, rey de lo indefinido. Rey de una vida suya: y rey, tiranuelo y más, de otras existencias: de la vida misteriosa y retorcida de las hormigas, de la breve de las mariposas, de la geométrica de las libélulas, de... Se sentía muchas cosas más, aparte de rey. Se sentía —de una manera relamida, astuta, amplia y certera— gendarme de vagabundos gorriones y coquetuelas lagartijas; nerón de humildes gusanos y distinguidos saltamontes; martirizador chino de búdicas ranas y atolondrados murciélagos; sultán caprichoso de grillos encarcelados y moscas amaestradas; verdugo cruel de ratas sarnosas; destino implacable de perros famélicos y extraviados; destino sañudo de gatos canijos y sin amo; destino feroz de faroles tristes y solitarios; destino —eso es: d-e-s-t-i-n-o—, en fin, de toda la fauna, flora y algo más, que el bondadoso Dios —bondadoso para él, claro— ponía cada día, como descuidadamente pero sin fallarle, al alcance de su díscola y perversa mano.

(Si a un murciélago le colocáis una colilla encendida en la boca, fuma y echa humo igual que una locomotora).

La gata del Raurito parió siete gatillos, a cual más majo. La madre del Raurito no quería tanto gato en casa.

—¡A dónde vamos con tanto gato! Con uno que nos quedemos es bastante.

Y ordenó al Raurito que tirara los seis restantes al río.

El Raurito los metió en un saco. Dentro del saco mayaban lastimeramente. Una gitana le pidió uno.

—Anda, cristiano. Dame uno, o dos, los que quieras.

El Federico dijo que los gitanos querían los gatos para comérselos. El Raurito era muy obediente. Su madre le había dicho que los tirara al río.

—No seas desaborío, Josú. Aunque sólo sea uno.

El Raurito se puso a llorar y no quiso.

El río pasaba tumultuoso al pie de la pared del Paseo. Sus aguas eran de color cobre, herrumbrosas. El Raurito sacó un gato del saco y lo echó en el agua. Se hundió, volvió a flotar y volvió a hundirse. Había maullado trágicamente. Los ojillos aún los tenía cenados. Al Raurito le dio como un mareo y le vinieron ganas de vomitar. Se sentó en el suelo llorando. El Federico dijo:

—Déjame a mí.

Ya el gatico en una mano, no se atrevió. Entonces lo cogió el Grúa y lo estampó contra el paredón. El gatico hizo ¡miau!, y ¡plaf!, todo al mismo tiempo. Igual ocurrió con el resto de los gatos. Rebotaban en el muro e iban a parar al agua. El Federico le dijo al Grúa:

—Eres un criminal.

—¿Por qué? Peor el Raurito que lo ha tirado vivo al río. Yo los mato primero.

—Pero a ti te gusta hacer eso.

—Y a vosotros también. Lo que pasa es que sois unos gallinas.

(Los gorriones son fáciles de domesticar. Si los cogéis de nido, culones, crecen dóciles y bien educados. Si son mayores, se les corta las alas. Se acostumbran a no poder volar, corren por casa, acuden cuando los llamas y comen en la mano. Se encaraman en las sillas, a veces, y uno, a veces, se sienta encima de ellos sin darse cuenta y los aplasta, a veces. Si & un gorrión le pegáis un hilo de lana roja en la cabeza, parece que tenga cresta y adquiere un aspecto raro y extravagante. Incluso se consigue venderlo como si se tratara de un pájaro exótico. ¡Hay que ver!).

En el verano, las cosas siempre van mejor que en el invierno.

Las moras de las zarzas son gordas y negras. Recalentadas por el sol y llenas de polvo dan dolor da barriga, eso dicen, pero al Grúa jamás se lo produjeron. Las mejores se daban en las barrancas de la Montaña. Las zarzamoras eran tan tupidas que podías encaramarte por ellas, basta alcanzar

las de las puntas, luego de algunos rasguños. En la fosa común también se criaban muy gordas, mucho más que las de los setos de los campos. Tenían sangre de muerto, mas al Grúa le daba igual. Las moras que se crían en las moreras son blancas, o rojas, y su sabor es dulzón, Insípido. Al Grúa le gustaban más porque había que robarlas. Las moreras se erguían, deformes y retorcidas, en las lindes de los campos. Pertenecían a un caserón amarillo, tétrico y misterioso, cuyos dueños el Grúa no sabía cómo se llamaban.

En el buen tiempo, Dios abre su mano pródiga. Cuando una cosa se acaba, empieza otra. Después de las alcachofas vienen las habas, o viceversa, el Grúa no lo tenía muy controlado. Comerlas en el propio terreno es comerlas en su propia salsa. En los ribazos hay regaliz. Las zanahorias son de color naranja. La leche de los higos hincha los labios y produce picazón.

El invierno también tiene sus cosas buenas, aunque no tanto. Se hielan los charcos y da gusto morder los pedazos de ese hielo que se forma. Se puede resbalar sobre la superficie helada de los ríos, y cuando el hielo se rompe y uno se hunde en él, te burlas a gusto si sólo pesca un remojón y no le pasa nada, que nunca pasa, pues los ríos del Grúa tenían poco caudal. El Grúa se pasaba los días tendido al sol, como los viejos lagartos, al pie de un respaldo, o en los pajares. Y cuando apretaba el frío se meaba los pies para tenerlos calientes. Claro que luego se enfriaban y era terrible.

La Pucha dormía hasta muy tarde. El Grúa, no. El Grúa agarraba lo que encontraba para almorzar y se iba por ahí a vaguear. Los regatos y acequias estaban atestados de unos peces tan diminutos y anodinos que ni a pececillos llegaban. Probablemente eran de alguna especie sin clasificar. Ellos —ni Dios debía saber por qué— los llamaban gambucias. Con una caña y un hilo y en la punta una lombriz, a pescar se ha dicho. Nada de anzuelo. Un anzuelo era demasiado grande. Ataba el trozo de lombriz con un nudo en el hilo. Hambrientos, picaban sin parar. El mismo trozo servía para siempre. Tragaban, los sacaba del agua, tiraba y les extraía el trozo de lombriz de la boca. Los incatalogados pececillos los metía en una botella de agua y se los llevaba a casa. En una jarra de cristal, como si fuera una pecera, hacen la mar de bonito. Como que había más peces que agua, a la mañana siguiente estaban todos muertos. Si alguno quedaba vivo, siempre acababa colándose por el agujero de la fregadera al cambiarles el agua.

Para pescar ranas ataba una bolita de algodón en lugar del trozo de lombriz. Sacudía con breves golpecitos la caña y las ranas caían en el garlito. De todos modos, le gastaba más ensartarlas con una larga caña y un punzón en la punta, a manera de lanza. Las ranas, fritas, son exquisitas. Si luego de desolladas y cortarles la cabeza les echáis sal, se mueven y bailan como si estuvieran vivas.

Pensando en sus amigos de la calle, que en aquellas divinas horas se

podrían en las aulas de la escuela, el Grúa se sentía gorrión, golondrina, gato, sin trabas ni ataduras, pero en cuanto barruntaba que era la hora de la salida de las clases, acudía a la calle, a jugar con ellos a «campíulet», «plantats», «ídem», «corrida», «galop», «fava de burot», etcétera.

El Grúa arrastraba a sus camaradas en sus correrías locas, y los llevaba a bañarse al río de las Losetas, cerca de la Estación, o más arriba, en el río de los Palítroques. El río de los Palítroques era un río lleno de estacas a sus lados, para sujetar las márgenes. Más abajo, atravesando la carretera Recién Terminada y antes de llegar a la vía del tren, estaba enlosado. Allí se llamaba el río de las Losetas. Paralelo a él corría el río Negro, un río ancho, fétido, que arrastraba el agua de las cloacas. El Mediaceja se bañaba en él. Se bañaba desnudo y salía vestido, o lo parecía. Salía untado, pringoso, con escorias y residuos en las piernas y los brazos, rezumando porquería. Entonces se bañaba en el río de las Losetas y quedaba limpio.

— Mediaceja, eres un marrano.

— ¿Ay, por qué? El río Negro es más ancho, y más hondo. En el río las Losetas no puedes capuzar, ni nada.

También se iban a bañar a la balsa del Molino. Era una balsa grande, de ladrillo, con un fondo verde y misterioso. A un lado se erguía la estructura esquelética del molino, un molino que siempre se orientaba hacia el viento, como si tuviera instinto, y que hacía un ruido metálico cuando giraba la rueda de sus aspas. En esta balsa se ahogó el Piernillas pequeño. Se enredó entre de los hierros del fondo y no pudo salir. Tuvieron que venir los bomberos y extraerlo con garfios.

Desde entonces nadie quería bañarse allí. El Grúa, a veces, lo hacía, y dejaba a los demás con la boca abierta.

— Desde luego que el Grúa es valiente, más que ninguno da la calle.

— ¿Más que el Mediaceja?

— Más.

— ¿Más que el Chonilla?

— Más.

— ¿Más que el Alberto?

— Más.

— ¿Más que el Martos?

— Más.

— Bueno, bueno.

— Y, además, que esos no son de la calle.

— Oye, el Martos, sí.

— Bueno, ése yo no lo cuento.

(Si a una cadenera (colorín, jilguero) le cortáis la punta del pico de abajo, no puede comer. Entonces podáis dejarle la jaula abierta. No tengáis miedo,

que aunque se marche volverá. Siempre que tenga hambre volverá a que le deis de comer por vuestra propia mano. Probadlo).

En la vía del tren había varios puentes, e incluso un túnel que pasaba por debajo del Cementerio. De estos puentes, el más grande era el que había sobre el Paseo, el de Hierro. Tenía tres ojos, por decirlo así, y los demás sólo tenían uno. También era el más alto. A la izquierda, mirando para Barcelona, estaba la casa del Sisquet. En los terraplenes crecían cardos, y cañas, y «varillas de San José», y unas hierbas (lechetrezna) cuyo tallo lo rompes y sale leche, leche de bruja, claro.

Las «varillas de San José» echan una flor diminuta, blanca, con una raya anaranjada en el dorso de sus pétalos y estambres del mismo color. Hay quien en lugar de llamarlas «varillas de San José», las llama «zapatitos del niño Jesús». En estas florecitas se posan las mariposas, con las alas abiertas, temblando, esperando al macho.

La hierba «leche de bruja» es de color verde amarillento, con las hojas redondas y chiquititas en forma de pina, con el tallo sonrosado, con un fruto como capsulitas.

El Grúa se tiró con una sábana del puente Alto del tren. Usaba la sábana a modo de paracaídas. La cogió por las cuatro puntas, aguardó a que el viento la hinchara, se puso a horcajadas sobre el barandal de hierro, y saltó. Por poco se mata. Cayó de pies sobre el adoquinado y una especie de corriente eléctrica le sacudió todo el cuerpo. Por un momento creyó que las piernas le iban a salir por la cabeza. Le reanimaron los aplausos de la concurrencia, la barriada infantil en peso. Se puso en pie y casi que no podía andar. Cojeaba de un modo alarmante y le faltaba la respiración.

— ¿Qué te ha pasado, Grúa?; El Grúa se molestaba.

— Si no me he hecho na, si no me he hecho na.

A todo el que lo miraba fijamente se lo espetaba.

— ¡Si no me he hecho na, si no me he hecho na! ¿Qué leche miras?

Renqueó durante un puñado de días.

La Pucha se preguntaba, extrañada:

— ¿Cómo se habrá ensuciado esta sábana de polvo y de carbón?

B te echas leche de bruja en el miembro viril, éste se desarrolla considerablemente. El Grúa y los compinches de la calle lo hacían y se les hinchaba de una manera bárbara. Y a presumir).

La Pucha regresaba a su casa tarde, muchas veces ya de madrugada.

El Grúa era el último de los arrapiezos del contorno en irse a dormir. Se quedaba hasta el final en los corros de las comadres oyendo los chascarrillos verdes que éstas contaban. En verano a la fresca, y en invierno junto id brasero, llenándose de humo y apurando los últimos carbones.

— Es una lástima irse a dormir dejando esta hermosura de ascuas.

Si. Lo era.

En el buen tiempo, la gente dormía con las ventanas abiertas. Encaramarse a las rejas era fácil, y mirar dentro, a ver qué pasaba, divertido.

El Carabruta y la Nuria era un matrimonio que se acostaba temprano. Él tenía que levantarse a las cuatro, era basurero, para enganchar el caballo. Como se acostaban pronto, empezaba la función pronto.

— ¡El Carabruta y la Nuria trajinando! ¡El Carabruta y la Nuria trajinando!

Corría, la noticia, como una bala. Los chiquillos acudían como moscas y se pegaban por mor de encaramarse a la ventana. Se tiraban de las piernas.

— Ahora me toca a mí, ahora me toca a mí.

El Carabruta cesaba en sus forcejeos.

— Nois, baixeu d'aquí^[3].

Como que no «baixaven», tornaban a su tarea.

La tía Pingoronga decía:

— Adespúés, dicen que si los murcianos. Pero a los catalanes también les gusta, también.

El Grúa había llegado a la conclusión de que ver hacer aquello a los grandes era más divertido que todos los escarceos que ellos —el Grúa, el Caliche, él Federico, el Abrán, el Martos— practicaban con la Maruja, la Leonorica y la Asuncionica, las tres aprendizas de meretriz de la calle. Los grandes ponían más entusiasmo, más pasión. Los grandes sabían bien lo que pasaba y ellos, no.

Los hijos del Carabruta y la Noria se enfadaban con quienes se encaramaban en la ventana.

— Y vuestros padres, ¿qué?

El Carabruta y la Nuria vivían realquilados en la casa del Trini. Ocupaban una sola habitación y dormían hacinados, por el suelo, como podían. Se juntaban a dormir dieciséis. El Carabruta, la Nuria, una cuñada, cinco hijos, él marido de la hija mayor, dos hijos de la hija, los viejos, ¡ya nos hemos descontado!

La Pucha se retiraba de madrugada. El Grúa se iba a dormir sin cenar. A veces, la Manija lo daba parte de su cena. Y la Esperanza, alguna noche, le puso un plato de sopa.

— Vergüenza lo tenía que dar a tu madre.

El Grúa se estaba despierto hasta tarde, viendo, a través de la ventana, desde la cama, la noche y las estrellas.

La Pucha, cuando llegaba, muchas veces al amanecer, despertaba a su hijo.

— Toma, te he guardado esto.

Y le daba un pastelillo mordisqueado, o un trozo de pan con queso. El Grúa se caía de sueño y le daba mucha rabia que lo despertaran. Maldecía a

su madre. «*La mala bruja, la mala pu*». *Algunas noches, la Pucha lloraba. El Grúa lo oía.*

«*¿Toda la noche por ahí y ahora llora? ¿Por qué llorará la tía ésta?*».

(La Luna, si la miras fijamente, y durante mucho rato, viene y se te come, dicen. ¡Phs!).

13

Las panochas estaban tiernas. Los granos de maíz eran harinosos, lechosos. Se podían estrujar con los dedos. Había ido a coger unas cuantas, *pa torrarlas*. Daban tanto gozo, que la primera que había arrancado se la estaba comiendo. Sentado entre el maizal, tranquilamente, le había quitado la perfolla. Allí nadie lo podía ver. El maizal, en su interior, era verde, transparente, umbrío, amarillo, todo a la vez, como una plácida y pequeña selva. Se tumbó en el suelo, boca arriba. El cielo, los trozos que se veían, eran azules. El sol de la tarde se filtraba de través. De repente, en lugar de los trozos de cielo, vio las caras de los cuatro hijos del Sisquet. Había venido inclinándose entre los altos tallos. No podían haberlo visto, estaba seguro. Y ahora se hallaban allí. Sonreían. Sonreían diabólicamente. Uno de ellos tenía la nariz corva.

—Conque robando panochas, ¿eh?

El Grúa no dijo nada. Sabía que con aquéllos no le valdrían coplas. Eran unos mocetones corpulentos, tan corpulentos como desalmados, que ya es decir demasiado. El Grúa, desde el suelo, los veía doblemente grandes. Desde su rencor y su odio, doblemente desalmados. Lo cogieron de las orejas y lo levantaron a pulso. El Grúa apretó los dientes. Arremetió contra el más cercano y le golpeó en la barriga, que era donde alcanzaba.

—¡Uno a uno, cobardes!

Se echaron a reír. De un manotazo en la nuca lo; abatieron contra tierra. Tornaron a levantarlo. El Grúa se lió a dar patadas. Si conseguía alcanzar a alguno en sus partes, estaba listo. Probó a morder. Lo sujetaban de los brazos, se los retorcieron, lo acogotaron. Lo fueron arrastrando campo a través, tronchando el maíz, aplastándolo. De la casa de payés salieron dos o tres perros ladrando. El hijo mayor les sacudió varias patadas.

—*Fóra, jora, aquest és per a nosaltres*^[4]!

Las ocas graznaron, abriendo las alas, batiéndolas. Una se lanzó con el cuello estirado y le atizó un picotazo al Grúa. Sólo le alcanzó la ropa. El Grúa tenía tanta rabia que no veía.

—*Anem a lligar-lo a l'olivera*^[5].

Pasaron por la era y salieron al camino. El olivo era grueso, retorcido, con ramas que caían hacia abajo, con una que llegaba hasta el suelo, con agujeros, con nudos, con huecos. Lo ataron a él y lo dejaron allí. El Grúa pensaba: Ahora me darán un par

de tortas y me dejarán ir.

Pasaban chiquillas, con lecheras.

—Un chico amarrado a un árbol.

El Grúa forcejeó.

—¿Sois de las Económicas, vosotras?

—No. Nosotras somos de La Maresma.

—Era para que fuerais a decírselo a mi madre.

Las chiquillas echaron a correr.

—¡Huy, es de las Económicas, es de las Económicas!

La Judit, la hermana del Gafas, iba muchas tardes a por leche a *cal* Sisquet. «*Siquiá pasase*». Pero no pasó. Era ya tarde y habían terminado de despachar la leche. Si estuviera atado a la otra parte del olivo vería pasar a su madre cuando fuera a coger el tranvía. Hizo fuerza. Probó de dar la vuelta. A lo mejor no se veía el Paseo, como él creía. Por lo menos, que a su madre le diera por buscarle antes de irse. No lo haría. Ya estaba acostumbrada.

Los hijos del Sisquet habían puesto una cuerda a remojo en uno de los lavaderos.

—*Aixís pesa més i fa més mal*^[6].

—*I que s'ajusta millor a les costelles*^[7].

Su padre les dijo:

—*Qué aneu a fer*^[8]?

—*Vos té deixi'ns, pare*^[9].

Amarrado al olivo como estaba le zurraron hasta que se cansaron. Lo embrearon, como dirían en la calle. Al Grúa se le saltaban las lágrimas, pero apretaba los dientes para no gritar, para no romper en sollozos. Se le escapaba alguna blasfemia y algún insulto. Entonces, los hijos del Sisquet arreciaban los golpes.

—*Deixeu-me a mi*^[10].

La cuerda estaba tiesa, dura. El Grúa, finalmente, suplicó:

—¡No lo haré más! ¡No, no, no!

—Estaba vencido. Lloraba.

Los hijos del Sisquet se marcharon y lo dejaron allí, atado al olivo. Notaba la carne caliente y picazón donde estaban las ligaduras. Quiso rascarse y no pudo. *Esto* le dolía más que los golpes. Se estaba haciendo de noche. Su madre ya no vendría. Su madre no lo sabía. La carne se le hinchaba y se le clavaban las cuerdas.

Al otro lado del camino estaba la mole inmensa del terraplén de la vía, cubierto de cañares. Más allá, el puente de donde se tirara él con su improvisado paracaídas. Por allí era donde se amagaba el tío tísico, el tío de las uñas largas. Tenía fiebre. Le castañeteaban los dientes.

Pasó el mercancías. Antes de llegar al puente, silbó. Había una rampa e iba muy lentamente. Era un tren largo. La máquina hacía: «*Ma-qui-nis-ta-fo-go-ne-ro a-yu-dad-me-que-no-pue-do*». La máquina hacía: «*Mu-cha-car-ga-por-ca-car-ga; mu-cha-car-ga-po-ca-car-ga*». La máquina hacía muchas cosas. Todo era cuestión de

imaginación. Se veía la boca abierta de la caldera y sus llamas.

Al pasar por encima del puente —ladeó la cabeza, alargó el cuello todo lo que pudo para verlo— cayó una lluvia de brasas. En la oscuridad parecían estrellas. Después aceleró la marcha —*pocacargamuchacarga, pocacargamuchacarga*—, y últimamente se vio el furgón de cola con su rojo farol. El Grúa volvió a forcejear. Le hubiera gustado marcharse con ese tren.

Fue una noche de indeleble recuerdo. Del tronco del olivo brotó un mochuelo. Se posó en la rama que casi tocaba el suelo, frente a su cara, cerca de su cara. Parpadeaba continuamente. Tenía unos ojos fosforescentes, unos ojos que se veían verdes, como si carecieran de fondo. De vez en cuando silbaba. Luego movía la cabeza a un lado y a otro, como si la tuviera suelta. Cuando echaba a volar no hacia nada de ruido. Lo hacía pausadamente, como si acariciara el aire. Se iba al cementerio a comer muertos, pensaba el Grúa. Luego volvía otra vez a la rama, y a los parpadeos, y a los silbos. Ahora me picará. Tenía frío, tenía sed. Le dolía todo, le escocía todo. Las muñecas le iban a reventar. Se moda de miedo. Toda la noche estuvieron aullando los perros. Esto le daba mala espina. Al amanecer, el búho o mochuelo, a lo mejor lechuza, se coló en el tronco hueco del olivo, con sus ojos como ruedas de molino, con su cabeza como la del farmacéutico. El Grúa estaba empapado de rocío. Tiritaba. Un hijo del Sisquet se acercó con un cuchillo y cortó las cuerdas.

—Esto te servirá de escarmiento. El Grúa cayó al suelo, derregado. Estuvo un rato en esta cómoda postura. Cuando se levantó, el hijo del Sisquet se había ido. Casi que no podía andar. Tenía el cuerpo amoratado; los huesos, quebrantados. Tambaleándose marchó hacia su casa. Allí encontró a su madre, borracha.

La Pucha, al llegar y no ver a su hijo, llamó al cuarto de la Esperanza.

—¿Ha visto a mi hijo, Esperanza?

—No, yo no lo he visto. Su hijo siempre se retira cuando le parece.

—Sí, pero ahora es ya muy tarde. El marido de la Esperanza remugó:

—¿Qué le pasa a ésa?

—Nada. El Grúa, que aún no se ha recogido.

—Menuda somanta le pegaba yo si fuera hijo mío.

La Pucha se fue a casa de la Jesusa de los críos. Aquellas horas no eran horas de molestar a nadie, pero lo hizo. La Jesusa de los críos no sabía darle razón; sus hijos, tampoco.

—Esta tarde, cuando me fui, ya faltaba de casa. ¿Dónde se habrá metido?

—Espera hasta mañana, Pucha, a ver si aparece. Si no, se lo diremos al Crescencio, para que lo pregone.

La Pucha no sabía qué hacer. Algunas veces que había llegado pronto a casa, el Grúa no estaba en ella.

Entonces aguardaba a que llegara y le pegaba. Ahora haría igual. Pero ahora eran ya altas horas de la noche. A su hijo tenía que haberle pasado algo.

Se fue a recorrer las tascas de la calle Central, a ver si lo encontraba por allí.

Algunos bares estaban cerrados. Otros, cerraban ya. El Grúa, por ninguna parte. Fue y se compró medio litro de coñac. Le pidió una botella al del bar, para echar el coñac en ella.

—Mañana te la devuelvo, Pedro. Es que voy buscando a mi Gruíca, ¿sabes?

—¿Y así lo buscas? ¿Con *la* coñac? ¡Ja, ja!

La Pucha lloraba.

—Si quieres *la* coñac *de* gratis ya sabes lo que tienes que hacer, Pucha. ¡Ja, ja!

—Otro día, Pedro, otro día.

Se fue con su pena y su coñac y por el camino le pegó algún tiento a la botella. Tal vez cuando llegara a casa lo encontrarla allí. No le iba a pegar ni nada. Se beberían el licor entre los dos. Empinó el codo de nuevo. Volvió a empinarlo. Tenía ganas de llorar y de reír. Dio un trago largo. Más de llorar que de reír. Hipó. Quería gritar y decir que su hijo se lo habían robado. Volvió a beber. Quería gritar que su hijo la había abandonado. Con aquel coñac no iba a tener para toda la noche, para aguardar hasta mañana, para aguardar a que su hijo llegara. Tornó al bar. Se apresuró, a fin de llegar antes de que cerraran. Las calles aparecían desiertas. En el corto trayecto apuró la botella. Ahora pediría un litro.

El Pedro estaba poniendo las sillas encima de las mesas.

—¿Así estamos, Pucha? ¡Ja, ja!

Le palpó el trasero.

—Estate *quieeeeeto*, Pedro. Se lo *diiiiiré* a tu mujer.

Volvió con el coñac a casa. Éste lo bebería poco a poco, con cuidado, para que durara. Ella era guapa. Y quería a su hijo. Más que al gorrino de su marido, que la plantó. Su hijo era como él. También la había plantado. Otra vez a llorar. Su hijo era su marido. En di pasillo de casa tropezó con la silla que había detrás de la puerta. Como sólo tenían una llave, ponían aquella silla, para que la puerta no se abriera, para que fuera como si estuviera cerrada. La Esperanza apareció en refajo.

—Pucha, ¿no le da vergüenza?

—¡*Mii* hijo, Esperanza; *mii* hijo, Esperanza! —gimoteaba.

—¿Ésas son maneras de buscarlo?

La Esperanza entró a la Pucha en su cuarto y la echó encima de la cama.

—*Pooooonnngame* la botella al lado.

Se la puso. En el suelo, al alcance de la mano. La Pucha lloraba, cantaba, bebía. Así la encontró el Grúa.

La Esperanza le había dicho al Grúa:

—¿Qué te han hecho, hijo, qué te han hecho?

—Nada, tía Esperanza, nada.

—Entra y; verás a tu madre, qué poco conocimiento que tiene.

La Pucha abrió los ojos y no se lo quería creer.

—¿Estás *aquí*, hijo de mis entrañas?

Se incorporó para abrazarlo.

—¿Qué tee han hecho, hijo mío, qué tee han hecho?

El Grúa no contestaba.

—¿Quién ha sido, que me lo *cooooo*mo?

El Grúa se acurrucó junto a su madre y se quedó dormido.

Estuvo cuatro días afiebrado, con dolor de huesos, con dolor de espalda, sin querer probar nada, arropado en las sábanas no muy limpias de la cama, sin querer decir a nadie lo que le había pasado, rumiando su pena y su odio.

Su madre se iba a sus quehaceres. Entonces entraba la Maruja.

—¿A ver los morados, Grúa?

Le levantaba las ropas y lo sobaba.

En cuanto el Grúa se recuperó de la somanta, volvió a merodear por los alrededores de *cal* Sisquet. Esta vez con mucho cuidado, pues sabía que se la jugaba.

Primero se introdujo en los cañares del terraplén de la vía. Por allí escarbaban y se revolcaban en la tierra las gallinas de *cal* Sisquet. Quiso coger alguna, pero se le escapaban. Vio una pata con su cría y mató dos patitos. Los cogió del cuello, con los dedos índice y pulgar, y apretó. La pata había salido huyendo, huyendo y graznando, y el resto de la pollada, también. Los perros ladraron enfurecidos, poniendo tirantes las cadenas con las que estaban atados. El Grúa se estuvo quieto y acurrucado hasta que los ladridos cesaron. Después salió al camino y se aproximó al olivo. Quiso romper, la rama baja, pero era muy resistente. Arrancó puñados de hojas, y algunas ramas frágiles. La sangre le hervía. Se encaramó en el olivo. Metió la mano en el hueco que había en la copa. Sacó al adormilado mochuelo, o búho, o lechuza, lo que fuera. Saltó al suelo. Levantó una nube de polvo negro al hacerlo. Al mochuelo o lo que fuera lo llevaba cogido con una mano por el nacimiento de las alas, igual que si llevara una garba de cebollas. El pajarraco hacía cara de no saber a qué venía todo aquello.

El Grúa se engarabitó por el terraplén y salió a la vía. Cogió una piedra regular. La sospesó. Él tenía buena puntería. De la calle, después del Jipi, el que más. El Jipi era el hijo mayor de la Jesusa de los críos. La masía de *cal* Sisquet quedaba distanciada. No sabía si llegaría. No sabía si le daría a alguna de las ventanas. El mochuelo le estorbaba, pero no era cuestión de soltarlo. Tiró la piedra y dio en la pared de la casa. Los perros empezaron a ladrar de nuevo, más furiosamente. Cogió rápido otro pedrusco y lo arrojó con más fuerza. Sintió batir de cristales y salió huyendo. Por poco lo arrolla el mercancías, el mercancías que salía del puente y cogía la rampa hacia abajo. El maquinista sacó medio cuerpo fuera de la máquina y lo amenazó con el puño. El Grúa corría y volvía la cabeza atrás. El maquinista y su puño se empequeñecían en la distancia. El maquinista lo había insultado. Al Grúa le daba igual. El tren era corto. Sólo tres vagones. Pasó el puente a toda «velo». Las planchas de hierro resonaban bajo sus pies. ¡*Clang, clang, clang!* Los hijos del Sisquet, por más que corrieran, no iban a alcanzarlo. Bajó de la vía del tren cuando llegó al camino que va a la Casa de la Torre, siguió el solar donde decían que iban a

hacer el Almacén de Hierros y cruzó por el barrio de la Fábrica de Chocolate. Daba una gran vuelta para llegar a casa. Pero así no lo encontrarían. Unos chiquillos querían ver el mochuelo. El Grúa volvió a correr. No estaba para entretenerse.

En Su calle lo rodeaban todos los chavales. Todos deseaban examinar, reconocer, tocar tan estrafalario, pajarraco.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Lo menos cinco duros te los dan.

El Grúa no quería venderlo. El Grúa quería vengarse.

Quiso clavarlo en la puerta de su casa, pero la Esperanza no lo dejó. Entonces lo crucificó en la puerta del huerto del tío Maximiliano. El Cebollica entró en el huerto por un agujero de la valla de cañas y sostuvo la puerta por detrás, para que no la hundieran los martillazos del Grúa. El Caliche aguantaba el mochuelo. El Grúa clavaba. El pájaro abría el pico y lanzaba un ronco estertor, una especie de gemido. Las mujeres aseguraban que aquellos bichos traían mala suerte. Una sabía una rara oración que decían en su pueblo contra los encantamientos y sortilegios y la rezó. El tío Maximiliano acudió y desclavó al animal. Le desgarró las alas al hacerlo. Lo arrojó a un montón de basuras, en un huerto vecino. Saltaron a ese huerto y lo recuperaron. El Grúa lo reclamaba.

—Es mío.

—¿Cómo tuyo? Ahora ya no tenía amo. Ahora estaba tirado.

Forcejaron. Estiraron de él. El animalillo aún vivía y los miraba. Finalmente le ataron un cordel a una pata y lo arrastraron por la calle arriba y abajo. Luego, ya muerto, lo abandonaron. Hecho un pingajo corrió muchas manos. Todos querían ver aquella basura y reconocer en ella el —para ellos— exótico pájaro.

Aquella noche se corrió la voz de que al tío de las uñas largas lo habían visto en el Paseo y todo el mundo se volcó hacia allí. Al Grúa se le removieron las tripas de alegría. Ojalá lo clavaran como al mochuelo. Echó a correr junto con el Abrán. El Abrán llevaba a su primo el Gafas de una mano. Los hombres llevaban estacas. El Carabruta, la tralla. El tío Lucio, la escopeta de dos cañones. El tío Lucio gritaba:

—¡Dejármelo a mí! ¡Dejármelo a mí!

En unos montones de carbonilla junto al campo de la Mandrágora, el Gafas tropezó y cayó cuan largo era. Su primo tiraba de él. Mucha gente le pasó por encima. Entre ellos el tío Lucio.

—¡Dejármelo a mí!

Al Gafas le doblaron las gafas.

En el Paseo no había nadie. Los hombres estaban furiosos. No imaginaban por dónde habría podido escaparse. Levantaron la tapa de una cloaca, por si hubiera huido por allí. Ninguno de los circunstantes lo había visto. Registraron los campos cercanos. Iban obcecados. Sin luces ni faroles la busca era difícil. No sabían quién había dado la alarma, ni falta que les hacía. No sabían quién era el que había visto al tísico, pero era igual.

El Grúa estaba apesadumbrado. Después de la satisfacción del mochuelo, a aquello no había derecho. Pasaba un hombre con un saco y el Grúa gritó:

—¡Ése, ése! ¡El del saco! El Abrán le dio con el codo.

—No seas animal.

Se abalanzaron sobre aquel desgraciado y lo tundieron.

—¿Ay, a qué viene esto? ¡Yo no he hecho nada, yo no he hecho nada! Uno de los presentes dijo:

—A este hombre lo conozco yo. Este hombre es del Barrí Nou. No se lo querían acabar de creer.

—¿Y qué lleva en el saco?

Llevaba huesos. Había estado hasta muy tarde recogéndolos por los campos, para venderlos.

—Y esto, ¿qué?; y esto, ¿qué?

—A este hombre lo conozco yo.

—Tan de noche no son horas de venir de los campos. Estuvo en un tris que no lo lincharan. Al Grúa le hubiera gustado.

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA

Una cosa horrenda y abominable ha acontecido en esta tierra.

Jeremías, V, 30.

El 19 de julio, domingo, él Abrán, él Gafas y el Raurito fueron a misa de diez. La iglesia estaba casi vacía. El hermano del Abrán, que era el presidente de los «avanguardistas», y el Rius, un grandullón que estaba a punto de pasar a los «fejocistas», habían ido a misa de ocho y habían encontrado la iglesia igual.

«Mosén Lluís nos ha dicho que nos fuéramos en seguida a casa, que no teníamos que haber ido a misa».

Estaban disgustados. Al día siguiente tenían que salir para la acampada de diez días. Iban a los valles de Olot. Ya había sido hecha la distribución de tiendas, cinco para cada una de ellas, con su respectivo jefe. Al Abrán, al Gafas y al Raurito les había tocado juntos; el Abrán de jefe. También tenían preparadas las camisas caquis, y los pantalones cortos de pana, y las mochilas, y los «escudillómetros», todo el atuendo de boy scouts. Y ahora resultaba que el ir de «camping») se aplazaba. El cura les había dicho que había una huelga de transportes o de no sé qué y que no podrían marchar el día señalado, que tendrían que retrasado... Sonaba a rara excusa. Desde luego, un verdadero asco.

Aparte del Abrán, el Gafas y el Raurito, no había casi nadie en la iglesia. Solamente el jefe de los portantes del Santo Cristo, el señor Botey, y tres o cuatro beatas. Otros domingos, durante esta misa, la iglesia aparecía de bote en bote, debido a los niños que asistían al catecismo. Algo extraño se mascaba en el ambiente.

Después de la misa encontraron al cura en la puerta de la rectoría. El Gafas, el Raurito y el Abrán le besaron la mano. «¿Por qué habéis venido hoy a misa?». Estaban confundidos. No comprendían por qué no se podía ir a misa hoy precisamente, siendo domingo. «Marchaos en seguida a casa».

El señor Botey se había acercado.

«Mosén, usted no tiene que temer nada. Usted se ha portado muy bien con todo el mundo. Nosotros estamos aquí para defenderle. Yo le aseguro que mientras yo esté aquí...». Las cuatro beatas pasaron y saludaron respetuosamente. Al cura se le habían humedecido los ojos. «Usted, señor Botey, también debe irse a su casa, cuanto' antes, mejor».

El Gafas, el Raurito y el Abrán hubieran querido preguntar por los diez días de campamento, qué iba a ocurrir con ellos, ¿es que se iban a evaporar? Pero no se atrevieron, Aquel día todo era raro.

En las Económicas, la gente decía que en Barcelona estaban pegando tiros. En las puertas de los bares, los hombres se aglomeraban. Los chavales se sentaban en las aceras, comentando en lugar de jugar. El Gafas contaba que su primo Moisés faltaba toda la noche y toda la mañana de casa.

«Mi tía Raquel no hace más que llorar. Dice que lo habrán matado». El Abrán, con la boca Sena, dijo: «Mi primo Moisés es anarquista». El Gafas dijo: «Es más primo mío que tuyo». El Abrán atizó otro bocado al pan.

«Ay, ¿por qué? ¿No somos tú y yo primos? ¡Pues, entonces!». «Pero tú y yo somos primos por parte de padre, y con él lo soy por parte de madre, y tu madre y la mía...». «Ay, ¿y qué?».

Los hombres, aparte de los acontecimientos, comentaban el calor que hada. «Nunca como este año».

A media tarde, el Grúa se acercó entusiasmado y formó corro con el Abrán y los otros chiquillos. «¿Sabéis qué? Van a matar al cura». El Abrán dio un salto y salió corriendo hacia su casa. El Gafas y el Raurito le preguntaron al Grúa: «¿Quién lo va a matar?».

«¡Huy, muchos!», dijo el Grúa. «Lo menos han ido diez. El Matapencos, el Otoña, el Asensio, el Sesentaynueve...».

El Abrán le estaba diciendo a su hermano, el presidente de los «vanguardistas»:

«¡Abel, Abel, han ido a matar a mosén Lluís!».

El Abel fue y se lo dijo al Rius.

El Raurito se había puesto a llorar. El Grúa lo miraba como se mira a un bicho de una especie desconocida.

«¡Anda y no seas cipote!».

El Abel y el Rius salieron corriendo por en medio de los campos, para adelantar terreno, cortando de través. Cruzaron los huertos, los campos del Antolin, los del Sisquet, la vía del tren, el camino de Polvo, los del Gabarró, y salieron detrás de la parroquia. La iglesia y la rectoría estaban abiertas y todo desvalijado. El Santo Cristo estaba sin cabeza.

Al Chona, el cura, una vez le había dado una manta. Hacía dos días que le había dado una barra de pan y un par de duros. Aquel pan era el que el cura tenía para cenar.

«Bueno, bueno, menos cuento. Esa gentuza sólo da lo que les sobra».

«Además, que todo lo de él era tuyo. ¿Es verdad o es mentira?».

«Ahora éste es capaz de rajarse».

El Chona se encorajinó.

«¿Qué os apostáis a que voy yo solo y lo mato?».

El Matapencos le dio su pistola.

«No creo que seas capaz».

El cura les estaba observando desde la ventana del despacho. Estaban parados en medio del sendero que había a la derecha. No oía lo que decían. Luego vio al Chona que se adelantaba solo. Salió a abrirle la puerta y lo hizo pasar.

«Ya veo que vienes a matarme».

El Chona miró la pistola que llevaba en una mano.

«Me la ha dado el Matapencos. Yo no llevaba».

«Puedes hacerlo cuando quieras».

¡En menudo compromiso había metido al Chona! Salió pitando.

«Ir vosotros si queréis. Yo no lo mato».

El Matapencos le cogió la pistola.

«Eres un cobarde. Dejarme a mí». Luego lo pensó mejor. «A fin de cuentas, el cura no nos ha hecho nada».

Estaban como desmoralizados, es un modo de decirlo. Se fueron alejando.

A la rectoría llegó el padre del Gaspar, el muchacho que se cuidaba de la biblioteca de los «avanguardistas», el bibliotecario, ¿no?

«Mosén, usted debe salir de aquí».

«No hay ningún miedo, no me harán nada. Ahora mismo han venido unos del barrio de las Económicas a matarme y no se han atrevido».

El padre del Gaspar se quedó blanco.

«Seguro que esos vuelven. Venga quítese la sotana. En mí casa estará a salvo. Allí nadie le vendrá a buscar».

El padre del Gaspar estaba nervioso. Se había aproximado a la puerta. «Apresúrese. Esos vuelven». Salieron por la puerta de atrás de la rectoría y se zambulleron en un cañar. Los vieron pasar vociferando. Iban algunos más. Se metieron dentro de la casa rectoral. Después salieron por la puerta de la iglesia. Llevaban estolas y casullas. Le iban dando puntapiés a la cabeza del Cristo.

Vieron llegar, por la parte izquierda, al Abel y al Rius. El cura los quiso llamar, «avel, avel...».

El padre del Gaspar le tapó la boca. «Si son Abel y Rius».

«Sí. Pero será mejor que no le vean. Son unos muchachos y se les puede escapar el que le han visto. Incluso los perjudicaría a ellos». El padre del Gaspar había dicho:

«Nos estaremos aquí hasta que anochezca. Es expuesto atravesar La Maresma de día».

El grupo formado por el Matapencos, el Chona, el Sesentaynueve, el Asensio, el Vagoneta, etc., se habían tropezado con el Figurín, el Príncipe y el Martínez. «¿Qué, ya habéis matado al cura?».

«No, tú. El cura, a fin de cuentas, no nos ha hecho nada».

¡Plis, plas, plis plas! El Figurín le pegó al Chona cuatro guantadas con el anverso y reverso de la mano.

«Venga, volvamos atrás».

«Pegas porque no llevo pistola, que si no».

El Figurín le dio el trasto al Príncipe.

«Toma, aguanta. Ahora ya no llevo. ¿Qué pasa?».

El Chona dijo:

«Bueno, vamos a dejarlo estar». «Sí, vamos a dejarlo estar. Será mejor». Llegaron a la iglesia y el cura no estaba. «¿Veis? Ya ha volado. ¡Por burros!». Se liaron a destrozar. «Hemos de pegarle fuego». «Para eso necesitamos gasolina». «Vamos a buscar».

Habían abierto los armarios de la sacristía. Se disfrazaron de curas. Abatieron el Santo Cristo y le arrancaron la cabeza. El Matapencos se quería llevar el cáliz y el copón. El Figurín no lo dejó:

«Hay que romperlo todo». «Pero esto vale dinero».

«Que valga».

Volvieron a las Económicas. El Sesentaynueve le colocó una estola en el cuello a la Judit, la hermana del Gafas. Una estola morada y blanca.

«¡Beata, beata!».

La Judit agarró una piedra y escalabró al Sesentaynueve. El Sesentaynueve fue a pegarle una torta, pero el padre del Gafas lo agarró del brazo.

«Sesentaynueve, si tocas a mi muchacha, te pego un trazarazo que te quedas en un cincuenta; que te quedas baldeo para toda tu vida; que quedas para el arrastre; inútil para hacerle a tu mujer todas esas porquerías que cuentas...».

El Sesentaynueve sacó la pistola.

«Y yo te agujereo la tripa, fascista».

«El fascista lo serás tú».

El padre del Gafas sacó el carnet rojo y, negro de la C. N. T. y se lo restregó por las narices.

«Mira los años que milito en el Partido. En cambio, tú, qué. Sólo desde hoy. ¡Arribista, ladrón!».

Era ya de noche cuando fueron a pegar fuego a la iglesia. Los de La Maresma se les hablan adelantado. El edificio era de piedra y ardía mal. La Virgen de La Maresma había desaparecido, Nadie sabía dar razón de ella. Las campanas habían sido derribadas del campanario y un traperero se había llevado una de ellas. Los vasos sagrados ya no estaban. El Figurín se mesaba los cabellos. Había entrado el primero.

«Siempre hay quien se aprovecha de las revoluciones». Lo que le dolía es que hubieran sido más listos que él. Se la había querido dar con queso a sus amigos, haciéndose el idealista. Ahora lo habían jorobado. ¡Burro, más que burro! ¿Por qué no se los llevó antes? Pegaba patadas a todas las cosas.

Arrancaron el cuerpo decapitado del Santo Cristo y se llevaron la inmensa Cruz. El Chona se la echó al hombro, parodiando el calvario de Jesús. El Príncipe le dio una patada en el trasero y el Chona cayó al suelo. Alguien le escupió.

«Bueno, bueno, no sus lo toméis tan a pedio, que, a fin de cuentas, yo no soy el Señor».

Con la cruz auestas un rato cada uno, ahora la llevo yo, ahora la llevas tú, llegaron a la barriada. La clavaron en la calle Central, en el hoyo donde antes había una acacia, frente a la casa del tío Maximiliano, un indiano respetable y bigotudo que tenía la mejor tienda de ultramarinos de las Económicas. Clavaron la cruz e insultaron atrocemente al tendero.

«¡Monárquico, fascista, cura, beato!».

El tío Maximiliano quería salir y plantar cara a aquellos locos. Su mujer, una mestiza que hablaba marcando las eses, lo sujetaba.

«¡Marimílianito, conojimientito; que éstos son capasitos de matarte! ¡Mía que si sales te balean!».

A la mañana siguiente aún humeaba la Iglesia. Desde las Económicas se vela una columna de humo saliendo por detrás de la vía del tren. La madre del Gafas entró llorando y despertó a su hijo.

«Dionisio, han quemado la iglesia. ¡Los salvajes!». El Gafas tenía demasiado sueño para que aquello le importara enormemente en aquellos instantes.

El Grúa y el Abrán se acercaron a ver la iglesia arrasada. El edificio continuaba en pie. Por algunos sitios se desmoronaba. La gente entraba y se llevaba lo que podía.

Los confesionarios, los bancos y el altar se habían quemado completamente. El Abrán se metió por la rectoría y buscó la biblioteca. Todo estaba destrozado, chamuscado. Fragmentos de artesonado le caían encima. Encontró un álbum de cromos a medio quemar y se lo llevó. El Grúa se había metido en la sacristía. Los armarios todavía humeaban. Buscaba una custodia, o un cáliz, algo que fuera de oro. Encontró un bonete y se lo puso. De esta guisa salió a la calle. El Abrán le dijo: «Pareces un cura». Entonces se lo quitó.

El 19 por la tarde, el Crescencio se había hecho el dueño de la situación, «El pueblo necesita armas».

Y mandó a los hombres que surgieron voluntarios a las casas de payés, a por las escopetas de caza.

Los perros ladraban, el payés salía, y el jefe de la partida soltaba la frase patética: «El pueblo necesita armas».

El payés daba su escopeta de dos cañones y ya tenían a un hombre armado.

El Moisés, el primo del Gafas, que había vuelto de dar el pecho en las barricadas de Barcelona, se encargó de la masía de cal Sisquet.

Los cuatro hijos del Sisquet, y el Sisquet también, llevaban las escopetas en la mano y los tenían encañonados. El Moisés iba armado con un nueve largo, y algún otro de sus acompañantes llevaba un viejo fusil.

«Deponed las armas», dijo el Moisés. «¿Sí, barbudo? Ven a buscarlas si te atreves». Era el de la nariz corva, el más feroz, el que había hablado. El Moisés no perdió la calma.

«No venimos a robaros. Sólo queremos las armas. Nada más. Las necesitamos. Se tendrá en cuenta vuestra valiosa ayuda al pueblo».

El Sisquet padre se echó a un lado y encañonó a sus hijos. «Tenen raó. Donem-els-hi^[11]».

El Grúa, que sentía admiración por el Moisés y por sus barbas de apóstol, los había seguido. Cuando vio desarmados a los Sisquets empezó a gritar:

«Son unos fachas. ¡Matarlos, matados!».

El Moisés lo cogió de una oreja.

«Lárgate, peque».

«Es que una vez me pegaron».

«Es igual. Date el bote. No mezcles aquí tus asuntos personales».

Cinco escopetas de cazar y sus cartuchos era algo que estaba muy bien.

El Crescencio dijo:

«Tenemos pocas armas».

Se habían incautado del colegio de los ojos malos, aquel pabellón de madera verde que parecía un chalet, y habían montado allí el Comité.

«Y para colmo, unos idiotas han ido a matar al cura con las pocas pistolas que teníamos».

«¿Quiénes han sido ésos?».

«El Matapencos, el Chona, el Sesentaynueve, el Asesio, el Casimiro...».

El Grúa salió corriendo, a decírselo a aquéllos beatos del Abrán, el Gafas y el Raurito. Sabía que les iba a dar gusto, ¡ja, ja!

El Crescencio dijo:

«Voluntarios para ir a tomar el Cuartel».

A todos los que iban armados no les quedó más remedio que salir voluntarios. El Moisés se puso al frente.

«Yo iré con ellos».

«No», dijo él Crescencio. «Con ellos iré yo. Tú, quédate, recluta hombres y levanta barricadas; una a cada lado del Paseo, en las dos salidas de la barricada».

En el Cuartel de Infantería les opusieron escasa resistencia. La oficialidad, en su mayoría, había huido. Los soldados no querían saber nada. Cuatro tiros, los de rigor, y volvieron llenos de fusiles, cajas de munición, cascos, machetes y una ametralladora. Se armó todo el mundo hasta los dientes.

La barricada de la parte de arriba, la de cara a la playa, quedó a cargo de los cuatro gatos del Centro de Esquerra que había en la Colonia Parcerisas, y que la defendían con escopetas de cazar. Era una barricada hecha de cualquier manera. Por allí no amenazaba peligro alguno.

«¿No? No poco», decían los cuatro celosos esquerristas. «Imagínate que haya un desembarco por mar, ¡imagínate!».

Estaban tumbados en el suelo, con las escopetas al alcance de la mano, y fumaban cigarrillos plácidamente.

La otra barricada, la que miraba a Barcelona, estaba levantada a conciencia. El Moisés había desplegado toda su estrategia. Habían levantado los adoquines y habían formado una muralla con ellos. Habían puesto grandes montones de sacos teneros llenos de arena. En el centro habían colocado la ametralladora. A la izquierda, una especie de laberinto o paso tortuoso, para que pudieran cruzar los autos, previo reconocimiento. En los hoyos que quedaban luego de haber sacado los adoquines, había una arenilla fina donde se sentaban los milicianos cómodamente a beber y fumar.

El Barri Vell y La Maresma también habían levantado sus barricadas. Era un mutuo guardarse las espaldas barriada con barriada.

15

El Grúa miraba embelesado la ametralladora; Incluso pasaba sus dedos por ella y la acariciaba. A un lado estaba la caja llena de peines de munición. El Moisés, con sus barbas al aire, estaba sentado detrás.

—Vete a tu casa, chaval. Las noches no se han hecho para los críos.

El Grúa estaba poseído de una rara mezcla de conciencia y de deber. Además estaba orgulloso de que a los otros muchachos los echaran de donde había hombres y a él no.

—Tu madre estará pasando pena.

—¡Huy, mi madre! Bueno, yo, ¡mecachis!, a mí, mi madre, desde una vez que estuve toda la noche fuera de casa ya no me dice nada, ya no hace caso. Fue cuando me pegaron los hijos del Sisquet.

En aquellos momentos el Grúa era todo un hombre.

—Mi madre se va cada noche por ahí. Estos días, no, porque hay tomate. De vez en cuando se emborracha.

El Moisés miraba al Grúa con amor, como a un auténtico cachorro del pueblo, como a un pequeño paria de la sociedad. El Moisés trabajaba de picapedrero en la cantera del Morrot, y era anarquista desde los catorce años. A su vez era un intelectual. No había ido nunca a la escuela, pero había aprendido a leer. Todo el dinero que su madre le daba se lo gastaba en libros. Leía a Elíseo Reclus, a Pompeyo Gener, a Vargas Vila, a Federico Urales, a la Federica Montseny, a Blasco Ibáñez, todo a voleo, que es algo así como a lo loco.

—Tú, Grúa, ¿sabes la que es el anarquismo?

El Grúa no lo sabía, ni le importaba. El Grúa no sabía nada. El Grúa sólo sabía

que aquellos días había jaleo y esto le gustaba.

Habían traído la ametralladora entre cuatro, desde el Cuartel de Infantería, como un gran trofeo de una gran victoria. La habían *emplazado* en el centro de la barricada, y entonces resultó que nadie la sabía manejar. Afortunadamente, el Moisés, a quien habían licenciado hacía poco, había servido en ametralladoras.

—Pero aquellas ametralladoras no eran como ésta.

—¡Bah!, todas las ametralladoras, *si hace o no hace*, son iguales. —El Crescencio usaba una lógica que tumbaba patas para arriba, que tiraba de espaldas.

El Moisés había hurgado en la ametralladora y al final la había entendido. La probó disparando contra el invulnerable muro de hormigón que circundaba el Paseo. Dos impactos nada más que hicieron dos hoyos profundos. El Grúa metía el dedo en los agujeros y no tocaba el fondo.

Al Moisés le dijeron que tendría que estarse toda la noche con la ametralladora. El Moisés dijo que bueno. El Grúa dijo que se quedaría con él. El Grúa era algo así como la mascota de la barricada. Le daban de comer, de beber y de fumar. Al Moisés, las dos cosas últimas no le hacían gracia.

—Usted, Moisés, ¿no fuma ni bebe?

—No. Yo soy abstemio, chaval.

El Grúa se quedó con ganas de preguntar qué era eso de abs..., como se dijera.

Paralelo a la barricada, por la parte de dentro, se paseaba el Cojo en su carricoche de ruedas. Con las manos le daba a la manivela. Era un tío de tórax recio. Iba en camiseta de verano, al hombro el fusil con la bayoneta calada, y, en la cabeza, el casco. El casco, con la luna, relucía.

—Menudo centinela tenemos —dijo el Moisés al Grúa—. Si vinieran apretando, no sé lo que iba a hacer.

—¡Huy! —dijo el Grúa—, pues tirarse al suelo y disparar.

Al Grúa le hubiera gustado ser el Cojo. Aunque le pasaba lo que con el Tuertecico. Eso de tener una pierna menos y sólo medio pie... Mejor ser el Moisés, y tener una barba así, y saber disparar la ametralladora. El Cojo, llevaba una pata de palo, En la pierna de verdad sólo tenía medio pie. El Cojo era ladrón de bicicletas. El Príncipe, también. Que veían alguna bicicleta descuidada en algún sitio, ¡ya estaba!; montaban en ella y a correr se ka dicho. El Cojo, con su medio pie nada más pedaleando, corría más que el Príncipe. En las carreras de bicicletas que se organizaban cada año, ataba su medio pie al pedal con una cuerda y siempre llegaba el primero.

El Moisés había bostezado y le había dicho al Grúa:

—Tengo un sueño que no me veo. Dos días y dos noches sin dormir no es broma.

El Cojo, en su coche de ruedas, se largaba hacia la barricada de los de la Esquerra, a exhibirse allí.

El Cojo, lo gordo de la revuelta lo había pasado en las calles de Sans. El Cojo había hecho la revolución por su cuenta. En la Plaza de España, de un tiro, le habían

roto la pata de palo. Quedó sentado en el suelo. Llevaba un cinturón de bombas, y a bombazo limpio se defendió.

Más tarde se había presentado en las Económicas, subido en un taxi descapotado. Se había sentado encima de la capota doblada, con su gorda barriga, como un reyezuelo, en una mano la pata de palo rota y en la otra una bomba. El vecindario lo vitoreaba. El Moisés se caía de sueño.

—Si me pudiera fiar de ti, Grúa.

Le daba como una especie de vergüenza pedir que lo relevasen.

—Ay, ¿y por qué no?

—Mira, te estás quietecito, sin hacer nada. Si algo ocurre, me avisas.

El Grúa se sentó detrás de la máquina y el Moisés se acurrucó a su lado. Al Grúa le hubiera gustado que hubiese ocurrido algo, para haber visto trajinar aquel trasto, para haberle ido sirviendo peines al Moisés, para haber empuñado la ametralladora cuando al Moisés lo hubiesen matado.

Los hombres de la barricada habían ido por las tiendas del barrio.

—Los defensores del pueblo tienen hambre. Y habían empezado a llevarse sacos de judías y de patatas para sus casas.

El Moisés se había presentado con la pistola en la mano.

—Venga, dejad eso en su sitio. En la barricada no creo que haya lugar para guisar *monchetas*^[12] ni para freír patatas.

Luego había entrado en la tienda, la pistola ya en el cinto, y le había dicho a la dueña:

—Déles algo para que puedan tomar un bocado. Lo que usted buenamente quiera.

La tendera, emocionada por las palabras del Moisés, les había dado un jamón y una ristra de chorizos. Las demás tiendas habían hecho igual, y de los bares les habían enviado vino. La barricada de la F. A. I. era una juerga. Le habían dado un «fuet» entero a un perro.

—Toma, tú también has pasado hambre.

El Cuiqui le había quitado la especie de salchichón al perro y se lo había llevado a su casa. El perro le iba detrás gruñendo y ladrando. El Cuiqui había cortado el trozo que el perro había baboseado y se lo había echado.

—Toma y no gruñas.

A los *esquerranos* de la barricada de arriba, sus mujeres se limitaban a llevarles la comida con una fiambra.

El Moisés se había despertado.

—Ahora podías dormirte tú, Grúa.

El Grúa no opuso resistencia. Eran muchas las emociones y se quedó dormido en seguida. El Moisés le echó un saco por encima. Se arrimó un miliciano.

—¿Hay novedad, camarada?

—No, ninguna.

El miliciano llevaba un gorro estilo los de soldado, la mitad rojo y la mitad negro.

Otros llevaban pañuelos anarquistas atados a la cabeza, como si fueran piratas. El miliciano llevaba el fusil boca abajo.

—¿Cómo llevas el fusil?

—Es por si se dispara.

—Lo más probable, no llevas el seguro puesto...

¡Che!, le giró la llave del seguro.

—Así es como ocurren las desgracias.

Miró al miliciano.

—Me parece que tú pocos fusiles has visto en ta vida.

—¿Yo?, ninguno. Me libré del servicio por la tracoma.

Tenía los ojillos enrojecidos, el miliciano. Miró al Grúa.

—¿Por qué lo tapas con un saco, si no hace frío?

—El relente de la madrugada siempre es malo.

Continuaron mirando al muchacho.

—Él vera el sol de la humanidad por la cual luchamos.

El Moisés se sentía profeta. El miliciano creía que se refería a la obra de teatro «El sol de la humanidad», la que él salía como encapuchado de un misterioso tribunal.

—Mira que está bien esa función. ¿Cuándo la volveremos a hacer? El Moisés calló y no dijo nada. Amanecía. Por detrás de la Montaña se veían los primeros resplandores del sol. El Grúa se restregó los ojos.

—¿Has dormido a gusto, chaval?

El Grúa sentía algo de frío. Se frotó los costillares. Sentía ese gusto amargo del amanecer que se apodera de uno cuando no se ha dormido del todo bien.

Sonó el *claxon* de un auto. *Ta-ta-tá. Ta-ta-tá.* Lanzaba la consigna. C-N-T, C-N-T. Venía por el centro del Paseo, por entre los árboles, por el suelo de tierra en lugar de por el adoquinado. El Moisés le salió al encuentro. Un individuo con un mono azul sacó medio cuerpo por la ventanilla.

—Salud. Vamos a darle el paseo a éste. Éste era un hombre delgado y pálido, con gafas, sin corbata, despeinado. Estaba sentado entre el que había hablado y otro de igual catadura.

—Es un asqueroso burgués. El Moisés lo miró.

—¿Es cierto eso?

El hombre pálido habló:

—Soy médico. Esta madrugada se han presentado en mi casa y me han detenido. Le han quitado las joyas a mi mujer. A mí me han quitado el anillo y el reloj.

De un revés lo hicieron callar. Las gafas casi se le saltaron. El Moisés se indignó.

—Un poco más de modos. Vosotros todo lo arregláis pegando y matando.

—¿Pues qué quieres, que lo acariciemos? El Moisés llamó a uno de la barricada.

—Oye, encañona a éstos.

Luego le dijo al Grúa:

—Ve y avisa al Crescencio. El Crescencio estaba durmiendo en el colegio de los ojos malos, donde se había constituido la especie de Comité.

—Crescendo, el Moisés lo llama.

—¿Qué querrá ése a estas horas?

El Moisés le dijo al Crescencio:

—Pasa esto. Me voy al Sindicato Central, a ver qué hay de cierto. Este hombre tiene derecho a que se le juzgue y no a que lo maten como a un perro.

El Crescencio dijo:

—Moisés, me parece que tú te metes mucho en lo que no te llaman.

—¿Es que no estás de acuerdo, Crescencio, en que todo esto son atrocidades?

—Bueno, bueno. Yo no digo nada.

—Es que esta gentuza *son los que* harán que perdamos la revolución.

—Bueno, bueno. Yo no digo nada.

—Pues quédate aquí.

Desarmaron a los dos fulanos del coche.

—¿Qué es esto? ¿Es que no tenéis confianza en nosotros, o qué?

Uno de ellos miró al Moisés.

—A ti *te se va a caer el pelo*.

El Moisés se acarició la barba.

—No creo que me lo hagas caer tú, desde luego.

Se encaró con el chófer.

—Da la vuelta y a la calle Mercader, al Sindicato de la Construcción.

Los otros protestaron.

—Nosotros somos del Mercantil. Nosotros hemos salido de allí. Nosotros...

—Nosotros, vosotros —cortó el Crescencio—. Vosotros sois unos chorizos, eso es lo que sois.

El Moisés se llevó al otro compañero de barricada con él. El médico le decía al Moisés:

—Muchas gracias, muchas gracias.

—Usted no tenga miedo, que si no ha hecho nada, nada le pasará.

A los tres cuartos de hora estaban de vuelta. El médico ya no iba en el coche. Sólo los dos fulanos del mono azul.

—Me han dado orden de que liquide a yo no tengo valor. Matar a sangre fría me repugna.

Uno de ellos saltó del coche y se abalanzó como un loco contra la pared del Paseo. La pared era baja detrás estaba la hondura de los campos. El Crescencio sacó la *pipa* y lo socarró. Quedó hecho un pingajo al pie del muro, antes de llegar a él. El otro se puso de rodillas.

—¡Compañeros, camaradas, vosotros no podéis hacer esto! Ayer estuve todo el día dando el pecho en las barricadas.

—El pecho, el pecho... ¡los c...!

El Crescencio le dio dos tiros en la cabeza. Casi que no tuvo necesidad de mover la mano. Se le había abrazado a las piernas, cerca del cañón de la pistola. Quedó en el suelo, ovillado.

El Grúa dijo:

—Fíjese, Moisés, lo que le sale por la cabeza.

El Moisés estaba como apesadumbrado.

—Tú no debieras ver estas cosas, chaval.

16

En Barcelona había sido espantoso. Allí, en cambio, no había ocurrido nada. Ni en las Económicas, ni en el Barri Vell, ni en el Barri Nou, ni en La Maresma. El Grúa estaba disgustado. Contaba lo que había oído a los camaradas de barricada. Se le habían alargado los dientes oyéndolos. Ahora lo contaba como si lo hubiera presenciado él.

«En la plaza de la Universidad había todo de caballos muertos».

«Con el calor se hinchaban y jedían».

«En Hostafranchs, en los cables del tranvía, había las tripas de un hombre».

«A Francisco Ascaso lo mataron desde Colón».

«No, Durruti era más valiente que Ascaso. Durruti es más valiente que nadie».

«Han bombardeado el edificio de Capitanía».

«¿Con qué? Con tres cañones. El Chulla estaba allí».

«Han matado a todos los curas de Barcelona. De esta hecha ya no habrá más curas».

«Y a todos los ricos».

«Todos son fascistas».

El Gafas preguntó:

«¿Tú estabas cuando han matado a esos dos en el Paseo?».

«Sí».

«¿Qué se siente cuando se mata a alguien?».

«¡Ay! Yo no he sentido nada. A mi me hubiera gustado matarlos yo mismo, por mi propia mano».

«A mí me hubiese impresionado mucho verlos matar».

«¡Bueno!, pues si hubieras visto cómo se le salían los sesos a uno de ellos y cómo tenía el pelo chamuscado...».

En el Cementerio Viejo no daban abasto enterrando a los muertos. Había más muertos que sepultureros y que jornada para zambucados debajo tierra. La madre del Gafas y la del Raurito quisieron ir a ver esta especie de

espectáculo. A la madre del Gafas le gustaba mucho visitar el Cementerio. Tenía a su padre enterrado allí y cada domingo por la tarde iba a verle, es un decir. A la madre del Raurito, que era una mujer huesuda, le gustaba mucho discutir de política. Leía el diario, y, en las conversaciones, apabullaba a los hombres, unos hombres que sólo sabían decir:

«Lo que hace falta en España es que maten a todos los curas, ¡eso!».

O como el tío Huevos, que —¡cosa extraña!— debía ser de derechas, pues siempre decía:

«Que vayan y maten a Largo Caballero, ¡hueros!». Hasta que el padre del Gafas le dijo: «Oiga, tío Huevos, y, ¿por qué no va y lo mata usted?, ¡eso!». La madre del Raurito comentaba con encendido entusiasmo los artículos que un tal Gonzalo de Reparaz escribía en la «Solí», pues eran muy de su agrado. Los hombres, oyéndola, se quedaban embobados.

«Mira que es entendida la señá Blasa». El Raurito, el Gafas y el Abrán fueron al Cementerio con las dos mujeres.

«Grúa, ¿vienes con nosotros?». El Grúa fue.

Salieron al Paseo y por allí a la carretera Recién Terminada, que acababan de asfaltar.

Pasaban camiones con milicianos. «¡Salud! ¡Salud!».

Levantaban el puño. Los que se cruzaban con ellos, también. «Te matan, si no lo haces».

Al final de la carretera estaba la entrada del Cementerio, con su amplia verja de hierro. Crecían los eucaliptos y los cipreses. Junto a las paredes, adelfas.

«Vayamos por el otro lado y veremos el depósito». El depósito estaba lleno de cadáveres, todos muertos violentamente. Algunos llevaban vendas. Otros tenían la cabeza destrozada. Se veía sangre coagulada por doquier. Eran horrorosos. La muerte no embellece a nadie. En aquellas caras no había paz ni serenidad. Había terror, muecas, desfiguración, dientes salidos y agujeros de bala en la frente, o debajo de un ojo, o en el pecho, según. Ninguno había quedado tal como era, ninguno había quedado como si durmiera.

El calor precipitaba la descomposición. Algunos vientres se habían hinchado de tal manera que sobresalían del ataúd y parecía que iban a estallar. El olor a ácido fénico era tan repulsivo como el de muerto. Los enterradores se habían negado a trabajar. Aquello era insoportable. Companys en persona había tenido que arengarlos. Además, habían tenido que equiparlos con caretas y darles una botella de coñac por barba. Sólo embriagándose era posible resistir aquello, sólo bebiendo era posible aguantar.

Muchos cadáveres aparecían negros, como gangrenados. Otros violáceos,

o verdeños. Parece mentira los colores que puede llegar a adquirir un muerto. Había gente que miraba con curiosa morbosidad todo aquello; era un espectáculo: los muertos y las personas que buscaban angustiosamente al familiar que faltaba de casa o lloraban al ser querido que yacía allí, en los mármoles, convertido en algo monstruoso que repugnaba tocar.

El Gafas no podía resistir. Era demasiado.

«Mamá, vámonos. Después, por la noche, se me aparecen y no puedo dormir».

La señora Salomé sólo creía en la resurrección de la carne el día del Juicio Final.

«Los muertos no se aparecen, Dionís. Los muertos son para rezarles, no para tenerles miedo».

La señó Blasa le susurró: «Ahora ya no se estila rezar».

«No creo que nadie pueda prohibirme el que rece para mí, en mi interior», contestó la señora Salomé.

«Desde luego, pero procure que no se enteren o le ocurrirá lo que a éstos».

La señora Salomé suspiró.

«No me importaría nada recibir la palma del martirio».

«Vecina, usted no sabe lo que se dice. ¿Y quién cuidaría de sus hijos? Además, con el tiempo se convencerá de que esto de la religión son supersticiones».

La señora Salomé quiso acercarse adonde estaba enterrado su padre. Estaba enterrado en lo más alto del Cementerio, en uno de aquellos bloques de nichos que son como casilleros de apartado de correos. Cerca estaba la fosa común. Se aproximaron a ella. La tierra estaba reseca, amarilla. En las márgenes crecían matas de hinojo. El hinojo es bueno para hacerlo en tortilla. En un vertedero había restos de féretros y de coronas marchitas. A veces la tierra fallaba, el pie se hundía y se oía crujir la madera de los ataúdes. Había hoyos abiertos por las ratas.

Encontraron más muertos sin enterrar. Uno tenía las piernas llenas de vendas, hinchadas, gruesas, deforme. Los insectos se posaban en la sangre reseca, y en las caras desfiguradas. Eran unas moscardas cenicientas y unas moscas verdes, como metálicas. Unos perros famélicos hozaban por allí. Contaban que habían llegado a comer carne de muerto. Uno estaba lamiendo la sangre coagulada, disputándosela a las moscas y moscardas. El Abrán, de una patada, lo quiso ahuyentar de allí. El perro gruñó y enseñó los dientes.

El Grúa dijo:

«Déjalo que coma y reviente».

Desde aquella altura se vela toda la marisma, y los campos verdes

delimitados a lo lejos por montañas azules, y al inmenso mar, también azul, lamiendo la arena de la playa, y el puerto, y los depósitos de la Gasolina. Señalaban con el dedo.

«Mirar, la Farola. Si de un pedrazo llegáramos hasta allí...».

«Mirar, la vía del tren».

«Mirar, la Chimenea Rota».

«Mirar, las Económicas».

«Mirar, el puente».

Todo se veía pequeñito. Las casas, los hombres, los árboles. Sólo era inmenso el mar, el campo, el cielo, la tarde: su serenidad y su indiferencia lo abrazaban todo, lo anulaban todo, lo contrarrestaban todo, lo... ¡Naturalmente!

En el campo de la Mandrágora había otro cementerio. Éste no era horripilante como el de los muertos, ya que era un cementerio de coches; pero sí era más ruinoso, más catastrófico, más grotesco. En el otro, un puñado de tierra y, ¡hala!, todo disimulado. En éste, no. En éste, los automóviles aparecían arrugados como acordeones, abollados, hechos cisco, amontonados unos sobre otros. La chiquillería la gozaba en grande. Saltaban por entre la chatarra y se agarraban a los volantes y los hacían girar a un lado y a otro y se imaginaban que conducían de verdad. —«¡Pi-pit! ¡Mec-mec!»—. Aparte de esto se llevaban los cojinetes, y los hacían servir como ruedas en sus patinetes de construcción casera.

El equipo de fútbol de la Mandrágora estaba como desmoralizado ante la presencia de su pobre campo que ofrecía peor aspecto que los coches que albergaba. Desigual, lleno de rodadas y de baches, más de la mitad aparecía ya invadido por los destartados cacharros.

Unas ansias locas automovilísticas terribles se les habían despertado a los defensores del pueblo. Todos sabían conducir, o se lo creían. No ganaban para trompazos. Milagrosamente, siempre, quien más recibía era el coche.

Los autos corrían arriba y abajo. —«¡Ta-ta-tá, ta-ta-tá! ¡C. N. T., C. N. T.!»—, sin puertas a los lados, desmantelados, llenos de tíos con fusiles, como improvisados carros de combate. En los estribos también iban fulanos tendidos, asomando el cañón del fusil por entre el capot y el guardabarros. A veces no eran fulanos; eran fulanas. Las hijas de la tía Benigna se habían metido a milicianas.

«Y a p... ¡Si lo sabré yo! ¡Chap!».

«Oye, guapo, y ¿tú cómo lo sabes?».

La Crescencia estaba escamada, las hijas de la tía Benigna, y las Marquesas, y la Pascasia, y... Llevaban mono azul, gorro ladeado, pañuelo al cuello, pistolón al cinto. Creían en el amor libre. Estaban convencidas de que sin ellas la revolución, perdón, la contrarrevolución hubiera sido un asco.

Seguramente tenían razón.

«¿Es que la mujer no es la compañera del hombre? Y sí el compañero cae, ¿qué tiene que hacer la compañera? ¿No tiene que vengarlo?».

La Inocencia —Inocencia de nombre, eso por descontado— tenía el culo tan gordo que casi no cabía en el mono, casi lo reventaba. Tampoco cabía en el guardabarros, pero se empeñaba en ir allí, haciéndose la chula. En las curvas se agarraba como una leona al flanco del coche y le gritaba al conductora.

«¡Tú, que me caigo, que me caigo!».

«Pues agárrate fuerte, camarada».

Resultaba inaudito que no perdiera el culo, el gorro, el pañuelo o el pistolón.

Si la Pucha hubiera tenido diez años menos. —¡Bueno, si yo tuviera diez años menos!— se hubiese metido a miliciana o a querida de miliciano, que eran los que cortaban el bacalao.

Al Grúa, en la barricada, le daban de todo. Comía y bebía bien, como un rajé, y siempre apañaba algo que se lo llevaba a mi madre.

«Sí, tú, hijo, tráete todo lo que puedas. O, si no, nos vamos a tener que comer nuestros ahorros».

Los hombres habían estado unos días sin ir a trabajar. El Comité, para remediar la necesidad del pueblo, había decidido organizar unos repartos de carne. Iban por las casas de los payeses y se incautaban de una vaca, de un cerdo, de un borrego, o, en último caso, de un caballo. Lo mataban y a repartir. Ellos se quedaban los mejores trozos. Y los guisaban en el mismo Comité. Fuera se formaban grandes colas. La mitad se quedaban sin carne. Alborotaban.

«Para quienes ellos quieren sí que hay, sí».

«¡Golfos! ¡Antes unos muertos de hambre y, ahora mirarlos!». El Moisés no participaba en las comilonas que organizaban. Tampoco quería que su madre fuese de las preferidas. Hacía cola como las demás mujeres y a veces no le tocaba. «Y eso que mi hijo manda igual que ellos o más». El Crescencio estaba sentado en las escaleras del colegio de los ojos malos sorbiendo un bote de leche condensada. Aquello era mejor que la menta. El padre del Gafas le dijo: «Chupando del bote, ¿eh, Crescencio?». «Sí, ya lo ves. Chupando del bote». De pronto reaccionó.

«Oye, que yo no chupo del bote. A ver si,... Yo, lo que hago, es alimentarme, que falta me hace. Que yo, ahora, llevo muchos quebraderos de cabeza, y el último trompazo que di fue de aúpa. Yo he estado todos estos días partiéndome el pecho y vosotros, en cambio, qué, Yo...».

El Crescencio había llegado a romper más coches que nadie. Coche que cogía, piña segura. Tenía suerte, el condenado. Siempre escapaba bien. No

había visto un coche en toda su vida y ahora se empeñaba en que no había quien como él para conducir. De todos modos, nadie quería subir en los coches que él manejaba. Últimamente había dado un buen batacazo. Llevaba en el asiento posterior a la Inocencia y a una de las Marquesas. Ellas ya no llevaban el mono. Se habían dado cuenta de que estaban mejor con ropa de mujer, que así castigaban más. La Inocencia iba espatarrada, enseñando los muslos. Se hacía aire con la falda. El Crescendo no quitaba el ojo del espejillo retransvisor. De pronto, ¡plaf!, castaña contra un árbol de la carretera. El auto, una coca; el Crescendo, un golpe en el pecho con el volante que le hizo creer que se le habían hundido las costillas; ellas, un susto como una casa nada más. El Crescencio, después de esto, escupía más que cuando mascaba menta, a fin de observar si echaba sangre o qué, pues los golpes en el pecho tienen malas bromas, a veces traen cola, y ahora todo el mundo se lo había dicho: tú, de vez en cuando, vigila si escupes rojo, por si las moscas.

Se estaban formando las primeras columnas de voluntarios. Partían hacia Zaragoza, en donde los fascistas habían triunfado. En cuatro días se los comerían.

Pasaban camiones llenos de hombres atrincherados detrás de colchones. Los camiones eran como gigantescos erizos con fusiles en lugar de púas. Todo Dios se iba voluntario. Aquello iba a ser coser y cantar. De las Económicas se fueron el Crescendo, el Matapencos, el Sesentaynueve, el Chona, el Príncipe, el Figurín, el Puto, el Chicharra, el Vagoneta, el Chulla...

El Tuertecico y el Cojo decían:

«Nosotros porque no servimos, que si no...».

El Moisés no quiso unirse a aquella pandilla de arribistas. Él marchó al frente de Huesca enrolado en la columna «Los Aguiluchos de la F. A. L» El Grúa miraba los camiones con nostalgia. El padre del Gafas decía:

«Por lo menos, ahora, se habrán acabado los accidentes y las desgracias».

Las desgracias no habían sido tantas como hubieran podido ser.

El Santiago se había acercado un momento a su casa desde la barricada. Su hijo se puso a jugar con el fusil.

«Trae aquí, que te puedes hacer daño».

Quitó el peine y se lo volvió a entregar.

«Toma, ahora está descargado».

El hijo del Santiago apuntó a su madre.

«Mamá, mamá, ¡arriba las manos!».

«Anda y estate quieto».

«Tonta», dijo el Santiago, «si está descargado».

El hijo apretó el gatillo. Quedaba una bala en la recámara esa bala fatal que queda siempre. ¡Pum! Le sacó un ojo a su madre. A la mujer del Santiago la llamaban la Santiaga. Luego la llamaron la Tuerta.

«¡Mira, cosas que pasan!».

Una bala perdida, los primeros días, se le clavó en el brazo al Claqué grande.

Él creía que le había picado un bicho.

«¡Huy, mi brazo; huy, mi brazo!».

Lo llevaron al dispensario. El médico dijo:

«Esto es una bala de fusil».

«Pero si estaba en la puerta de casa y allí nadie ha disparado».

«Es una bala perdida. Se conoce en la trayectoria. Llevaba poca fuerza. De lo contrario le habría atravesado el brazo».

Todo el mundo se pasmaba y se hacía cruces.

«Lo menos venía de Barcelona esa bala».

«Lo menos».

«Por la postura en que estaba se diría que venía de Hospitales».

Como que la muchedumbre se amontonaba en las barricadas, ávida de curiosear, para espantarla decían:

«¡Qué vienen los fascistas! ¡Qué vienen los fascistas!».

Y la gente salía corriendo y alborotando. Una de las veces arrollaron al pequeñín de la Guinda, que sólo tenía cuatro años, y le partieron la clavícula.

Otra vez dijeron que iba a explotar el Polvorín. El Polvorín estaba en la Montaña, un poquito lejos, pero decían que sus fragmentos llegarían hasta el Tíbidabo. Todo el mundo agarraba colchones y mantas y tiraba a través de los campos, poniendo tierra por medio. En el Polvorín no había pólvora, ni municiones ni nada, mas nadie se lo creía. La tía Balbina, que estaba gorda y padecía del corazón, por poco la diña, del susto que se pegó.

La desgracia más grande le ocurrió al padre del Clemente, un tío chiquitillo a quien llamaban el Pulgarcito. El Crescencio organizó una especie de cursos relámpagos para aprender a manejar armas. A los novatos de la barricada se los llevaba al campo del Antolin y les enseñaba el manejo del fusil y el modo de lanzar las bombas de mano. Al Pulgarcito le estalló una de estas bombas de mano en las ídem. Le hicieron un entierro con banderas de la F. A. I. en el féretro, y lo llevaron a hombros los miembros del Comité.

Al Bandullo se le atravesó un hueso de la carne de caballo en la garganta y por poco se ahoga. Su mujer, con el rabo del cucharón, se lo sacó, con la especie de gancho que el rabo hace, ¡vaya!

campos, cuadrados verdes; el cielo, oro; el crepúsculo, dilatado. Sí, los tiros eran desolados).

Habían llegado por el Paseo, rasando las acacias. Encontraron que aquella *riera*, aquella especie de sendero o atajo, servía. A qué salir a los descampados.

—Tú, para aquí —dijeron al chófer.

Dos muchachos de quince y dieciséis años, arrinconados contra la portezuela, se abrazaron, convulsivos.

Uno de los milicianos —rubio, cara chupada, ojos azules, colmillo de oro— zarandeó a los dos chiquillos.

—Parecéis maricas magreándose.

El otro miliciano —labios gruesos, sin afeitar— replicó:

—Me cargan estos aprendices de cura.

—Esto es como aplastar la semilla en los sembrados para que no nazca.

—¿Eh? —El labios gruesos no captaba las sutilezas. Al rubio no le gustaba operar con aquel mameluco. Con él no existía el placer de la conversación.

A empellones hicieron bajar a los muchachos del coche. Éstos, que sabían lo que les esperaba, se agarraron a la portezuela y empezaron a llorar. Tiraban de ellos y no se soltaban. El miedo centuplica las fuerzas. Les dieron unas patadas en las manos.

El Grúa, que cogía ranas en el regato, al borde del camino, cuando los vio venir se encaramó por el ribazo y se arrimó.

—¡Eh, tú, mocoso, qué quieres!

El Grúa miró al miliciano rubio, que se pasaba el dedo por entre el cuello y el pañuelo rojo, por el calor; lo miró descaradamente. Habló con su voz ronca.

—Me gusta ver cómo los matan.

El labios gruesos se echó a reír. Se quitó el gorro de quinto y se lo volvió a poner.

—Éste es de los nuestros. ¿Lo oyes?

—Sí, yo soy de la F. A. I.

—¡Qué voz y qué facha! —El labios gruesos se desternillaba de risa. Se frotó la caraza, que le raspaba, con la mano. Le dio una patada cariñosa al Grúa en el trasero.

—¿Quieres matarlos tú?

El Grúa agarró la «star». Estaba el seguro puesto. Forcejeó con el artefacto. Los milicianos se partían de risa. Los dos seminaristas se habían abrazado. Tenían los ojos desorbitados, el pelo erizado, los labios balbucientes. Rezaban.

—¡Trae, trae! —dijeron los milicianos. Le quitaron la pistola al Grúa. Al ver a los muchachos abrazados se indignaron.

—¡Hijos de mala madre!

Con las culatas les golpearon los nudillos de los dedos, unos nudillos blancos, ya sin sangre.

—¡Hala, hala, separaos! ¡A morir como los hombres!

Quedaron solos, uno frente al otro, como sin apoyo, temblando. Los tiros eran como ladridos roncós en el crepúsculo enormemente dilatado. Parecía eso que se dice

siempre: que el tiempo se hubiera detenido, pero lo parecía de verdad. El más jovencillo de los dos seminaristas, el que tenía más cara de niño, se desmayaba ya y un tiro le alcanzó debajo del ojo, en el ángulo de la nariz. Quedó desfigurado, horriblemente feo. Le asomaban los dientes y tenía una como especie de mueca de rata. El otro había recibido los tiros en el vientre y no había quedado desfigurado. Únicamente conservaba la misma cara de espanto. La sangre, en el polvo, era como esas primeras gotas que caen cuando los aguaceros. Los milicianos se daban el piro. El labios gruesos, por el Grúa, decía:

—Es valiente el muchacho.

El rubio se encogió de hombros. Unos jornaleros, con la fiambarrera bajo el brazo, al marcharse los milicianos se acercaron. Venían de trabajar y no les había quedado más remedio que presenciar la cosa. El que parecía más viejo de ellos, rezongaba:

—Son estas canalladas las que nos harán perder la guerra.

Y unas mujeres, que también se habían acercado:

—Esto es una vergüenza. Que los hubieran matado de noche, como a los otros, ¿no?

—Bueno, bueno. ¿No son fascistas? ¡Pues entonces!

—¡Pero si son unos críos!

—¡Menudos burgueses estarán hechos sus padres! El Grúa estaba como borracho. Había mojado las manos en la sangre y se las pasaba por la cara. Esto le producía placer.

El jornalero viejo lo cogió de una oreja.

—¡Vete de aquí, maldito!

El Grúa se inclinó para coger una piedra. Él hombre le dio una solemne bofetada y lo hizo salir rodando. El Grúa echó a correr. Cuando estuvo lejos se lió a insultarlo:

—¡Tío fascista! ¡Tío cabrón! ¡Tío fascista! ¡Tío cabrón! ¡Tío fascista! ¡Tío cabrón! Parecía un disco rayado.

Iracundo, arañaba los adoquines buscando piedras.

18

Cada noche se ola el ronquido de los coches fantasmas. En las abovedadas noches de verano se oía todo con diáfana claridad. El frenazo seco, los pistoletazos, el aullido de los moribundos. Los pelos se ponían de punta. Había quien le horrorizaba: la madre del Gafas; había quien encontraba aquello muy bien hecho: la madre del Abrán; había quien encontraba aquello muy justo: la madre del Raurito.

«Son enemigos del pueblo, ¿no? Justo es que lo paguen».

La madre del Gafas se encendía.

«Pero eso son asesinatos».

«Vecina, vecina; antes asesinaron ellos».

El Moreno era un fanfarrias. El 19 de julio no se había movido de su casa. Pero presumía de que había hecho tanto y cuanto. Cada mañana, el padre del Gafas sacaba las gallinas, antes de irse a trabajar. Abría la puerta de casa y la del huerto y las gallinas atravesaban corriendo la calle y se metían en el gallinero. Al anocheecer, la misma operación, aunque a viceversa. Nadie se fiaba de dejar por las noches los animalicos en los huertos. El Moreno tenía el huerto tocando al del padre del Gafas. El Moreno había matado un conejo y había ido a tirar las tripas y la piel al montón de basura que poco a poco se convertía en estiércol. Llevaba las alpargatas llenas de sangre.

«Esta noche he dado el paseo a cuatro».

El padre del Gafas se lo miraba con miseratamento.

«¿Cuántos conejos dices que has matado? ¿Cuatro?».

El Moreno se enfadaba.

«No te rías, Simón, que cualquier día te voy a dar a ti el paseo. Tu mujer es una beata. Seguro que tenéis algún santo escondido en casa».

El padre del Gafas sacaba el carnet rojo y negro y se lo restregaba por las narices.

«Llevo más tiempo que tú militando en el partido».

El Tuertecico había requisado las gallinas de los huertos en nombre de los hospitales de sangre.

Una o dos por gallinero.

Iba con tres más y llevaban un camión. El padre del Galas no les había querido dar ni media.

«Usted se niega a colaborar con la causa, usted es un burgués, usted es un fascista».

«Yo doy, no una gallina ni dos, sino las diez que tengo, si de verdad es para los hospitales. Pero tenéis que enseñarme un papel que lo acredite».

El Tuertecico le enseñó un papel que lo acreditaba.

«Ese papel os lo habéis hecho vosotros mismos. Ese papel lleva el cuño del Comité. Yo quiero un papel sellado por el hospital, o por los médicos, o por Sanidad. Un papel cuñado por alguien».

«Así, ¿qué quiere decir, que nosotros no somos nadie?».

El Tuertecico jugueteaba con la pistola.

«A usted me lo voy a tener que cargar».

El padre del Gafas agarró los arpiots de cavar el huerto.

«Te voy a sacar el otro ojo, Tuerto».

Enseñó el carnet.

«Yo llevo más años que tú militand...».

Volvió a empuñar la especie de azada.

«Te voy a... Con las veces que te hemos cobijado en casa todos los

vecinos cuando la policía te venía a buscar... ¡Me cago en la mar!».

El Tuertecico no se pudo llevar las gallinas.

El Grúa y los demás muchachos, cada mañana iban a ver los cadáveres que amanecían por los alrededores. Se levantaban temprano, agarraban el almuerzo y, ¡hala!, a hacer el recorrido. El almuerzo consistía en unos enormes tarugos de pan y en medio cansalada, el Abrán; pernil, el Gafas; sobrasada, el Raurito. El Grúa, lo que podía, que muchas mañanas era nada. El Grúa estaba enganchado al juego de «parti tarti» con el Gafas, el Abrán y el Raurito. En cuanto los veía con los descomunales almuerzos, gritaba:

«¡Parti tarti!».

Y le tenían que dar un trozo. Si ellos gritaban antes:

«¡No partí tarti!».

Pues no había trozo.

El Grúa madrugaba y los acechaba a la salida de sus casas, para ser el primero en gritar.

Salían al Paseo y tiraban hacia abajo. Pasada la vía del tren encontraban los primeros muertos.

Los mataban a lo largo de la carretera que conducía a la playa, en el Camino de Polvo, que decía la gente; o en el atajo que paralelo a la vía del tren iba hasta la Colonia Lluñana, o... Por todos los lugares los mataban. En la playa que había junto a los depósitos de la Gasolina, en la pared del Cementerio, en el antiguo Hipódromo...

En donde más mataban era en las playas de la Gasolina y del Hipódromo, más en la Gasolina que en el Hipódromo. Por los caminos se veía un cadáver aquí y otro allí. En la Gasolina los mataban a montones, estilo Campo de la Bota y Rabasada. El Grúa y los demás hubieran deseado ir a ver las masacres junto al recinto de los depósitos de la Gasolina, pero tenían que atravesar el túnel del Cementerio y por allí merodeaban las bandas de arrapiezos de La Maresma y los linchaban. Las bandas de arrapiezos de La Maresma tenían su cuartel general en la Montañeta, un montículo minado junto al Dispensario Municipal y el Cementerio, y dominaban y avasallaban toda aquella zona.

En el Camino de Polvo, sobre una de las rodadas de carro, se hallaba echado de bruces uno de los cadáveres, muy cerca de cal Gabarró, en línea recta a la Casa de la Torre, una especie de en sus tiempos mansión señorial ya bastante destartada. A lo lejos, trepando por las laderas de la Montaña, el Cementerio; en la parte de abajo, verde de apreses; en la parte de arriba; el color indefinido de los casilleros de los nidios. Poético.

Había multitud de curiosos en torno al muerto. Era éste un hombre viejo, en mangas de camisa, chaleco desabrochado, espardeñas, manos callosas, tal vez un campesino. Estaba abrazado a una caja grande de hojalata llena de tabaco. El tabaco se desparramaba por el suelo. Había un librito de papel de

fumar. Algunos listos liaban cigarros, aprovechando la ganga. El Grúa lió uno. No los liaba muy bien y tuvo que poner dos papeles. Los del corro decían:

«Se ve que es un cura disfrazado de payés. Mirar la coronilla». Y señalaban la inmensa calva del viejo.

Otros tocaban las callosas manos.

«Sí que se ve que es cura. ¡Mirar qué manos más finas tiene!».

Días antes habían pelado a otro en aquel lugar. Le habían aplicado la «ley de fuga».

«Eres libre. Puedes marcharte».

Se tiró como loco terraplén abajo. Los tiros le alcanzaron al saltar la cerca del campo. Quedó colgado, de través, como un pingajo, en el alambre de espino. En cal Gabarró estaban nerviosos y atemorizados.

Otro día habían visto, junto a los raíles del tren, a un hombre gordo, con cinco balazos en la barriga. Decían que era el jefe de la Estación. Otros decían que no, que se le parecía, pero que no lo era. Encima del pecho le habían colocado una botella vacía de vino y un letrero que decía: «Por borracho». Un sarcasmo.

En el sendero que va a la Colonia Lluñana había otro hombre, con un tiro en el pecho y otro en la mejilla. En el orificio de la mejilla se amontonaban las moscas. En uno de los dedos le faltaba el anillo, se le veía la marca. Tampoco llevaba reloj, sólo la cadena.

«Robar a los muertos no está nada de bien. Un hombre será lo que sea, pero cuando está muerto ya es otra cosa. Entonces hay que respetarlo».

«¿Aun cuando sea fascista?». «Aun cuando lo sea».

En el puente del Cementerio, en los adoquines, donde lo atropellaban casi todos los coches que pasaban, habla otro hombre muerto llevaba un tiro en la sien, amén de tres o cuatro en el cuerpo. Por allí le salía un chorretón de seso. El Grúa señalaba: «Mirar, ése es el tiro de gracia». «¿Se lo dan a todos?».

«No, a todos, no. Solamente a los que rebullen». Cerca estaba la pared alta del Cementerio. Junto a la puerta había árboles y arbustos. Los mataban más hacia allí, donde la pared aparecía desnuda. En esta pared había un letrero tosco de alquitrán:

«Viva Indalecio Prieto». En los adoquines había huellas de sangre y manchas negras. A algunos, después de muertos, los quemaban. A otros los quemaban vivos. Corrían igual que las ratas que el Grúa rociaba con bencina. Gritando y aullando; corriendo; hasta caer al suelo; chisporroteando; retorciéndose; oyéndose el chirrido de la carne frita.

Junto al puente del Barrí Vell, en la vía del tren de Carrilet, quemaron viva a una muchacha de diecisiete años. Era a los dos días de la revuelta y aún estaban las barricadas levantadas. Habían abusado de la jovencuela entre los

cañares. Después la habían rociado de gasolina, un mixto y ¡hala! A los gritos, los de la barricada del Barrí Vell habían subido a la vía corriendo. Los asesinos saltaron a los huertos del Pupa. En la carretera del Cementerio, bajo los plátanos, les esperaba el coche. El Luis se lió a dispararles con el fusil, pero tenía mala puntería. El Pringue disparó contra aquella especie de antorcha humana, cortando en seco los horrorosos gritos.

«¡Canallas, canallas!», gritaba el Luis.

«¡En pleno día! ¡Canallas, canallas!». El Pringue se pasaba la mano por la frente sucia.

«Tenía que hacerlo, tú, tenía que hacerlo». Estaba a punto de desmayarse. «Tan guapa como era, tan guapa como era». Ninguno había podido verla con precisión, pero tenía que ser guapa a la fuerza, no podía ser de otra manera. Le golpeaban la espalda al Pringue. «Has hecho lo que tenías que hacer». «¿Verdad que sí que he hecho lo que tenía que hacer?». El Pringue llevaba un mono lleno de grasa. «Pringue, si metes esa granota en un puchero tenemos para hacer caldo toda la semana».

«Tenía que hacerlo, ¿verdad que tenía que hacerlo?».

En la pared del Cementerio, una noche, habían aplicado la ley de fuga a un desgraciado. Surtía más efecto este método. En cuanto les decían:

«Eres libre», salían huyendo.

Algunos, no.

«¿De verdad que estoy libre? ¿No me matarán por la espalda?».

«No, hombre, no».

Convencidos, corrían. A veces se detenían amedrentados. Disparaban igual.

«Conque huyendo, ¿eh?».

Lo engorroso era cuando no querían bajar del coche. Había que patearlos e, incluso, alguna vez, matados en di mismo automóvil. Pero esto era una lata, porque todo se llenaba de sangre.

En la pared del Cementerio, una noche, aplicaron a un desgraciado la ley de fuga, decíamos. Salid disparado y se metió en el macizo de adelfas.

«¡Me cago! Éste se nos escapa».

Estuvieron disparando contra los arbustos, contra los árboles.

«¿Lo habremos matado?».

«Yo creo que no».

Aguardaron un buen rato. De pronto lo vieron gateando por la pared, subiendo por ella, agarrándose a los salientes de las piedras. La vegetación cubría un trozo de pared. Le quedaba por salvar un enorme espacio descubierto. Parecía que de una pierna le chorreaba sangre. Le dejaron subir un trozo más, para que cobrara ánimos, para que creyera que escapaba. Cuando le faltaban unos palmos para llegar arriba, lo cazaron a balazos. Cayó

como un saco. Lo buscaron entre la maleza y lo encontraron hecho un pelele, muerto. Al otro día, los de la ambulancia no lo encontraban.

«Nos han dicho que había un muerto por aquí y no lo hallamos por ninguna parte».

Luego dieron con él.

«Fíjate, está como si quisiera incorporarse».

El padre del Gafas y el padre del Moisés, cuando iban a trabajar, veían a los que habían matado junto a la Empresa de la Gasolina. En la pedrera del Morrot, donde ellos estaban, también mataban a muchos. A uno lo quisieron picar al borde de uno de aquellos barrancos, para que cayera al fondo al morir. Se agarró a uno de los milicianos y rodaron los dos, estrellándose por entre las piedras. El padre del Gafas y el padre del Moisés habían visto a un tío gordo, atravesado de lado a lado por los disparos, con un habano nada más encendido al lado.

«Éste tuvo valor hasta última hora. Se ve que fumaba tranquilamente».

El padre del Gafas estuvo a punto de coger la enorme colilla de puro, como una gracia más que por otra cosa. Su mujer decía:

«¿Y hubieras tenido valor?».

«Pues claro, mujer, que hubiera tenido valor. ¿Qué mal le hacía ya entonces?».

El Gafas llegó a perder las ganas de comer pernil de tanto ver muertos. Lo rojo del pernil le sugería demasiadas cosas. Los demás no perdieron las ganas. El exceso habitúa y, el habituamiento endurece.

El Grúa y sus amigos ser habían divertido como hablan podido; los primeros días, con gorros de soldado, correaes y fundas de machete que el Martos —inexplicablemente— había sacado del Cuartel de Infantería luego del asalto de los de la barriada. Así equipados habían jugado a rojos y fascistas. Lo que para los mayores son asuntos de vida o muerte, para los pequeños son trivialidades. ¡Ay! Después se habían divertido con los muertos, con tan macabro espectáculo. ¡Ay! Ahora tenían una nueva diversión: las basuras de can Pi y can Cu.

Can Pi era la ciudad paraíso de los basureros. Can Cu era algo así como la sucursal de can Pi. Lo mismo, pero menos.

Can Cu estaba situada a la derecha de la carretera que va a Gavá, pasada los Cuarteles de Infantería. Era un barrio de calles cenagosas, unas calles llenas de barro y cerdos por todas partes. El barro negro aparecía salpicado de relucientes briznas de paja y esto hacía muy, bonito. Luego, la paja, hollada, cogía el color del barro y ya aquello no era tan bonito. Can Cu estaba circundada por piramidales montones de botes de conservas ya vados, ya oxidados por el agua y la intemperie. También había otros grandes vertederos donde hozaban los cerdos y las viejas rebuscaban tesoros: cintas,

cobre, metal.

Para ir a can Pi echaban por detrás de la Fábrica de Tejidos. En la parte de atrás había una acequia donde desaguaban los colorantes. Un trozo de esta acequia estaba llena de cal. Para todo el mundo aquello era el río de la Cal. Seguían el camino junto a esta acequia para salir a la balsa del Molino. Luego pasaban por frente de la casa del Chufra. En un riachuelo nadaban los patos del Chufra. Eran unos patos grandes, hermosos, con un enorme bulbo rojo encima de la nariz. El Grúa se echó sobre uno de los puentecillos del riachuelo.

«Ahora, cuando pasen por debajo, cogeremos uno».

«Chillarán».

«¡Qué va! Éstos son mudos».

Agarró a uno de la cola y tiró hacia arriba. El pato empezó a graznar y a aletear. El Grúa se quedó con un puñado de plumas en la mano. Los demás patos también se liaron a graznar. Una zarabanda atroz. El Chufra salió con la escopeta. Echaron a correr. El Chufra disparó al aire.

«Conque mudos, ¿eh?», dijo el Abrán.

«Pues una vez, con el Caliche, bien que cogí uno, ¿verdad, Caliche?».

Can Pi era como una especie de Venecia en pequeño y en sucio, sobre todo en sucio. Los canales que la cruzaban eran negros, fétidos, ponzoñosos. Los ríos de sus alrededores, también. Arrastraban los detritus de las fábricas y la porquería de las cloacas. Por sus calles deambulaban los cerdos, los patos y las gallinas. Todos sus habitantes eran basureros o traperos. En todas las casas había grandes montones de pa peí, de trapo, de cristal, de botes de hojalata. Triaban y enfardaban. Sus alrededores no eran campos, eran vertederos. Todo lo que la gran ciudad de Barcelona despreciaba, la pequeña ciudad de can Pi lo admitía de buen grado. Los carros verdes de la basura no paraban de ir y venir. Los camiones de escombros, también. Ahora, con la revolución, aquello había llegado al máximo de su esplendor. Parecía un nuevo Eldorado, un Eldorado de los desperdicios, desde luego. Todos los escombros de las iglesias quemadas habían ido a parar, allí; todas las sobras de las casas saqueadas, estaban allí; todas las enronas de los conventos destrozados, se veían allí; todo lo que ya nadie quería se amontonaba allí, en donde, aunque mentira parezca, aun persistían escarabajos humanos que amontonaban aquella porquería, la hozaban y le extraían la última substancia.

El Grúa, el Abrán, el Raurito, el Gafas, el Federico, el Caliche, el Hartos, el Cebollica, caían como locos en aquellas basuras. Había de todo, deteriorado y estropeado, nada entero, pero de todo. Casullas quemadas, bombillas fundidas, inyecciones pasadas, cruces mutiladas, rosarios incompletos, santos descabezados, ángeles sin extremidades. Hurgaban, con palos o con las manos, igual que topes. El Raurito se hizo un corte con una «gillete» y se

hartó de Dorar.

«Chúpate el dedo, chúpate la sangre», le decían. Pero como hipaba le era difícil chupárselo, chupársela.

Aquello era como cuando se quemó El Siglo y arrojaron los escombros en el solar donde ahora se estaba levantando el Almacén de Hierros; A veces, hurgando en can Pi, lo rememoraban. Aquello también había sido Jauja.

«¿Te acuerdas que me encontré media docena de sacapuntas nuevos de trinca? ¿Te acuerdas?».

«¿Te acuerdas de los lápices que me encontré? ¿Te acuerdas?».

«¿Te acuerdas que tu hermano Abel se encontró un camión y que sólo le faltaba una rueda? ¿Te acuerdas?».

Pasaban a otros recuerdos.

«¿Os acordáis cuando tiraron la carretada de plátanos verdes frente a la iglesia? ¿Os acordáis?».

«Menudo lote nos pegamos, ¿os acordáis?».

«¿Os acordáis que al Raurito le hicieron mal? ¿Os acordáis?».

Buscaban algunas maletas viejas y las llenaban de chirimbolos: cabezas de santos, tallas de querubines a las que faltaba un brazo o una pierna, niños Jesús, figuras rocas que habían servido de adorno en las cómodas de las casas, palilleros rosarios de fraile, monederos viejos, estatuillas de yeso, un bastón, media abanico, unos anteojos. El Grúa solo encontró, una de las veces, un portamonedas lleno de calderilla. Se relamían pensando si hubieran sido pesetas. Lo peor era que aquella calderilla ya casi no la querían en ningún sitio.

A los arrapiezos de can Pi no les hacía nada de gracia aquella J invasión de sus dominios por huestes extranjeras y se liaban a pedrada limpia con ellos.

El Abrán, entonces, sabía organizar unas magníficas retiradas. Al Gafas y al Raurito les había cogido las maletas viejas llenas de chirimbolos. Los demás les cubrían la retirada. El Abrán y el Grúa, tirando piedras, eran unos fenómenos. El Grúa le saltó los dientes a uno de los enemigos con un trozo de teja. En cuanto llegaban a las lindes de los campos del Chufra, se juzgaban en terreno propio y se consideraban salvados.

Con todas aquellas figurillas mutiladas jugaban a «los runotes». Llamaban así a una especie de pantomimas que el Abrán organizaba. Él, con sus manos, movía aquellos restos de muñecos. Claro que la mayoría de veces explicaba lo que éstos hacían o figuraba que hacían, si no, no había Dios que entendiese aquello. «Ahora el Figurín le pega al Chona; el Chona se vuelve y...». Todos miraban embelesados. Eran felices y lo sabían. No tenían deseos de hacerse jamás mayores. Miraban a las personas grandes con desprecio. Ellas no sabían lo que era el secreto de la vida.

«Cuando tengamos veinte o treinta años jugaremos igual a los vinotes. ¿Lo

prometemos?».

Lo prometían.

El Grúa era el único que a veces bostezaba con aquel juego. Los muñecos tenían nombres de gente del barrio, de gente conocida. Un payés de yeso, con barretina, bebiendo vino en un porrón, era el Chufra. Una cabeza de Popeye, el matón del Figurín. Un Popeye pequeñito, el diminuto Chona. Un San José sin piernas, el Carabruta, con la vara se le parecía. Una Virgen María, la Maruja. Un chico de loza verde, el tío Huevos. Etc.

El Gafas era quien guardaba en su casa esta especie de personajes. Los quería tanto que incluso dormía con ellos. La madre del Gafas les había cogido los rosarios frailunos, algunos de ellos enteros, sin faltarles ninguna cuenta, y los tenía escondidos en un cajón de la cómoda.

Otra de las cosas que recogían a espuestas en las basuras eran las chapas de las botellas. Con ellas jugaban a carreras de caballos. Añorando los tiempos de las carreras de «charrets» en el Hipódromo, bautizaban las chapas con los nombres de los caballos que de entonces recordaban, «Terrible», «Perla de Labuán», «Marqués», «Gálibo», «Irritación», «Jorobado», «Arqueador», «Pasito». Dando un golpecito con el dedo empujaba cada uno su chapa. Había que golpearlos cuidado, pues si volcaba era descalificada. El Grúa tosía una «Cinzano» roñosa, con un pegote de barro debajo. Esto la impedía volcar. Podía empujarla con ánimo y siempre llegaba el primero. Un día el Gafas tuvo la malhadada ocurrencia de lavar los caballos en un cubo de agua y el Grúa ya no volvió a ganar.

19

El Grúa huroneaba por entre las mesas del bar. Buscaba chapas y colillas. Se entretenía viendo jugar a los hombres al *siete y medio*. Hasta la hora que salieran el Gafas, el Abrán, el Raurito y los demás del colegio, no sabía qué hacer.

Todos los voluntarios del barrio, que habían ido a tomar Zaragoza, habían vuelto ya. La mayoría se habían hecho de las Patrullas de Control; El resto haraganeaba por los bares, la pistola al cinto, bravucones y feroces. El Crescencio, camino del frente, se había incautado de una hermosa torre de veraneo. En ella había sentado sus reales. Había mandado llamar a la gorda de su mujer y a sus dos hijas. Las dos hijas del Crescencio también eran gordas y, además, bigotudas: ¡y qué!

El Sesentaynueve y el Matapencos eran patrulleros. Llevaban uniforme de pana gris y pistolas ametralladoras con funda y culata de madera. Se burlaban del Figurín, que no había querido hacerse de las patrullas.

—Porque yo soy más honrado que vosotros.

—¿Más honrado que nosotros y cada noche, vas por ahí a ver lo que pescas?

—Pero yo me juego los *riñones* y vosotros no.

El Sesentaynueve, cada madrugada, volvía a su casa con una hermosa lámpara, o con un edredón de seda, o con una radio. Cada día una cosa. El padre del Gafas que estaba sacando las gallinas, lo veía pasar.

—Te estás forrando, Sesentaynueve. ¿A cuántos desgraciados estás dejando a la ruina?

El Sesentaynueve se disculpaba.

—Es que hemos organizado una tómbola benéfica y me ha caído esto.

—Me parece que vosotros organizáis demasiadas tómbolas benéficas.

El Sesentaynueve tenía su casa que reventaba. Todo amontonado. En las camas, ricas colchas. En todas partes, hasta en el water, lámparas. Las paredes, llenas de cuadros al óleo, pues le habían dicho que tenían mucho valor; tina radio, una máquina; de coser, una máquina fotográfica, una gramola. Su mujer se las daba de señora, de dama de la alta sociedad, y tomaba café, en un juego de té lujosísimo, un juego de auténtica porcelana. El Buque estaba sentado a la puerta del bar, de su bar, desbordándose de la madre silla.

—Mira que estás gordo, Buque. Cuando te mueras no te van a poder sacar por la puerta.

—¿Y si lo matáramos ahora?

Sabía que aquello era una broma, pero lo sacudid un rudimento de espanto. El Buque era un fulano grande como un tal.

—Andad, y no seáis brutos.

—¿Buque, Buque? Yo más bien lo llamaría transatlántico.

Pasaron adentro, el Figurín, el Matapencos y el Sesentaynueve.

Había dos soldados de la Columna de la Muerte. Llevaban un hermoso uniforme verde. El atuendo era vistoso y charro. En la boina, la insignia de una calavera. En la manga, bordada en rojo, otra, y la leyenda, además, de: «Sin Dios, Patria ni madre». Se exhibían. No; llevaban pistola ni arma de fuego alguna. Solamente puñal y bombas de mano.

—En cuanto nuestra columna salga para el frente sacábamos la guerra.

Se entretenían en clavar los puñales en la puerta del water. El Chona estaba dentro, *guiando*, obrando, y no podía salir.

—¡Eh!, que estoy aquí. ¡*Cudiao!* El hijo del Buque, que atendía el mostrador, les había llamado la atención, pues estropeaban la puerta, pero no le habían hecho caso. El Figurín había dicho:

—¿Qué clase de disfraz es ése?

Los del voluntarios habían ido hacia él con los puñales en la mano, amenazando. El Príncipe, que era de la banda del Figurín, los había encañonado con la pistola y mantenido a raya.

—¡Hala!, largo de aquí.

Los de la Columna de la Muerte se habían tenido que marchar. El Figurín le dijo

al Príncipe:

—Gracias, Príncipe, no te había visto.

El Figurín le dijo al hijo del Buque:

—¿Cuánto vale esa ringlera de botellas?

El hijo del Buque miró la estantería y echó un cálculo por lo alto.

—Tanto.

Luego lo pensó mejor.

—Esperar que se lo diré a mi padre.

—Papá, ¿cuánto vale esa fila de botellas? ¿Verdad que es tanto?

El Buque se levantó como pudo de la silla y entré. Había botellas de anís, de coñac, de «calisay», de «peppermint», de curasao.

—Sí, vale tanto.

El Figurín se volvió hacia el Príncipe.

—Oye, déjame la pistola. Me he *dijado* la mía en casa.

¡*Pam, pam, pam!* Se lió a disparar contra las botellas. No tenía demasiada puntería y a veces fallaba.

—Prueba tú, Príncipe.

El Príncipe acabó de romper las que faltaban.

—Tirar vosotros.

El Sesentaynueve y el Matapencos dijeron que no.

—Nosotros no podemos disparar sin más ni más. Nos la podemos cargar.

El Figurín sacó un fajo de billetes y los arrojó sobre el mostrador.

El Grúa se había arrimado a la estantería. Mojaba las manos en el licor derramado y las chupaba.

—Chaval, a ver si te cortas —le dijo el hijo del Buque.

El Figurín volvió a sacar más billetes.

—Pago una ronda a toda la concurrencia. Todos aplaudieron entusiasmados. El Grúa se arrimó al Figurín.

—Figurín, ¿a mi también?

—Sí, a ti también. Pero para que te la bebas tú y no para que se la lleves a tu madre. —Se encaró con el hijo del Buque—: Al chaval pónsela de ron. Todos se echaron a reír. ¡Jo, jo! El Grúa se bebió el ron. Le salían lágrimas por los oídos y humo por los oídos.

—Toma, ahora fuma.

Le dieron un cigarro.

El Sesentaynueve y el Matapencos, apurada su copa se fueron.

—Bueno, nosotros nos vamos.

—¿Es que tenéis miedo de que os riña la mujer?

—No sé por qué dices esas cosas, Figurín. Dentro de media hora entramos de servicio.

El Figurín remataba su copa de anís.

—¿Oyes, Príncipe? ¡De servicio! Éstos, al robar, le llaman servicio. Nosotros, por lo menos, no lo ocultamos.

No habían hecho nada más que marcharse el Sesentaynueve y el Matapencos, cuando paró un taxi en la puerta del bar. Bajaron unos oficialetes del Ejército Popular, Llevaban unas fulanas con ellos.

Se arrimaron al mostrador y pidieron de beber. Eran unos muchachos jovencísimos. Iban medio a la vela. Las golfas también. Mientras bebían, magreaban a las tías y las besaban. Ellas reían como locas. Uno de los oficialillos se apoyó de espaldas al mostrador, mirando a los circunstantes. Le dio a uno de sus compañeros con el codo.

—Oye, tú. Me parece que esto está lleno de *emboscados*. Toda esta gente *debería* estar en el frente.

Sacaron las pistolas y encañonaron a todo el mundo. Al Príncipe y a algún otro, que exhibían los pistolones, los desarmaron.

—A ver, todo Dios, la documentación.

La mayoría se quedaron pálidos.

El Figurín se adelantó hacia el grupo de oficialetes.

—¿Quieren mi documentación?

—Sí, usted el primero».

El Figurín, buscó en el bolsillo del pantalón y sacó una bomba de mano.

—Ésta es mi documentación.

Le extrajo la anilla a la bomba rápidamente y la sostuvo en alto, sin soltar la palanca del percutor. El Figurín se puso patético.

—¡Aquí morimos *toos*! —gritó.

La mayoría se echaron al suelo, debajo de las mesas.

Los oficiales, aterrorizados, corrieron hacia la calle. El Figurín salió detrás. Iba enardecido, fuera de sí. Las busconas subieron al taxi y joparon de allí. Los oficialitos corrían y gritaban:

—¡Este hombre está loco! ¡No la tire, no la tire!

El Figurín, crecido, emocionado, rugía:

—¡Aquí morimos *toos*...! ¡Aquí morimos *toos*...!

De esta guisa.

—¡Aquí morimos *toos*...! ¡Aquí morimos *toos*...!

—¡No la tire! ¡No la tire!

Corrieron media barriada. La gente, horrorizada, se encerraba en las casas. El Grúa seguía al Figurín. Para él que la bomba sólo iba a matar a los guripas del uniforme. ¡*Sandiez*!

El Figurín los corrió toda la calle Central, calle del Comité luego, después calle de los Huertos y por allí hasta el Paseo. Entonces colocó de nuevo la anilla en la bomba y se volvió tranquilamente al bar.

—¡Qué tío eres, Figurín!

—¡Phs! —Se encogió de hombros. Bebió.

20

La Pucha privaba cada día más. Tenía la cara roja como un tomate. Ya no la llamaban la Pucha sino la Colorí. Iba al campo a trabajar. Después de la cotidiana tarea espigolaba en los campos segados, o rebuscaba en los patatales. El trigo cocido, si se tiene hambre, sabe a gloria.

La Colorada se hacía con un viejo payés que tenía los hijos en el frente.

«Cuando vuelvan sus hijos la matan».

«La matan y lo matan; al viejo también, ya lo veréis».

«Yo, con tal que no falte nada a mi chico...».

El Grúa pasaba más hambre que un ratón en una ferretería.

El hijo del Balaguer comía unos pedazos de pernil, en medio del pan con tomate, que tumbaban de espaldas, que cortaban el resuello. Salía a la calle a comérselos. Lo hacía expresamente, para dar envidia a los otros muchachos que sabía se morían de hambre. El Balaguer era una especie de jeque de las Patrullas de Control. Ahora la billaban. Su hija vestía con primor y era elegante cual una damisela. Al José de la Hernán, que lo tenían como medio criado, también le daban buenos tarugos de pan y buenos pedazos de jamón.

La guerra empezaba a mostrar sus uñas. El hambre y la escasez jugaban sus primeras escaramuzas. Antes era el Grúa quien pasaba hambre y necesidad. Ahora, el Gafas, el Raurito, el Abrán, los demás, también pasaban, también.

El Grúa inducía a sus amigos:

«Vamos a robar regaliz».

El Gafas aún tenía reminiscencias de antes de la guerra.

El Abrán decía:

«Vamos».

La conciencia, al Gafas, le golpeteaba! Es pecado, es pecado, es pecad...

«Pero, primo, tú eras avanguardista».

«Bah, bah, eso era antes. Eso ya no volverá jamás».

Fueron a robar regaliz. En realidad no era robar. A los payeses les tiene sin cuidado eso de la regaliz. Lo que les amuela es que les ominen los ríos. La regaliz es una mata que tiene forma de acacia recién nacida, las hojas más verdes y acaso más ásperas al tacto, nada más. Las raíces de esa planta se chupan, se mascan. Crecen al borde de las acequias. Para sacar buenas raíces hay que cavar hondo, sacar mucha tierra.

«Vamos a llevarnos una picoleta».

Como picoleta no tenían, el Caliche se llevó un hacha sin mango.

Por la parte de atrás de las Económicas salieron a la carretera Recién Terminada, que estaba ya abollada y llena de polvo, pasaron cerca de las casetas de la Estación, cruzaron el paso a nivel, al lado de la casa de la Marieta, una payesa que tenía muchos periquitos, siguieron por el camino que va a casa del Cubano, doblaron hacia la playa, ante una hermosa perspectiva de campos, y fueron a dar a la casa de la Fulla.

El Caliche y el Grúa se adelantaron y llegaron hasta la explanada de la era. Al cabo de un rato volvieron.

«No hay nadie».

Al Gafas le temblaban las piernas y el corazón.

«Tú, Gafas, vigila».

El Gafas dijo que sí, con la cabeza. Por lo menos aquello no era tan pecado como lo otro, como poner las manos en la masa.

Se quedó en el camino, mientras los demás se metieron por medio de los alcachofales. Los cardos eran de un verde blanco, de un verde plata, de un verde como afelpado, y estaban llenos de alcachofas. El Grúa las miraba pensando que llevarse un saco de ellas sería más provechoso que toda la regaliz que logran arrancar.

Llegaron al borde de la acequia y empezaron a escarbar. El Caliche, con el hacha sin mango; los demás, con palos; el Grúa, con su navaja.

El Gafas, desde el camino, vio salir de la casa de payés dos hombres. Uno joven y otro de edad. El viejo llevaba un cayado. Venía pegado al linde del camino; el joven, a través del campo.

El Gafas pensó: «Si aviso ahora, éstos corren más que yo y me van a pasar delante». Puso pies en polvorosa, que se dice, y, cuando ya iba un poco lejos, gritó:

«¡Los tíos! ¡Qué vienen los tíos!».

El Grúa y los demás salieron deparados como corzos. El Caliche sin abandonar su hacha. El Raurito se escagarrució un poquillo.

El Gafas llegó al camino que iba a la playa y dobló hacia allí, hacia la Farola. El Grúa, que venía desbocado, le gritó:

«¡No, hacia la playa, no! ¡Hacia el Barrio!».

El Gafas volvió grupas. Pero ya le habían pasado delante el Grúa y el Abrán. El Abrán iba ya el primero. El hombre viejo, al ver que se le escapaban, les tiró la gayata, que le pasó muy cerca al Raurito, con lo que se escagarrució un poco más... El hombre joven se plantó en medio del camino, con los brazos abiertos. El Abrán saltó a un campo de cebada de al lado. El hombre saltó detrás. El viejo llegó corriendo y lo cogió. El joven agarraba grandes tormos de barro seco y los lanzaba con fuña, pero el Grúa y los demás iban lejos y no les alcanzaba. Arrancó una caña y sacudió al Abrán en las costillas.

«¿Tan pequeño y al robo?».

El Grúa, el Caliche, el Raurito, los demás, se habían detenido. Empezaron a insultar a los hombres:

«¡Tíos fascistas! ¡Tíos cabrones! ¡Hijos de tal! ¡Hijos de cual!».

Gritaban desde lejos, como los canes. Los hombres les amenazaban con el puño. Se llevaron al Abrán.

Sin el Abrán no querían volver a casa, les parecía una grave falta de compañerismo. Tampoco se atrevían a pasar por delante de ca la Fulla. Volvieron atrás. Echaron por otro camino, el que pasaba por delante del caserón amarillo de las moreras. Se encontraron al Bartolo, uno de la calle que no hablan querido que fuera con ellos y que los había seguido a larga distancia.

Al Bartolo le decían:

*Bartolo,
cabeza bolo,
con un palillo
se aguanta solo.*

... y se cabreaba la mar. ¿No era como el Caliche, a quien decían?:

*Cayó una teja,
le dio en toa la ceja;
cayó un caliche,
le dio en too el chiche.*

... y se quedaba tan fresco.

El Bartolo estaba como contento de que les hubiera ocurrido aquel percance. Quiso saltar a un campo de alcachofas y llenarse los bolsillos y él seno. Al Grúa también te hubiera gustado. Pero sabía que aquello era comprometer la situación, demudado comprometida ya.

«Bartolo, cabeza bolo; te rompo la cara si tocas una alcachofa».

«Yo hago lo que quiero, Grúa. Tú no puedes meterte en esto tú no mandas en mí».

«Desde luego que no. Pero te la rompo. Como te lo digo. ¡Anda, salta!».

El Bartolo achantó la muy, ¡qué remedio! Llegaron a la playa. Vieron las vagonetas de la arena y se liaron a empujar, a tirar de ellas, a encaramarse en ellas, ta colgarse de ellas. Pendientes de las vagonetas recorrieron un buen trozo de playa, hasta la entrada de La Maresma, sin acordarse del Abrán ni de nada. Se les hizo de noche. A toda prisa marcharon a casa. En la acera encontraron al, Abrán tomando el fresco. Se abalanzaron sobre él y le

levantaron la camiseta.

«¿A ver los vergajazos?».

El Abrán decía:

«Malos amigos, malos amigos; me habéis abandonado».

«Pero ¿y los vergajazos?». Estaban desilusionados, pues no había largas cicatrices, largas estrías, como en la película «Rebelión a bordo».

«¡Los vergajazos, los vergajazos! ¡Eso quisierais! Me pegaron con una caña tierna que se rompió en seguida y no me hizo nada de daño. ¡Malos amigos, malos amigos!».

Volvieron más veces a efectuar esta clase de hurtos: unas veces regaliz; otras, moras; otras, cerezas. Les tocaba correr casi siempre. Se avezaron y se curtieron. El Grúa se fue dando cuenta de que corrían porque tenían miedo, por nada más, por un miedo injustificado. Una de las veces que los perseguía un payés, ordenó alto.

«Entre todos le podemos».

Ante la actitud hostil, aquella inesperada actitud hostil de todos ellos, el payés también se detuvo.

«Masa grans: al front tindríeu d'anar^[13]».

El Grúa le dijo:

«Oiga, al frente se va usted».

Agarró una piedra y le dio en la boca. El hombre se puso a llorar de rabia. Le tiraron más piedras y se tuvo que largar.

El Grúa decía:

«Ése es el viejo que se hace con mi madre. Él no me conoce. ¡Si lo supiera! ¡Pues no le he tirado a gusto, que digamos!».

21

El hijo del tío Costipao se burlaba del Grúa.

—¡Jope! Tienes hambre porque quieres. Detrás de la fábrica hay un campo de zanahorias. Las zanahorias son muy buenas. Yo, siempre que voy, me pego un lote.

El hijo del tío Costipao era remenudo, cargado de puñetas. A las zanahorias sólo hay que limpiarles un poco la tierra con la manga; luego, mordisco que te crió. Si las lavas, son bocado de rey. El Grúa, la noche de antes, había cenado trigo cocido. Por la mañana, al hacer de vientre, había echado los granos enteros. Tenía la barriga vacía, pues no había vuelto a probar nada.

En la acera ancha del colegio, cantaba un ciego.

Durruti, tú no has muerto.

*Tú siempre vivirás.
Serás un ejemplo fijo
del alma popular.*

Era mediodía. El sol caía sobre la tierra como Un funicular al que se le ha roto el freno: sin remedio. El ciego llevaba un embudo a modo de megáfono. Su compañero vendía la especie de cuplés. La gente compraba.

*Hombre bravo y sincero,
de noble corazón,
que al fascismo deshizo
allí donde luchó.*

A Durruti lo habían matado en Madrid. Un tiro por la espalda. Los mismos suyos. Los del P. O. U. M., decían otros.

*Por aquéllos frentes de duras batallas
su sola mirada infundía valor
utilizaremos tu vida sin tacha:
Madrid, Zaragoza, Alicante, Aragón.*

El Grúa no aguantaba más aquella lata.
—Vamos, Costipao.

*Vibrarás en nuestra mente,
dándonos empuje y brío,
y vengaremos tu muerte
despedazando al fascismo.*

Antes —este ciego, otros: ciegos, tullidos, desgraciados, sanos, vivos— habían cantado:

*Los fascistas tienen barcos,
nosotros también tenemos.
Ellos tienen el Canarias;
nosotros, Jaime I*

El Caliche —gracioso e inventor— remedaba:

*Los fascistas tienen barcos,
nosotros también tenemos.
Ellos los tienen de hierro
nosotros, de cartón cuero.*

—¡Jo, jo!

Antes habían cantado —los vendedores de cuplés, el populacho—, cantado:

*El que quiera comer bien,
barato y de buena forma,
que vaya al frente Belchite
que Franco tiene una fonda.*

*El primer plato que dan
es granada rompedora;
el segundo, de metralla,
para refrescar memoria.*

Habían cantado:

*Si me quieres escribir,
ya sabes mí paradero:
en el frente de Teruel,
primera línea de fuego.*

Cuando los bombardeos obligaron a la gente a meterse en las minas y a cavar cuevas en la Montaña, el Caliche —gracioso e inventor, claro— remedó:

*Si me quieres escribir,
ya sabes mi paradero
en lo alto la Monteóla,
en el tercer agujero.*

—¡Jo, jo!

—¿Jo, jo? ¡Qué mierda eres. Caliche!

Antes habían cantado:

Al llegar a Barcelona, lo primero que se ve, una colla de «enchufistas» sentados en el café...

Habían cantado:

*Cuando se acabe la guerra
y se acaben los combates
irán los guardias de Asalto,
al precio de los tomates.*

Habían cantado...

Con los cantares, por medio de ellos, se podía seguir la Historia. Antes de la revuelta:

*Hay un duende, en Zaragoza,
que nos trae el mal traer,
porque las cosas que dice
nos hacen estremecer...*

Después:

*En Alcázar de Toledo,
joya artística mundial,
el coronel Moscardó
se resiste hasta el final.*

El ciego, a través del embudo, volvía:

*Durruti, tú no has muerto,
tú siempre vivirás, etc.*

Su compañero agotaba los papelicos impresos. El Grúa tiraba de una manga al hijo del tío Costipao.

—Vamos ya, hombre.

Los cantos son los testículos de los pueblos.

—Está bien, vamos; ¡no te pongas así!

Los campos de zanahorias estaban detrás de la Fábrica de Tejidos, las hojas de la zanahoria se parecen: a las del perejil. Iban siguiendo los caballones, En dio del campo se sentaron. La tierra estaba húmeda y zanahorias —¡flap!— se arrancaban muy bien. Se oyeron «¡bang, barang!» unos tiros.

—¡Échate al suelo, Grúa!

Se estiraron entre los caballones. Las balas gruñían como marranillos. Con el seno lleno de zanahorias se fueron arrastrando a lo largo del caballón.

—No tengas miedo, no tiran a dar.

La verdad sea dicha, el Grúa no tenía miedo alguno, más bien le gustaba.

—Son el Chulín y el Pempinico.

Se refería a los guardas jurados, el hijo del tío. Costipao.

—El Pempinico.

Sí, el Grúa ya lo sabía, ya había oído hablar de ello. El Pempinico tenía más puntería que Búfalo Bill y Tom Mix juntos. Siempre que podía hacía gala de esta puntería. A balazos te hacía soltar lo que llevabas en las manos. Un día, uno, fue a llevarse una manzana a la boca. La estaba mordiendo, cuando, ¡pam!, la manzana saltó limpiamente, sin un rasguño en las manos ni en los labios. Lo malo era que algunos querían hacer como el Pempinico y la pringaban. El Chulín le disparó a un melón que llevaba uno en las manos y le dio en el melón que llevaba sobre los hombros. Naturalmente, lo dejó en el sitio.

El Grúa se burló de los de la calle.

—Pasáis hambre porque queréis. Veniros conmigo al campo.

El Raurito y el Gafas tenían miedo. Aquello no era como la regaliz. Ahora todo estaba infectado de guardas de campo. El Martos, el Bartolo, el Federico, el Cara Calavera, tampoco quisieron ir. El Caliche, y el Abrán, sí. Fueron a buscar al Cebollica, que vivía en la calle del Cebollica, y también, también quería ir. Irían a por melones y sandías.

—Una sandía me la como yo solo de una *sentá*.

—Además, que luego la meas y listo.

—Veis, el melón harta más. Sí, el melón harta más.

—Dicen que si coges un melón para comértelo allí mismo no te dicen nada, nada, pero que si te llevas, si.

—Eso era antes. Ahora, nada más que te vean entrar en él campo, ya está.

El Grúa procuraba animar la cosa.

—Cogeremos dos o tres melones y nos los iremos a comer a un campo de *moncheteras*, entre las cañas.

—Yo cogeré una sandia.

—Bueno, como quieras.

Las matas de sandia tienen la hoja rizada, y las del melón, ancha.

No habían hecho nada más que agacharse por mor de triar algún melón.

—Éste está verde.

—Éste es pepino.

—Éste parece bueno, cuando sonaron los tiros. Los vivos de los guardianes estaban metidos dentro de un cañar. Corrían y se echaban el rifle a la cara. ¡Bang! ¡Bang! Tiraban de cualquier manera. No podían afinar la puntería. El Grúa y los suyos se lanzaron hacía el campo de judías que había al lado. Pillaron los caballones de través y tenían que ir abriéndose paso por entre las cañas que sostenían las habichuelas, por entre las cañas en donde se enredaban éstas. Las cañas crujían, no sabían si de sus manotazos o de los disparos de los guardas.

Uno de ellos, rodilla en tierra, empezó a tirar a conciencia.

El Grúa dijo:

—No corráis. De día nunca tiran a dar.

El Caliche sintió una especie de mordisco en una pierna y cayó de bruces al suelo.

—¡Me han tocado! ¡Me han tocado!

Se revolcó en el caballón.

—¡Me han herido! ¡Me han herido!

El Grúa y el Cebollica lo levantaron.

—¡Me han matado! ¡Me han matado!

Se fue poniendo patético, el Caliche.

—¡Dejarme morir! ¡Dejarme morir! ¡Salvaros vosotros, salvaros vosotros!

El Grúa y el Cebollica se pasaron los brazos del Caliche por el cuello y lo fueron arrastrando.

El Caliche creía que se desangraba.

—¡Que me desangro! ¡Que me desangro!

El Abrán iba delante rompiendo cañas y abriendo paso. Los cabritos de los guardianes hablan dejado de disparar.

Cuando salieron fuera del campo, el Abrán se cargó al Caliche a las costillas. El Abrán era corpulento y el Caliche, delgado como un caliche.

Una vez en las Económicas, fueron a casa de este último. Su madre se puso a alborotar.

—¿Cómo ha sido, esto? ¿Cómo ha sido esto?

—Estábamos jugando y unos *guardias* nos han disparado.

La madre del Caliche iba desmelenada, furiosa como una leona.

—¡Asesinos, asesinos! ¡Han matado a mi hijo! El Caliche lloraba y berreaba como un cabrito desmamado. Lo llevaron al Dispensario Municipal y; el médico dijo:

—Esto es un balazo. ¿Cómo ha sido?

—Estaban jugando y unos *guardias* les han disparado.

—Señora, por jugar no le pegan a nadie un tiro. Lo que ocurre es que estarían robando.

—¿Mi hijo ladrón? ¿Mi hijo ladrón?

Se quería comer al médico la madre del Caliche.

El balazo era de poca monta y el Caliche sólo fue cojo y vendado unos cuantos días.

—¿Pues no quería el médico meterme una denuncia?

El hijo del tío Costipao había vuelto a burlarse del Grúa.

—¡Jope! Si pasas hambre y no tienes perras es porque quieres. Ven con nosotros esta noche al campo. Tráete un saco y un cuchillo.

Formaban una buena patulea. Se habían agrupado en la replaceta de Frente al Colegio.

—¡Venga! ¿Marchamos ya?

—Esperarme a que venga el Figurín viejo.

El padre del Figurín estaba en uno de los bares copeando. Sin cuatro copas por delante se veía incapaz de hacer nada, se veía incapaz de mover un dedo.

El grupo lo formaban más mujeres que hombres. Críos, sólo dos. El Grúa y el hijo del tío Costipao. El tío Costipao respondía por ambos.

—No son unos chiquillos, ¡rediez!, que ya tienen pelos allí -En realidad, aún eran impúberes.

Por detrás de la Fábrica de Tejidos echaron hacia el Molino. La luna estaba en cuarto creciente. De vez en cuando, alguna nube la tapaba. Todos llevaban los sacos bien doblados debajo del brazo, y las manos en los bolsillos. Refrescaba. Algunos se bajaban las mangas.

Las coliflores, en los bancales, formaban grandes hileras. En la semipenumbra parecían pellas de algodón. Con el cuchillo las cercenaban, dejando sólo el troncho y las hojas en el caballón. Las cercenaban y ¡al saco! En la casa de payés se encendió una luz, un foco que iluminó todo el campo y los deslumbró.

Algunos se echaron al suelo, entre las matas. Otros, empezaron a retroceder. El Grúa siguió llenando el saco. Hasta que no corran todos, no corro yo.

Un enorme perro dogo, enfurecido, ladrando, ronco, venía hacia ellos. Saltaba las filas de coliflores de tres en tres. El Grúa se echó el saco a la espalda. El Figurín viejo se afianzó en sus piernas escarramanchadas y sacó una pistola que llevaba en la faja.

—No coláis. A éste lo *aleglo* yo.

Disparó, dos, tres, cuatro veces. El perro empezó a aullar, desapareciendo entre las matas.

—Éste ya no comerá más zopas.

El foco de la casa de payés se apagó amedrentado.

Camino de casa, el Grúa pensaba que ojalá hubiera venido su madre, pues con el saco que él llevaba no había para nada.

22

La Colorá se convenció presto de lo retribuyente que era salir por las noches «al campo». Entre ella y su hijo traían sus buenos sacos de verdura. Había noche que hacían dos y tres viajes. Al día siguiente iban al mercado de San Antonio a venderla, o, a veces, en las mismas barriadas. Se colocaban al lado de las vendedoras de hierbas silvestres, de las vendedoras que el día antes, paciente y honradamente, habían recogido acelgas bascarías, borrajas, «pies de cristo», cardos borriqueros.

Vendían más y más caro. Sarcástico. El Grúa y su madre era como si hubieran pelechado. Como nunca, más que nunca, mejor que nunca estaban. Ahora ya no era el Grúa quien pasaba hambre, sino los otros chicos de la calle, los que cuando él ayunaba ellos iban hartos. Además, tenía el dinero a

capazos. Mientras el Gafas, el Raurito, el Abrán, jugaban a las pilas con cromos, él y el hijo del tío Costipao, jugaban con dinero, Se metían la mano en el seno y sacaban Enormes montones de billetes. Jugaban —ante los ojos atónitos del Gafas, del Raurito, del Abrán— cuatrocientas y quinientas pesetas en una postura. Claro que el dinero ya no tenía demasiado valor. Por una peseta te daban media docena de algarrobas o diez avellanas. Como decía el hijo del tío Costipao; ahora das una patada en una esquina y salen cuartos. ¡Jope!

La Colorá y el padre del Figurín se habían hecho muy amigos. El Figurín padre llevaba una pistola de su hijo. El Figurín hijo lo tenía a menos eso de ir «al campo». Él se dedicaba a cosas de más envergadura. Él, y el Príncipe, y el Gil, y el Frailecico, cada uno con su banda.

El padre del Figurín estaba alcoholizado. Una copa que se tomara, ya le hacía efecto. Siempre iba medio mamada Hablaba de una manera rara, metiendo la ele por todas partes. Unas veces parecía chino, hablando; otras, tartamudo; otras no sabías qué parecía. Cuando llevaba unas copas de más, hablaba con los dientes apretados. Entonces no parecía nada.

Una noche fueron a por acelgas. Habían hecho ya dos viajes. La Colorá tenía el patio lleno de acelgas, extendidas, para que no se estropearan. La Esperanza había protestado. La Colorá decía que tanto derecho tenía a patio como a cocina. Además, alguna que otra vez, le daba algún billete más o menos grande, o una coliflor, o un bróquil, o un manojo de acelgas.

«¿Por qué no se viene con nosotros alguna noche?».

«¿Yo a robar? ¿Yo a robar?».

«Bueno, pues usted que se lo pierde».

Habían hecho ya dos viajes y la Colorá tenía el patio lleno de acelgas. No habían hecho más que acostarse ella y su Grúa cuando sintieron llamar a la puerta.

«¿Vienes a pol más, Colorá?».

«No, Figurín. Yo ya tengo el patio lleno».

«Yo sólo he cogió cuatro míeldas».

Ya estaban adormilados cuando volvieron a sentir que aporreaban de nuevo.

«¡Colorá, Colorá; mala compañera! Iba medio tolpedelo y pol no venil conmigo me he caído al lío la Cal».

La Colorá se levantó. El Figurín iba blanco de los pies a la cabeza. Se había caído en el río donde desaguaban los tintes de la Fábrica de Tejidos. El Figurín, al ir borracho, le llamaba «ir torpedero».

«Colorá, Colorá, ¿cómo te las apañas para no caelte sí siempre vas más tolpedo que yo?».

«Anda, Figurín, vete a lavar, que pareces una fantasma».

Rara era la mañana que no aparecía, algún guarda de campo, muerto. Se les tenía verdadero odio. A uno que amaneció ahogado en un riachuelo, de bruces en él, como si bebiera, le habían puesto, como mofa, un saco medio lleno de alcachofas, para significar que él también robaba. En medio de la carretera Recién Terminada apareció otro, con los brazos extendidos, sin el rifle, pisoteado. Cada noche, por los campos, había trifulca. Los guardas empezaban a estar acobardados. Los ladrones eran los amos. Los payeses no rechistaban.

Una noche, una de aquellas hordas encendió fuego tranquilamente en las rastrojeras de cal Mascarella, junto a la vía del tren de Carrilet. Cachazudamente se dispusieron a asar un montón de panochas a fin de comérselas allí mismo. Los guardianes, que dormían en el pajar, empezaron a disparar sin previo aviso. Todos los hombres del grupo iban armados. A través de la inmensa hoguera se cruzaban los disparos que era un gusto. Los refugiados en las cuevas de la Montaña disfrutaron de un hermoso espectáculo. Algo que sólo se veía en las películas. Los guardianes tuvieron que interrumpir sus disparos.

El Pempinico se acercó una mañana al bar del Buque. Pidió una copa y se quedó dormido en una silla nada más sentarse en ella. Toda la noche sin dormir, no era para menos. Llevaba el rifle terciado en las rodillas. El Figurín hijo, el Príncipe, el Frailecico, el Chona, que estaban allí, le colocaron una caja de cerillas alrededor de la silla, en el suelo. Las calentaban por un extremo y las ponían enhiestas, como pequeñas velitas. Cuando hubo un buen círculo, las encendieron y se pusieron a cantar como hacían antes los curas en los entierros. El Pempinico, que dormía algo así como las liebres, con un ojo abierto, se levantó desconcertado. Las luminarias y los cánticos no sabemos qué le parecieron. Agarró el rifle y soltó una blasfemia:

«¡Me ca...!».

Se tuvo que morder los labios, de rabia, de impotencia. El Figurín, el Príncipe, el Frailecico, el Gil, el Chona, rezaban imperturbables, como si estuvieran en la iglesia, una mano en el pecho y en la otra la pistola, encañonándole. Pagó y no dijo nada. Pero el Figurín aún lo amenazó:

«Tú tienes mucha puntería, Pempinico, pero él día menos pensado te la vas a encontrar».

El Moisés había venido con permiso. Llevaba una barba más larga, más apostólica que la de antaño. Se había acercado al colegio de los ojos malos que aún continuaba siendo Comité o Sindicato, ya nadie lo sabía bien.

«¡Qué vida os pegáis, enchufados!».

El Sesentaynueve y el Matapencos lo habían mirado un poco sorprendidos.

«A ti, Moisés, aquí no te se ha perdido nada».

El Moisés miraba el local de la escuela antes tan brillante y pulido y ahora tan estropeado. Las mesas y sillas metálicas estaban descascarilladas; el techo, ahumado; las persianas, arrancadas.

«Desde luego, me dais pena». El Sesentaynueve y el Matapencos lo miraron. «¿Pena nosotros?».

«Sí. Vengan como vengan las cosas, estáis perdidos. Si ganamos nosotros la guerra, los pelaremos; si la ganan los fascista nos pelarán ellos». El Matapencos jugueteaba con la pistola ametralladora. «Ten cuidado no te pelemos nosotros antes». «¿Es que me has confundido con un jamelgo?». El Moisés escupió y se fue.

El Abel, el hermano del Abrán, también se había ido al frente voluntario.

«Y eso que era presidente de los “vanguardistas”, había dicho la madre del Gafas».

«Y qué tiene que ver eso, mujer», había contestado su marido. «Las ideas son las ideas. Él no ha hecho otra cosa que ir a luchar por la justicia y la libertad. Ya que todos fueran como él. Ellos harán...». A la señora Salomé estas peroratas no le hacían mella. «Pero es que es muy joven. Que vayan otros, si quieren ir, pero el, no».

El Abel tenía dieciséis años. Se había apuntado a las columnas del P. O. U. M., que los admitían de todas las edades. Pocos días antes de marchar, su padre se había enterado y lo había reclamado. El padre del Gafas lo había cogido por su cuenta, al Abel, y lo había llevado consigo a dar una vuelta. Le había objetado todo cuanto se podía objetar. Que la guerra es esto, que la guerra es lo otro. Él había estado en la guerra del moro y lo sabía. El Abel parecía convencido.

«Sí, tío, tiene usted toda la razón. Ha sido un mal momento». Cuando al Moisés se le acabó el permiso, fueron casi toda la familia a despedirlo a la estación. El Abel también fue. Su padre no le quitaba el ojo de encima. Arrancó el tren y se pusieron a liar un pitillo, para disimular la emoción de la despedida. De pronto se dieron cuenta de que el Abel había desaparecido.

El Abel se le apareció a su primo Moisés cuando ya el tren llegaba a su destino, cuando ya no había manera de remitirlo. El Moisés puso un telegrama a la familia: «Abel conmigo. ¿Qué hago?».

No supieron qué determinación tomar y el Abel se incorporó a la compañía que mandaba el Moisés, pues ya había ascendido a capitán.

La Columna de la Muerte —Sin Dios, Patria ni madre— había resultado un cuento como una casa. Nada más llegar al frente, en el primer ataque, se habían pasado al enemigo. «¡Ay, los desgraciaos: con lo brujos que parecían!».

El Gafas soñaba con pedazos de jamón y un kilo de pan para él solo. Pasaban tanta hambre que habían llegado a comerse lo inverosímil, lo que

jamás hubieran pensado. Los tronquitos de los cardos borriqueros, hervidos, sin aceite, sin nada; salvado cocido; farinetas de harina de cebada; gachas; nabos bullidos, una cazuela de nabos, sin nada que los acompañara. Muchos iban de viaje por los pueblos, al «estraperlo». Les cambiaban a los payeses alpargatas por aceite. Traían todo lo que encontraban: calabazas, patatas, tocino, judías, garbanzos.

El Gafas se fue una vez con la madre del Caliche y el Caliche a buscar uva a Martorell. «Déjame ir, mama».

«Si, déjelo venir, vecina. Yendo conmigo no tiene que pasar ningún cuidado».

El Gafas se llevó un cesto. Cuando llegó a la estación se encontró con que no llevaba dinero, ni para el billete ni para, si los payeses te cogían, pagarles la uva que les hubieras robado. Hicieron el viaje lloviendo. Iban en la plataforma del vagón y se mojaron. El tren iba que reventaba.

Cuando llegaron a Martorell se encontraron con que en todas las lindes de los campos habían payeses con escopetas vigilando, mojándose bajo la lluvia, con sacos sobre la cabeza y en la espalda. Miraban con rencor a la caravana de hambrientos que desfilaban con cestos en la mano. La gente también miraba con odio a los payeses. La mayoría de los campos aparecían vendimiados, o a medio vendimiar.

Encontraron un campo sin vigilar, un campo con uva de pica-poll, una uva ruin y esmirriada, de color cobre, como pasada. Casi todo el mundo siguió adelante, a ver si encontraban algo mejor.

El Caliche, su madre y el Gafas se metieron allí, junto con otros pocos. El Gafas se quitó las ídem y se las metió en el bolsillo, pues con la lluvia se le empañaban. Arrancaban la uva a puñados y se la comían. Cuando estuvieron hartos de comer llenaron las cestas y cestos. Empezó a diluviar y se metieron en la caseta de vigilancia que había en medio del viñedo. Encontraron un hombre en calzoncillos que había encendido fuego y se estaba secando la ropa. Era asmático y exclamaba muy, preocupado:

«Esta mojadura me costará la vida, esta mojadura me costará la vida».

Cuando escampó volvieron a la estación. Los tienes regresaban tan o más llenos que a la ida. También fueron derechos en la plataforma, apretados, sin poder dejar los cestos en el suelo, clavándoseles el asa de mimbre en las manos. El Gafas llevaba como unos siete kilos de uva en la cesta, y, aquella noche, la comieron de una mentada su padre, su madre, su hermana y él. Aquello de la uva había resultado bien y, al otro día volvieron a pos más, la madre del Gafas los acompañó esta vez, un poco muerta de miedo, un poco llena de remordimientos, pues aquello no dejaba de ser un robo.

Esta vez no hallaron uva por ningún lado. Incluso el campo donde llenarán los cestos el día anterior, estaba vigilado por ceñudos payeses. De

regreso hacia la estación encontraron unas mujeres con unos cestos llenos de hermosos racimos.

«Ahí cerca, entre unos cañares, hay un pequeño campo, muy escondido. A nosotras nos ha cogido el payés y la hemos tenido que pagar, pero, ¡bueno!, es la única manera de comprarla, pues vender no quieren».

El Caliche y el Gafas cogieron los cestos y se adentraron siguiendo el curso del río. El agua les llegaba a los tobillos. Cuando llegaron al campo se encaramaron sobre el ribazo. Era un viñedo pequeño, cuadrado, rozagante de uvas, pletórico de largos racimos. Estaba muy escondido y era difícil que hasta allí llegara alguien.

Llenaron los cestos, dos cada uno, con infinito temor, temblando.

«Mira que si me pegan un tiro como la otra vez...» y parando atención, por si venía alguien. Luego volvieron al río. Las abarcas, en el agua, hacían ¡chap, chap!, un estruendo de mil demonios, un estruendo que debía oírse en cien leguas a la redonda, un estruendo que lo debían oír todos los guardas y payeses de los alrededores, un estruendo únicamente comparable al de sus corazones en sus pechos que —garganta arriba, como si se quisieran escapar— hacían: ¡bum, bum, bum, bum!

Poco antes de llegar a la vía del tren, donde esperaban las madres, vieron a unos hombres con escopetas de cazar —¿cazadores?, ¿payeses?— y se tiraron de bruces en el agua: ¡chaf!, más fuerte que las abarcas, más fuerte que el corazón.

Los ¿payeses?, ¿cazadores?, cruzaron sin verlos y pudieron salir a la vía, mojados como pollos, donde, angustiadas, aguardaban las respectivas madres.

«¡Cómo os habéis puesto!».

«El caso es que traemos uva, ¿no?».

También se la comieron de una asentada aquella noche, en casa del Gafas, toda de una vez, los doce o catorce kilos.

Volvieron alguna otra vez. Más parecía que la uva ya se había acabado.

Probaron de ir a por avellanas, algarrobas, manzanas. Los trenes iban llenos, el personal arracimado en ellos, en los estribos, en el techo. Eran unos trenes con vagones de mercancías y no de pasajeros. Se zambullían en ellos como borregos, apelotonados, orinándose en el mismo vagón o por las rendijas de las puertas cuando había necesidad de ello.

El Gafas procuraba zambucar a su madre en uno de estos coches y él se encaramaba en el techo, a horcajadas. Cuando llegaban a un túnel se agachaban, la cara pegada al hollín allí acumulado. El paso de los túneles era peligroso. Siempre había algún despistado erguido que se quedaba sin cabeza.

EL Gafas, a escarramanchones, se escurría hacía un lado, sin darse cuenta,

pues era difícil saber si continuabas en el centro o bien te habías ladeado. Entonces escupía, para que el escupitajo le sirviera de punto de referencia, y procuraba ir siempre cercano al salivazo, ¡cualquiera no!

Hacían viajes de dos o tres días, para luego, al final, no traer nada a casa, o para que los del Control te quitaran el saco de almendras, o de avellanas. Las mujeres se colocaban bolsas debajo de las faldas, o bragas abombadas, o inmensos sostenes, y los llenaban de género. Se volvían extraordinariamente gruesas, monstruosamente gordas. Permanecían inmóviles en el andén, aguardando al tren, y, cuando éste llegaba, sus acompañantes las enderezaban y andaban bamboleándose, como extraños tanques. Cuando a alguna se le rompía el pantalón o el sostén, empezaban a salir por debajo de ella, a chorro, como si las orinara, avellanas, o judías, o garbanzos.

Hacían viajes de dos a tres días, con sólo una fiambrrera de patatas hervidas enteras, sin aceite, sólo sal, pasando por ciudades bombardeadas y derruidas.

El Gafas y su madre habían pernoctado en Reus, ciudad fantasmal, toda ruinas, y hecho transbordo en San Vicente, estación donde los bombardeos eran continuos.

Muchos preguntaban a la madre del Gafas, y a la del Caliche:

«¿Cómo llevan esos críos tan pequeños por el mundo?».

«¡Y qué vamos a hacer!», decían ellas.

Entonces les daban alguna mandarina, o una manzana, o aunque sólo fuera un trozo de pan, que el Gafas y el Caliche agradecían mucho.

El Raurito y su madre salieron una vez con ellos, pero los del Control les quitaron las avellanas, ya de regreso, en la misma estación de Sans, y no quisieron volver a salir más.

Otras mujeres de la calle iban a por aceite. Ésas eran «estraperlistas» fuertes. Tenían dinero para arriesgar, y si la cosa les salía bien, se forraban.

El padre del Gafas terminó por no dejar a su mujer y a su hijo ir a esta clase de viajes. Sufría y penaba mucho los días que estaban fuera, pensando si les habría ocurrido algo.

El padre del Gafas iba cada madrugada, antes de irse a trabajar, a comprar un litro de leche a la casa de campo de Chufra. Esta leche y el kilo de pan de racionamiento —un kilo para cuatro— era lo más nutritivo que ingerían en todo el día.

El Abrán se le comía a su madre la carne de caballo que ésta compraba y que metía en una enorme fiambrrera de esmalte rosa luego de haberla frito. Se comía un pedazo ahora, otro después, luego otro, diciéndose: no se nota, no se nota, y cuando venía a darse cuenta no quedaba rastro de la carne.

Su madre le decía.

«¡Ladrón, ladrón! ¡Mal hijo! ¿Que tú que te crees, que los demás no

pasamos hambre?».

El padre del Gafas se ofreció voluntario al Chufra para arreglar cada mañana, mientras aguardaba su turno, las caballerías. Así se hinchaba de comer algarrobas. El padre del Gafas, debido a tanta algarroba, después no podía defecar, y se moría haciendo fuerzas.

23

Las bombas restallaban como morteretes, poderosas y pavorosas, igual que si explotaran allí mismo, encima de tu cabeza. Los cristales de las ventanas temblaban. La casa se venía abajo. El pote de la leche de la Esperanza que había encima de la cocina, saltado y caído al suelo.

A cada terrible estallido decías: ésta no, pero la que viene sí. Las bombas, antes de llegar a tierra, silbaban, o, más que silbar, hacían un ruido como si volcaran un tren de latas vacías. Bomba que oigas silbar ya no te cae encima. Dicen. El estruendo de las latas se acercaba tanto, tanto, que creías: ¡ahora, ahora! En aquellos momentos no valían coplas ni teorías. ¡¡*Buumm!!* Pero era verdad, no había caído sobre tus costillas. ¿Dónde, pues? Quedabas como atontado. *Como-si-sobre-las-cos-tillas-no-pero-dentro-de-la-cabeza-sí.*

Habían sonado angustiosamente las sirenas de las fábricas anunciando el peligro; había advertido la radio: «*Barcelonins, hi ha perill de bombardeig*^[14]...»; se habían apagado las luces veladas de azul de las esquinas y las del interior de las viviendas; habían aullado lastimeramente los perros en el campo presintiendo el fandango; se había oído el «*ra-món, ra-món, ra-món*» de las pavas de bombardeo que entraban por el mar, pasaban por encima de las Económicas e iban a «cagar» sobre Barcelona, sobre el Centro de la Ciudad.

Los focos buscaban afanosos por el firmamento. Se entrecruzaban los chorros de luz. Logró uno localizar los aviones y todos los reflectores convergieron en el mismo punto. Empezaron a disparar los cañones antiaéreos del Castillo y los del Monte Carmelo. Los bombarderos eran como seis cruces de plata. Se paseaban orondos, despreocupados, lentos, ronroneando como gatos satisfechos. Los proyectiles estallaban cerca de ellos, igual que pequeñas rosas de fuego, Nunca les alcanzaban.

—¡Claro que no, amigo! ¿Cómo les van a dar si los artilleros son todos de la quinta columna? ¡No te jo!

En cuanto había sonado la primera señal de alarma el Grúa había salido a la calle. La Colorá se había metido debajo de la cama, con una especie de azuela, por si la casa se derrumbaba abrirse luego paso con ella por entre los escombros. Había llamado a su Grúa.

—Grúa, ven aquí.

El Grúa no le había hecho caso. Ella hubiera, querido salir detrás de su hijo. Pero

tenía más miedo que amor filial, y permaneció debajo de la cama.

No hay mejor refugio que debajo de la cama. Si la casa se viene al suelo, el somier para los ladrillos y las tejas, las enrunas que se dice. El Carabruta estaba convencido de esto y preconizaba sobre esta teoría. La Colorá y la Esperanza, y muchos más, creían en esto a pie juntillas.

—Y si la bomba cae *encimica* mismo de la casa, ¿qué?

Sí; eso; era verdad; si la bomba cala *encimica* mismo de la casa, ¿qué? ¡Valía más no pensarlo!

La mayoría, pues, se lanzaban al campo, entre los carrizales, entre los maizales, sobre la verde alfalfa. A muchos, el susto, les producía diarrea, y exoneraban entre los altos carrizos, entre las plantas de maíz. Hacerlo en el campo es sano, ¿no? Muchos aprovechaban la ganga del bombardeo y, entre explosión y explosión, se comían las panochas, si era un maizal, o las alcachofas, si era un alcachofal, o mascaban la caña dulce.

El Grúa había salido a la calle. Pasaba el sereno, el pata mocha, tocando el pito. Por la otra parte de la barriada, resonaba el del vigilante. Algunos vecinos golpeaban los picaportes de algunas casas en los que por lo visto ya dormían. ¡*Pam, pam!* ¡Hay peligro de bombardeo! ¡*Pam, pam!* ¡Hay peligro de bombardeo! ¡*Pam, pam!*...

La Jesusa de los críos se iba hacia el campo, empujando su prole.

Su marido, aterrorizado, iba diez metros delante, con un chiquillo en brazos.

—¡Corre, Jesusa, corre!

Se paraba a esperarla, pero el miedo podía más.

—¡Corre! ¡Date prisa! ¡Corre!

Al Grúa le gustaba ver los focos, las explosiones de los proyectiles. Estaba refugiado en el portal de su casa. Tableteaban en las tejas algunos fragmentos de la metralla de los antiaéreos.

La Pepita, la mujer del Sesentaynueve, al oír las primeras explosiones de los cañones antiaéreos, se había echado de bruces, en el campo del Antolin, y había metido la cara en una plasta, poniéndose buena.

Las pavas fascistas, ya de vuelta de la incursión, soltaron tres bombas que les quedaban, por aquello de aprovecharlas, se ve, sobre las Económicas.

Parecía que arrojaran latas, o hierros, o cadenas. El Grúa se tiró al suelo, las manos en la nuca, como mandan los cánones. Las explosiones fueron ensordecedoras. Las casas temblaban. Algunos cristales se rompieron. Todo Dios creía que las bombas les habían caído encima, o por lo menos al costado. La Pepita volvió a besar la *tifa*.

El marido de la Jesusa se pasmó.

—¡Jesusa, Jesusa, nos matan, nos matan!

Los críos berreaban: Reinaba una confusión enorme.

—¿Dónde ha sido?

—¿Dónde han caído?

Sonaban las sirenas anunciando que el peligro había pasado. Volvían las luces. Volvía la voz del locutor a través de las radios que habían quedado encendidas:

«*Barcelonins, ja ha passat el perill de bombardeig. Podeu sortir deis vostres refugis i retomar a les vostres llars. La Generalitat vetlla per vosaltres*^[15]».

—¡Joer, cómo hablan esos tíos del *arradio*! ¡Adespúés dicen que si no los entiendes!

Sonaban pitos otra vez. La gente corría alarmada, llena de agitación, desorientada como las hormigas cuando les pisotean su sendero.

—¿Dónde ha sido?

—¿Qué ha pasado?

—¡Han caído detrás de la Fábrica!

—¡Tres bombas, tres!

—¡Han matado a la Mariquica y a su padre!

El Grúa salió galopando hacia los campos de detrás de la Fábrica de Tejidos.

Se daba palmadas en la nalga, como si fuera un caballo de verdad.

Él estaba enamorado de la Mariquica. Por lo menos él se lo decía y él se lo creía. Por lo menos, no la deseaba como a la Maruja y otras puerkas de la calle. Por lo menos, él quería a la Mariquica para hablar con ella, para estar con ella, a su lado, nada más, sin hacer cosas feas, estático, encantado, mirándola, dándole un beso casto y suave a lo máximo alguna vez, de tarde en tarde. Por lo menos...

La Mariquica no sabía nada de estos honestos pensamientos del Grúa. Casi que no conocía al Grúa. Únicamente, un poco su mala fama. Conque...

Cuando en la calle se hablaba de novias, el Grúa siempre lo decía:

—La Mariquica es mi novia.

—¿Ay? ¡Pero si tú no has hablado con ella en jamás de los jamases!

—Es igual. Pero es mi novia.

—¡Pero si ella casi que no te conoce!

—Es igual. Pero es mi novia.

—Pero...

—Es igual. Pero es mi novia.

La Mariquica vivía en la otra punta de las Económicas, en la calle de la Mariquica, que también era la calle de la Blanca, del Betún, del Constantinopla.

Al empezar el bombardeo, su padre había dicho:

—No nos quedamos en *la casa*. En *la casa* siempre hay peligro. Vámonos al campo.

—Vete tú delante con la chica en tanto yo cierro lo puerta —había dicho la madre.

Al padre le fastidiaba la calma y serenidad de su mujer.

—¡Venga, mujer, date prisa!

—Ya voy, hombre, ya voy. Es que no me gusta dejarme la casa sola. Siempre hay

quien aprovecha esto de los bombardeos.

El marido se exasperaba.

—Bueno, nos vamos al campo de detrás de la Fabrica. Al del Antolin, no, que allí es donde va toda la gente, y los hombres encienden cigarros y los pueden ver desde los aviones. Nos vamos. Ya vendrás.

Fueron y les cayó una bomba encima. La otra cayó en un lado de la Fábrica, en la esquina de la tapia, y la otra, la más pequeña, un poco más allá, en el campo de los Soreles.

—Fijaros, si la madre llega a estar con ellos.

El Grúa jadeaba. Se movía inquieto entre las personas.

Había llegado una ambulancia. Los camilleros buscaban por entre las coles. Llevaban linternas. Los faros de la ambulancia iluminaban la escena. En una manta que habían extendido colocaban los fragmentos de carne. El trozo más grande que se había encontrado era el rostro de la Mariquica, sólo el rostro, sin su hermoso pelo, como una mascarilla de escultor. Tenía los ojos cerrados. Sangraba en las manos del camillero. Con la luz eléctrica de la linterna adquiría un suave color amarillo. Al Grúa se le había puesto el cabello erizado. Por nada del mundo hubiera besado ahora aquella cara. Ni aunque le hubieran dado mil duros.

A la mañana siguiente, todo quisque iba a ver los agujeros de las bombas. La que se suponía había matado a la Mariquica y a su padre era la más grande. Había hecho un hoyo enorme.

—Lo menos era de cien kilos, ¿no?

Las coles estaban tronchadas, como pisoteadas, arrolladas. Habían más pedazos de carne que los de la ambulancia no habían podido ver durante la noche. Los fueron amontonando, en espera de que tornaran a por ellos. Se había encontrado la planta del pie del padre de la Mariquica y lo habían colocado sobre el montón de piltrafas. Era un pie sin zapato, sin calcetín, sonrosado y pálido al mismo tiempo, limpio, sin roña, sin callos, como de niño grande.

El hijo del tío Costipao se había metido por entre los bróquiles del campo de los Soreles, donde había caído la otra bomba. Volvía con una tripa enrollada en un trozo de caña. Se reía.

—¡*Fijarsuss* a dónde ha ido a parar esto, *fijarsus*!

La colocó en el montón. El Grúa también había cogido un trozo de carne, grande como un bistec. Lo llevaba cogido entre dos papeles y pensaba, pensaba:

«¿Será la Mariquica, o su padre?».

Él Gafas había encontrado un fragmento de metralla retorcido y lo guardaba para un museo, de guerra que decía estaba haciendo. El Gafas, antes, había vomitado.

El vecindario se compadecía de la madre de la Mariquica.

—Primero el hijo. Ahora la hija y el marido. ¡Pobre mujer, pobre!

El hijo era el presidente de las Juventudes Libertarlas. Lo habían matado hacía poco, en la revolución de mayo, en aquella horrenda pelotera entre los de la F. A. I. y

los de la U. G. T., y lo habían enterrado envuelto en banderas anarquistas, cubierto de pensamientos rojos y negros, con una gran manifestación y un inmenso duelo, desfilando toda la muchedumbre, toda, por delante de su cadáver expuesto ante el local del Sindicato o Comité, a fin de verle el tiro que había recibido en la sien, como los héroes de las películas.

—¡Pobre mujer, pobre!

24

Los primeros bombardeos en Barcelona fueron por barco. O sea, que más que bombardeos eran cañoneos. Luego —como complemento, como compensación, como eficacia, com...— fueron por avión.

Se había preparado a la población civil para estos avatares, o se había intentado prepararla. Por radio se habían dado instrucciones. En las escuelas se hacían simulacros de alarma, recordando siempre lo mismo: serenidad, serenidad, serenidad...

(Serenidad era la palabra mágica como luego lo fue resistir).

(La gente, como de costumbre, ante estos presagios, ni sí ni no. Creían, pero en tanto no lo vieran...).

En las escuelas se hacían simulacros de alarma, hemos dicho. Los señores profesores colocaban a los críos en fila, ordenadamente, y los hacían salir sin aturullamientos, sin embotellamientos, sin atropellamientos, sin..., mas al primer conato de alarma —por lo menos en las Económicas— las madres acudieron como locas, arrebatando a sus pequeñuelos, pisoteando a otros, zafándose de los maestros que —no lo habían olvidado— gritaban: «¡Serenidad, serenidad, serenidad!».

«Si las cosas siguen así, no volverás más al colegio».

El día este del conato —sonaron las sirenas y todo por primera vez, escalofriantes—; el día este del conato, pues, las madres del Gafas, del Abrán y del Raurito cogieron sus vástagos-Gafas y Judit; Raurito y Laura; Abrán solo — y marcharon hacia la vía del tren, a refugiarse debajo de alguno de los puentes de techo abovedado como túneles. Otras vecinas hicieron lo mismo. Era un día de sol y de un cielo azul clarísimo. Estuvieron largo rato acurrucados, esperando. De vez en cuando salían y oteaban el cielo. Nada. O paraban el oído. Nada. Luego se cansaron de esperar y volvieron a casa. Su escepticismo se había recrudecido. ¿Casi un año de guerra y no había habido novedad? Y, sin embargo, ¡ah, sin embargo!

El primor bombardeo fue por barco. Y de noche. Ya medio se ha dicho.

Los obuses fueron a perderse en el interior de la Ciudad, pero los estampidos de los cañonazos eran tan fuertes, que parecía que los barcos

disparaban desde la arena de la playa, allí embarrancados, y no desde la línea del horizonte o seguramente más lejos, como probablemente lo hacían.

El Gafas no oyó los cañonazos. Más cuando se despertó aún temblaban las paredes y los cristales de las ventanas. Aunque no oyó el ruido fue este ruido quien le despertó: se ve que sí. El Gafas, que había empezado a escribir un diario por primera vez en su vida, anotó lo siguiente: «Hoy a sido el primer bombardeo que ha habido y ha sido por barco. Yo no he oído los cañonazos, pero mi padre, sí. Mi padre, al oír los cañonazos, se ha levantado corriendo de la cama, pero cuando ha salido a la calle los barcos ya se habían ido». Huyendo del padre del Gafas, se conoce, ¿no?

Los bombardeos por barco menudearon.

Siempre de noche. El vecindario, alarmado, saltaba de sus lechos rápidamente —la mayoría dormían vestidos— y salían a la calle, a oír los cañonazos y a mantenerse a la expectativa. El Castillo y la batería «Buena Vista» contestaban a los cañonazos de los barcos y el estruendo se volvía infernal.

Una de las primeras noches, el Gafas, los ojos hinchados, medio legñosos, temblaba. «Es el frío».

El Abrán también tiritaba. «El frío y el miedo, me parece a mí». «Sí, el miedo también», contestó el Gafas. Luego se habituaron. Sobre todo cuando vieron que los obuses siempre se perdían en el interior de Barcelona.

El primer bombardeo por avión también fue de noche. Aquello ya era más impresionante. Había el ruido más persistente de los motores de los aeroplanos, el constante estallido de los antiaéreos, los reflectores, las bengalas, el explotar de las bombas.

Con los primeros bombardeos por avión el personal cogió miedo, aquello no era para menos, y por las noches, con mantas y colchones a las costillas, los críos a cuestras o de la mano, en una especie de extraño éxodo, se encaminaron a la mina del Toño.

La mina del Toño era la mina de la Terra d'Escudellcs, una raquílica mina de la que extraían arena para fregar. Los de las Económicas la llamaban mina del Toño por mor del Toño, el de la calle del Toño, que era también la calle de la Mariquica; la mina del Toño porque el Toño trabajaba allí. Mi calle, tu mina, su taller: nuevo concepto de la propiedad que no molesta a nadie. La mina estaba detrás de la Serrería, cerca de unas canteras, casi debajo del exhausto Polvorín.

La mina del Toño era una mina honda, muy honda, iluminada a trechos por botes de carburo, entibada con gruesos troncos, con unos ralles de vagonetas por todas las galerías y una peinilla como de miraguano acumulada en los rincones debido al moho y a la humedad.

La mina del Toño, en su Interior, bastante en su interior, en verano era

una nevera y en invierno un homo. Durante el verano la gente durmió fuera, en los prados, junto a la boca de la mina, envueltos en mantas, cogiendo ese color moreno aceitunado que da la luna a quienes duermen al raso, lo mismo que a los gitanos. Cuando llegó el invierno, muchos ya se habían hecho refugios en la Montaña, o se habían ido a los túneles, o a otras minas menos profundas. Y muchos invernarón allí, pues dentro de la mina ya se estaba caliente.

Las familias Gafas, Abrán, Raurito, Caliche," Moisés, llamémoslas así, y alguna más, se juntaron y cavaron un refugio en la Montaña, cerca de los barrancos de la nueva fosa que habían hecho para él Cementerio. El padre del Gafas y él del Moisés, que trabajaban en la cantera del Morrot, suministraron picos, mallos, punchones, capazos, chapos, y llevaron la dirección o voz cantante en esta ingenieril empresa. Eligieron un terreno gredoso por abajo y piedra por arriba, y lo socavaron hasta formar una galería con siete compartimientos, uno para cada familia. Después sortearon estos compartimientos. A la familia Raurito le tocó el más cercano a la puerta. Cuando había alarma, se levantaban y se metían en alguno de los otros compartimientos. Mucha gente los imitó y la Montaña se llenó de agujeros.

En un principio sólo se acudía a estos refugios a pasar la noche, pero cuando la situación recrudeció y lo mismo bombardeaban de día que de noche, casi todo el mundo empezó a hacer vida en estas cuevas y en las diversas minas que había en aquella zona. Muchos no se movieron nunca de sus casas, unos confiando en su buena estrella, otros, como el Carabruta, confiando en el refugio-debajo-de-la-cama, y otros, como el Grúa y la Colorá, porque casi cada noche hacían sus incursiones por el campo, robando verdura y vendiéndola a precios abusivos. Algunos hombres enviaban a la familia a los refugios y ellos se quedaban a dormir en casa, pues se habían dado casos de allanamiento de morada aprovechando tan trágicas circunstancias. Las Económicas, por este motivo, aparecían medio despobladas, como una ciudad desierta, como una ciudad maldita, igual que una ciudad abandonada. El Grúa, muchos días, no subía a los refugios de la Montaña, a jugar con el Gafas, el Abrán y el Raurito, pues durante el día se aburría bastante los echaba de minas. Pero otras veces se iba a los bares de la calle Central, a jugarse el dinero que tan fácilmente ganaba, y a ver bravuconear a los pistoleros y jefes de las bandas de atracadores que tenían allí sus antros, en aquellos tugurios. En las minas y refugios se vivía amontonados, en promiscuidad, careciendo de la más elemental higiene, llenándose de piojos, efectuando todo el mundo sus necesidades en los mismos lugares, viéndose así el culo unos a otros, perdiéndose los pocos restos de pudor que aun pudieran quedar. Vivían como gitanos. El Gafas iba siempre descalzo. Los pies se le habían endurecido de tal modo, que era

capaz de pasar por encima de una pala de chumbera sin pincharse. El Raurito iba sin camisa, con la espalda y el pecho tostados. El Abrán, moreno ya de por sí, parecía un negrito.

En torno al refugio habían construido barracas y cultivado trozos de huerto. Se habían subido las gallinas con ellos. Iba ya todo tan escaso, que no había para darles de comer. Las tenían sueltas, para que picotearan hierbas y gusanos. No había alpiste ni cañamones para los pájaros. Al Gafas se le había muerto un canario de hambre. Al Caliche, un jilgero. El Abrán había dejado escapar dos periquitos que tenía. «Que campen y se las busquen, ¿no?». El Gafas sacaba a pastorear —valga la expresión— sus gallinas. En cuanto se veían fuera del recinto del huerto echaban a correr hada una hondonada que había junto a la antigua mina de los Bolets y que era como una especie de water público de los allí refugiados. Las gallinas se hinchaban de comer mierda, una mierda de cuerpos desnutridos, carente de vitaminas, pero que por lo menos hartaba.

Cuando había bombardeo, las gallinas se encogían en el suelo, las alas huecas, temblando, y los perros se orinaban de miedo.

Los bombardeos se habían intensificado. En un principio, pasado un bombardeo, pensabas: hoy ya no vendrán más, o: por esta noche ya estamos listos, ya no volverán. Y era verdad, ya no volvían. Ahora, en cambio, bombardeaban dos y tres veces cada día y cada noche. Últimamente bombardearon doce veces en un día y toda la noche sin parar, yendo y viniendo los aviones. Te despertabas en el refugio y siempre oías los antiaéreos y las bombas, como una pesadilla. La gente, en los refugios, se consideraba tranquila, únicamente un poco el temor de que una bomba cayera en la misma boca de la cueva y la obturara, pero nada más; los que se quedaban en sus casas, confiaban en su estrella, esa lucecita que por mal que anden las cosas no se nos acaba de apagar jamás.

Aquellos barrios empezaban a ser castigados. Cuando las pavas tornaban de sus intrusiones soltaban lo que les quedaba por allí pero además es que había objetivos militares (la fundición de Tornos, que ahora hacía material de guerra; los depósitos de la Gasolina o Gasolinera; la fábrica de Aceites Pesados, objetivos militares que a veces buscaban. Habían caído bombas en el Barri Vell, en el Barri Nou, en La Maresma, en los campos frente al Dispensario Municipal. Cuando las bombas caían cerca, eras levantado del suelo. Cuando cayeron en el Barri Vell, barrio al pie de la Montaña, la gente de las cuevas y minas creía que caían encima de sus refugios, tan cerca sonaban, tan cerca y tan fuerte. La mayoría llevaban un palito atado de un cordel colgando del cuello, como si fuera una medalla. Durante los bombardeos se lo colocaban en la boca, entre los dientes, para que las explosiones no los cogieran con la boca cerrada y les reventaran los

tímpanos.

Las Económicas era un barrio con suerte. Llovían bombas en sus campos de alrededor, tres junto a la Fábrica de Tejidos, una de ellas en la misma pared de la fábrica, pero nada más. Únicamente un proyectil de antiaéreo había caído sin explotar sobre una casa, atravesando un techo y matando a una vieja que dormía encima de su cama.

«Veis, si s’hagues posat a sota^[16]», decía el Carabruta.

Algunas de esas bombas arrojadas al buen tuntún cayeron una vez en el mismo Cementerio. Una, en la carretera principal que atraviesa dando rodeos todo el recinto, haciendo un enorme boquete en el asfalto; «Se ve que era de las gordas».

«Sí, se ve que sí». Otra, en un extremo de una ringlera de nichos, cortándolos de arriba abajo, dejando los ataúdes y los esqueletos al descubierto. (Una caja que quedó medio abierta mostraba una mano apergaminada y negra que asomaba fuera de ella).

«A éstos es como si los hubieran matado dos veces».

«Más vale ellos que nosotros, ¿es verdad o es mentira?».

Las sirenas de alarma, en según qué ocasiones, sonaban cuando ya había acabado el bombardeo.

«Para que te fíes de ellas».

Los chatos rojos —«la gloriosa», según la radio— salían a buscar combate cuando los trimotores se perdían en el horizonte.

«¡Están vendidos, están vendidos! ¡Canallas! ¡Cobardes!».

Los antiaéreos jamás alcanzaban, ni por equivocación, a los incursores.

«¡Cuentistas, cuentistas! ¡No tiran a dar, sólo lo hacen ver!».

Una noche hubo sabotaje en una fábrica de material de guerra de Hospitalet y ardió toda ella. Desde las cuevas de la Montaña se veía muy bien el espectáculo, eran una buena atalaya. Se oían explotar las cápsulas de los obuses y silbar los proyectiles. El padre del Abrán lloraba de rabia.

«¡Perderemos la guerra, perderemos la guerra! ¿Y para eso tengo yo mi chiquillo en el frente partiéndose el pecho?».

Otra noche hubo una aurora boreal, así la calificaron. Por detrás de la Montaña, por encima de la ciudad, se veía un enorme resplandor rojo. Muchos se pasmaron.

«¡Está ardiendo Barcelona! ¡Está ardiendo Barcelona!». Los refugios eran un buen mirador. Se veían caer las bombas en el mar, cuando ni por aquellos campos las habían podido soltar. De día las veías hasta relucir cuando salían de los «aviones. Caían cerca de la Farola. Levantaban enormes surtidores de agua. Las explosiones hacían retemblar toda La Marina, todo el hermoso llano».

«Parece mentira que hagan más ruido en el agua que en la tierra. ¿Verdad

que parece mentira?».

El Recinto de la Gasolina lo encendieron dos veces. La primera vez sólo dos bidones; la segunda, todos.

La primera vez se vio un avión volando raso a la vía del tren, con las luces encendidas, como si tal cosa. Cuando llegó cerca de La Maresma remontó el vuelo y soltó la carga. Los dos depósitos de gasolina eran como dos enormes teas ardiendo. Del avión se contaba, con aire de leyenda, que era un hidro, que tenía su base en Mallorca y que lo pilotaba una mujer. «¡Pues qué mujer; ya quisieran muchos tenerlos como ella!». La segunda vez fue igual. Luces encendidas, raso a la vía. Lanzó las bombas y alcanzó sólo un bidón o dos. Se retiró y debió de estar varado en el agua, por allí cerca, pues poco después volvió y logró encenderlos casi todos. Desde los refugios oían gritos y lamentos. «Debe de haber heridos», dijo el padre del Gafas. «Vamos a ver qué ha ocurrido y a ver si podemos ser útiles en algo», dijo el padre del Abrán. El padre del Moisés dijo:

«¿Yo no sé a que vamos a ir? Allí no haremos nada, sólo estorbar».

«No vengas si no quieres», dijo el padre del Gafas.

El padre del Moisés era un hombre miedoso, a quien le costaba trabajo confesar esto. El padre del Gafas y el padre del Abrán eran dos impulsivos jabatos. Eran hermanos y por las venas les corría la misma ardosa sangre.

El padre del Raurito padecía del corazón y puso esta excusa para no acompañarles. El padre del Raurito era un tío alto. Siempre que entraba en la cueva se olvidaba de que lo era y se daba con la cabeza en el techo.

Los demás hombres del refugio: el Arturo, el Pepe, el Raimundo, alegaron la misma prudente excusa que el padre del Moisés: que allí no se les había perdido nada y que a lo mejor iban a encontrarse con lo que no buscaban. La Raquel reñía a tu hermana:

«Yo no sé por qué has dejado marchar a tu marido y a tu cuñado».

La madre del Gafas dijo:

«Yo estoy orgullosa de que hayan ido a recoger heridos. Dios los recompensará». La Raquel dijo:

«Demasiado sabes que ahora no hay Dios, conque no sé por qué dices eso».

La Raquel le tenía bastante manía a su hermana Salomé porque siempre había sido una beata.

«Parece mentira, Raquel, que hayas olvidado las enseñanzas; de la madre».

«Bueno, bueno», dijo aquélla.

En realidad en La Maresma no habla heridos para recoger. El vecindario gritaba despavorido por las calles, nada más. Reinaba una enorme confusión, nada más. Las familias se buscaban entre ellos, nada más iban sacando

objetos y utensilios de sus casas, temiendo que el fuego los alcanzara, nada más.

El hidro había hecho varias pasadas sobre los depósitos, hasta lograr incendiarlos todos. Volaba tan bajo que los antiaéreos del Castillo habían tenido que amorrarse y tirar hada abajo, con lo que no hacían otra cosa que cañonear la barriada. El padre del Gafas y el padre del Abrán tuvieron que tirarse a una zanja, por culpa de los antiaéreos. Luego estuvieron por allí, viendo trabajar a los bomberos que ya habían acudido. Luego se volvieron hacia la cueva.

«Mira que es cagao tu cuñao. Qué poco se parece al muchacho».

«Sí, que lo es, sí. Qué poco se parece al Moisés. ¿Te acuerdas cuando el desembarco en Rosas?».

Recién comenzada la guerra había habido un intento de desembarco en Rosas. Se contuvo el desembarco como se pudo. Por radio pidieron aquella noche que se presentaran voluntariamente todos los que pertenecieran al Ramo de la Construcción, para cavar trincheras y zanjas. El padre del Abrán era ferroviario. El padre del Moisés no sabemos lo que hubiera dado por haberlo sido. Y si no ferroviario, panadero, o carpintero, todo menos de la Construcción, de lo que desgraciadamente era. El padre del Gafas lo pasó a buscar.

«Yo no voy. Cuando me llamen por mi nombre y no me quede más remedio, iré. Antes, no. Además, yo tengo un hijo en el frente».

El padre del Gafas se presentó al Cuartel donde los citaban. Le dieron un pico y una pala, un capote al que le faltaba una manga, además, y lo hicieron subir a un camión, junto con otros camaradas. Empezaron a salir los vehículos del cuartel. Cuando ya iba a salir el ocupado por él padre del Gafas, dijeron que había contraorden y que ya podían volverse tranquilamente a sus casas. El padre del Moisés, cuando se enteró de esto, pensó: si lo llevo a saber, voy.

Los depósitos de la Gasolina, de la Gasolinera decían otros, estuvieron ardiendo no sabemos cuántos días. Despedían enormes llamaradas, y un humo negro, espeso, aborujado, cubría todo el cielo. Los enormes tanques se deshacían como si fueran liviano estaño. Todo el cuerpo de bomberos trabajó de firme, si no para apagarlo, porque era imposible, sí para que el fuego no se expandiera. Algunos tanques pudieron ser sofocados. Desde encima de éstos lanzaban los chorros de agua a los otros. Los bomberos hacían verdaderos actos de heroísmo. Encaramados en las escalerillas de los depósitos, o en los puentecillos que unen a éstos, algunos cayeron dentro de las llamas y perecieron. Fueron distribuidos por turnos y relevados continuamente, pues en aquel infierno era imposible estar. En el bar de Can Perdiu, que estaba frente a la Gasolinera, tenían orden de darles de beber

todo lo que quisieran. Sudaban como condenados. Iban negros de humo, medio quemados, y bebían sin parar cerveza y gaseosa.

El Gafas, el Abrán, el Raurito, el Caliché, se daban alguna escapada a fin de no perderse tan soberbio espectáculo. El Grúa se pasaba allí la mayor parte del día.

Cuando el fuego llegaba al culo del depósito, se producía una explosión tremenda y un chorro de fuego salía disparado hada el cielo, como una última convulsión agónica. La gente caía al suelo, sofocada por el calor, casi sin poder respirar. El ruido de estas explosiones y sus efectos se percibían hasta en las Económicas, que estaban a un cuarto deshora o más de la Gasolinera. Al Grúa le cogió uno de estos estallidos allí mismo, en el paso a nivel que había junto a la Trefilería, y cayó redondo al suelo, pensando, por unos segundos, que el mundo se acababa, o algo por el estilo.

A los depósitos de la Gasolina de nada; les había servido el que los pintaran con manchas verdes, ocre y grises para camuflarles. Ahora estaban derretidos hasta la mitad, algunos; otros, deshechos por completo, como desapareados; y los más enteros, estaban abollados, igual que si en lugar de estar contruidos con gruesas planchas de hierro lo hubieran estado con finísimas láminas de hojalata.

25

Estaban de bruces sobre la grama, una grama de un verde azulado, ya mustia y desvaída.

Estaban en una hondonada, al borde del profundo barranco que había sido convertido en fosa para los muertos.

Antes había habido por allí mucha retama, y, en la primavera, la montaña parecía de oro, así se dice literariamente.

La retama es como la aliaga o aulaga: incluso verde arde muy bien diríase que arde mejor verde que seca, y, además, entonces, expande un penetrante olor. La retama, en catalán es *ginesta*. Eso ya lo sabemos.

La fosa estaba llena de muertos sin enterrar. Toda la gran, explanada estaba llena. Los enterradores se habían marchado ya. Habían acabado la jornada y no los habían podido sepultar a todos. Debido a los bombardeos, cada día era más difícil dar abasto. Bandadas de vencejos chirriaban y se comían los mosquitos, zigzagueando en el aire sin parar, infatigables y veloces. Los vencejos son como las golondrinas, igual; sólo se diferencian en que tienen la barriga negra, lo mismo que todo el cuerpo... Maniobraban con la gracia y rapidez de los «*messerschmitts*» alemanes; no eran tardos y pesados como los rusos «*chatos*».

Estaban asomados a un gran risco de piedras rojas. Enfrente estaba la pared

ruinosa del Cementerio que delimitaba la Vieja Fosa, la Vieja Fosa ya clausurada, digámoslo así; y enormes vertientes de tierra removida, y vagonetas, y raíles, y útiles de trabajo.

Los muertos, algunos, estaban en rústicas cajas sin pintar, en cajas que eran cuatro tablas escuetas, sin tapa y sin nada otros, los más, estaban en el santo suelo, como sin preámbulos, esperando el capazo de tierra y la rociada de cal que todo lo desinfecta.

Desde donde ellos estaban se veían los muertos pequeñitos, sin poderse apreciar sus detalles. Algunos no estaban enteros, o sea, que no eran muertos completos, sino fragmentos de muerto.

Se habían fijado que había una mujer desnuda, enteramente desnuda, con los brazos abiertos, como si estuviera crucificada. Era lo único que les obsesionaba y no quitaban los ojos de allí.

—Mirar, se le ve el...

Era verdad, se les veía el... Desde aquellas alturas se columbraba el sexo, una manchita negra sobre la mancha blanca que era el cadáver atrayendo, irresistible, la mirada de todos ellos.

—Yo voy y me la zumbo. —El Grúa se puso en pie.

Al Gafas se le removieron las tripas. El Gafas aún era virgen y aquellas cosas le repugnaban y le hacían mal.

El Grúa, hasta ahora, sólo había trajinado a la Manija, a la Asunción, a otras chicas de la calle, impúberes aún, sin aquella mancha incitante que poseía la muerta. Él soñaba, hacía tiempo, con una mujer, una mujer hecha y derecha, de redondas caderas y redondos senos, y que, además, no fuera su madre. Ahora la tenía allí.

—Yo voy y me la zumbo.

El Abrán dijo:

—Yo te acompaño.

—¿Tú también, primo?

—Sí, pero sólo voy a mirar.

—Va a hacer de *espelma*^[17] —dijo el Raurito. Y se echo a reír.

El Grúa estaba derecho y ellos sentados, a los pies de él, medio reincorporados, apoyados en los codos. El Grúa los abarcaba con su mirada. El Caliche tenía el pelo rojo; el Raurito, rubio; el Gafas, castaño; el Abrán, negro. Eran como una escalera de tonalidades, eran como una bandera. El Grúa lo dijo:

—Parecéis una bandera.

Se echó a reír.

—No sabemos qué quieres decir con eso, Grúa. El Grúa prosiguió con sus risas.

El Caliche dijo:

—Yo también iré con vosotros.

Vieron unas ratas corriendo por entre los muertos. El Grúa señaló a las ratas, a las ratas y a la mujer.

—Para que se la coman ésas, me la como yo.

—Y yo —dijo el Caliche.

—Vamos a llevarnos al Raurito —insinuó, el Grúa.

El Raurito se puso a llorar.

—Vamos a hacerle *la vaca* al Gafas —continuó el Grúa.

El Gafas se levantó rápido como un gamo y agarró una piedra.

—Al que me toque lo *escalabro*. El Grúa decía estas cosas porque sabía que el Raurito y el Gafas se cabreaban, por nada más.

El Gafas y el Raurito se quedaron allí, de bruces, al borde del barranco. El Grúa y los otros dos fueron a saltar la tapia nueva del Cementerio.

Saltaron por donde empezaba la pared. Empezaba en un puntal de monte, y allí no era alta. El Abrán se quedó encaramado a ella, no quiso seguir adelante.

—Yo os espero aquí.

El Caliche y el Grúa bajaron la pendiente. Se agarraban a las *ginestas*, para que les sirvieran de freno.

El Gafas y el Raurito vieron llegar al Grúa y al Caliche a la entrada de la enorme explanada de la Fosa. El Caliche se paró en seco y no pasó de allí. El Grúa siguió corriendo, sorteando cadáveres como en una carrera de obstáculos.

Al Caliche, el redondel de la Fosa le pareció un campo de batalla. Se estremeció y se quedó tieso como un poste. Los muertos estaban destrozados, ensangrentados, convertidos en nauseabundas piltrafas. Los vencejos eran como cuervos o buitres pequeños, lo parecían, o se lo parecían.

El Raurito y el Gafas vieron al Grúa —pequeñito— llegar junto a la muerta —pequeñita—; lo vieron detenerse, lo vieron mirar a la muerta, lo vieron salir pitando. El Caliche, ante la reacción del Grúa, salió arreando, procurando que no le alcanzara. Trepaban en busca de la pared como gatos.

El Grúa había sorteado los muertos sin mirarlos. Iba como afiebrado, como enloquecido, en forma ya de antemano. Saltaba y corría con la furia de un pequeño sátiro, y cuando llegó junto a la muerta frenó en seco, espantado. ¡A-a-a-aquello no era una mujer; a-a-a-aquello era un monstruo! Un monstruo blanco, deforme, con los labios descoloridos y entreabiertos y los ojos violáceos. Le faltaba la base del cráneo. Tenía una rigidez angustiosa, como de cosa demasiado estirada, como si cada pierna y cada brazo y cada pecho quisiera salir disparado, cada uno por distinto sitio. El Grúa se arrugó, igual que cuando golpean a uno en la boca del estómago. Volvió grupas. Salió huyendo. ¡Vaya!

Al Grúa se le había burlado toda la chiquillería: la de los refugios, la de la calle. ¡Tanto presumir, tanto presumir, y luego se había rajado!

—¡No sé qué hubierais hecho vosotros!

Lo que él probablemente.

—Volveré a ir al cementerio y os demostraré si tengo miedo o qué.

El Caliche no se burlaba. El Caliche admitía que se había quedado pasmado desde el primer momento.

—Yo me quedé pasmao cuando vi tanta carne por allí suelta.

—Volveré a ir al cementerio y os demostraré si tengo miedo o qué.

—¿Tú también vas a ir, Caliche?

—Yo, no. Yo me quedaré en la pared, como vosotros.

La mayoría prometieron que bajarían con el Grúa.

Fueron una caterva. Discutían animados. Pero, ya en la pared, la mitad se quedaron allí, a horcajadas sobre ella, unos; otros, en el puntal de monte.

Los demás se deslizaron pendiente abajo, frenándose con las retamas. El Raurito se enganchó el pantalón en una rama y se lo rompió. Sé puso a llorar y volvió con los de la pared.

Finalizaba la pendiente en un pequeño ribazo cortado a pico. Se saltaba y allí estaba la Fosa: repleta de muertos, como la vez anterior. Todos se detuvieron al borde del corte. El Grúa saltó; los demás, no.

El Grúa caminaba de espaldas.

—¿No venéis denguno?

Nadie se movió.

El Grúa *avanzaba* dando pasos hacia atrás, mirando jactancioso a todos.

—¿No vienes, Gafas?

El Gafas dijo que no.

—¿No vienes, Abrán? El Abrán dijo que no.

—¿No vienes, Bartolo cabeza bolo?

El Bartolo cabeza bolo dijo que no.

—Sois unos cobardes. Tenéis miedo. Y hablabais de mí. ¡Uf!

Se había detenido. Continuaba mirando la ringlera de chicos medrosos. Les hacía señas y gesticulaba. Luego se volvió.

Se había detenido junto a un montón de féretros sin pintar, apilados uno encima de otro, lo mismo que si fueran cajas de zapatos, sin tapa, con su correspondiente muerto cada uno. La última caja estaba a la altura de su rostro. Una muerta sonreía desde ella. Tenía un diente de oro. Los ojos abiertos y como de vidrio. La cabeza erguida. Los ojos del Grúa y los ojos de la muerta se miraron fijamente. El Grúa dio un bote y un respingo. «¡Oggg! ¡Mamiiiiiiiíta!». Corrió como un gazapo. La ringlera de chavales gritó:

—¿Qué pasa, Grúa, qué pasa?

Y echaron a correr sin aguardarlo. Se agarraban a las matas, resbalaban, calan; pero en seguida estuvieron arriba. Los de la tapia también preguntaron:

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

El Grúa había llegado al mismo tiempo que todos.

—¡Una mujer muerta, una mujer muerta! ¡Me miraba y se reía, me miraba y se reía!

Estaban excitados, comentando la cosa, cuando apareció un hombre con unos cubos llenos de carne que goteaban sangre y acompañado de unos perros.

—¡Chavales, bajad de la pared!

Les pareció que la carne que llevaba en los pozales era carne de muerto, carne para los perros. Los perros ladraron.

—¿Y usted qué hace dentro del cementerio? —dijeron.

—Ya sois muy grandes, chavales. Al frente tendríais que ir.

—Al frente se va usted.

El Grúa anduvo en equilibrio por encima de la pared y se encaramó en el puntal, desde donde dominaba el valle de la Fosa.

—¡A las bombas de mano! —gritó, y, agarrando una piedra, la lanzó con todo su ánimo al hombre de los pozales.

Los demás lo imitaron. Los perros gruñían enfurecidos. El hombre desapareció entre los arbustos y matorrales.

Aquella noche, en di refugio, el Gafas no pudo dormir. Tampoco había querido cenar unas gachas de harina de maíz. Su madre le dijo:

—A ti te pasa algo, Dionís El Gafas le contó lo de la muerta que reía y miraba al Grúa; lo del hombre de los pozales con carne de muerto; lo de los perros que comían de aquella carne, se ve que el hombre lo hacía para ahorrar.

—Los muertos son para rezarles, Dionís. A los muertos no se les debe tener miedo, Dionís Al día siguiente, la madre del Gafas llevó al Gafas al Cementerio. Entraron por la puerta de la enorme verja de hierro, pasaron por el recinto Protestante y fueron a parar a la Fosa.

—Los muertos son para que recemos por el eterno descanso de su alma. Obsérvalos y verás que no pueden hacer nada. Hay que compadecerse de ellos. Recordar que un día, nosotros, estaremos igual. Pensar que...

El Gafas se tapaba los ojos con el brazo. Su madre, cicerone, lo arrastraba de la mano. Una de las veces que se quitó el brazo de los ojos, vio un hombre con la boca sumida, de color morado, la lengua negra, como si hubiera muerto asfixiado.

Aquella noche, el Gafas tampoco cenó, y eso que eran lentejas, comida buena, y le costó conciliar el sueño.

26

La Fosa Vieja, con los muertos del 19 de julio, se llenó, y la tuvieron que clausurar.

La Fosa Nueva fue elegida con más vista, entre barrancos, en una enorme hondonada. Era un amplio redondel. La carretera que llevaba a ella la cruzaba de lado a lado, hasta la especie de telón de fondo que formaba un impresionante risco. La carretera, en medio del amplio redondel, se levantaba a varios metros de su hondo, como una muralla china que lo dividiera en dos. Pero la Fosa Nueva también se llenó pronto de muertos y la

carretera fue rebasada y cubierta. Las víctimas de los bombardeos fue el cupo que desbordó esta medida.

Por la noche, los muertos quedaban sin enterrar. No se daba abasto. Y eso que no cavaban hoyo alguno. Se limitaban a colocarlos en el redondel, aprovechando el terreno lo mejor que se podía, como hacen con los arenques en las tinas. Encima echaban una capa de tierra y una rociada de cal y otra tongada de muertos en seguida.

Los ataúdes eran cuatro tablas sin pintar, en forma rectangular, un poco más estrechos donde los pies que donde la cabeza, pero sin la forma octogonal que es costumbre en los féretros. Además, colocaban dos muertos en el cajón, y uno en la tapa, o sea: tres en cada caja.

Cuando el calor, subía la peste por las paredes del barranco y se desbordaba montaña abajo, hasta los barrios.

En uno de los bombardeos alcanzaron un colegio de niños. Aquello fue una tremenda carnicería. Los bombardeos, ya se sabe, tiras a un lugar y das a otro. Existe el cuento de los objetivos militares que todo lo disculpa.

Para el transporte de muertos se empleaba toda clase de vehículos, especialmente carros, como si en lugar de llevar muertos llevaran escombros o verdura al Borne.

Estos macabros transportes subían chirriando la carretera empinada de la Fosa, dejando regueros de sangre detrás.

Otras bombas hablan caldo en el Barrio Chino y habían alcanzado algún prostíbulo, matando a rameras y a los hombres que con ellas estaban haciendo el acto. Eso decían. Y los muchachos correteaban por lo alto de los barrancos, a ver si veían algo de todo eso. Pero sólo veían piltrafas nauseabundas, nada más, únicamente.

«Que te maten así debe de ser terrible».

«A mí me parece que es la mejor muerte que hay».

Se relamían.

27

—Al Gil lo ha venido a buscar un policía. Lo ha dicho el Figu.

—El Gil, con un poli, no tiene ni para empezar.

El Grúa echó a correr hacia la calle Central, hacia la de las Tascas.

El Gil había metido un atraco a mano armada, él solo, en una fábrica de los alrededores, un sábado al mediodía, un día de semanal.

Se había llevado un saco de billetes y todo el mundo lo había reconocido.

El Figurín había encontrado mi tipo sospechoso en el Paseo, en la parte de arriba, escudriñando las Económicas. Llevaba sombrero y el cuello del gabán alzado.

—¿Busca usted algo?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. ¡Pensaba!

El Figu se iba y el hombre le preguntó:

—Ahí, en ese barrio, debe de haber muy mala gente, ¿verdad?

—¡Pchs! De todo un poco. Ni fu ni fa.

—Óigame; usted es joven. ¿Cómo es que no está en el frente?

—Usted también lo es y tampoco está allí.

—Yo soy una autoridad. —Levantó la solapa—. Yo hago falta aquí. Demasiados somos ya en el frente. Cada día contamos con menos personal.

Se marchaba de nuevo el Figurín.

—¿Sabe usted de uno que se llama Gil, lo conoce?

—Algo.

—¿Sabe usted si a estas horas estará en su casa?

—A lo mejor.

Como el hombre no dijera nada, el Figurín señaló zumbón las Económicas.

—¿Por qué no entra ahí a buscarlo?

—¿Y por qué no me acompaña usted?

—¿Yo?

El Figurín se largó a grandes trancos, como un galgo.

—Gil, en el Paseo, un bofia pregunta por ti.

—¿Por mí?

El Gil salió del bar, calle Central arriba. Estaba casi en la punta de la calle cuando el Grúa lo vio y corrió anhelante detrás.

El Figurín se había quedado en el bar.

—Anda, Buque pequeño, ponme un coñac.

—¡Voy!

El Gil, ya en la calle Adyacente, se pegó al deteriorado pabellón de madera verde que servía de cueva a los del Comité. Se asomó a una de las esquinas y vio al hombre del sombrero y el cuello levantado oteando por encima del muro del Paseo, ya cerca de la entrada del barrio. Más que otear, parecía que husmeaba. Tenía el gesto indeciso de hombre poco dispuesto a cumplir con su obligación.

El Gil se cegó. Empuñó con las dos manos el pistolón de patrullero —¿de dónde lo habría sacado?—, apoyó la culata de madera en la cadera y se lanzó hada el campo de la Mandrágora, medio inundado por las lluvias. ¡*Ra-ta-tá, ra-ta-tá, ra-ta-tá!* Disparó un cargador, escarramanchado, con miríadas de *gambucias* —ese pececillo inclasificable— bajo el puente de las piernas.

El hombre del sombrero se había agachado detrás del muro. Cuando notó que al Gil se le había acabado *el* peine, se alzó y disparó una ridícula automática. ¡*Chac!* Junto a las piernas del Gil se hizo un pequeño surtidor de agua. Las *gambucias* se desbandaron.

El Gil había metido otro cargador. Avanzaba por el agua. ¡*Ra-ta-tá, ra-ta-tá, ra-ta-tá!* El hombre que se había vuelto a agachar, disparó de nuevo. ¡*Chac!* Sonaba a *falluto* (fiasco), pero el Gil notó una cosa caliente en el muslo. Cargador de nuevo. ¡*Ra-ta-tá, ra-ta-tá, ra-ta-tá!*

El hombre del sombrero, pegado al muro, piraba ya. ¡Cualquiera no! Aquello no era para él.

El Gil salió del agua, Por el pantalón se le extendía una mancha de sangre, El Grúa se levantaba del suelo. Había besado el polvo, a los pocos disparos, para ofrecer menos blanco, por si acaso se escapaba algo.

—Llevas sangre, Gil.

—¡Me cago en la puta leche!

Se tocó con la mano y se la llenó de sangre.

—¡Si el tío no llega a jopar!

Escupió.

—¡Cabrón!

(El Gil era un mocoso de diecisiete años).

28

El hambre se había recrudecido. Ya no había nada, lo que se dice nada para llevarse a la boca. Sólo los estraperlistas lo pasaban un poco bien.

Las pocas cosas vendibles iban a unos precios terriblemente abusivos.

La Colorá tenía un baúl lleno de billetes. Se tenía que sentar encima de él para poderlo cerrar.

El Gafas soñaba con camiones de pan, con chuletas como catedrales. Algún día, cuando se acabara aquella eterna guerra... Suspiraba.

Muchas noches cenaban salvado cocido. A pesar del hambre, aquello era difícil de tragar. Era áspero y se atascaba en las paredes del gañote.

Había quien buscaba en la basura pieles de patatas, las pocas pieles de las pocas patatas que aun había quien podía comer —el Sesentaynueve, el Matapencos, el Balaguer—; se raspaban y luego se cocían.

En la Escuela daban pan y leche. El Gafas, el Raurito, el Abrán, tantos otros que ya no iban a clase, pues se pasaban el día en el refugio, tomaron de nuevo a ir. Tuviéronse que pelar al rape, este requisito era indispensable, y ponerse las tres reglamentarias inyecciones contra el tifus, otro requisito indispensable.

Al Grúa mucho le apetecía la lecho y el pan, mucho, demasiado, mas prosiguió como siempre, sin poner los pies en las clases. Más que horror a cortarse el cabello y a las inyecciones —cosas que ya pesaban lo suyo— lo tenía a las letras y a los números.

El Grúa volvía a estar continuamente con sus amigos.

Menudeaban los bombardeos.

A veces, en la escuela, repartían el pan y la leche cuanto antes y mandaban a los críos en seguida a sus casas. Así se evitaban el estar cada dos por tres entrándolos y sacándolos —«¡Serenidad, serenidad!»—, enviándolos —«¡Serenidad, serenidad!»— al patio o a los campos.

Los chiquillos tardaban en irse a sus casas o a los refugios de la Montaña. Zascandileaban por las calles, observando los auténticos combates aéreos, abusando de aquella inopinada libertad. Acostumbrados a ver estas cosas solamente en el cine y en los tebeos gozaban lo Indecible. Las pavas ya no venían solas, como antes, ni tres ni cuatro, como antes. Venían con gran escolta de cazas, y siempre eran doce bombarderos como mínimo. Los chatos rojos les salían al encuentro, y, mientras se cascaban con los messerschmitts de la escolta, éstos, los bombarderos, atravesaban tranquilamente la barrera de la Montaña y descargaban en la Ciudad. Los antiaéreos disparaban con ánimo sobre aquel cúmulo de aviones enemigos, sin fijarse, al buen tuntún. Como es de costumbre, nunca alcanzaban a nadie, y una vez que derribaron a uno, fue uno de los suyos. El pobre y ridículo chato rojo se partió en dos, y, el piloto, lanzándose en paracaídas, fue a caer en el mar, más allá del rompeolas, donde estuvo largo rato debatiéndose y bregando con la seda de este paracaídas, que hacía poco lo había salvado y ahora lo entorpecía. Cuando al final llegó una gasolinera a recogerlo, hacía un cuarto de hora que se había hundido. Las cosas iban así. La gente de la Montaña presenció todo esto muy bien, al detalle, como desde preferencia, y luego lo contaron.

Al hermano del Abrán, el Abel, lo habían herido gravemente en el frente de Huesca, en Casa de Campo, cerca de Sariñena. Habían recibido un telegrama del Moisés. Los padres del Abrán se habían puesto en camino en seguida. Cuando el padre del Gafas llegó de la faena le dieron la noticia. «Tu hermano y tu cuñada ya se han puesto en camino». «¿Y cómo no me habéis avisado?».

«Estábamos todos muy aturridos. A duras penas si hemos atinado a telefonarle a él». «Mañana saldré yo para allí».

El Abrán le dijo a su tío:

«Lléveme con usted. No me han dejado ir, Pero ya soy mayor y tengo derecho a ver a mi hermano antes de que muera». Se lo llevó con él. El Abrán, luego, contó:

«Llegamos a un pueblo y allí no estaba, y nos dijeron que el hospital de sangre estaba en otro pueblo. Y no había coche ni tren para ir allí y nos fuimos andando. Y de pronto se puso a llover y nos metimos debajo de unos árboles, pero igual nos mojábamos. Y en esto pasó un camión de esos que

llevan toldo y, nos dejó saber. Iban en él unos cazadores quienes también hablan recogido, con unos perros que se sacudían di agua y te esguichaban».

Había sido un viaje muy accidentado.

«Yo, con tu padre, Gafas, siempre lo paso muy bien. Me avengo mucho».

Él Abrán, en algunos momentos, se había olvidado de su hermano.

Al Abel lo habían evacuado en seguida hacía Barcelona. La familia tuvo el tiempo justo de llegar y embarcar con él. El Julio, un muchacho que era — había sido— el secretario de los antiguos «avanguardistas», el mejor amigo del Abel, había cogido todo el dinero que tenía ahorrado y había salido para Sariñena, en busca de su amigo. También había llegado justo cuando lo embarcaban en el tren ambulancia, camino de Barcelona.

El Moisés, compungido, atribulado, les contaba cómo había sido la cosa. Había sido en un relevo de trincheras. Habían estado el tiempo reglamentario en primera línea. Lo hirieron el día del relevo. Tenían que atravesar un pasadizo en el que sobresalía una enorme piedra que no habían podido quitar. Al cruzar por allí había que agacharse o sacar la cabeza. En la trinchera de enfrente, desde una de las aspilleras, un guardia civil mala sombra, con una puntería fenomenal, se cargaba a todo bicho viviente que asomaba la jeta o calabaza un segundo.

En el relevo, el Moisés iba delante —era el capitón de la compañía—, y, tres puestos más atrás, el Abel. Delante del Abel iba otro de la barriada, el Lastre. El Lastre llevaba un fajo de leña a las costillas. El Abel unas mantas. El Moisés había pensado: «El Lastre se resguarda con la leña; el Abel con las mantas, no. Además, el Abel es un temerario». Giró la vista atrás y vio al Abel que se doblaba sobre las rodillas. Las mantas las había dejado caer delante de él. El Lastre, que había tenido el mismo pensamiento que el Moisés y se había vuelto, estaba inmóvil, paralizado por la sorpresa, mirando fijamente, sin saber qué hacer. El Moisés acudió corriendo. La bala le había entrado por la frente y salido por la nuca. Era milagro que aún viviese.

Poco después, había seguido contando el Moisés, había cruzado por el mismo fatídico sitio un capitán de ametralladoras. En el momento de colocar el pie en la piedra que obstaculizaba el pasillo, alguien le había gritado:

«¡Oye, ten cuidado; hace un momento se acaban de cargar a uno ahí!».

El capitán se volvió.

«¡Qué!».

En el mismo instante se le dibujó una roseta en la sien y cayó plegado al suelo.

En el hospital de Sariñena había varios heridos más, tumbados todos por este mismo guardia. Prometían, iracundos, que el día que tomaran Huesca, lo arrastrarían.

Contaban que tenían una pata de palo. «Le vamos a romper la otra,

¡veréis!».

El Abel tardó un mes y medio a morir en el Hospital de San Pablo. Al principio mejoró algo.

Llegó a recobrar el conocimiento, y a conocer las personas, y a ingerir algún alimentó, y hasta llegó a balbucir alguna palabra de fácil pronunciación. Daba pena verle con su infantil cabeza de adolescente completamente vendada. De pronto empeoró y murió. Los médicos dijeron que en fin de cuentas esto había sido lo mejor, pues de haber sobrevivido hubiera quedado ciego, o sordo, o tonto, o yo qué sé. Se conoce que los médicos siempre dicen lo mismo: un truco de Facultad.

El padre del Abel llevaba la obsesión de que a su hijo lo habían matado estos mismos médicos de en-fin-de-cuentas, que eran todos de la Quinta Columna, decía.

Al Abel se le hizo un entierro apoteósico, a lo héroe. Banderas, coronas, flores. El rojo y el negro se veían por doquier. Incluso hubo algún conato de discurso en el momento de depositar el féretro en el nidio. El padre del Abel dio las gracias emocionado. El féretro no lo destaparían porque había quedado muy desfigurado el Abel, dijo.

Recibieron un telegrama de mosén Lluís, dándoles el pésame, fechado en Bruselas. «¿Cómo se habrá enterado estando tan lejos?».

Rememoraban las épocas en que venían de permiso el Abel, el Moisés, el Lastre, algún otro camarada de las Económicas que estaba con ellos. Se traían a las mascotas que tenían en las trincheras. Una gallina que se llamaba «Heroína»; un gallo de raza americana que se llamaba «Carota»; una paloma que se llamaba «Chabola»; un cuervo que se llamaba «:Pistolón». El cuervo «:Pistolón», que tenía un ala cortada, para que no pudiera volar, se les escapó por encima de las casas de la barriada y el Lastre estuvo gateando detrás de él, partiendo de tanto en tanto una teja. El gallo «Carota» se colocaba en el pretil del parapeto, contaba el Abel, y desde allí lanzaba sus «Irikirikís», desafiando a los fascistas. Éstos le enviaban algún tiro de vez en cuando, y, entonces, el gallito, se zambullía asustado en la acogedora trinchera. También tenían ratas amaestradas.

Todo esto era muy bonito, y con el tiempo lo sería todavía más. El Gafas, su primo Abrán y el Raurito, hablaban sin cesar y con emoción de todas estas cosas.

La situación debía de ir de mal en peor, pues acababan de llamar a la «quinta del biberón». El hermano del Raurito, el Zacarías, que tenía diecisiete años, tuvo que marchar al frente.

«¡Tan críos, tan críos!»., decían las mujeres.

El Gafas, el Grúa, el Abrán, el mismo Raurito, no veían ningún mérito en esto. A los diecisiete años ya nadie es un crío. Si hubiera tenido once o doce,

aún. El Gafas había leído «Un capitán de quince años», de Julio Verne, y no se había quedado pasmado ante las proezas de aquel chiquillo.

«Quince años, quince años, ¡bah!».

Ellos hubieran ido de buena gana al frente a matar a aquellos cobardes fascistas que asesinaban niños y mujeres por dondequiera que entraban, así lo decía la propaganda y todo el mundo, y a quienes acabarían, por aplastar sin remisión, así lo decía Negrín.

29

Se hallaban sentados en el muro del Paseo, cerca de la calle de la Fábrica, con las piernas colgando. No tenían nada mejor que hacer. Los grandullones inducían a los pequeños y coreaban sus hazañas. Éstos, con las espaldas bien guardadas, las realizaban a conciencia, el Grúa el que más. Habían llegado a ese refinado placer de hacer el mal porque es mal, aunque no produzca beneficio alguno. Además, que todo es preferible al aburrimiento. Además, que las cosas estaban tan mal que ya no había nada que reportara ganancias o beneficios. Además...

Venía un coche de muertos.

—¡Venga, Grúa; a ver de lo que eres capaz!

El Grúa se encaramó al pescante y le arrebató la gorra al cochero.

El cochero bajó detrás de él con la tralla en la mano.

—¡Sinvergüenza! ¡Ladrón!

El Grúa saltaba delante del cochero, haciendo el mono, con la gorra puesta.

Blandiendo la tralla se abalanzó sobre el muchacho. El Gil se interpuso. Agarró al hombre de la nariz. Lo zarandeó. El hombre empujó al Gil, que se tambaleó sobre su pierna tesa. Entonces el Frailecico le pegó una patada en los riñones y el hombre cayó al suelo. El Gil le partió la tralla en dos pedazos y se la arrojó a la cara.

—¡Coño de viejo!

El viejo, llorando, sé acomodó ca el pescante. Los caballos no querían arrancar. El Frailecico les pincho con la navaja en la barriga y salieron desbocados. A los dos lacayos del acompañamiento los había tenido a raya el Príncipe, amenazándoles con la pistola, aunque no era necesario, pues estaban acobardados. Cuando el coche mortuorio salió al galope, les dio una patada en el trasero.

—¡Hala, a correr detrás!

En el muro continuaba sentado el Figurín, partiéndose de risa.

—Teníamos que haber descargado al muerto.

Se acomodaron a su lado, comentando, sin parar de reír, balanceando las piernas, dando con los talones en la pared.

Venía el carro del hielo.

—Mirad, el carro del hielo.

El Frailecico agarró al caballo de la cabezada y lo detuvo. El Gruíca, el Cebollica y el Costipao, se engarabitaron sobre el carro. Se cogieron con las manos a los costillares del toldo, apalancaban con los pies, hacían fuerza, y las barras, resbalando como peces, saltaban fuera, astillándose contra el suelo, esquirlándose. Hacía un día anacrónico, pero el hielo producía grima.

El carretero saltó de la vara donde iba sentado y se lanzó contra el Frailecico.

—Oiga, ¿qué hace usted?

Cuando oyó el chasquido de las barras de hielo partiéndose, quiso ir hacia allí, pero el Frailecico le hizo la zancadilla y cayó de boca contra los adoquines.

Rompieron todas las barras, todas. Había muchas, el carro lleno, pues aún no había empezado el reparto por la calle de las Tascas. Danzaron alrededor del hombre, saltando por encima de él, largándole alguna patada. El hombre se dio prisa en subir al carro y marchar de allí. Se le saltaban las lágrimas de rabia.

—Teníais que haberle desenganchado el caballo -dijo el Figurín, que proseguía en el muro, hueco y orondo como un dictador.

Se sentaron todos a su lado, a reír y a darle a las piernas de nuevo.

Venía un camión lleno de arena, por la parte de la playa.

El Cebollica se colocó en mecho de la carretas, haciéndose el distraído. Sonó el *claxon*. Luego frenó.

—¿Estas sordo, chaval, o qué?

El Grúa y el Costipao pequeño abrieron la especie de aldabillas de atrás y dejaron suelta la tapa del camión. El Frailecico les ayudó.

El camión arrancó de nuevo y fue dejando un río de arena detrás.

El Figurín se frotaba la barriga.

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno!

—Cuando se encuentren que han perdido la arenad ¡Ja, ja!

Otra vez en el muro, balanceando los pies. Los pequeños eran grandes, con tanta lisonja y tanta coba.

Venía un viejo con un saco a la espalda. Salía de las Económicas.

—*Compró pell de conill! El pellaiiire*^[18]!

En las Económicas aún había quien mataba conejos. Las patrulleras —señora Balaguer, señora Sesentaynueve, señora Matapencos—, las estraperlistas —madre Caliche, Juana la de las Sogas, madre Bartolo cabeza bolo—, las rateras —Colorá, Figurina, señora Costipá—. Aún había quien comía conejo. Sí.

—*Compro pell de conill! El pellaiiire!*

El viejo llevaba el saco a medio llenar y Una piel reseca en la mano. El Grúa se puso a tirar del saco. El viejo daba vueltas, como un molino, sin querer soltarlo.

—*Lladre! Lladre*^[19]!

Con la piel que llevaba en la mano sacudía mandobles al aire. La piel crujía, ¡cris, eras, cris, cras! El Grúa bailaba a su alrededor y de vez en cuando volvía a tirar del saco.

—*Lladre! Lladre!*

El Cebollica también se puso a tirar de otra punta. Le quitaron el saco y lo tiraron al río, detrás del muro. Si hubieran habido ranas en las márgenes, se hubieran zambullido en el acto. Así, no.

El Frailecico le quitó la piel y le dio con ella varias veces en la cara.

—*Al front tindríeu d'anar, ganápies!*

Se fue llorando y ellos se quedaron riendo.

—*Teníais que haber tirado al viejo junto con el saco.*

Era el Figurín.

Volvieron al muro. *Pim, pam, pim, pam*, con los talones.

Plácidamente discurría la mañana.

30

El 25 cundió la desmoralización. La guerra no estaba perdida. Lo decía Negrín, ya fuera de Barcelona; lo aseguraban los victoriosos partes. Pero los fascistas estaban a punto de entrar, matando y degollando, decían.

Y todos se preparaban para que no les cogieran con nada sospechoso.

El Abrán y el Gafas empezaron a quemar todas las novelas «Ideales» y «Libres» que tenían. Había algunas de ellas que les gustaban mucho —«La favorita», «Cadáveres en el mente», «Nacido con mala estrella»— y les dolía pegarles fuego. Sus autores preferidos eran Federico Urales y Federica Montseny. El Gafas quemó, con inmensa pena, un libro de Federico Urales que le había regalado el Moisés y que se titulaba «Sembrando flores». Los intrincados caminos del amor y del sexo los habían vislumbrado en parte a través de esta literatura. Quemaron un montón, un gran montón de «Revistas Blancas». Atardecía.

Habían colocado una lata, para que el fuego no se viera desde abajo de la Montaña. La lata se derretía. El Gafas tenía el novelón titulado «La hija del Cardenal». Un Cardenal se acostaba con su hija. Algo soberbio. Se la había dejado la Palau, una chica de la escuela.

«No me la pierdas y que me la devuelvas».

El Gafas no se atrevió a quemarla, ni a romperla, y la escondió en un hoyo de la Montaña.

El 25 por la tarde habían empezado los saqueos y los desmanes. Ya no había rey ni ley. Ya todo era de todos. Había que espabilarse y sacar el vientre de penas. Si me matan, que muera harto.

Habían comenzado a desvalijar los vagones de la Estación. Había vagones llenos de avellanas, llenos de almendras, llenos de garbanzos, llenos de judías, llenos de botes de carne.

Los Barras, que eran camálícs, fueron con el carro. Encontraron unos vagones precintados. Rompieron los precintos. Estaban llenos de máquinas de coser. Las cargaron todas y se las llevaron.

«Eso es robar. Llevarse la comida, no. Pero eso es robar».

El 26 de enero, por la mañana, había corrido la voz.

«En la estación hay vagones llenos de comida. En la estación hay vagones llenos de comida».

Todo Dios fluía hada allí. Los de los refugios y las minas bajaban de la Montaña en caravana. Eran caminos de laboriosas hormigas, yendo y viniendo. No había miedo a morir, Él hambre mandaba. Aquella madrugada, el Moreno habla, dicho: «Tengo una misión que cumplir. Voy a volar el puente del río».

Pocas horas después se hablan oído unas explosiones monstruosas. El suelo temblaba. Los puentes habían caducado. Se partían por la mitad y quedaban en forma de ángulo, con el vértice dentro del agua, como animal que hunde el pico. «Ahora, los fascistas ya no podrán pasar». «¿No? No poco. Y los pontoneros, ¿de qué sirven? Cuando yo estuve en la guerra del moro...». «¡Qué tío el Moreno, qué tío!». «Pero ¿queréis decir que ha sido el Moreno?». «¡Veas si no!».

El padre del Gafas se mostraba desconfiado. «¿No será cómo los curas que mataba y luego era sangre de conejo?».

El Gafas y el Abrán, con un saco cada uno, hacían viajes a la Estación sin parar. Cargaban veinte o treinta kilos de lo que podían. El Abrán llenaba más el saco. Lo menos cuarenta kilos. El Gafas, a trechos, paraba y vaciaba parte del saco, pues pesaba demasiado. El trayecto aparecía salpicado de judías, de garbanzos, de avellanas. Por el aire silbaban los obuses. Se perdían detrás de la Montaña. «¿Tienes miedo, Abrán?». «Yo, no. ¿Y tú?».

«Parece ser que no tiran hada aquí, ¿verdad?». «Claro que no, hombre. No los oirías silbar como los oyes». «¿Nos matarán cuando entren?». «Eso dicen».

«Si tuviera un fusil me resistía».

Se detenían y se liaban a comer avellanas y almendras. Habían cogido un bote de carne congelada. Con una piedra, y contra la vía del tren, lo rompieron. Metían la mano sacaban la carne a puñados. Parecían cerdos hozando.

El padre del Gafas y el del Abrán y el del Moisés cogieron un enorme bidón de aceite, lo menos cien litros. Lo empujaban y lo hacían rodar. Era aceite sin refinar, pero era igual. Metieron él bidón en uno de los gallineros que tenían en los huertos. «Cuando pase todo este jaleo lo repartiremos». La madre del Gafas había llenado un cubo de aceite. «Para poder guisar hoy».

El aceite corría entre los raíles como si fuera agua. Las alpartas^[20] se ponían pringosas al pisotearlo. Las tablas del vagón estaban impregnadas,

como resinosas, viscosas.

Pasaban soldados del derrotado ejército rojo. Iban de huida. Hacia Francia, hacia donde pudieran. Un soldado le había dicho a la madre del Gafas; «Buena mujer, ¿me deja meter el chusco en ese cubo de aceite?».

Lo había metido.

«Llevo más de tres días comiendo pan solo. Así lo acompaño».

A la madre del Gafas se le habían saltado las lágrimas.

«Era un soldadito. Me hacía el efecto de que era un hijo mío. ¿A dónde irán esas criaturas por el mundo?».

Fueron llenando las casas de comida. Aquellos vagones eran el cuerno de la abundancia. Los que habían cogido excesivamente de una clase de género lo cambiaban por otro. Todo el mundo hacía intercambio. Hasta cajones de pastillas de jabón habían encontrado. Primero se habían llevado lo primordial: los garbanzos, las judías, la carne rusa, las avellanas, las almendras, el aceite. Luego arramblaron con lo secundario: jabón, sacos de salvado para las gallinas, y trigo y maíz. Sacos de algarrobas para los conejos.

«Ahora cogemos esto para los animales, pero hace tres días nos lo comíamos nosotros».

«¡Tanta hambre como hemos pasado y cuánta comida almacenada!».

«Es que Negrín confiaba en resistirse en Barcelona». «Era por si nos bloqueaban».

«Sí, sí. ¡Menudo cuento! A ellos seguro que no les faltaba». Seguían pasando tropas en retirada. Miraban el saqueo de la muchedumbre despreocupadamente. Iban agotados, derrengados.

Algunos iban solos; otros, en grupos. Iban abandonando las municiones, las bombas de mano, el correaje, para que no les pesara tanto, para poder correr mejor.

Al pie de la Montaña había una compañía de infantería. No sabían si cruzar a través del monte o echar por La Maresma. Se decidieron por lo último. Durante las deliberaciones, el abanderado se había sentado.

«Mi capitán, yo no me muevo de aquí. Ahí tiene la bandera. Yo no puedo más».

El capitán sacó la pistola.

«Te voy a pegar un tiro, por desertor».

«Lo mismo da que me mate usted como que me maten ellos».

A puntapiés lo hizo levantarse y volver a enarbolar la derrotada bandera.

Los carabineros, vía adelante, fueron a salir a la Montañeta, donde antes estaba el cuartel de las bandas de arrapiezos de La Maresma y ahora había un refugio, aprovechando el túnel del canal que pasaba por allí. Los carabineros llevaban el pelo largo, como las mujeres, la barba de muchos días. Ofrecían un aspecto feroz. Llevaban los dedos atiborrados de sortijas. Por donde

pasaban apandaban con todo lo que podían. De lo perdido saca lo que puedas.

La gente del refugio creyó que eran las tropas victoriosas. Unos gitanos salieron gritando:

«¡Viva Franco y su cuñado! ¡Viva Franco y su cuñado!».

Uno de los carabineros se detuvo en lo alto de la Montañeta y empuñó el fusil ametrallador. El que iba con él, dijo:

«Déjalos estar. Lo van a gritar dentro de poco. No vale la pena».

Los dejó estar.

«Yo me creí que eran fascistas».

«Oye, tú, ¿quién es el cuñado de Franco?».

«Pues Jocé Antonio, compare, Jocé Antonio. ¡Vamos, eso me parece a mí!».

«¿Y quién es ese José Antonio?».

«Pues uno, tú; yo no lo sé muy bien. ¡Mira éste!».

Al mediodía la gente se encerró en sus casas, o volvieron a la Montaña, a los refugios, a las cuevas, a las minas. Las tropas invasoras habían rebasado el Río y se acercaban ya.

El tío Candela era cazador y tenía varios perros. Nadie se explicaba cómo era tan buen cazador si siempre se enteraba tarde de las cosas. Supo que todas las Económicas y sus alrededores habían estado vaciando los vagones de la Estación. Cuando llegó él con sus perros ya no quedaba nada ni nadie. Le salieron unos soldados. Uno de ellos llevaba una boina roja. El de la boina roja lo abrazó y lo besó y lo llamó hermano. Luego le preguntó:

«¿Tiene usted hambre?».

El tío Candela dijo que sí.

El soldado le dio un chusco. El tío Candela lo repartió con sus perros.

Entró en la barriada alborotando.

«Me ha besado, aquí, aquí, en la mejilla». Se daba palmadas en la cara, metiendo el lado en que recibiera el ósculo en las narices del interlocutor. «Aquí, sí, aquí. Me ha llamado hermano, ¡hermano! Me ha dado un chusco, ¡un chusco! ¿Quién dice que los fascistas son malos? ¿Quién?».

El Balaguer, desde la Montaña, oteaba el Llano. Llevaba unos gemelos de campaña. Los habitantes de los refugios, con la manó sobre los ojos, a modo de pantalla, miraban también. Se veían las columnas avanzar lentamente, tomando posiciones. Por en medio de los vagones de la Estación pululaban soldados. Llevaban una bandera. El padre del Abrán dijo:

«Son los nuestros. Es la bandera republicana. A lo mejor se resisten. La cosa aún no está perdida».

El Balaguer se le quedó mirando con rabia.

«¡Los nuestros, los nuestros! ¡Bah!».

Observaba atentamente con los prismáticos. Estaba como desesperado.

«¡La bandera republicana, la bandera republicana! ¡La bandera monárquica, eso es lo que es!».

Poco después quisieron buscar al Balaguer, pero éste había desaparecido.

Pasaban las tropas por las Económicas. El personal las miraba desde las ventanas. Los más osados, desde las puertas. Los soldados sonreían.

No tenían caras feroces, tenían caras de buenos chicos. Algunos eran muy jóvenes. Todo el mundo se iba tranquilizando. Aquello no era entrar degollando, con el sable y el cuchillo tinto en sangre en la mano, como tanto se había dicho y pronosticado. Los oficiales preguntaban por el camino más recto para cruzar la Montaña y llegar al Castillo.

El Gafas bajó por un atajo hasta el puente del Carrilet. Subían ya los soldados por allí. Todos los chiquillos los miraban. Eran las columnas de Navarra. Los soldados miraban a la chiquillería.

«Chavales: ¡Viva Franco!». Los chavales contestaban: *«¡Viva!».*

«¡Arriba España!»., *«¡Arriba!».*

El Gafas se acordó de que en el bolsillo llevaba dos peines de balas de fusil que se había encontrado. Se le ocurrió pensar que si lo encontraban con aquello le fusilarían. Levantaba el brazo en alto.

«¡Arriba España! ¡Arriba España!».

Algunos se atrevían a preguntar a los soldados:

«¿Traen comida?».

Sí, sí. Por detrás vienen los mulos con las provisiones. El Gafas subió de nuevo al refugio. Su madre lloraba de alegría.

«Otra vez podremos ir a misa, Dionís. ¿Te das cuenta de lo que significa esto?». El Gafas miraba a su madre extrañado y a la vez molesto. La madre del Abrán decía:

«Nos teníamos que haber ido para Francia, como muchos han hecho». La madre del Gafas disentía.

«¿Qué se nos ha perdido en Francia? Ya veis que no nos matan».

«Tú no lo sabes, cuñada».

Por la parte del Castillo se oían algunos disparos. En las rocas de Sobre la Fosa se habían parapetado cuatro rojos rezagados. Frente al refugio desembocó una compañía de requetés. El capitán preguntó:

«¿Por dónde se puede subir a copar esas rocas?».

El Yumbo, uno que había subido con su madre a refugiarse en la cueva aquel preciso día en vista de los acontecimientos, les indicó uno de los atajos. Cuando los soldados desaparecieron gateando con precaución entre las piedras, la madre del Yumbo le dio una guantada al Yumbo. ¡Flap! El Yumbo era hermano del Lastre. Su madre le volvió a sacudir. ¡Flap!:

«Es como si hubieras vendido a tu hermano, ¡canalla!». ¡Flap! Al Yumbo le

llamaban el Yumbo porque... Esto sería muy largo de explicar.

El Gafas había comido tantas avellanas y tantas almendras, por si lo mataban morir harto, que no se podía apretar el botón de arriba del pantalón ni tampoco agacharse. Al Abrán le sucedía tres cuartos de lo mismo.

Un requeté solitario y bien pertrechado les preguntó por la compañía que hacia poco había pasado por allí. Se había ido quedando zaguero y se había perdido. El padre del Raurito le indicó por dónde habían echado y le dio una explicación sobre todos los caminos y atajos de los alrededores. El requeté le dijo: «¿Fuma?».

El padre del Raurito hacía tiempo, siglos, que sólo fumaba hierbas y hojas secas de patatera. Se emocionó. Encendió el cigarrillo con avidez.

«¿Qué tengo que gritar por este cigarro?». «Lo que usted sienta, amigo. No tiene ninguna obligación». El padre del Raurito era sevillano. «¡Viva Franco y toda su parentela!». Bajaban a dos soldados en dos camillas. Uno de ellos, muy grave. Miraba a un lado y a otro con los ojos desmesuradamente abiertos. El puesto de socorro más cercano estaba lejos. No llegarla. Barcelona, para la Historia, acababa de ser tomada sin pegar un tiro: para la madre de aquel desgraciado, no. Sigamos.

Anochecido fue llegando la artillería. En el campo del Mascarella emplazaron siete cañones, con las bocas en alto, dirección a la Ciudad. Los artilleros encendieron fogatas y calentaron en ellas grandes jarros de café. La chiquillería, con latas de conserva que lavaban allí mismo, en un regato cercano, se aproximaba, y los soldados, con pescozones y palabras cariñosas, se las llenaban.

Es extraño la especie de instinto, norte o brújula que ponen, las personas para orientarse hada donde hay algo que pueda ser de provecho.

(Divagaciones, no. Relato, sí. Continuemos).

Al día siguiente de la entrada de los nacionales —ya eran nacionales, no fascistas— todo el mundo corrió hacia los almacenes que en la Gran Vía, debajo de la estación del Carrilet, había. En toda Barcelona se estaban asaltando los grandes depósitos de alimentos que, por si acaso, pensando en una posible resistencia, habían sido atiborrados.

Los almacenes del Carrilet estaban atestados de arroz. Grandes estibas de sacos de cien kilos corrían a lo largo de sus paredes. Trepaban como, monos estibas arriba. El Abrán y el Gafas hicieron rodar un saco. Se nadaba en arroz. No hay hipérbole en esta aseveración. El arroz llegaba hasta las rodillas. Daba gusto revolcarse en él. El Abrán y el Gafas empujaban su saco por encima de aquella alfombra blanca. Resbalaba bien. Aquello parecía «arena movediza. Cuando llegaron a la puerta del almacén la hallaron obturada» llena de sacos abandonados. Forcejearon para pasar por encima de ellos. Cruzaban: hombres corpulentos, con su correspondiente y enorme saco a las costillas, y

los pisoteaban. Tuvieron que dejar el saco allí, interceptando la entrada, como por lo visto ya habían hecho otros, una de las estibas se había derrumbado. Habían ido extrayendo sacos de la parte de abajo, socabando la enorme pila, y, al final, se les había venido encima. Había dos o tres muertos. Todo el mundo gritaba. El Gafas y el Abrán volvieron a encaramarse a otro montón. Echaron a rodar dos sacos. Luego vaciaron la mitad de cada uno, calculando el peso que podían llevar. Además del, arroz, había barriles de coñac. Los hombres se amorran a la espita del tonel como locos. Algunos no se apartaban de ella hasta que caían al suelo sin conocimiento, completamente ebrios, como fulminados. El coñac les continuaba cayendo encima, empapándoles la ropa, formando riachuelos que iban a mezclarse con él arroz. Les tiraban de las piernas y los colocaban a un lado, y otro ocupaba su puesto.

El Abrán y el Gafas, ya en la calle, se sacaron el arroz que Befaban en las alpargatas. Cargaron con los sacos y casi que, no podían con dios. Anduvieron un trecho y tuvieron que descansar. Vaciaron unos puñados de arroz. Toda la carretera aparecía salpicada de granos. Muchos hacían como ellos. La ambición siempre calcula mal. Caminaron otro trozo. Vuelta a descansar y otros puñados de arroz afuera. El Gafas tuvo que tirar más arroz que el Abrán.

Volvieron, a fin de efectuar otro viaje. Pero ya habían intervenido las autoridades. Unos soldados armados de ametralladoras hacían desalojar el almacén y obligaban a dejar allí lo que te llevabas. Algunos se resistían y eran zarandeados o golpeados con lo ancho de un sable, de un sable de oficial; cintarazos, ¿no?

El padre del Gafas se había acercado al Puerto. Había bajado a la sentina de un barco que estaba llena de azúcar. Había llenado un saco. Como le pesaba mucho, de vez en cuando se detenía y se comía grandes puñados. Algunas mujeres le suplicaban para un familiar enfermo y también les daba. Cuando observó que el saco ya no pesaba mucho, no dio ni una chispa más de azúcar a nadie. Pasaban camiones de moros. Si alguna chica les sonreía, bajaban del camión y la ayudaban a llevar el saco un trecho, las chicas no las tenían todas consigo. Sabían que los moros, por donde paliaban, violación al canto.

El Grúa no solamente había acaparado la comida que había podido, sino que, marchando detrás de las tropas liberadoras, había roto los cristales de algunos escaparates y se había llevado unos relojes, unos pendientes, unos collares y un microscopio.

En la Estación, los soldados repartieron di vino de unos vagones cubas que el personal había confundido al principio con vagones de la Gasolinera y que habían respetado por eso. Un requeté, que llevaba un capote pardo,

encaramado en lo alto del vagón iba sacando cubos de vino con una cuerda y los alargaba a sus compañeros de abajo, quienes, a su vez, llenaban las garrafas del personal, colocado previamente en fila. Se desperdiciaba mucho vino. El Grúa se había engarabitado a lo alto del vagón, con el requeté.

«Si quiere, le ayudo».

El requeté le llenó la garrafa. El Grúa se asomaba al escotillón del vagón y veía di vino espumante. El olor lo mareaba y tenía que echarse a un lado. Cuando ya estaba el vagón casi vacío, vieron un enorme bulto.

«Mire, mire».

Era un moro ahogado. Mucha gente, orando lo supo, vació las garrafas, pues les daba asco. El Grúa, no. Al Grúa le hizo mucha grada la muerte del pobre moro.

31

Juguetando con una bomba de mano, el Grúa se había quedado con la anilla entre los dedos. Entonces la había tirado lejos de sí y había explotado. No se lo querían creer.

—Menos cuento, Grúa, menos cuento.

—¿No? ¿Qué os apostáis?

Fueron a la Montaña como quien va a un duelo. Pálidos, agitados. El Grúa sacó una bomba de pifia que teñía oculta debajo de unos hierbajos. Se aproximaron al barranco que había al pie de unos algarrobos, del barranco de los Garroferos que decían ellos. Era hondísimo. Se veía una muela de molino abandonada en el fondo. Parecía la pupila de un cíclope.

El Grúa empezó a mover la anilla, retorciéndola a un lado y a otro.

—¿La saco, la saco?

Todos estaban expectantes. Cuando se dio cuenta tenía la anilla colgando de un dedo. Algunos echaron a correr.

—¡Suéltala, Grúa, suéltala!

El Grúa apretaba con fuerza la bomba y la palanca, para que ésta no se separara de aquélla. Estaba pálido, despavorido.

—¡Tírala, tírala!

El Grúa la arrojó con todo su ánimo al barranco, lo más lejos posible. La palanquita se irguió, soltando un chorro de humo, haciendo un ruidillo como de vapor escapándose de una caldera.

—¡Ay, que explota en el aire, que explota!

Se tiraron de boca al suelo. El Grúa y el Costipaíco se arrastraron, asomando la cabeza por el borde del barranco. La bomba hizo una explosión terrible, retumbando a lo largo de las hondonadas. Luego se asomaron todos.

Se veía un hollito negro junto a la despistada rueda de molino.

—¡Allí, ha caído allí!

Palmeaban al Grúa en la espalda.

—¡Qué grande eres, Grúa, qué grande eres!

32

En la desbandada, los rojos habían sembrado la Montaña y los Campos de material bélico abandonado.

El Escalericas del Cielo, uno que tenía la cabeza llena de trasquilones, por eso lo llamaban así, se encontró un fusil con la culata partida. Era igual. Lo mismo disparaba. Lo único desesperante era que se te clavaban las astillas de la culata en el hombro cada vez que tirabas.

«Abrán, tú, que eres ebanista, podrías arreglarlo».

«¿Y qué queréis, que lleve este trasto “al taller?”».

«Ay, ¿y por qué no?».

«¿Y que me pase como con el avión?».

«Ay, ¿y por qué no?».

«También sois brutos, ¡rediez!».

Lo que más abundaban eran las balas de fusil. Toda la chiquillería llevaba los bolsillos llenos de peines de munición. Vaciaban tres cápsulas y hacían grandes montones de pólvora negra que, al quemarla, olía muy bien.

«El olor de la pólvora emborracha», decía el Gafas, pues lo había leído en las novelas.

«En el frente, a los soldados, les dan coñac con pólvora».

Sí, al ir a entrar en combate. Eso ya lo sabemos.

Antes de encender la pólvora colocaban en ella las cápsulas vacías. Al estallar el pistón saltaban por el aire.

Hacían filigranas y combinaciones. Formaban largos regueros de pólvora, con montoncitos de trecho en trecho, con cápsulas rellenas también de pólvora, con cartuchos entero, pues crujían más fuerte, con...

En los fogones que las mujeres dejaban en la calle, para que el viento los avivase, echaban cápsulas, o la bala entera, se calentaban y estallaban. Las mujeres, que sallan a ver cómo iba el fuego, si se había encendido o qué, se llevaban unos sustos de órdago. La Pirraca malparió. A una que dejó la olla en el fuego, los pistones se la agujerearon. Etcétera.

Colocaban las cápsulas, vacías o llenas, lo mismo daba, en los bordillos, y les dejaban caer un adoquín. En seguida estallaban. A veces, no. A veces se chafaban y había que golpearlas varias veces. Había quien tenía mucha práctica para esto. El Jipi de la Jesusa, por ejemplo. Una vez puso la bala cara

para él y se le clavó el proyectil en una pierna. Otros las golpeaban con martillos en lugar de con un adoquín. Petaban muy bien. Durante todo el día se oían detonaciones. También colocaban cápsulas repletas de pólvora en la cerradura de la escuela, Hasta que consiguieron estropearla. Y en los raíles del 97.

El Dientes sacaba el proyectil de la cápsula con la boca como si en lugar de tener muelas tuviera alicates.

El Bartolo Cabeza Bolo se encontró una cinta de ametralladora en los campos de la Marieta. Se la cruzó por encima del pecho, como si fuera Pancho Villa. Con un martillo, él y el Cuiqui, golpearon los pistones o fulminantes. Las balas llegaban a unos metros de distancia, pocos, naturalmente.

«Es el agujero del cañón el que las hace llegar lenjos».

«El agujero del cañón, el agujero del cañón... ¿Y tú qué sabes?».

El Pájaro y el Lolín, dos chiquillos de cinco años, se encontraron una bomba de mano. Era azul, reluciente, tersa.

«Una pelota, una pelota», decían.

Al Lolín le explotó encima. Lo llevaron a la farmacia con las tripas fuera. No lloraba. Señalaba los intestinos y con su voz de nena pedía que taparan aquello, que se lo ocultaran.

«Que me da mucho miedo, que me da mucho miedo». El Cabeza Diamante, el dueño de la farmacia, no sabía qué hacer. Quisieron llevarlo al Dispensario, pero murió antes.

«No lloraba, ¡hay qué ver!, ¿os habéis fijado?».

«No debía de sentir daño».

«Es que a sangre caliente no se siente nada. Luego, luego le hubiera dolido».

Este «luego, luego» les daba escalofríos.

Con las bombas de mano hacían una operación muy arriesgada. Destornillaban la cabeza. Junto con ella iban la palanca, la anilla y el percutor con su fulminante. Quitaban la anilla y arrojaban al aire lejos, la palanca y el resto, tina vez estallado el fulminante y vaciada la pólvora que llenaba el casco o envoltura, volvían a montar la bomba. El Gafas tenía una de esta guisa en su extraño y a la vez extraordinario museo de guerra.

Una vez, estando en casa del Raurito desarmando uno de estos artefactos, el fulminante, inesperadamente, empezó a echar humo sin más ni más. El Abrán, el Gafas, el Caliche, el Raurito, todos los que habían, se quedaron paralizados, mudos de terror, pasmados, hasta que uno que le decían el Pelé Melé Mochoescoba Y Su Mujer, no sabía por qué, se levantó, agarró el fulminante, y echó a correr hacia la calle, para arrojarlo allí — como hubieran hecho de no haber sido una cosa inesperada— a fin de que así no causara

ninguna desgracia.

«¿Por qué lo hiciste?», le preguntaban después. «¿Cómo tuviste tanta serenidad?».

«Para que no ocurriera ninguna desgracia», decía. «Porque yo no me espanto por nada».

No llegó a la puerta. El fulminante estalló antes. Le hizo polvo la mano. Se le velan los huesos y los nervios. Lo llevaron al Dispensario y de allí al Clínico. En medio de todo, aún tuvo suerte, pues la mano le quedó bastante bien, se la arreglaran con bastante buena pata: amputáronle el pulgar; el meñique quedó curvado hacia dentro, como un bastón; en la palma de la mano le quedó una honda cicatriz de color amoratado; el dedo anular un poco más corto. Pero aparte de esto, nada más.

Al Pelé Melé Mochoescoba Y Su Mujer, no sabía por qué le llamaban así, le cambiaron el apodo; a partir de entonces lo llamaron Manogancho, ahora sí que sabía por qué lo llamaban así.

«Para que intente salvar la vida de los amigos otra vez. Sí, sí...».

En ocasiones iban a tirar bombas al barranco de la Fosa. Como que no les quitaban la anilla, éstas no explotaban. Era como si tirasen piedras. El Grúa era el único que se atrevía a hacerlas estallar, o que se atrevió una vez.

«Si aun a pesar de todo explotan, no matamos a nadie», decían refiriéndose a los muertos. «Éstos, bien secos están».

TERCERA PARTE

LA PAZ

*Y la hermosura de su bosque y de su vergel quedará del todo destruida...
... y los árboles que de su selva queden serán tan pocos, que un niño podrá
contarlos.*

Isaías, X, 18, 19.

—... vosotros lo matasteis, vosotros; vosotros lo crucificasteis, vosotros; vosotros renovasteis su pasión y vertisteis su sangre de nuevo, vosotros...

El Grúa estaba en medio de la muchedumbre. Aquel cura no era como el de antes de la guerra. El de antes tenía la frente ancha. Éste era seco, rudo, alto y orejudo. Cuando cesaba de perorar, apoyaba las manos en las caderas, como un *cowboy*. Tenía el pelo apelmazado, oprimiéndole la frente.

—... aquí mismo escarnecisteis a Cristo de nuevo; aquí, si, ¡aquí!

Mosén Lluís, el cura de antes, se había consumido soñando con ese día —éste—, con aquel momento —el cura rudo tronaba— en que podría volver a su Parroquia. El Abrán lo había contado.

—Nosotros creíamos que estaba en Bélgica. Cuando murió mi hermano, mandó un telegrama desde Bruselas. Estaba en Barcelona, tú. El telegrama lo hizo enviar desde el extranjero sólo para disimular, para que nadie sospechara que estaba aquí.

El Julio, el secretario-de-los-«avanguardistas»-y-el-mejor-amigo-del-Abel, se lo había contado al padre del Abrán así.

—Tanto interés como tenía por su feligresía y murió pocos días antes de entrar los nacionales. Las privaciones y la añoranza lo mataron. ¡Pobre!

—... vosotros os befasteis de Él, vosotros escupisteis su rostro, vosotros, ¡vosotros!, ¡VOSOTROS!

El Vía Crucis de desagravio se iniciaba en la puerta del tío Maximiliano, en aquel mismo hoyo sin acacia donde clavaron la cruz.

—¡Sacrilegos! ¡Pecadores! ¡Todos de rodillas, de rodillas todos! ¡Venga!

La multitud se inclinó. Unos se arrodillaron; otros, sólo una rodilla en el suelo; los más, se doblaban levemente, como cortesanos. El cura rudo tenía los brazos en cruz. De vez en cuando besaba el suelo.

—¡Perdónalos, Señor, pues no sabían lo que se hacían! ¡Perdónalos, sí, perdónalos del mismo modo que allá en el Gólgota, en el momento de tu muerte, perdonaste a tus enemigos!

Empezó el Vía Crucis.

*Por vuestra Pasión sagrada,
¡oh adorable Redentor!
Salvad el alma apenada
de este pobre pecador.*

El nuevo rector había dicho la primera misa el domingo antes en las ruinas de la iglesia destruida. Después habilitaron el edificio de escuelas que habían edificado los

rojos en el Barri Vell, en el mismo lugar donde ya Mosén Lluís tenía proyectado un nuevo templo, por considerar aquel lugar como más céntrico en la demarcación que no la lejana y desértica playa. Una parte del edificio quedó para escuelas; una nave, para iglesia; el ala derecha, para rectoría.

Se apiñaba el gentío, unos encima de otros. Algunos de ellos porque lo sentían; los más, por curiosidad; el resto, por quedar bien con el cura, pues nunca, sabes en lo que te tienes que ver.

El Grúa se acordaba de los *pedrazos* que le había arreado al otro cura, A éste también le hubiera *endiñado*. Le hacía gozo una de aquellas enormes orejas.

En cada estación, el sacerdote rugía. Movía los brazos como un molino al perorar.
—No hay derecho a cómo nos trata. Ni que fuéramos asesinos.

El cura, sus incondicionales, un grupo de beatas —la madre del Gafas entre ellas—, cantaban las estaciones —tercera estación: Jesús cae por primera vez— del Vía Crucis.

*Jesús, por, vez primera,
rendido al suelo cayó;
haré su cruz más ligera
si a sus pies me postro, yo.*

*Por vuestra Pasión sagrada,
¡oh adorable Redent...!*

Eran unas voces aflautadas, horribles, discordantes. Caían algunas gotas.

El Vía Crucis finalizó en la pared del Cementerio, donde a tantos habían asesinado. El cura se despachó a su gusto. Tenía una pinta mezcla de místico acalorado y aguerrido trabucaire. Sobre su cabeza, paralelo a las enormes orejas, en las piedras de la pared: «VIVA INDALECIO PRIETO», como una Cándida aureola. Habían raspado el alquitrán. Se leía igual. En lugar de pintado, era como si lo hubieran grabado. El Grúa estaba en primera fila. En los empujones casi caía encima del ministro de Dios.

Sobre los adoquines se extendían unas manchas grandes. Gasolina y sangre. El cura las señalaba.

—... ni la lluvia ni el tiempo han podido borrarlas, ni la lluvia ni el tiempo podrán borrarlas, ni la lluvia ni el tiempo podrán nunca hacerlas desaparecer. Quedarán ahí como una vergüenza, como una ignominia, como una afrenta, como una acusación, como una horrible muestra de la monstruosa barbarie roja. Fueron los vuestros, vuestros hermanos de ideas los que esto hicieron.

Impetremos la misericordia divina. Que Dios se apiade de nuestros pecados. Que Dios no nos los tenga en cuenta. Volvía a arrodillarse, los brazos en cruz.

—¡Señor, Señor!

El Grúa se escabulló entre el personal. No quería arrodillarse. Él no había hecho nada. No tenía que arrepentirse de nada. No se arrepentía de nada. No se hubiera arrepentido nunca de nada.

—¡Señor, Señor!

Rezaron unos padrenuestros por los Caldos. Padrenuestro, etc. Y luego vuelta a lo mismo.

—¡Señor, Señor! ¡Merecemos grandes castigos! ¡El mundo toca a su fin! ¡Ten misericordia de esta nueva Babilonia! ¡Míralos a tus pies! ¡Señor, Señor! A aquel cura parecía que no le dolían las rodillas.

—¡Señor, Señor! Empezó a lloviznar.

—¡Señor, Señor!

La mayoría, disimuladamente, ahuecaban el ala.

—No hay derecho a como nos trata.

—¡Señor, Señor!

Antes de dispersarse todo el mundo, entonaron de nuevo los cánticos.

*Por vuestra Pasión sagrada,
¡oh adorable Redentor!, etc.*

*¡Perdona a tu pueblo,
Señor perdona a tu pueblo,
perdónalo, Señor!, etc.*

El Grúa se encontró con el Cebollica. Echaron a correr, para que la lluvia no los mojara. Como que la llovizna cesó, dejaron de correr. Se burlaban del cura y de lo que habían visto.

—¡Señor, Señor!

—¡Tú lo mataste, tú!

—¡Yo lo maté, yo! ¡No, que fuiste tú! El Grúa se arrodilló.

—¡Señor, Señor! Besó el suelo.

—¡Señor, Señor!

Personas que pasaban se reían.

El Cebollica también se había arrodillado. El uno frente al otro se hacían reverencias, como los moros.

—¡Señor, Señor!

—¡Vosotros lo matasteis! ¡Vosotros! Se revolcaban por el suelo, contentos. —
¡Señor, Señor!

—¡Vosotros, vosotros! —¡Ja, ja!

—¡Señor, Señ...!

—¡Vosotros, vos...!

—¡Ja, ja...!

—...

34

El Abrán se había puesto a trabajar.

El 1.º de abril se acabó la guerra.

El Gafas era monaguillo.

Las hijas del tío Maximiliano enarbolaron banderas españolas y recorrieron Los Barrios, gritando y cantando.

Muchos se resistían a creerlo. Pensaban que era imposible que los rojos perdieran la guerra.

A las hijas del tío Maximiliano se les unieron otros riquillos. Y los soldados de la batería. Y unos falangistas. Y unos requetés.

El hermano del Raurito había vuelto a su casa, él Zacarías, descalzo, con los pies llagados, sangrantes. Había estado cuatro días durmiendo de un tirón.

Muchísimos confundían la bandera de Falange con la de la F. A. I. ¡Si es igual, si es igual!

Las hijas del tío Maximiliano iban roncadas, desmelenadas. Se cantaba el «Cara al Sol», «Por Dios, por la Patria y el Rey» y el «Himno Nacional». El «Himno Nacional» era la «Marcha Real» de antaño. La bandera requeté era blanca, con unas aspas rojas. A los soldados y a los falangistas se les hinchaban las venas del cuello, cantando. La muchedumbre levantaba el brazo en alto y saludaba. A los que no lo hacían, un requeté con barba les daba un papirotazo. ¡Leche, saluda!

El hermano del Raurito, di Zacarías, había permanecido poco tiempo en primera línea. En seguida había empezado la desbandada. Camino de Francia había visto el coche de Líster, que también huía. Cuando encontraba algún fugitivo, detenía el coche y le pegaba tres tiros, por traidor, o dos, o uno, según. El hermano del Raurito, él Zacarías, había visto esto, decía, escondido en unos matorrales, y había decidido volver a casa, pasara lo que pasara. Había pedido albergué en una casa de campo. En ella se hospedaba un sargento del Tercio que la tomó con él. Rojillo por aquí, rojillo por allá. Iba beodo y lo queda matar. Las mujeres de la casa lo disuadieron. Si es un S chiquillo, si sólo tiene dieciséis años... Esto amansó al sargento. Bueno, no te haré nada, pero a condición de que te enrolas en la Legión. El hermano del Raurito, el Zacarías, dijo que si. El hermano del Raurito, en aquellos momentos, hubiera andado con la cabeza para abajo y los pies para arriba, si se lo hubieran ordenado. Aquella noche, mientras el sargento dormía, las buenas mujeres le proporcionaron ropa de paisano y le dijeron que se

largara.

El Abrán había entrado a trabajar en un taller de ebanista. Al Gafas también le hubiera gustado, pero no tenía un pantalón largo para parecer mayor de lo que era cuando fuese a pedir faena. Se quiso poner los de cuando hizo la Primera Comunión, que eran de marinero, pero ya no le venían. Luego, su madre, lo había metido a monaguillo. El Abrán se burlaba y le preguntaba si se bebía el vino del cura; gastaba chirigotas sacrílegas. Al final habían reñido. El Abrán ya no era como antes de la guerra.

En los cines, a media película, aparecía el retrato de Franco en la pantalla, sonaba el «Himno Nacional» y todo el mundo tenía que levantar el brazo. El Caliche se resistía a hacerlo. Un policía le llamó la atención.

Tengo el brazo derecho inútil. Sí quiere, saludaré con el izquierdo.

Bueno, bueno, si es así, déjelo, había mascullado el guardia. El Caliche, además de ufanarse de su cara dura, presumía de que por vez primera lo hubieran tratado de usted.

¿Por qué no levanta usted la mano?, me dijo. ¿Ya lo creo que me lo dijo!

El Abrán, el primer día que entró a trabajar quiso hacerse un avión con un trozo de madera. El encargado le había dicho: Mucho cuidado con las sierras. El Abrán colocó el trozo de madera en una de ellas y, ¡zas!, se rebanó la yema de un dedo. Le daba vergüenza el que vieran que le había ocurrido esto. Se puso la mano debajo de la camisa. El encargado vio la sangre. Ya te lo advertí, chaval. Le hizo ir al botiquín a curarse. Una vez vendado, el Abrán volvió a lo del avión. Esta vez se cogió dos dedos. Le daba más vergüenza que antes. El encargado advirtió de nuevo la sangre. ¿Otra vez, chaval? Lo curaron y lo enviaron a la mutua.

¡Pues sí que he tenido buen comienzo!, decía después el Abrán.

En los cines, uno a cada lado de la pantalla, había el retrato de José Antonio y el de Franco.

El nuevo cura llevaba el Viático a los enfermos con toda pompa y solemnidad. Sus feligreses eran unos despistados. En lugar de arrodillarse, saludaban brazo en alto, como si el Santísimo fuera una bandera. Indudablemente estaban influenciados por el nuevo estado de cosas. El cura sacaba la mano de debajo del paño de hombros y de un golpe en la nuca los hacía arrodillar. Quedaban de rodillas y con el brazo en alto, como estatuas, petrificados. ¡Cloc!

En los cines hacían un documental sobre las «checas».

Al cine de La Maresma lo había alcanzado una bomba. La gente, a solazarse, iba a Barcelona.

Los Sisquets, y el hijo del alcalde, y el hijo del farmacéutico, todos los riquillos, muchos quiero y no puedo, se habían hecho falangistas. Llevaban camisa azul, boina roja, y un puñalito con el que querían cortarle el pelo a

todo Dios.

También daban aceite de ricino al que se ponía tonto.

El Giba, uno que tenía una giba, ¡naturalmente!, también era falangista, ¡ya no tan naturalmente!, jefe de escuadra, ¡menos naturalmente! Yendo con su escuadra tropezó con el Viático. Hizo formar la escuadra en hilera. ¡Firmes! ¡Ar! ¡Saluden! ¡Ar! Todos levantaron el brazo. El cura se detuvo. ¿Qué os habéis creído, que Dios es la bandera española? El Gibao estaba más gibado que de costumbre, encarnado como su boina, sofocado.

La Colorá estaba desolada. Su inmenso baúl de cuartos de nada le había servido. Aquel dinero no valía. Durante muchos días se había resistido a creerlo, pero al final había tenido que venderlo al trapero a peso de papel. A muchos les había ocurrido igual. Contaban el dinero por kilos, no por unidades: nada de tantos duros o tantas pesetas, sino tantos kilos de billetes de duro, tantos kilos de billete de peseta.

Los Barras tenían cien kilos de pesetas. Veinte kilos de billetes gordos. Cincuenta kilos de duros. Había muchos así. El tío Costipao, doscientos kilos en billetes de todas las clases. El Figurín, quinientos. El Príncipe, otra barbaridad. Etc. Si el dinero hubiese valido... Se frotaban las manos. Algunos estaban apesadumbrados. Otros —el Figurín, el Príncipe, el Frailecico, el Gil, el Polla, el Zurullo, el Trozopán— confiaban en ganar en seguida mucho más. Exageraban, en esto de los kilos, seguramente. Lo cierto es que habían sido ricos y ahora ya no lo eran.

El Grúa se había vendido el microscopio a un trapero y no le había dado casi nada. Con los relojes y los pendientes tuvo más cuidado. Le dio una parte al Príncipe e hizo que se los vendiera éste.

El pan continuaba racionado, pero daban cada día, no alternado como antes; era negro, no blanco, como antes. Antes de harina de arroz y ahora de serrín. ¡Jo, jo!

Al Moreno, debido a sus fanfarronadas y baladronadas, lo hablan metido en chirona. Lo dieron pena de muerte. Cuando su mujer fue a verle le dijo:

«Toma, llévate la manta. Ya no la necesito. Mañana por la mañana me fusilan. Ven a preguntar dónde me han enterrado y te lo dirán».

La mujer del Moreno se fue llorando. Al otro día, cuando fue a preguntar, aún no lo hablan matado.

«»Me han conmutado la pena de muerte por la de cadena perpetua.

Luego se la permutaron por treinta años y al final lo echaron a la calle.

El padre del Gafas maliciaba que todo aquello del fusilamiento había sido una baladronada más del Moreno a fin de pasmar al vecindario.

En el «Auxilio Social» se formaban grandes colas, todos con potes; colas para la sopa y el caldo, que eran muy buenos.

Al padre del Gafas y al del Moisés los habían echado del trabajo. La

Cantera del Morrot pertenecía al Ayuntamiento, A ellos los habían hecho del Ayuntamiento durante la contienda. Este nombramiento ahora ya no servía y por eso habían ido afuera. A nuevos reyes, nuevas leyes. Se vivía de la comida almacenada a costa de los saqueos. La Colorá estaba más colorada que nunca. ¡Cómo privas, Colorá!

Los gitanos se habían apoderado del pabellón del colegio de los ojos malos, donde había estado el Comité, donde estuviera la especie de Sindicato. Habían abierto muchos boquetes en sus paredes, a modo de puertas. Habían quemado las ventanas, para guisar y calentarse. Y el edificio estaba negro, ahumado, derruido.

La Colorá empezaba a ser eso que se dice siempre: una piltrafa humana.

¡Vaya manera de beber tu madre, Grúa, vaya manera! ¡A mí, allá se apañe!

Todavía, cuando sonaban las sirenas de las fábricas, llamando al trabajo, a la gente se le encogía el corazón.

¿Te acuerdas de antes?

* * *

35

En el Campo del Hipódromo, cerca de la playa, *pelaban* a los presos. Eso decían.

—¿Por qué no vamos una noche a verlos?

—Por mí, como queráis.

—Tú, Grúa, como que ya has visto matar otras veces.

—¡Huy!, pero de aquello ya hace tiempo.

Planearon el asunto. El único que tenía miedo de que le riñeran en casa era el Cebollica.

—Pues no vengas y quédate.

—No, no. Pase lo que pase, voy.

Fueron a bañarse. Fueron ya tarde y aguardaron la noche. Estuvieron horas en el agua, nadando como peces. Se tumbaban en la arena, volvían a bañarse. Cogieron cangrejos y mejillones, pocos, pues casi no había. Encendieron fuego entre unas piedras y pusieron una lata vieja encima. Cuando la plancha estuvo caliente colocaron los cangrejos y los mejillones. Los mejillones abrían sus valvas y se ponían de color naranja. La agüilla que tenían dentro, hervía. Los cangrejos chirriaban y se volvían rojizos.

—Mira que están buenos estos *musclos*^[21] —decía el hijo del tío Costipao.

—Oye, haz el favor de no probarlos hasta que estén listos.

—¡Hombre!, ¡Grúa!, por uno...

—Ni uno ni medio —dijo el Cebollica— no vamos a tocar; a nada.

Se echaron en la arena, mientras anochecía. Corría una brisa fresca. Se encontraban muy bien, llenos de paciencia, dispuestos a esperar. Por el horizonte se levantaba una luna gorda y amarilla. Ya de noche se volvieron a bañar. El agua estaba caliente. Parecía de plata. Desde el horizonte hasta la orilla de la playa, la luna proyectaba un reguero de luz. El mar cabrilleaba.

Al salir del agua cogieron frío.

—¿Encendemos fuego otra vez?

—Ahora, no. Llamariamos la atención.

—Además, ya no tenemos *musclos*.

—Lo digo por el frío.

—Si te secas de prisa, se te pasa.

Se vistieron y se echaron al socaire de una duna. La arena resplandecía y el paisaje tenía una extraña luz. No querían dormirse. Hablaban. Después determinaron dormir por tumos. Uno que vigilase.

—¡Qué tontos somos! Los tiros nos despertarán.

—Pero es que yo quiero ver todo desde el principio.

Sin darse cuenta se quedaron dormidos los tres.

Se despertaron muy tarde. Debía de ser cerca del amanecer. Todavía no alboreaba.

—Si que tardan, tú.

—A lo mejor han venido ya.

—Hubiéramos oído los tiros.

—Esta noche no matarán a nadie.

El Grúa volvió a adormilarse, pero en seguida lo zarandearon.

—Ya están aquí, Grúa, ya están aquí.

Llegaron dos camiones. Fueron bajando unos hombres con las manos atadas. Solamente un oficial mandaba el piquete de ejecución. De los hombres, algunos, cantaban. Otros, los más, iban apesadumbrados. Los colocaron en ringlera, uno al lado del otro, junto a unas enormes dunas que parecían montículos. Los montones de arena recogerían las balas que no dieran en el blanco. Había charcos de sangre coagulada en di suelo.

—Mirar, mirar, aquí es donde los pelan —habían dicho momentos antes.

Un airecillo suave hacía revolotear los cabellos de los condenados que iban sin peinar.

—El Gruica, el Cebollica y el Costipao, con los ojos muy abiertos, lo observaban todo. Estaban agazapados detrás de la duna, asomando sólo la jeta, con cuidado, para que no los vieran.

—¡Eh, ustedes! ¿Qué hacen ahí? Hagan el favor de venir para aquí.

Cuando estuvieron cerca, el oficial se dio cuenta de que eran unos mozalbetes.

—¿Qué hacíais ahí detrás de ese montón de arena?

—Pues verá usted, nosotr...

—Es que nos hemos quedado dormidos. Habíamos venido a bañarnos, ¿sabe?, y...

—Queríamos saber lo que pasaba, ¿sabe?

—¿Conque a bañarse?, ¿conque queríais ver lo que pasaba, eh? ¡Hala!, colocaros en la fila, al lado de estos hombres.

Se les paralizó el corazón.

—¿Queréis que os vendemos los ojos?

No pudieron contestar. Entonces los empujaron hasta la trágica hilera. Los hicieron colocar de espaldas, como a los sentenciados. Algunos se habían vuelto, pero miraban la escena como si estuvieras lejos de ella, como si no fueran actores de ella.

Sólo uno se atrevió a decir:

—Usted no puede hacer eso.

—Usted no sabe lo que puedo hacer o dejar de hacer —contestó el oficial.

Hubo unos momentos de silencio. Después se oyó:

—¡Apunten!

El Grúa cerró los ojos. El Costipao estaba enajenado, temblándole imperceptiblemente el cuerpo. El Cebollica se estaba muriendo. Un sudor frío le corría por los cabellos.

—¡Carguen!

Se oyó correr los cerrojos de los fusiles. «Ahora», se dijo el Grúa. Y se dispuso a conocer algo nuevo. El Cebollica se dobló y cayó al suelo. Notaron que les golpeaban la espalda, el Grúa y el Costipaíco.

—¡Hala!, largo. Coged a vuestro compañero y que no os vea más por aquí.

El Costipaíco casi que no podía ayudar, de tanto como temblaba. El Grúa cogió al Cebollica por debajo de los brazos y lo arrastró lejos de allí. Mientras se alejaban se oyeron los disparos. El Costipao se puso a llorar. El Grúa tenía como una bola de plomo en el estómago. Se oían los camiones alejarse. Ahora podían estar ya muertos. El Grúa se echó a reír. Alboreaba.

Le mojaron la cara con agua del mar, al Cebollica, y los pulsos. Le dieron pequeñas bofetadas, hasta que volvió en sí. Miraba a todos los lados, despavorido. Se fueron para casa. Encontraban hombres con el hatillo de la comida que iban a trabajar.

—¿Qué te pasa, chico?

—Es que se ha desmayado.

—Entrar en un bar y que os den una copa de coñac.

El Grúa, cuando contaba lo sucedido, gastaba bromas y hacía el ganso.

—Os juro que tenía el zurullo atravesado, os lo juro. ¡Por éstas, que son cruces!

El Cebollica, desde entonces, siempre estaba de color amarillo. Cuando murió al cabo de unos años, no sabemos si del tifus o de una pulmonía, muchos dijeron que había muerto del susto que entonces le habían dado.

Una de las plagas que asolaban las Económicas y sus alrededores eran las bandas de mozalbetes. En las peleas callejeras no dejaban cristal sano, bombilla en su sitio, vieja sin descalabrar, crío sin chichón.

En la Estación había vagones de naranjas, podridas ellas. Algunas, no. Solamente estaban un poco tocadas. Cortabas el rodal malo con una navaja y al bandullo. Algunas, ya florecidas, ofrecían un hermoso y repelente a la vez color blanco-verdusco. Llenaban sacos y en casa los triaban. Saltaban de vagón en vagón, como corzos, pues daba gusto caer en blando. Te enterrabas hasta las corvas, y, a veces, hasta el cinturón. Te pringabas de arriba a abajo y te llenabas de suco de naranja. Al secarte, las ropas quedaban tiesas, como si fueras una estatua de cartón; luego, las madres, paliza que te crió. El Raurito, en uno de estos saltos mortales, resbaló en el borde del vagón descubierto y quedó colgando cabeza abajo, como los murciélagos, enganchado por una alpargata de la punta de un hierro. Cuando la alpargata se rompió cayó de morros al: suelo. En una esquina del vagón de desgarró él pantalón; la camisa, que le venía larga; el calzoncillo y el cuero. Amén, Jesús.

Las bandas, por orden alfabético, eran: la del Alberto, la del Chonilla, la del Grúa, la del Martos, tal vez nos olvidamos alguna más, y la del Mediaceja.

A los chaveas les gustaba subir y bajar por la pared del Paseo, por el trozo que daba a la fábrica de Aceites Pesados. Había hoyos en el muro, formando escaleras. Se creían algo así como alpinistas. En el hondo, al pie del paredón, había basuras, y enormes ratas que encontraban, lo mismo que ellos, su solaz allí. El Federico le tiró al Raurito, mientras bajaba por las improvisadas escaleras, un huevo podrido. No le quería dar. Sólo asustarle. Pero le dio. Le puso la camisa perdida. Además, olía horribilmente. El pobre Raurito berreaba:

¡Ay mi madre, que me pegará! ¡Ay mi madre, que me pegará! ¡Ay mi madre!, etc.

Las bandas, por orden de importancia, eran: la del Grúa y la del Mediaceja por un igual; luego, la del Alberto y la del Chonilla, también medio igual. La del Martos era la más fulera. Antes que el Martos, el capitán de la banda había sido el Abrán. Se lo hicieron, eso de ser capitán; se lo hicieron peleándose. Ganó el Abrán. Como que el Abrán trabajaba y no podía estar por los asuntos de la banda todo el día, dedicándole todo el tiempo que: fuese debido, le cedió la jefatura al Martos.

Las Económicas volvían a pagar alquiler. El mismo precio de antaño. En medio de todo, una ganga. Lo malo era que él Patronato queda y exigía recuperar lo atrasado, pagar lo que no se había pagado, a un pequeño tanto cada mes. Y ahora no había Crescencio que lo remediara.

Las bandas, por escala de valores, eran: la del Grúa, sanguinarios; la del Mediaceja, bárbaros; la del Chonilla, bravucones; la del Alberto, feroces guerreros; la del Martos, tontos.

El Rogelio, a su mujer, la Rogelia, que era jorobada, le atizaba cada palo en la chepa que medio la enderezaba.

La banda del Grúa la formaban: los Gallardos, el Soga, el hijo del tío Costipao, el Bata, el Dientes, el Matarile, etc. El Cebollica, no. El Cebollica, desde el susto, nada; tenía la cara amarilla como un chino.

¡Chino! ¡Chino!

El Gafas iba a la Escuela Parroquial.

Allí sólo enseñan a rezar.

Allí enseñan más que en la de las Económicas.

De las bandas, sólo la del Martos iba todavía a la escuela, 8 no todos.

La banda del Mediaceja estaba formada por el Cuiqui, el García, el Gazuza, el Mierda, etc. La banda del Alberto estaba formada por. La banda del Chonilla estaba formado por, ¿qué importa? La banda del Martos estaba formada por el Gafas, el Raurito, el Caliche, el Bartolo Cabeza Bolo, el Federico, el Manogancho... Los chicos de la Calle. El Grúa los miraba con conmiseración. Sus amigos de Su calle, con, los que antes... ¡Pfaff! Se avergonzaba. El Caliche le decía:

Grúa, déjame ser de tu banda.

No.

Si el Abrán le hubiera hecho la misma solicitud le Subiese; dicho que sí. El Grúa, por el Abrán, aún sentía cierta especie de veneración. Además, en el fondo estaba convencido de que el Abrán le ganaba.

El Gorrión era un tío que llevaba la cabeza siempre de taifa, como los gorriones. El Abrán, con un trozo de gis (yeso), dibujó en el suelo un enorme cepo de cazar pájaros; además tendieron una cuerda de lado a lado de la calle de los Huertos. Cuando el Gorrión pasó levantaron la cuerda y, ¡zas!, zapatazo contra el dibujo.

¡Has caído en el cepo, Gorrión! ¡En el cepo has caído, Gorrión! ¡Has caído en di cepo, Gorrión! ¡En el cepo has caído, Gorrión!

Parecía música de una canción.

Los jefes de las bandas, a veces, se zurraban entre elfos, M. ver quién era más jefe. Los componentes de las bandas se limitaban a observar sin intervenir, formando corro.

El Raurito le dijo Gorrión:

¡Gorrión!, en las mismas narices. El Gorrión llevaba una sarria en la cabeza y se la dejó caer encima. Por poco lo aplaste.

El más animal peleando era el Mediaceja. Aullaba y gritaba, para aterrorizar al contrario. El más ducho y elegante, el Chonilla. El más

romántico, el Alberto. Antes de empezar a pelear, establecía una serie de leyes y preceptos —que él siempre cumplía— de miedo. El que siempre ganaba era el Grúa. El Grúa, a poco que se descuidara uno, ya te había pegado una patada en los, digo, en las partes. Cuando se tiraba en picado sobre el adversario, en seguida metía mano a los testículos y los retorció. Con el Grúa nadie quería bromas.

La Sarita, una mulata lela con el belfo colgando, cantaba por aquellas calles de Dios 35 del Diablo, cantaba:

*El cura está malo,
el cura está malo,
¡ay!, muy medito en cama,
chiribin, chiribairia,
muy medito en cama,
can capa y sotana, ¡ay!,
etc.*

Las bandas, otras veces, se unían, formando causa común, y azotaban los alrededores, como bárbaros hunos. Pasaban en tromba por la Colonia Parcerisas, rompiendo cristales, batiendo puertas. Se iban al Barri Vell y les pegaban a los chiquillos de allí, que eran tontos. Pisoteaban los campos.

La Sarita sólo llevaba un vestido. Una sencilla bata encima del cuerpo desnudo. Le decían: Sarita, ¿qué hora es?

Se levantaba el vestido y enseñaba el culo. Cuando una banda declaraba la guerra a otra, la verdadera batalla campal la daban unos en la vía del tren y otros en el Paseo. Según qué veces se iban a la Montaña. Tiraban con hondas de esparto. Si le daban a uno, palmaba. Al Dientes le volaron tres paletas de delante. ¡Mellao! ¡Mellao! Al Palomo el Gitano le decías: Palomo, ¿qué hora es?

Se bajaba los pantalones y decía:

La una.

La banda del Alberto, los feroces guerreros, cuyo jefe era muy peliculero, llevaban escudos y lanzas de confección casera: tapaderas de olla y cañas con un cuchillo atado en la punta. Se habían incautado del barracón donde el Balaguer, el rey de los patrulleros guardara su moto, y le habían puesto el siguiente rótulo, ciento con yeso «Cuartel de las Cruzadas». El Alberto no era el Alberto. El Alborto era di Ricardo Corazón de León.

Una vez volvían de la playa anas señoritas de te ciudad, Les preocupaba la hora que podría ser.

¿Qué hora debe ser? ¿Qué hora debe ser?

El Palomo el Gitano pasaba por allí y las oyó; ya se sabe.

La una.

Las dos chicas chillaban y corrían. El Palomo reía y se masturbaba.

El Martos tenía envidia del Alberto. Su banda llevaba espadas de madera. Pero él no sabía qué nombre colocarse. Él iba al cine y no se acordaba de lo que veía.

El capitán Blood, dijo di Gafas.

Al Martos le pareció bien.

Al Palomo el Gitano le decías:

Palomo, una colilla si haces el bombardeo.

El Palomo hacía el ruido de las sirenas con la boca. Después empezaba a escupir al aire.

¡Pay, pay! ¡Pam! ¡Pay, pay! ¡Pam!

Si no andabas listo te duchaba.

El Abrán, como que trabajaba de ebanista, se hizo ana hermosa y grande espada de roble, tipo cruzado, larga, gruesa, pulida, con una labrada empuñadura. El Caliche se hizo, de madera de castaño —dos tablas de caja de embalaje, tortuosas, nudosas, mal cortadas, sin cepillar, sujetas con clavos torcidos—, una rudimentaria y tosca espada. De todos modos se la jugaba con quien quisiera. Jugársela era colocar la espada en el bordillo de la acera, formando hueco, y golpear con otra encima. Él siempre dejaba que la suya recibiera primero. Nunca se rompía. Luego pegaba él, con mal disimulada alegría, y hacía la espada del contrincante cisco. El Abrán se la jugó con él. Golpeó y no le hizo nada. Una caricia.

Bueno, no la he roto. Pero la tuya tampoco romperá la mía.

No la rompió. ¡No poco! El Caliche dio tal golpe, con tanta alegría, ferocidad y entusiasmo, que la espada del Abrán se fue al carajo. Entonces, el Abrán le queda pegar.

¡Ay? No habértela jugado.

Los crímenes y robos de las bandas —BANDAS, con mayúsculas— del Figurín, Gil, Frailecico, Zurullo, otros, que efectuaron cuando la guerra, quedaban saldados. A nuevo régimen, nueva justicia.

El Gil huyó a Francia, luego de un atraco a una joyería.

Las bandas dejaban de ser bandas para convertirse en individuos. Cada uno operaba por su cuenta. Llevar armas ya no era una seguridad y una bicoca como antes. La policía continuamente efectuaba registros.

El Figurín, en el bar del Buque, proseguía con sus fanfarronadas.

Venga, todos fuera, que quiero el bar pam mí solo.

No llevaba pistola, por lo menos en la mano. Decían que la tenía escondida en casa. Todos, como borregos, se levantaron y salieron fuera. El

Tigre, no. Tu Tigre, ¿no?

No.

El Tigre también había sido pistolero. El Figurín dijo. Voy a casa a cambiarme de ropa.

Ésta era una de las frases preferidas del Figurín. Fue a su casa, a desenterrar la pistola. Aguardó al Tigre en la esquina y le casco cinco tiros. Después, cogió el cadáver del Tigre y lo tiró al río de la Cal. El Figurín estuvo sólo diez meses en la cárcel. Un pez gordo abogó por él, decían; uno a quien, cuando la guerra, le había salvado la vida.

Una mañana aparecieron dos guardias civiles muertos debajo del puente del Cementerio. No llevaban herida alguna. Los habían matado a golpes, se conoce que con un calcetín de arena. La policía se volvió loca buscando quién había sido.

A cada nuevo robo, crimen o atentado, una «razzia»; se hinchaban de detener sospechosos y darles más que a las esteras.

El Grúa se peleó contra el lugarteniente del Chonilla, él Borni. Lo acorraló contra la alambrada de los huertos. Le pegó tanto que lo dobló sobre los alambres de espino. Allí le continuó dando. Cuando murió, tiempo después, dijeron que había muerto de esto. El Grúa se jactaba de ello, Si se discutía con alguno, lo decía.

¡Te voy a hacer peor que le Mee al Borni!

La policía se presentó una noche en casa del Moreno, en el momento en que estaba repartiendo los cuartos de no sabemos qué con unos cuantos. El Moreno, esta vez, estuvo varios años en la cárcel. Esta vez no se trataba de baladronadas.

El Palomo el Gitano tiró a su madre, que era vieja, por un barranco de la Montaña. No la tiró. La puso cerca y le dijo: ¡Ande, madre!

Al Guega, al Piernechillas grande, al Joselete y al Macarí, cuando la guerra, los habían fusilado los rojos. Nadie sabía por qué. Dos, eran patrulleros. Los otros dos habían venido con permiso del frente. Nadie sabía por qué los pelaban. Los detuvieron y a las pocas noches avisaron a la familia. Los familiares subieron al Castillo y se encontraron con esta agradable sorpresa. Al amanecer nos fusilan.

El Guega estaba muy tranquilo. Hizo honor a su mote. Eres más tranquilo que el Guerra. Les dieron de cenar lo que quisieron. Pollo, champán. Al Piernechillas le temblaban las canillas, cae en verso. El Macana, que era hijo de la Galdufa, chillaba como una mujer. Los familiares decían, luego:

Han muerto por ideas.

Y ahora, con los nacionales, aseveraban:

Seguro que éstos le hubieran dado un cargo.

Murieron por la Idea.

Por la idea que tenían a llevarse lo que no era sayo, se ve.

La Galdufa arañaba a quien decía esto. Y los demás familiares, también.

La guardia civil patrullaba toda la noche, pidiendo la documentación a todo Dios de las diez en adelante.

El Gangrenica, cada día, al oscurecer salía con su boina, su linterna, su pañuelo y sus ganzúas.

Si te encontrabas con él te enfocaba con la linterna, por broma, para encandilarte.

Gangrenica, ¿adónde vas?

¡Toma!, pues a trabajar.

Al Gangrenica lo cogieron en un pueblecito cerca de Barcelona, a donde había ido a operar, escalando una casa de payés, acaudillando a unos jovenzuelos de allí. Los metieron a todos en la cárcel. El Gangrenica, cuando salió, estaba gordo como un lechón.

Gangrenica, ¡qué gordo estás!

¿Verdá que sí? Menuda bidorra^[22] me pegaba en la cárcel, ¡menuda!

Los jovenzuelos que cogieron con el Gangrenica eran unos muchachuelos que jamás habían delincuedo, digo, delinquido.

El Gangrenica fue quien los lió. El Gangrenica tenía enormes dotes de persuasión. En la cárcel se añoraban y lloraban. La familia iba a verles y les llevaba enormes paquetes de comida. No querían comer, sólo salir, y, entre tanto, llorar. El Gangrenica daba cuenta del contenido de los paquetes.

Menuda vidorra, ¡menuda! Casi me ha sabido mal, salar.

El vigilante vio una noche a un par en el Paseo y le pareció ron una pareja —a lo mejor lo eran— trajinando.

Venga, a hacer eso a otro sitio.

Le soltaron tal disparo que por poco lo peinan. Se tiro al suelo y estuvo media hora sin moverse, haciéndose el muerto o creyéndoselo.

Aquello no era Tejas, pero se le parecía.

37

El Mediaceja, no sabemos por qué, le pegó al Gafas.

El Grúa, no sabemos por qué, se erigió en paladín del Gafas.

—Yo, contigo no me meto, Grúa.

—Voy a hacer que le pagues las gafas.

—Yo no me meto contigo, Grúa.

—Te voy a arrancar la media ceja que te queda, y hasta un ojo. Las noticias vuelan presto.

—El Grúa y el Mediaceja se van a zumbar.

—Yo, contigo no me meto, Grúa.

El corro era inmenso. El Mediaceja no quería pelear. El corro estaba expectante. El Mediaceja sabía cómo las gastaba el Grúa. El corro gozaba de antemano.

—Yo no me meto contigo, Grúa.

Se acordaba del Borni. *¡Hostia!* No hubo pelea. Cuando uno no quiere, dos, etc. Ya se sabe. Eso que se dice siempre.

—Yo, contigo no me meto, Grúa. El Grúa escupió. El corro, lleno de frustración, se disolvió.

—Yo no me esperaba eso del Mediaceja.

—Ni yo.

—Yo que tú, me borraba de su banda. El Grúa, que primero no había hecho mucho caso de la cobardía del Mediaceja, después sí. Se fue calentando, calentando. Los cobardes no merecen vivir, ¡qué diablos! A media tarde envió emisarios a los otros jefes de banda. Quería hablar con ellos, una urgente reunión. Hubo conciliábulo.

—Hemos de matarlo.

—No merece vivir.

—Es un puerco.

—Y un cobarde.

—Y un roñoso.

—Y un maricón. Amén.

Mandaron recado al lugarteniente del Mediaceja, al Cuiqui.

—El Mediaceja ya no es vuestro jefe. Reúne tu banda. Vamos a matarlo.

—Hombre, ¿matarlo?

El Cuiqui era de los que cogían las cosas al pie de la letra.

—Por lo menos deslomarlo.

Al Mediaceja no se le había visto el pelo en toda la tarde. No las tenía todas consigo no se había movido de su casa.

Al anochecer empezaron los preparativo.

—Lo ataremos a un árbol y le haremos el martirio chino.

—Podemos arrancarle la cabellera, como hacen los indios.

—No está mal eso que dices, Alberto; no está mal.

Empezaron los preparativos, decíamos. Los feroces guerreros del Alberto llevaban sus cañas-lanzas y tapaderas-escudos. Los del Martos, sus espadas. El Grúa y los suyos, palos. Los Chonilla, piedras. Llevaban una cuerda. Hicieron un victorioso desfile por la calle Central. Iban en formación, como los falangistas. Con las tapaderas de las ollas, *clang, clang, clang*, como si fueran platillos, A este ritmo o compás lanzaban el grito de guerra, El grito de guerra era:

¡Mediaceja, la coneja!

¡Mediaceja, la coneja!

¡Mediaceja, la coneja!

No era convincente ni explicativo; más bien abstracto, sinuoso, de libre interpretación. A pesar de todo caía en verso:

¡Clang, clang, clang!
¡Mediacé-ja, la coné-ja!
¡Clang, clang, clang!
¡Mediacé-ja, la coné-ja!

Algo así o por el estilo.

Las mujeres se asomaban.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Van a matar al Mediaceja.

Algunas llamaban a sus chicos.

—Nene, ven aquí.

No respetaban el que fueran de tal o cual banda y el que quedaran mal delante de sus respectivos jefes.

—Que vengas, te digo.

Lo más avergonzante fue que al Martos lo llamo su madre.

—Se lo diré a tu padre cuando venga. El Martos se encogió de hombros y continuó capitaneando a sus atontados. Vale más morir con honra; a vivir con vilipendio, ¿no se dice así?

¡Mediacé-ja, la coné-ja!

El Mediaceja, en su casa, estaba azorado.

¡Mediacé-ja, la coné-ja!

Era algo así como un animal acorralado.

¡Mediacé-ja, la coné-ja!

Era algo así como un cazador cazado. Con la de chavales que había perseguido él. Ahora, en cambio...

¡Mediacé-ja, la coné-ja!

Era aterrador todo aquello, enloquecedor. La especie de ejército se detuvo en la puerta del Mediaceja, una calle Colateral. El Grúa se adelantó e hizo sonar el picaporte.

—Señora, venimos a matar a su hijo. —La pobre mujer estaba descompuesta.

—Mi hijo no está.

Cerró de un portazo. Se levantó una enorme algarabía, una tremenda bulla, un griterío atroz.

¡Mediaceja, Mediaceja, Mediaceja!

¡La coneja, la coneja, la coneja!

Había ritmo, eco, vaivén, ondulación. Y sobro todo, ruido.

¡Mediaceja! ¡Clang! ¡Mediaceja! ¡Clang!

¡La coneja! ¡Cataclang, clang, clang!

El Grúa se adelantó con una enorme piedra. Sus nervudos brazos casi no podían con ella. ¿De dónde la habría sacado? La arrojó contra la puerta. La puerta tembló. La volvió a arrojar. La puerta se resquebrajo.

Volvió de nuevo con ella. La puerta se abatió. Penetraron dentro de la casa como una tromba, La madre del Mediaceja gritaba enloquecida:

—¡Andresico, Andresico, sálvate, sálvate! ¡Huye, que te vienen a matar! ¡Huye, corre, vete! ¡Andresico, Andresico!

El Mediaceja, por el patio, un salto de mono y al tejado. Era como un enorme gorila corriendo por encima de las tejas, partiéndolas. Llegó al final de los tejados, sobre la calle de los Huertos. Se colgó con las manos del alero y se dejó caer. Botó como una pelota. El terror le daba alas. Saltó a los huertos y se perdió en la noche. Alguien lo había visto.

—¡Por allí, por allí!

¡Hala!, todos detrás. El Grúa había perdido un tiempo precioso registrando la casa, pero es que no se fiaba de la madre que le decía que allí no estaba.

Organizaron una batida. Trajeron faroles —latas vacías con una vela— y recorrieran los campos, la vía del tren, el Paseo, las carreteras.

¡Mediaceja, la coneja!

¡Mediaceja, la coneja!

¡Mediaceja, la coneja!

Hasta muy tarde gritaron esto. Hasta que el padre del Martos vino a buscar a su Martos y le pegó una paliza de padre y señor mió allí miaño, delante de todos. Hasta que otros dijeron que era muy de noche Yaa. Hasta que incluso los que gozaban de mayor albedrío reconocieron que ya era hora de recogerse. Hasta...

¡Mediacé-ja, la coné-ja!

Cuando cesó la algarabía era como si al mundo, o aunque sólo fuera a la noche, le faltara algo. Y cuando el Mediaceja empezaba a dar señales de vida y a comparecer en público, nadie le dijo nada, pues ya nadie se acordaba de que hada tres días solamente que si lo enganchan, palma.

El Mediaceja había pasado estos días en una cueva de la Montaña. El hambre le hizo volver.

Su madre, que lo creía muerto, se puso a llorar cuando le vio.

—¡Andresico, Andresico mío!

El Príncipe hacía tiempo que no daba un golpe como era debido. Las cosas, *para los fuera de la ley*, iban de mal en peor. Determinó asaltar una noche una de las fábricas de por allí. No cogería nada, a lo mejor, pero a lo mejor, sí. Se lo comunicó al Grúa.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Tú harás de cebo con el vigilante. Cuando el vigilante te encañone a ti, yo le encañonaré a él.

El Grúa se ponía muy hueco con eso de que *los que un día sería como ellos* le pidieran su colaboración.

—Pero habrá perro, Príncipe.

—Es verdad. No había contado con eso.

—Bueno, me llevaré un palo.

El Príncipe sostuvo al Grúa por los pies todo lo alto que le permitieron sus brazos. El Grúa, con un pedrusco, aplastó los cristales que erizaban el muro. Escalaban por la parte de atrás, donde estaban los vertederos. Era difícil que por allí se arrimara el vigilante. El Grúa se sentó a horcajadas sobre el trozo de cristales liquidado. Machacó un buen trecho más de aquellos cuchillos de vidrio. Lo limpió bien, soplando y con las manos.

—Ya puedes saltar, Príncipe.

Hablaban en voz baja.

El Príncipe tomó correndilla, saltó y se colgó con las manos. A pesar de todo se hizo un pequeño corte en un dedo. Se chupó la sangre.

—¿Sabes si el vigilante es de la barriada, Grúa?

—A mí me parece que no. ¿Por qué?

—Nos tendríamos que tapar la cara, por si acaso.

Se ataron los pañuelos cubriéndoles la boca. El Grúa recogió la estaca que había tirado sobre los detritus por encima de la pared. Llegaron a la zona más iluminada de la fábrica. Potentes focos hacían que aquello pareciera de día. Pasaban por entre las naves, por los callejones que éstas formaban. Había montones de hierro por todas partes.

—Esto es para venir un día con un carro y llenarlo de lingotes.

Llegaron al edificio central, donde estaban las oficinas y la dirección. Una potente bombilla en la parte alta de la pared formaba un círculo luminoso delante mismo de la puerta. El Príncipe le dio al Grúa un manojo de ganzúas.

—Toma, prueba a abrir. No creo que lo consigas. De todos modos procura hacer ruido, llamar la atención.

No llevaba medio minuto hurgando, cuando oyó ladrar un perro y en seguida notó a éste encima de él. Era un perro mediano. Ladraba desafortunadamente no debía de ser feroz. Se lió a palos con él. El vigilante llegó detrás. Era viejo y no corría mucho. Empuñaba un pistolón.

—¡Arriba las manos!

—Pues llame al perro.

—Lucero, ¡ven aquí!

El perro se colocó junto a su dueño, ladra que te ladra. El vigilante, con una mano, medio inclinado, sujetaba al bicho por el collar; con la otra encañonaba el Grúa. Temblaba. El Príncipe salió de entre las sombras.

—Suelte ese cacharro, amigo. Y procure que no se le escape el perro.

El hombre se volvió hacia el Príncipe. Estaba desmoronado.

—Ate a ese animal.

Fueron hacia la caseta del perro, detrás de las oficinas. Al lado habla una silla con un paquete de tabaco, seguramente donde dormitara el viejo.

—Déme las llaves.

Volvieron al edificio central. El Grúa había recogido la pistola.

—Luego se la daré a usted, Príncipe.

El Príncipe la examinó. Era un revólver de rulo, con gatillo encima, de aquellos que las balas llevan el pistón a un lado de la cápsula y no detrás, un pistón que es como una especie de pivote pequeñito.

—Este trasto es del año de la nana. Puedes quedártelo. Te servirá más de estorbo que de otra cosa. Ya no encontrarás por ningún lado de esta clase de munición.

Fueron abriendo puertas. El Príncipe iba delante con el manojo de llaves. El Grúa empujaba al vigilante con la antigualla. En un rincón de la oficina había la caja de caudales.

—¿Cómo se abre eso, viejo?

—Yo no lo sé. —Lloraba, el hombre.

—¿Cómo que no lo sabe?

—¿Ustedes comprenden que a mi me van a decir la combinación de la caja? Además, que ahí dentro no hay dinero. Ahí sólo hay papeles.

—Diga cómo se abre la caja y déjese de cuentos.

El hombre estaba aterrorizado. Se veía claramente que no lo sabía.

—Qué más quisiera yo que saber cómo se abre. Así me evitaría disgustos. El Príncipe y el Grúa estaban en sus trece.

—Hable, amigo, o lo pasará mal.

El Grúa agarró el palo.

—Hable de una vez, ¡ladrón!

Le dio tal estacazo que lo dejó *cao*.

—Me parece que lo has matado, Grúa.

—A mí me parece que no.

Le corría un hilillo de sangre por la calva. El Príncipe se puso a hurgar en la caja. El Grúa dijo:

—Me pone nervioso el ladrido de ese perro. Cogió el palo y salió fuera. Cuando el perro lo vio, empezó a gruñir y a tirar de la cadena. El Grúa le golpeó tan bárbaramente en el lomo que le partió la columna vertebral. El perro se arrastró por el suelo, aullando lastimosamente, con las patas de atrás ya sin vida. Le sacudió de nuevo y lo dejó en el sitio.

—Ya está.

El Príncipe cesó de buscar la combinación un momento y lo miró.

—Desde luego, Grúa, he trabajado con hombres que no los tenían tan bien puestos como tú. El Grúa huroneaba el pistolón.

—Sólo está cargado con tres balas. Voy a ver si este tío tiene más en los bolsillos. No tenía. Le sacó la cartera.

—Mire. Príncipe, cien pesetas. Y dinero suelto. Dos, tres, cuatro duros. Cincuenta para usted y 4 cincuenta para mi. Y dos duros más para cada uno.

—No, Grúa, deja ese dinero. Nosotros no robamos.

Seguía forcejeando, luchando con la caja.

—¿Sabes qué? Esto no hay Dios que lo abra.

Miró alrededor.

—¿Qué nos podríamos llevar?

No sabían qué.

—Si hubiéramos traído un saco...

Era verdad. De haber traído un saco lo hubieran podido llenar de ceniceros, lápices, plumas, gomas, pisapapeles, maquinitas de grapas... Para el trapero todo es bueno.

—Mira, Grúa. Coge esa lámpara y ese trasto de ahí. Yo, la máquina de escribir. ¡Vamos!

El Grúa agarró la lámpara portátil y *ese trasto de ahí*, que era una pequeña máquina calculadora. El Príncipe sudaba con la máquina de escribir, una «Underwood» antigua que pesaba como el plomo.

—Oye, quítale al desgraciado ése las cien pesetas.

Mientras saltaban la pared de nuevo, con mucho tiento —«¡Cuidado, no la vayamos a romper!». «Yo bajo primero, Grúa. Sujétala; luego me dejas caer las cosas»—, con mucho tiento para no estropear el botín, el Príncipe se consolaba.

—El vigilante tenía razón. En la caja sólo debía de haber papeles, papeles de

negocios, papeles de esos que no sirven para nada.

Mientras bajaba la pared, hablaba.

—Aquí es cuestión de volver otro día. Con un carro. Y llenarlo de hierro.

Se entusiasmaba.

—Volvemos a hacer lo que hoy. Le quitamos al vigilante las llaves y abrimos la puerta de la calle.

Estaba ya en di suelo. La idea se desarrollaba.

—Y metemos el carro dentro. Tendríamos que ponernos de acuerdo con alguien que tuviera carro. ¡Va, tíralas ya!

El Grúa le tiró *las cosas* al Príncipe. El Príncipe las paraba con las manos, con los brazos, con el cuerpo, como podía. Cuando le tiró te máquina de escribir, las manos se le fueron hasta el suelo y; se golpeó los nudillos; además se cargó la camisa.

—¡Joer!, me he vuelto a hacer sangre. Teníamos que haber cogido las llaves y haber salido por la puerta.

—Sí, pero por allí es muy fácil que te ve quien pase.

El Príncipe le dio al Grúa cien pesetas de lo que sacó de las ventas. El Príncipe pensaba que el Grúa le diría:

—¿Sólo esto, Príncipe? ¡Ande y métaselas dónde le cojan! Yo no me conformo con esto. Mi parte es más.

El Grúa se puso muy contento. Cien, más cincuenta de los dineros del viejo, más los cuatros duros que apañó para él...

—A otra vez, Príncipe, ya lo sabe: cuente conmigo, ¿eh? Además de divertirse uno, encima le pagan.

—Cuando yo te digo, Grúa, que he visto pocos que los tuvieran como tú...

El Grúa, esto, ya lo sabía, pero le gustaba que se lo dijeran.

El Príncipe continuó:

—A propósito, Grúa, la noche aquella eché de menos una ganzúa. ¿Tú no la viste?

—No, yo no la vi. Tal y como me las dio, yo se las devolví.

—Se debió perder.

—Sí, eso digo yo; seguramente se debió perder.

—Sí, sí; se debió perder.

—Lo más seguro.

—Lo más seguro, Sí.

La conversación era intermitente. Dejémosla, dejémoslos.

38

E agua se filtraba ya por débalo de las puertas cuando el vecindario se dio cuenta, cuando lo advirtió. Un agua serena, dulce, que parecía no moverse,

pero que era como un animal grande y manso que lentamente se fuera enfureciendo. En medianoche. Abril. Cuando las lluvias.

Nadie recordaba una cosa como aquélla. Antaño, cuando las Económicas aún no habían nacido, el Río, a hora y media de camino, ¡hay que ver!, se había desbordado y llegado hasta los campos de la Marieta, pero más, no. Ahora, si no hubiera sido por la especie de muro que le oponía el Paseo, el agua hubiera llegado hasta el Barri Vell.

El vigilante y, el sereno, en cuanto se dieron cuenta de la situación, se liaron a tocar el pito como desesperados.

¿Pero qué les pasará a estos hombres?

Todo el mundo ponía los pies en el suelo, adormilado, extrañado, y, ¡chup!, agua.

¡El río, el río! ¡Se ha desbordado el río!

Desmoralizados, fueron saliendo de las casas, escapando hacia el Paseo. Llovía mansamente. Una llovizna sutil. Calabobos. Los que se entretuvieron en recoger alguna cosa, los que quisieran llevarse un colchón o una manta por lo menos, salieron con el agua hasta la cintura.

(En la calle Central habían abierto zanjas, para colocar los cables del teléfono. La Encomienda se cayó dentro de una de ellas. Su hermano el sereno pata mocha la empujó, para que corriera, para que se diese prisa, y la hizo caer dentro.

Fill de tal, fill de qual^[23]!

Mujer, que soy tu hermano).

Pasado el primer pánico, hubo quien volvió, con la esperanza de salvar algo, o de cerrar la puerta, que con las prisas había quedado abierta. El agua llegaba hasta cerca de las ventanas y allí se había estancado. No cubría, mas era difícil andar por entre las corrientes que se formaban a través de las calles. Había que mover los brazos como si fueran remos. Las cloacas habían vomitado las tapas y había el peligro de colarse por alguna de ellas. Las puertas que estaban abiertas, no se podían cerrar. El agua oponía demasiada resistencia.

Las mujeres lloraban, gritaban, llamaban a los hijos. Reinaba una algarabía y confusión propias de los trágicos momentos. Andaban apretujados unos contra otros, para guarecerse del frío y de la lluvia, tapados con abrigos, con mantas, con sacos. Formaban una extraña caravana; constituían un raro éxodo. Se refugiaron en el Barri Vell, unos en casas de conocidos; otros, en las de los familiares. La mayoría se cobijaron en la iglesia y en los colegios adyacentes. El cura, el rudo y reverendo padre cura ecónomo de vosotros lo matasteis, vosotros lo crucificasteis, vosotros, vosotros, etc., etc., había abierto las puertas de par a par luego de haber trasladado el Santísimo a una de las sacristías para que en su presencia no se cometieran atrocidades. Fue

una medida prudente, pues desde ensuciarse y orinarse hasta engendrar algún hijo, aquella noche se dio rienda suelta a todo lo que de animal lleva uno encima suyo, amén de palabrotas y chistes de dudoso y retorcido gusto.

¡Cudiao!, que estamos en la casa de Dios.

¡La casa de Dios, la casa de Dios! ¡La casa del cura quedrás decir!

También, previsoramente, él cura vosotros, vosotros había quitado las bombillas a candelabros que quedaban al alcance de la mano.

Acudieron los bomberos, acudió el Gobernador. Los bomberos botaron una chalupa, para salvar a una vieja que había quedado abandonada. El Gobernador estuvo visitando a los refugiados en la iglesia y escuelas. Inmediatamente ordenó que se les diera de comer a aquéllos infortunados y él «Auxilio Social» instaló sus cocinas en los patios de las escuelas. De todos modos, repartir comida a aquellos desgraciados era un lío y un conflicto. Todos se ponían en la cola dos y tres veces; todos alargaban el brazo, reclamando otra ración; todos gritaban: A mí no me han dado, a mi no me han dado. Se quedaron los recipientes en que les servían la ración y las cucharas que les dejaron. Luego, todos hacían di vivo:

Yo amagué mi plato debajo de un banco y enseñé las manos vacías.

Pero si te acabamos de dar tu parte.

¿A mí? ¡Lo habrán soñado!

Y me dieron otro plato.

Yo me llené el bolsillo de cucharillas.

Yo...

El Gobernador era un tipo popular y simpático. Elevaba la boina roja y la sahariana azul del uniforme de Falange, Acompañado del cura recorría la iglesia y las escuelas. Todo el mundo le golpeaba la espalda. Cantarada por aquí, Camarada por allá. Él devolvía estos afectuosos saludos. Le pedían cosas, o hablaban con él sólo por el prurito de poder decir que habían charlado mano a mano con el Gobernador, como ahora tú y yo, pongo por acaso, dirían luego. Usted fue el padrino de mi hijo, ¿se acuerda? ¿Pero cómo me voy a acordar, si apadriné lo menos a den? Había sido cuando la primera Confirmación luego de la guerra. Los críos sin bautizar estaban a capazos. Los bautizaron en serie. En tongadas de veinte y treinta. Ni San Francisco Javier en el Japón o en las Indias Orientales. El Gobernador había sido el padrino — lo menos de cien— y a cada ahijado le había entregado una libreta de la Caja de Ahorro con veinte duros. Ya se los habrán gastado.

No lo crea, Excelencia. Ahí donde los ve son muy buena gente.

Usted sí que es de buena fe, padre. ¿Pero no se da cuenta de que si todos fuéramos buenos el mundo sería muy aburrido? Todos reían aquella especie de chiste gastado.

El cura volvía:

A pesar de todo, Excelencia, son muy; buena gente, se lo aseguré.

¡Buena gente, buena gente! Aún me acuerdo de los tiros que me pegaron el 18 de julio en el Cuartel de Infantería donde estaba de comandante.

Todo el mundo volvía a reír. El Gobernador también, mientras estrechaba afectuosamente manos y golpeaba afablemente espaldas. Era un tío campechanote, esa clase de jefes que el pueblo ama y convierte en ídolos.

¡Qué hombre más sencillo!

Parecía uno de nosotros.

Igual, tú, igual.

Yo le he dicho que quería ser torero y me ha dicho que le vaya a ver.

Los bomberos hicieron una especie de trepanación en el muro del Paseo, en la parte de abajo, para que el agua se filtrara hasta la cloaca central. Por los puentes de la vía del tren también corría el agua hacia el mar, por allí con fuerza impetuosa. Se veían nadar ratas y serpientes. La vía del tren, que había quedado medio sumergida, estaba ya al descubierto. En algunos altozanos se habían refugiado animales domésticos de las casas de payés. Alguna vaca mugía con el agua hasta el cuello, mientras su dueño procuraba empujarla y sacarla del atolladero. Al Sisquet se le habían ahogado todos los cerdos. Flotaban dentro de los corrales, proyectados contra las telas metálicas que fueron primero cárcel y ahora tumbas.

Todo el hermoso valle de La Marina era un lago. Emergían los chopos, y los caseríos. El Río se había desbordado hasta la izquierda, llenando kilómetros y kilómetros cuadrados de agua en la orilla derecha, nada. Sus pueblecitos de esa parte, incólumes. El puente de hierro reflejaba su estructura en aquella ancha lámina tensa y marrón, como de cobre.

El agua fue bajando lentamente, dos días le costó. Una línea terrosa, en los edificios, marcaba hasta dónde habían Segado las aguas. Todo estaba lleno de barro: las ropas, los muebles. Tuvieron que lavar y limpiar como desesperados. Los colchones medio se pudrieron. Algunos recién casados que tanta ilusión tenían con su nuevo ajuar, estaban afligidos y desconsolados. Decían que iban a tomar medidas para que aquello no ocurriese más. Un sistema de canalizaciones o no sabían qué. Todo el mundo lo explicaba y nadie lo entendía. Los carros de la limpieza rebosaban de légamo.

Por la mente del Grúa cruzaban ideas desesperadas. Todo aquello le había cogido de improviso. Igual que los demás, sólo había sabido salir huyendo. El pistolón se le había oxidado. A otra vez, ¡ya verían, ya!

La segunda riada —porque hubo una segunda riada, ¡vaya!, sí, señor—; la segunda riada —unos dos, tres años después— no cogió a la gente desapercibida.

Se sabía que el Río se había salido de madre —¡la madre que lo!— y que tomaba a avanzar lenta e inexorablemente. ¡A lo mejor no llega, a lo mejor no llega!

Todo el mundo colocaba las cosas en alto. Ropa, colchones y mantas encima de los armarios, encima de las cómodas. Las camas desarmadas, plegadas y levantadas. Debajo de los muebles, ladrillos, para que quedaran elevados. Algunos empezaron a sacar lo de valor; otros, no. ¡A lo mejor no llega, a lo mejor no llega!

Iban y volvían, a las afueras del barrio, a ver por dónde iba ya la riada. Los que volvían daban noticias a los que iban.

—Está cerca de la Estación.

—Ya están inundados los campos de la Marieta.

—¡Viene con ánimo!

—Pasará como la otra vez.

Los payeses ponían a salvo a sus animales. En rebaños los conducían hacia Hospitalet, hacia los establos de su colegas de allá. Por el Paseo iban los hijos y los mozos del Sisquet sacudiendo leña a las piaras de cerdos, procurando que no se desmandasen. Una gitana, les gritó:

—¡No seáis *malages*^[24]! ¡No maltratéis a los *animalicos* de Dios!

El de la nariz corva la miró sombríamente.

—¿Qué quieres, que se ahoguen como la otra vez, para hincharos de carne los gitanos?

La gitana desfrenó la lengua.

—¡*Desaborío, atravesao!* ¡Mal dolor te de, que tienes menos gracia que un hombre con paraguas encima de una bicicleta!

El Grúa iba y venía. El agua empezaba a filtrar por la Carretera Recién Terminada. La tarde estaba gris, opaca, triste, sombría, todo. Sus pensamientos, también.

Los huertos de la calle de los Huertos se iban llenando, lentamente, como balsas sin desagüe. Las mujeres, con los chiquillos, abandonaban la barriada. Los hombres cerraban las puertas, mas se resistían a marchar. No les complacía dejar la casa abandonada. El sereno tocaba el pito sin cesar. Empujaba a los rezagados. No quería que se quedase nadie. Arrastraba la pata mocha.

El Grúa hizo marchar a su madre.

—Déme la llave de la habitación y vaya usted delante.

La Colorá llevaba una trompa que no se veía de ningún ojo.

—Buscaaaaamé por la *misa*, hiiiijo.

Quiso pasar por el bar, a llenar la botella de nuevo, pero el sereno y el vigilante no la dejaron volver atrás. El agua rebasaba los huertos y entraba ya por las calles. Llegaba hasta los tobillos. Todo el mundo corría ya. La Esperanza le había dado la

llave de la casa al Grúa.

—Cierra tú. Luego me buscas y me la das.

El agua fue subiendo remisamente, hasta la misma altura de la otra vez, un poco más seguramente, quién se liaba ahora a medir, ¡a lo mejor no llega; a lo mejor, no! ¡¡A lo mejor, SI!! Ya lo estáis viendo.

El Grúa se había sentado encima de la cómoda. Extendió una manta encima del mármol y se tumbó. No se quería dormir, por si el agua subía más.

Cuando se hizo de noche, se desnudó y se metió en el agua. No hacía frío. Ahora que, calor, tampoco. Le costó abrir la puerta de la calle. Al hacerlo, una ola irrumpió violentamente y casi cayó de espaldas. Por encima de la acera el agua le llegaba a las tetillas. Por en medio de la calle, a los sobacos. Echó por la calle de Al Lado, la calle del Martos, del Bartolo Cabeza Bolo, del Caliche, del Federico, la calle de Todos, Su calle, que decían ellos, la calle del... etc. Le costaba avanzar. Se ayudaba con los brazos. El agua hacía un ruidillo quejumbroso. ¡Fluí, fluí, fluí! Llegó a la calle de las Tascas y echó hacia los bares de abajo. Las luces de las esquinas iluminaban tristemente la escena. El ambiente era misterioso, espectral. ¡Fluí, fluí, fluí!, seguía musitando el agua a su alrededor. Sintió un chapoteo y se colocó en el quicio de una puerta, observando. Era el hijo del tío Costipao. Como era pequeñarro, el agua le llegaba hasta cerca de la barbilla. A veces se echaba y nadaba. Lo llamó suavemente:

—¡Costipao, Costipao!

El hijo del tío Costipao se sobresaltó. Luego se repuso.

—¡Ah, eres tú, Grúa! ¡Jope, qué susto me has dado!

Llegó hasta él.

—¡Ondima^[25]!, casi que me cubre.

Le metió mano a las partes por debajo del agua.

—¡También tú vas en pelotas, como yo!

—¡A ver!

—Por lo que veo, has pensado lo mismo que ya.

—¡A ver!

—¿Por dónde empezamos, pues?

—Probemos el bar del Pedro.

—Probemos.

—Luego miraremos en el del Buque, y si nos da tiempo en el del Sebastián. El Grúa llevaba una ganzúa. —Se la quité al Príncipe, una vez que trabajé con él, hace tiempo, lo menos años. Él se creía que se le había perdido.

El Costipao pequeño llevaba únicamente la correa puesta, y, en ella, atravesado y colgando con un cordel, un martillo y una *escarpra*.

—Traía una linterna, pero se me ha mojado y la he tirado.

—No nos vamos a ver.

—¡Bah!, a tentón.

—Oye, si en la calle hay luz, dentro también habrá.

—Es verdad.

Abrieron fácilmente con la ganzúa. Se encaramaron encima del mostrador. Se sacudieron como los perros. Llevaban los pies llenos de tarquín. El Costipao fue a darle a la llave de la luz y sacudió los dedos.

—¡Jope, cómo pica!

—¿El qué?

—La corriente. Se ve que como voy mojado...

—Dale con el mango del martillo.

El agua cubría las mesas de mármol. Encima estaban las sillas previsoramente amontonadas. El Grúa buscaba el cajón de los cuartos. No había mucho. Calderilla, pesetas y duros. La recaudación del momento.

—Si supiéramos dónde tienen el resto...

—Se lo habrán llevado.

El dinero estaba húmedo, pues el nivel del agua llegaba justo al culo del cajón.

—Nos lo llevaremos, el cajón. Pondremos en él el dinero que cojamos en los demás sitios. Pausa. Silencio. El agua. Luego:

—Podríamos beber algo.

—Ahora, no; después.

—Llevémonos entonces algunas botellas.

—Sí, pero tendríamos que buscar algo donde meterlas.

El Costipao se introdujo de nuevo en el agua y salió al patio.

—Aquí hay sacos vacíos.

—Tráete dos.

—Y una cesta.

—Tráela también.

Llenaron la cesta de botellas. En uno de los estantes había un par de velas y una caja de cerillas. Las metieron en el cajón del dinero.

—Por si acaso se va la luz.

Pareció un conjuro. No acababan de decir esto cuando se debilitó la luz y se fue. ¡Ni que estuviéramos en una novela!

Salieron a la calle. El Grúa llevaba el cajón en una mano, en alto. En la otra, los sacos vacíos. El Costipao, la cesta con las botellas.

—Fíjate, Grúa; dentro del agua casi que no pesa.

Llegaron al bar del Buque. La puerta estaba abierta. Buscaron a tientas el mostrador. El cajón del dinero estaba vado. No había nada. Les dio tai coraje que empezaron a romper botellas. El Costipao les sacudía con el martillo.

—Cuidado no caigan cristales al suelo y nos cortemos.

Pasaron al bar del Sebastián. Con la ganzúa no podían abrir. A golpes de martillo hundieron la puerta. Los golpes eran como cañonazos.

—Nos van a oír.

—¿Quién?

El Grúa encendió una vela. El cajón del dinero estaba cerrado. Con la *escarpra* y el martillo lo descerrajaron. Había algunos billetes de cien, de veinticinco y de cincuenta; y moneda pequeña.

—¿Cogemos más botellas?

—En la cesta ya no caben.

—Las metemos en los sacos.

El Grúa no quiso. El Grúa quería los sacos para otra cosa.

—Vamos a casa de la Gorgorita. Ella y sus hijas cosen a máquina.

Fueron, con la cesta y el cajón, como antes. Estaba —la casa de la Gorgorita— en la calle Ultima. La puerta de la calle la astillaron, golpe va y golpe viene. Las puertas de los cuartos las abrieron con la ganzúa. El agua ofrecía resistencia y dificultaba la cosa. Metieron dos cabezas de máquina en los sacos. Al Grúa se le cayó la vela y se le mojaron los mixtos.

—Es igual. No vamos a estar toda la noche reventando puertas.

—No, que luego indagarían demasiado.

Metieron el dinero en uno de los sacos, con una de las máquinas. Se los colocaron encima de la cabeza. Tiraron el cajón.

—Cuantos menos estorbos, mejor.

La cesta la llevaban entre los dos. Aunque se mojaba, no importaba. La noche no estaba muy oscura. El agua, mansa, silenciosa y estancada. Volvieron a casa del Grúa.

—Hace frío, tú. —Ahora nos calentaremos. Subieron encima de la cómoda.

—Casi que llega el agua aquí.

—Suerte que me preocupé de ponerle unas maderas y unos ladrillos debajo. Mi madre no quería, pero le hice agachar el lomo.

—Mira que a tu madre le gusta beber, Grúa.

—Está quemada por dentro.

—Si agarrara estas botellas, Grúa.

—No tengas miedo que ya se las esconderé.

Se frotaron con la manta y se secaron. El Grúa se vistió. El Costipao dijo.

—Tendré que irme a mi casa.

—Toma, envuélvete en esto.

Le dio un cobertor viejo que había encima del colchón. El colchón estaba encima de dos baúles, uno encima del otro. Los baúles, encima de la cama. El agua cubría la cama y parte del primer baúl.

Destaparon una botella de coñac con la navaja del Grúa. El tapón se coló dentro de la botella.

—Es igual.

Trago va y trago viene, medio la vaciaron.

El Grúa sacó de su pantalón mixtos y tabaco y fumaron. Encendieron la otra vela. Partieron el dinero y las botellas. El Costipao metió todo en su saco, con su cabeza de máquina.

—Me voy, Grúa.

—Yo luego saldré a ver si encuentro algo para comer.

—Yo, a lo mejor, también.

El calentorcillo en el estómago del coñac ingerido le dio sueño al Grúa. Se envolvió, en la manta y se quedó dormido. Se despertó ya de día. Oyó voces. El agua había descendido unos dedos. Sin bajarse de la cómoda, alargando el brazo, entreabrió ligeramente uno de los postigos de la ventana. Vio pasar una barca. Iban dos bomberos y tres hombres de la barriada. Venían de abajo.

—Aquí hay una puerta abierta.

—Se la deben de haber dejado.

—Aquí no vendrán a robar. Son gente muy pobre.

—Mira que hacerle trizas la puerta al Sebastián...

—En la calle de la Fábrica había la reja de una ventana levantada.

El Grúa pensó:

«Así éramos más desvalijando». Tuvo miedo de que se les ocurriera entrar en la casa. La puerta del cuarto la había cerrado, menos mal.

«De todos modos no creo que nadie tenga ganas de mojarse».

Como tenía hambre, comió pan solo y seco que había en una bolsa colgada de la pared. El día fue largo. Lo pasó bebiendo y fumando.

Por la noche, el agua sólo llegaba hasta las rodillas. Salió a dar una vuelta. Iba con cuidado. Quería acercarse a la tienda del señor Maximiliano, a ver si cogía algo de embutido, y alguna otra cosa si se terciaba.

Vio gente chapoteando por las calles, con los pantalones arremangados, como él. No se atrevió. Casi todos los hombres regresaban a sus casas, pues había cundido la alarma, el pánico a los allanamientos. Cuando volvió se encontró al marido de la Esperanza, el tranviario.

—¿Cómo es que no cerraste la puerta, Grúa? Seguro que nos han robado.

—No lo crea. He llegado ahora mismo. Abrí y me acerqué aquí al lado, que me llamaron. Les estuve buscando por la iglesia y los colegios. Había tanta gente que no les vi. Tampoco encontré a mi madre.

—No estábamos allí. Nos fuimos a casa de unos amigos míos del Barri. Mi mujer telefoneó a la cochera diciendo lo que pasaba y que me esperaba en casa de estos conocidos. He pedido fiesta para mañana. Tendremos trabajo sacando barro.

—Yo, lo que tengo es hambre -dijo el Grúa. Comieron algo del embutido que tenía la Esperanza en la alacena.

—¿Nos marchamos, Grúa?

—Váyase usted. Yo me quedaré vigilando la casa. El Grúa temía que ahora le robaran a él. Más tarde vino a buscarlo el Costipao.

—Esta noche no es prudente salir. Todos están sobre aviso.

—¿Qué te parece que nos darán por las máquinas?

—No sé. Pero entre las botellas y el dinero que partimos creo que sacaremos un

buen lote, que no ha estado mal el negocio.

—¿Sabes que en el bar del Durango arrancaron la cafetera eléctrica? A mí me parece que han debido ser el Príncipe y el Figurín.

—Eso teníamos que haber hecho nosotros.

—¡Jope! Nos hubiéramos forrado.

40

La Sarita, hierática como un símbolo, continuaba cantando:

*El cura está malo,
el cura está mata...
Dame el chocolate,
dame, el chocolate.*

*No me da la gana,
chirtmbin, chirimbaina,
con capa y sotana.*

Iba llena de polvo. Se sentaba en los bordillos, buscando la sombra. Los chiquillos, a su alrededor...

Sarita, ¿qué hora es?

Los mozalbetes, la joven juventud, se divertían con Juegos de palabras, especie de juegos de palabras, palabras que dios creían ingeniosas:

Al campo miro.

¿Qué ves?

Una panocha.

¿Quién es?

El Pata Mocha. Continuaban improvisando.

Al campo miro.

¿Qué ves?

Un bolo.

¿Quién es?

El Bartolo.

Se reían —ja, ja— Al campo miro.

¿Qué ves?

Un caliche.

¿Quién es?

¿Pues quién va a ser? ¡El Caliche!

De esta guisa, para todos y hasta ciento.

Al Turuta le pasabas el brazo por el cuello, amigablemente.

Turuta, vamos a tocar diana.

El Turuta tocaba «El sitio de Zaragoza», con la boca, emitiendo ruidos nasales y guturales, sin trompeta, pero como si la tuviera.

¡Joer!, qué bien lo haces.

Si lo sabías llevar lo tenías: toda la tarde de este modo, incansable y satisfecho.

Al campo miro.

¿Qué ves?

Una p...

¿Quién es?

El Turuta.

Pasó la Encomienda. La Encomienda era como un botijo con un moñito pequeño, como una cagada de pájaro, en la nuca. Muchos la llamaban la Moña; otros, la Mona; cuestión de una tilde o virgulilla nada más. El Caliche tuvo una inspiración. El Caliche dijo:

Al campo miro.

¿Qué ves?

Una mierda.

¿Quién es?

La Encomienda.

El Federico le dijo al Caliche:

Eso no cae en verso.

¿No? No poco.

La Encomienda se puso como para explotar.

Fill de tal, fill de qual... Ho diré al meu germá^[26].

¡A su hermano! ¡Al sereno! ¡El...!

... miro.

... ves.

Una panocha.

¿Quién es?

El Pata Mocha.

41

La Encomienda y el sereno, aunque hermanos, la una hablaba en catalán y el otro en castellano. Esto es para llamar, al novelista embustero. Pero como es verdad lo tenemos que poner.

A la Sarita, misteriosamente, se le fue hinchando el vientre. El Grúa decía: Ha sido el Palomo el Gitano.

¿Cómo es que a su hermana la *enmerdó* y a ésta, no? Verás, preguntémosle a ella.

Sarita, ¿verdad que fue el Palomo quién te hizo eso?

La Sarita decía que sí.

¿Verdad que el Palomo es tu novio?

La Sarita decía que sí.

¿Verdad que os vais a casar?

La Sarita decía que sí.

Palomo, ¿verdad que has sido tú quién le ha hecho la barriga a la Sarita? El Palomo decía que sí. ¿Verdad que la Sarita es tu novia? El Palomo decía que sí. ¿Verdad que os vais a casar?

El Palomo decía que sí. El Palomo y la Sarita a todo decían que sí. Daros un beso.

Se lo daban, llenándose de babas, el uno con las de la otra, la otra con las de uno. Se reían. Se abrazaban. Se querían. ¿Lo veis? ¿Qué os parece?

El Palomo el Gitano era un cúmulo de aberraciones. Había sido un hombre normal, como el resto de los mortales, incluso listo, listísimo, decían. Ahora estaba lelo, bestializado a causa de un desenfrenado furor erótico. Así lo aseguraba todo quisque.

Está así de tanto que le gustan las mujeres.

El Palomo vivía en el campamento gitano que montaron éstos al lado de la herrería del Barri Vell. La Sarita vivía en la calle y dormía donde le alcanzaba la noche.

Quien mandaba aquella especie de tribu tenía una mujer que no estaba mal y a quien el Palomo miraba con demasiados buenos ojos. Siempre le estaba devorando el escote y las piernas. A veces alargaba la mano y le pellizcaba o la tocaba. La mujer procuraba zafarse, pero su marido la recriminaba y le pegaba. El Palomo es primo mío y, por consiguiente, como si fuera yo.

El Palomo el Gitano, por donde más paraba era por las Económicas. Allí se encontraba mejor que en cualquier otro barrio. Mejor que en el Barri Vell, mejor que en La Maresma, mejor que en el Barri Nou.

Las mujeres, como que tenían muy buen corazón, por lo menos ellas lo decían, le daban ropa vieja, al Palomo, una ropa vieja mejor que los andrajos que llevaba puestos. Lo hacían desnudarse y colocarse la ropa que le daban. La ropa que se quitaba la envolvía en un periódico y se la llevaba. Luego vendía la que le habían dado y tomaba con los harapos de siempre. Las mujeres, compasivas —¡pobre, pobre!—, le daban otra camisa y otro pantalón, y una americana y unos zapatos si a mano venía. Siempre con la condición de que se desnudara delante de ellas. El Palomo se sacaba los piojos de los pelos del pecho y los mataba con la boca.

¡Llevo más piejos que una gallina!

Las caritativas mujeres, a la Sarita no querían darle ningún vestido en desuso, por más estropajosa que la veían. Le tenían ojeriza porque no llevaba nada debajo.

El Palomo en un infeliz, decían, pero ésta lo que es una *gorrindanga*, ¡eso es lo

que es!

El Palomo, cuando veía la guardia civil, se demudaba. Su instinto de gitano le hacía desconfiar de ella. Se colocaba rígido, tieso, marcial. Levantaba la mano.

¡Arriba España!

Cuando la pareja había cruzado se pasaba el antebrazo por la frente, parodiando secarse un falso y angustioso sudor.

Conque tonto, ¿eh?

42

El robo era la tupida red que enrarecía, atormentaba y aprisionaba el aire de aquellos contornos. Robos de todas clases. Robos con fractura, robos criminales, robos a mano armada, robos con mala sombra, robos con malas artes, robos... y, especialmente, robos estrafalarios, increíbles, disparatados, inverosímiles. Veámoslo.

LISTA DE ROBOS INVEROSIMILES

a). *Una noche desaparecieron los cables tendidos a lo largo de la vía del tren, metros y metros. A la mañana siguiente, los postes pelados eran como árboles abstractos que se hubieran quedado desnudos. Todos se llevaban las manos a la cabeza. ¡Tantos metros en una noche! ¡Y no pasarles la corriente! ¿Cómo se habrán apañado?*

h). *A la noche siguiente desaparecieron los aisladores, que eran como vasos, unos de cristal, verdes; otros como de loza, marrones; otros como de porcelana, blancos. ¿Y para qué querrán esos cacharros, Dios; para qué los querrán?*

c). *Del Paseo guimbaron todas las bombillas, otra noche, de noche todos los gatos son pardos, de noche no existe ley. Las parejas de novios podían solazarse a gusto. Quien o quienes las quitó o quitaron no es que velara o velaran por la continuidad de la especie. Lo que sucede es que para quitar una, todas; si no, a qué ponerse.*

d). *También de noche —noche que noche nochera— entraron en la Fundición de Tornos y se llevaron un carro de lingotes de hierro, repleto hasta los topes, que se dice. El carro era del camálic^[27]. Sintió ruido el camálic, y salió a ver, y no encontró el carro en la puerta de su casa, donde cada noche lo dejaba. Lloraba, desesperado. ¡Me han quitado el carro, me han quitado el carro! A la madrugada volvió a oír ruido, el camálic volvió a*

salir y el carro estaba en su sitio, como por arte de magia. ¡Me lo han devuelto, me lo han devuelto! Los ladrones somos gente honrada, dijeron los ladrones, que llevaban el rostro tapado con un pañuelo y le aflojaron diez duros, por la molestia de lo del carro. Los lingotes se los vendieron al Julio el Trapero. Como que no habían podido coger el caballo, pues el camálic lo tenía en el patio —el carro porque no cabía—, habían tenido que tirar ellos del carro como burros. ¡Pues un carro lleno, pesa! ¡Mira que para tirar de él...!

e). Otra noche —¡oh la noche; oh la noche, madre de los mayores pecados y disparates del mundo; oh! No seamos ridículos ni pelmazos, ¡joer! —; otra noche, decimos, pues, robaron veinte ruedas de carro de la herrería del Barri Vell, las llantas de hierro, las enormes y descomunales llantas de hierro que circundan los radios de madera. Había luna —¡oh la luna de los poetas, de los enamorados y de los ladrones! Prosigamos, ¡sandiez!— y la noche estaba clara y diáfana como la conciencia de un recién nacido. Diecinueve ruedas marcharon, rueda que te rueda rueda, por el atajo —La Riera— que pasaba por detrás de la iglesia. Por allí al Paseo y a parar a las Económicas. La veintava llanta marchó por el adoquinado del Barri Vell saltando, cantando, brincando, botando, rebotando, triscando, armando un estrépito y jaleo de mil diablos, pero sin que al parecer nadie se diera cuenta, y el sereno, que dormía plácidamente sobre unos sacos de harina en el homo de la panadería, menos. El herrero del Barri Vell, por la mañana, al comprobar el hurto, estaba desolado. Fue a casa del Julio el Trapero.

Oye, me han robado veinte ruedas de carro esta noche; ¡mi ruina! ¿No sabes tú nada de eso?

El Julio el Trapero sí que sabía algo de eso.

Hombre, ¿ha sido a ti a quien se las han quitado? Hubieras avisado... Ven.

Las llantas estaban enterradas en unos enormes montones de carbonilla. El herrero y sus cinco hijos estuvieron sudando todo el día para desentejarlas. ¿Cómo habían podido los ladrones meterlas tan hondas en unas pocas horas de la noche? El herrero le dijo al Julio el Trapero:

Aquí sólo hay diecinueve ruedas y a mí me faltan veinte.

Bueno, yo, de la otra, no sé nada, dijo el Julio el Trapero.

(La otra era la que pasó rodando, botando, triscando impunemente por en medio del Barri Vell camino de La Maresma).

Yo que tú, me daría por muy satisfecho de haber recobrado éstas.

No, si contento ya estoy, contestó el herrero; gracias, Julio.

Cuando el Grúa fue a cobrar las diecinueve llantas al preño que habían convenido, el Julio el Trapero le contó lo que había pasado.

¿Por qué no me avisasteis que eran del herrero del Barri Vell? El herrero

del Barri Vell es amigo mío.

El Grúa se descompuso.

¡Y qué que sea amigo tuyo! ¡A mí qué me cuentas! ¡Tanto trabajar para esto! ¿Qué les digo yo ahora a los otros? Julio, te tengo que matar.

Oye, Grúa; no te pongas así. Si me cabreas soy capaz de dar parte a la policía.

Por mí ya puedes dar parte; veríamos quién sale perdiendo. ¿Qué les digo yo a los otros?

Bueno, bueno, Grúa, no te pongas así; ya les hablaré yo; vamos a tomar una copa y a otra vez fíjate más a quien le metes mano.

Fueron a tomarse una copa y pagó el Julio el Trapero, ¡no faltaría más!

f). Otro robo legendario fue el de la campana mayor de la iglesia de San Ireneo, al otro lado de la Ciudad. ¿Cómo se apañaron para traerla desde tan lejos, cómo? También fue a parar a la casa del Julio el Trapero. ¡Lo que a su casa no fuera a parar...! De todos modos, esta campana la policía la recuperó, El Julio el Trapero tuvo suerte y aun libró bien. Se disculpo como pudo.

Yo no sé la procedencia de las cosas, yo compro lo que me traen, etc.

Perdió los cuartos que había pagado por la campana y encima tuvo que aflojar la mosca para que el ajo no trascendiese y no fuera más lejos. Los policías dijeron que sí y asunto arreglado. De todos modos, más valía eso que la cárcel, ¿no? O que te pegaran un viaje por chivato, ¿no? ¡A ver, mira éste, tú!

g). Por los aledaños de Navidad era tradicional emprenderla con las gallinas. A la Abacera, que tenía escopeta, luz en el patio y perro fiero atado a un palo, le guindaron, la víspera de Nochebuena, veinte gallinas, ¡veinte!

Pero, ¿cómo no ladró el perro? ¿Cómo no les intimidó la luz encendida? ¿Cómo no oímos ruido para haberles soltado un escopetazo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? Etc.

h). Al Tonet (Barri Vell, calle Mayor, n.º 2) birláronle las gallinas también, por los aledaños de Navidad también, pero no veinte gallinas también, sino doce, amén de dos gallos y dos capones, que total son dieciséis, ¡menos mal! Los randas, que según que veces se las dan de geniales, se entretuvieron en arrancarles de cuajo la cabeza a las doce gallinas, a los dos gallos y a los dos capones, ¡dieciséis!, y en dejarlas allí como muestra, escarnio o simplemente sarcasmo. Todo el gallinero aparecía sembrado de cabezas con los picos entreabiertos, los ojillos velados y las crestas mustias; todo el gallinero

aparecía Heno de sangre; todo el gallin... El Tonet, familia y vecindario se hacían cruces.

¡Cómo se debieron poner los bandidos de sangre! ¡Cómo se habrán hinchado! ¡Cómo! Etc.

i). Otro robo inverosímil fue las no-sabemos-cuántas toneladas — ¿toneladas?; sí, toneladas, ¡qué!— de varilla de hierro para los cimientos, varilla de tres, de cuatro y de cinco que afana—: ron, en menos de una noche, de la iglesia del Barri Vell, de las obras para la construcción del nuevo templo parroquial empezadas con mucho ánimo, a todo ritmo y a todo tren. Lo menos se necesitó un ejército para acarrear tal cantidad de hierro, para sacarla por la pared de atrás, saltando el muro que da a La Riera, sin que se diera cuenta el barraquero, que dormía, ni el perro que había con él, que también dormía; cantidad que unos días antes habían transportado dos camiones descargado durante una tarde quince hombres; lo menos se necesit... ¡Una leche! Cuatro, dicen que se bastaron. Tipo hormiga, yendo y viniendo sin parar. Cuatro: di Grúa, el Media, ceja, el Costipao y el Gangrenica, eso aseguraron. De todos modos, nosotros nada sabemos, que conste: nosotros no tomamos chivatos.

f). Otro robo inverosímil fue d de las cañerías de plomo de la Estación, las cañerías de agua, toda la instalación.

k). Otro, las ropas del terrado de una manzana de casas, a pleno día, cerca de la Comisaría.

(Era una rara psicología la de todos aquellos maleantes, sudando y aperreándose toda una noche, como burros y como hormigas, y, además, exponiéndose, todo ello por no trabajar ni agachar el lomo como Dios manda. Probablemente es que tenían vocación, únicamente eso, como la tiene d escritor y la tiene el santo. Una joya abandonada en d polvo del camino, tal vez no la tocaran, ¿para qué?, peso un trozo de plomo encerrado en una caja de caudales, tras unos muros, defendido por rejas, bajo siete llaves, era ya otro cantar. Tentaciones así no se podían resistir, gangas de ese tamaño no se podían desaprovechar, negocios tan al alcance de la mano no había que despreciarlos. ¡Jesús!).

l). Había otros robos, no inverosímiles, sino de envergadura; no por gentilicios, sino por forasteros. Tal fue d llevado a cabo en la Serrería, una mañana, sábado, final de mes y paga extra: medio millón de pesetas. ¡Jope! Llegaron —los atracadores— en un taxi. Le pusieron al conserje una pistola en la nuca, le dieron un culatazo en la cabeza a uno que se sintió héroe,

piropearon a las chicas de la oficina, limpiaron la caja, le soltaron un tiro en una pierna a otro héroe que se interponía en la fuga, etc. En la Serrería había dos puertas. Los gangsters, esto, lo ignoraban, y sólo se preocuparon de una. Por la otra —mientras daban el golpe— salió el encargado principal de la Serrería y fue a telefonar a la policía.

¡Están robando, están robando! ¡En este momento, en este momento!

La policía, al otro lado del hilo, no se lo quería creer.

Al Grúa, este descomunal atraco le hacía la boca agua.

Si yo conociera a uno de esos tipos, si me admitieran en su banda... Eso es trabajar y no lo que nosotros afanamos.

El Gafas, que trabajaba de meritorio, estudiaba para pintor y tiraba para intelectual, aseguraba que aquellas bandas pertenecían a partidos políticos — C. N. T., F. A. I., U. G. T.— y que así sacaban fondos para la organización. Él lo sabía bien.

¿Tú lo sabes bien? ¿Y cómo lo sabes?

Él Gafas miraba a su interlocutor. Hay cosas que ya no se contestan.

El Grúa pensaba: guingar y no repartir no vale la pena, como si no.

II). Un robo —y terminamos— no inverosímil ni de envergadura pero sí cómico, incluso pintoresco, tirando mu lejos, puñetero, fue el de las patatas del huerto del cura que cada año sembraba el sacristán. El cura vosotros, vosotros se encolerizó, se puso basilisco. Los de las Económicas han sido, seguro, dijo sin pensárselo poco ni mucho. Como venganza, los económicos, luego, cantaban:

*Al señor cura del Barri
las patatas le han robado,
y quiere que se las paguen
estos pobres desgraciados.*

¡Ay, menea ese culo, menéalo!

El estribillo, como se ve, nada tenía que ver con las patatas. Es igual.

El Grúa estuvo sonsacando al Paracuellos, un tipo que tenía el cuello rígido, cual si tuviera tortícolis, y que movía espalda, cuello y cabeza al mismo tiempo. ¡Ni que llevara atada una viga!

El Paracuellos estaba de mozo en casa de una payesa viuda y sola, ya vieja, que lo quería mucho, por lo trabajador que era. El Paracuellos, en cambio, la odiaba, porque ella tenía mucho dinero y él, ya se veía, no. Además le pagaba cuatro ochavos. El Paracuellos, debido a esto, estaba convencido de que la viuda se había hecho rica a costa de sus costillas, y de su sudor.

—De mi sudor, sí; de mi sudor.

El Grúa lo sonsacó.

—Debe de tener muchos cuartos la vieja, ¿no?

—¡Huy!, un cofre lleno.

—¿Qué te parece si...?

Al Paracuellos —el Grúa lo convenció— le pareció aquel «si...», ¡sí!

—Pues manos a la obra.

El manos a la obra fue un hoyo —medio zanja, medio hoyo— que el Paracuellos cavó aquella mañana frente a la misma casa de payés, en la explanada. El Grúa jugaba con los perros, que ya se habían hecho amigos de él. Cuando el Paracuellos cesaba de darle al pico le daba la pala para que sacara la tierra removida. La viuda se asomó por la ventana de arriba.

—Manuel, ¿qué estás haciendo?

El Paracuellos la miró y volvió a lo suyo, sin hacerle caso. El Grúa, tampoco. Los perros ladraron alborozados. La viuda se vistió en un santiamén y bajó volando. Los perros retozaron a su alrededor. Luego volvieron junto al Grúa. La vieja señaló al Grúa.

—¿Quién es éste, Manuel?

—Un amigo mío.

—¿Y qué hace aquí?

—Ha venido a verme trabajar.

—¡Pues vaya! ¿Es que él no trabaja?

—No, hoy, no.

A la vieja le interesaba más el hoyo que el Grúa.

—¿Qué estás haciendo, Manuel?

—Un hoyo para enterrar un perro que se ha muerto.

—¿Un perro que se ha muerto? Pero si están aquí los dos.

—No, uno que he encontrado en la acequia, atascándola.

—Pues haber hecho el hoyo en medio del campo y no aquí. ¡Venga!, ya lo estás

haciendo así. Tapa ese hoyo. ¿Y por qué lo has hecho tan hondo? No lo entiendo. — Se puso como recelosa, la vieja. Señaló al Grúa—: Ese que se vaya.

El Grúa no aguardó más. Empuñó la pala y le sacudió en la nuca con lo ancho. La vieja cayó de boca en el agujero y quedó formando un ángulo. El Grúa empezó a echar tierra, con la pala, con las manos, con los pies, desesperadamente. Los perros daban vueltas alrededor, husmeando, meneando el rabo, gruñendo desorientados. El Paracuellos los cogió como pudo y los ató en sus respectivas casetas. Luego se acercó al Grúa que apisonaba la tierra con los pies, aplanando el montón.

—Ya está. —El Grúa sonreía.

El Paracuellos estaba amarillo y sudaba. Ayudó al Grúa en los pisoteos. El Grúa sacudía patadas a gusto, pues a veces le parecía notar cual si quebrara algún hueso y esto lo encontraba divino.

—Ahora vamos arriba. Descerrajaron el baúl. Contenía mucho dinero, pero la mitad no valía. En el culo había perras gordas de cobre y duros de plata. También había moneda roja. Encima, dinero de ahora. Lo cogieron. Los duros de plata, también.

—Luego lo partiremos.

El Paracuellos estaba como desolado.

—¿Qué hacemos con los perros, con los caballos, con las gallinas, con los conejos? Si los abandonamos se morirán de hambre.

La vieja no tenía familia y por allí nadie ponía los pies. El Grúa lo fue todo solucionando. Cada mañana venían, arreglaban los animales y se los iban llevando. Primero fueron los dos caballos. Los malvendieron. Luego las gallinas, los patos, las ocas, los pavos, los conejos. El Grúa estaba emocionado. Nunca había visto tanto dinero junto, ni cuando la guerra, decía. Aquello era una mina.

—Somos millonarios, somos millonarios.

El Paracuellos estaba como desmoralizado, lleno de remordimientos de conciencia. No sabía lo que se hacía. Hacía lo que ordenaba el Grúa. No tenía voluntad. Obraba como un muñeco.

Cuando la casa quedó desmantelada, el Grúa propuso matar a los perros.

—No, eso, no.

—Así, asunto liquidado. Por aquí ya no *cal* volver.

—No, eso, no.

El Paracuellos, cada mañana iba y les llevaba comida a los perros y les colocaba agua. Le había dicho a su mujer que la dueña se había ido de viaje y que él sólo tenía que hacer eso. Cada noche dormía en su casa, y no de domingo a domingo como antes. Su mujer le decía:

—Pero, ¿qué te pasa que estás tan amarillo y tan desganado? No tienes ganas ni de comer ni de mí. Pero tú, ¿en qué piensas? Tendrías que ir al médico.

El Paracuellos se pasaba los días en el portal de su casa, allí en cuclillas, amarillo, feo, chupado, fumando sin parar. Muchos decían:

—A este hombre le pasa algo. Es como si hubiera hecho algún mal y se estuviera reconcomiendo.

El Grúa andaba receloso.

—¡Ayyayay!, que este tío lo va a echar todo a perder.

La policía buscaba al Gangrenica, por aquellos días. Preguntaba en algunas casas. El Paracuellos, cuando los vio llegar a su puerta, se encaramó al tejado, y, procurando no alborotar ni romper tejas, corrió hasta la calle Central, a casa de su madre. Luego, cuando barruntó que la policía iba por la calle Central, se volvió a encaramar y otra vez a su casa, a la calle de los Huertos. Corriendo por los tejados parecía un garabato, una línea recta e inclinada, mal dibujada, que a veces se descomponía. Su mujer le preguntaba:

—Pero, ¿por qué huyes así? ¿Es que has hecho algo?

—No, yo no he hecho nada. Pero la policía ya sabes, cómo es.

El Grúa no perdía de vista al Paracuellos.

—¡Ayyayay!

Cuando tenía ocasión de hablar con él le aconsejaba.

—Tú no te preocupes, que de esto nadie sabe nada. Tú gasta el dinero poco a poco, para que nadie se extrañe. Tú dile a tu mujer que la viuda ya ha vuelto, pero que te has buscado trabajo en otro sitio. Tú le das cada semana un poco más de lo que ganabas y tu mujer contenta de que hayas encontrado otro trabajo. Tú vete cada día por ahí, a hacer el vago. Tú...

El Paracuellos decía que sí, que sí, con una bola de saliva en la garganta, moviendo cabeza y cuello hacia arriba y hacia abajo igual que una palmera cuando sopla el viento.

El Paracuellos un día vino asustado a ver al Grúa.

—¡Grúa, Grúa!

El Grúa se sobresaltó.

—¡Ayyayay!

—Grúa, Grúa, la policía me viene buscando. Lo han descubierto todo.

El Grúa apretó los puños.

—Explícate, hombre, explícate.

—Sí Yo estaba en las barcas y en los caballitos que han puesto en la Fiesta Mayor del Barri Vell, cuando he visto una sobrina de la vieja y ella me ha visto a mí.

—¿Pero no decías que la vieja no tenía parientes?

—Esta sobrina, sí. No venía nunca a verla. Yo, al tanto tiempo, sólo la había visto dos veces. Pero me ha conocido. La acompañaban unos guardias. En cuanto me ha visto se ha puesto a hablar con ellos y yo me he despistado entre la gente. Ahora vendrán a buscarme.

—¿Pero ella sabía dónde vivías, quién eras, cómo te llamabas?

—No, yo creo que no. Si la vieja no se lo había dicho, seguro que no. Pero es igual, me cogerán igual.

El Grúa se enfureció.

—Y en cuanto te cojan, a cantar, ¿no?

—No, yo no diré nada, yo de ti no diré nada. Se puso a llorar.

—Yo no quiero que me cojan, Grúa. El Grúa dijo:

—Hagamos una cosa. Tráeme el dinero que te tocó en parte, el que te quede. Así, si la policía registra tu casa no lo encontrarán y no podrán sospechar.

—Está bien, Grúa.

—Nos encontraremos esta noche detrás de la Fábrica. Cuanto menos nos vean juntos, mejor, ¿eh? —Está bien, Grúa, está bien.

Se encontraron, ya de noche, junto al río de la Cal, detrás de la Fábrica de Tejidos. El Paracuellos le dio el dinero.

—Toma, Grúa. Guárdamelo. Ya me lo irás dando tal y conforme te lo vaya pidiendo.

El Grúa había preparado un calcetín lleno de arena. La arena hay que apretarla bien, arena un poco húmeda mejor; si no, parece una butifarra y no una porra. Cuando el Paracuellos se iba ya, lo sacó de debajo de la chaqueta y le sacudió con fuerza, con ira, con rabia, con toda su alma; le sacudió en el tozuelo, en aquel cuello rígido, tieso, y diríase que medio se lo dobló. El Paracuellos cayó como un saco al suelo. El Grúa le dio con el pie y lo envió rodando al río de la Cal, donde se hundió y desapareció.

—La cal se lo comerá —pensó. Aquel sueño telúrico y ancestral de matar a un hombre en el *inte*, lo había realizado. Respiró.

La cal era cal desbravada y no lo deshizo, al Paracuellos, lo respetó. De todos modos, cuando lo encontraron, como que no presentaba señal de golpe alguno, todos creyeron que habría dado un traspies y se habría precipitado en el río.

—Pues es raro, porque él nunca bebía.

—Debió tropezar.

—Seguramente. Uno no sabe nunca dónde va a encontrar la muerte.

—¡Ay, amigo!, si lo supiéramos nunca saldríamos de casa.

44

Había comenzado la inmigración. La gente del Sur subía hacia Cataluña. Los gallegos del Norte, también se desplazaban hacia allí. En Barcelona daban duros a cuatro pesetas, en Barcelona ataban los perros con longanizas, o por lo menos lo parecía. Luego resultaba que no. Luego resultaba que en Barcelona no daban duros a cuatro pesetas ni ataban los perros con longanizas, pero que mejor que en el pueblo sí que se estaba.

Afluían en caravanas, algunos con carros, con cabras. Otros venían solos, con una maleta de madera, y, una vez afincados, llamaban a la familia. Nadie

ponía el veto a esta avalancha, y, cuando se quiso poner, era demasiado tarde. Los gallegos entraban en la Compañía de Tranvías; los murcianos y andaluces, en la Construcción. En cualquier descampado levantaban una barraca. Las barracas se multiplicaban como caracoles después de la lluvia.

Todos los barrios crecían a un ritmo vertiginoso, de vorágine. La población se había doblado.

Las barracas se agrupaban y formaban verdaderas barriadas tanto o más populosas que algunas de las perennes, de las que ya llevaban allí tanto tiempo que eran como si hubieran estado siempre.

Donde más barracas se aglomeraron, formando el núcleo más denso o numeroso, fue entre el barrio de La Maresma y el Cementerio Viejo, haciendo caso omiso de la vecindad de los muertos. A estas barracas las llamaban las Barracas del Cementerio y algunas de ellas estaban muy bien hechas: de obra, encaladas; otras, de madera y cartón cuero. Estaban enclavadas sobre la célebre Montañeta, donde los críos de La Maresma tuvieran su cuartel general antaño. El conglomerado formaba unos callejones estrechos, con subidas, con bajadas: una verdadera casba. Cualquiera que hubiera sido improviso, no hubiera sabido dónde se encontraba: si en Barcelona, si en Andalucía, si en Argel.

Otro núcleo considerable se formó en la Montaña, al otro lado, sobre la Fosa, encogiéndose indiferente —¡phs!— ante los muertos, en la explanada de uno de los barrancos. En el verano, la peste que subía de la Fosa, hada insoportable la estancia allí. Y las moscas. Y el no tener agua. Ni luz. Ni water. Con la casa tan hermosa que me dejé yo en el pueblo... ¿Pues por qué se vino, mujer, por qué se vino? Con la cueva que dejé en Almería, que parecía un palacio... ¿Pues por qué se vino, mujer, por qué se vino? ¿Y qué teníamos que hacer?, ¿qué remedio nos quedaba! La Montaña se llenaba de barracas. La Montaña ya no era la Montaña. Ya no había ginesta (retama), ni espliego, ni tomillo, ni árboles; a duras penas zarzamoras, hierba ruin y seca, rocas peladas, tierra desnuda. Barracas, sólo barracas. Las canteras, hurgando para robarle la piedra, acababan de desolarla. Los ramales de barracas se extendían por encima de la mina de la Tierra Escudella, por donde hubo los algarrobos, siempre hacia arriba, hada la Ciudad, como si quisieran llegar a ella, presentarse ante ella y decir: ¿no nos esperabais?; pues ya estamos aquí.

También en los campos —igual que las amapolas, igual que la cizaña— brotaban las barracas. Trozo que estuviera sin cultivar y que paradera abandonado, barraca al canto. En los huertos también surgían. Los propietarios, los pequeños propietarios de estos terrenos, los alquilaban o los vendían.

Era una nota romántica aquellos hombres fornidos, o entecos, pero tenaces, clavando palos, cubriéndolos, sudando, afanándose, mientras dos o

tres críos jugaban, y la mujer, al aire libre, preparaba un triste condumio. La inminencia del techo presentido hada desear ser un poco como ellos: no tener y, luego, al cabo de un rato, tener. Esa transición de la nada a todo es un placer difícil de transcribir. La nota romántica se acrecentaba si era al atardecer, ante aquella rápida noche que se acercaba y que aún, a lo mejor, la recibirían sin techo o con un techo a medio poner. Fortunato, vamos a cenar; deja eso para después.

Aguarda un poco, mujer; es que quisiera que esta noche durmiéramos ya bien, sin miedo a la lluvia ni a nada.

*DIVAGACION, APOLOGÍA, LANZA, GLOSA, LO QUE SE QUIERA, EN TORNO,
SOBRE, POR, DE LAS BARRACAS.*

—Las barracas fueron una epidemia, como la gripe, sólo que la gripe pasa y vuelve y toma a pasar y ellas continuaron. Hasta entonces se habían conocido sus síntomas, síntomas aislados; pero luego se convirtieron en una erupción. Las barracas, seres muertos, son como seres vivos: crecen, procrean, se multiplican, se desarrollan. Son como los ríos: desbordan, invaden, ocupan. Son como los árboles: arraigan.

Para hacer una casa se necesitan arquitectos, aparejadores, albañiles, oficiales, artesanos. Para hacer una barraca sólo se necesita necesidad. Una persona sola, sin ayuda de nadie, apremiada, puede hacerla.

Una barraca se hace de cualquier cosa. Desde la caña, la paja y el papel hasta el ladrillo, pasando por el cartón cuero, la madera y la uralita.

De las barracas de ladrillo, de obra que se dice, acostumbra a decir la gente.

Igual que un piso.

Y lo más optimistas:

Mejor que un piso.

¡Claro, como no se paga! Eso debe ser.

Las barracas siempre son pequeñas. Habiendo espacio suficiente en el lugar elegido para construirlas, esto no se comprende. El pobre siempre teme abusar. Pero un palmo más... ¿Será tal vez por los materiales, por no emplear tantos? ¿Será tal vez porque las barracas siempre son una disculpa, un usted perdone?

Son tan pequeñas, a veces, algunas de ellas, que sólo constan de dos compartimientos, ¡fuera lo superfluo! En el uno guisan y en el otro duermen: amontonados, en promiscuidad, combinados de una manera aritmética para ocupar lo menos posible, para encajar lo mejor posible, como un rompecabezas, sin desaprovechar una pizca de espacio, no se puede despilfarrar, sin casi poder ponerse derechos, en ocasiones, porque tocar

con la cabeza en el techo no da mucho gusto y a duras penas si llega a ser una cosa cómica.

El autor, quien estas líneas escribe, ha visto muchas torracas, cómo no, y hace un paréntesis, no una digresión, ¡ejem!:

(He visto muchas barracas, cómo no, y las veo todavía, pues subsisten. La ciudad las considera una plaga, como a las palomas, se deshace de ellas, como hace con las palomas, de la manera que puede, como con las palomas. Las palomas son bonitas y las barracas, no. Las barracas, además, son un problema que casi siempre se soluciona mal; las palomas, aunque se quiera, no lo son, un problema, me refiero. La ciudad las considera una plaga, a las barracas; el campo, no. El campo es pasivo, y, por ende, resignado: en él todo cabe, en él todo se puede hacer. Pero a otra cosa, mariposa, sin dejar el tema, claro.

He visto —las veo— muchas barracas: bajitas, pequeñas, en lugares inverosímiles. Dan ganas de gritar: ¿Por qué la hicieron tan bajita que no se puede poner uno en pie? ¿Por qué la hicieron tan reducida si son ustedes lo menos veinte? ¿Por qué edificaron sobre ese terreno que se están hundiendo y se desmorona? ¿Por qué...? Se encogen de hombros, sonríen. ¿Por qué? Los pobres, los pobres, es que los pobres... No se les puede sacar de ahí. Dejémoslo.

He visto una barraca liliputiense, de ladrillo y barro, enjalbegada pulcramente, su único lujo. Se componía de dos compartimientos, como todas, como casi siempre. El del fondo —si puede llamarse fondo a la exigua distancia de la puerta de entrada a la puerta de este departamento— es el dormitorio, y está separado únicamente por una cortina. Había una única cama en él, con una enferma, y ya no quedaba espacio para más. El otro compartimiento, el de la entrada, mide dos metros cuadrados, uno detrás de otro, pues de largo alcanza esta taumatúrgica distancia, pero de ancho, no. Había un fuego en el suelo, con su pequeña chimenea; dos sillas de enea, bajitas; una especie de armario o alacena, con algunos utensilios; algún plato o cacharro sobre el estrecho vasar, poyo o anaquel de la diminuta chimenea; dos clavos —las perchas— de uno de los cuales cuelga una chaqueta, y, como detalle curioso, del que es imposible substraerse, un trocito de espejo empotrado en la encalada y blanquísima pared. Es verano y hace un calor horrible, como en un horno, y aquél su parecido con el interior de un horno acrecienta el sopor. Las moscas se duermen en la pared. En este cuchitril, en estos escasos metros cuadrados donde es imposible pasear y menos aún dar zancadas, habitan ocho personas: un matrimonio y seis hijos. Me he acordado siempre, constantemente, como una pesadilla, del diminuto trozo de espejo empotrado en la pared de barro, donde deben mirarse por partes, ahora un ojo, luego el otro, la boca después, los ocho, aguardando con

paciencia cada cual su turno para despedazarse en él, en aquella minúscula ventanita de azogue que es el símbolo de lo poco que puede llegar a poseer una familia.

He visto barracas con el suelo de tierra, sin embaldosar, tierra madre, tierra que un día nos acogerá, tierra que en los rincones cría una hierba blanca porque no le da el sol, y en la que los de la vivienda, como nota pintoresca para mí que lo observo, para ellos no sé, han plantado una calabacera que se extiende por la pared, que trepa por la pared.

No, si nosotros no la plantamos; nació sola, ¿sabe usted? Se ve que cayó una pepita al suelo y crió.

He visto tres, cuatro, diez casos extraños, pero las barracas son cuatro mil, cinco, seis mil, no sé. ¿Qué de cosas para la voracidad insaciable de un novelista, ¡Señor!, latirán, palpitarán, se esconderán en estos monstruosos números? ¿Qué de cosas!, ¿verdad? Sí. Fin del paréntesis).

Las barracas son una necesidad, fruto de una necesidad, pero no son necesarias.

Las barracas son las costras de la ciudad. A veces se las arranca, sin el mal estar completamente curado, y sangran.

El pájaro construye su nido; el topo, su galería; la liebre, su madriguera; el lobo, su cubil. Este hombre primario que se lanza a la aventura sin medir consecuencias —lo que le aguarda y lo que encontrará—, su barraca. No hace como el resto de los hombres que habitan lugares no levantados por ellos. Si viviésemos en los tiempos bíblicos, cuando la tierra era de Dios y por ende de todos, cuando un hombre encontraba su tierra allí donde se asentaba, estos hombres primarios, estos hombres-pájaro, estos hombres-lobo, serían patriarcas. Ahora que el mundo está tan mal repartido que no hay una piedra que no sea de alguien, estos hombres-topo, estos hombres-liebre, se convierten en extraños proscritos. Nada tenían y nada tienen. Pero el día que les arrebatan aquellas cuatro tablas o paredes, sin tener nada —paradoja—, pierden. (Continuará).

45

Al Grúa le tocó marchar a la «mili». Esto es una bendición de la que no se libran ni los golfos.

—¿Pero tú no eres hijo de viuda, Grúa?

—¿Viuda mi madre?, ¡qué va! A mi madre la plantó mi padre cuando yo era pequeño y no hemos vuelto a saber más de él. La plantó porque tuvo otro hijo, se ve. Mi padre no quería que mi madre tuviera más críos. Decía que conmigo ya había bastante. A lo mejor es que no se fiaba de ella. Mi padre se ve que era un tío fresco.

Desde entonces que mi madre priva tanto. Y fíjate, tuvo otro hijo y se murió...

—Sí, eso ya lo sabemos, Grúa. De todos modos, podías decir que tu padre desapareció cuando la guerra. Expediente de paradero ignorado y, ¡ya está!, como si fueras hijo de viuda. En realidad se puede decir que lo eres. A lo mejor te librabas.

—¿Y tú no te libras por las gafas, Gafas? Podías decir que no guipas.

—No, no. Yo sólo soy un poco corto de vista. Además, yo no quiero librarme.

—Tampoco yo. Yo quiero ir al servicio. Además, que mi madre...

Era verdad. La Colorá, la Cojitranca o Patarranca que le decían ahora, no hubiera sabido mover ningún papel para librar a su hijo. Sólo beber. Vino del barato. Escondía la botella dentro del cubo de la basura para que el Grúa no la encontrara. El Grúa decía:

—Un día mato a mi madre, ¡vaya si la mato!

—Tampoco yo quiero librarme. Yo quiero ir al servicio. A mí me gusta ver y correr mundo. A mí me gustaría que me tocara al África.

Al Grúa le tocó en Barcelona, en el Cuartel de Infantería que había pegado a los barrios, ¿se puede pedir más?, a cinco minutos de casa, ¿se puede pedir más?, a cinco minutos o diez, lo mismo es, ¿se puede pedir más?

—Y yo que quería ir al África... ¡Si me descuido!

46

El colegio de los ojos malos, aquel pabellón de madera verde donde cuando la guerra estuvo el Comité o Sindicato y que se convirtió luego en cueva de gitanos, había sido derribado. Los gitanos habían tenido que jopar. El campo de la Mandrágora iba a desaparecer. Una fábrica (la de Cordones Eléctricos), que ocupaba una esquina de la Colonia Parcerisas y donde antes estuviera el bar «Suspiros de España», se apoderaba de él. Las viejas glorias estaban desoladas.

Sin campo, sin campo. ¿Qué va a hacer la juventud ahora?

Sí, eso, ¿qué iba a hacer la juventud? La juventud no estaba muy preocupada, nada absolutamente, pero a lo mejor tenían razón.

En los linderos del campo de la Mandrágora, donde el pabellón, entre el muro de la fábrica de Cordones Eléctricos ahora y la calle Adyacente, iban a levantar un grupo de viviendas protegidas, con sus lavaderos públicos, etc., ¡qué bien! La inmigración continuaba.

Los gitanos del pabellón de los ojos malos edificaron sus barracas a lo largo de la calle de los Huertos, en estos mismos huertos, en la parte de arriba si por arriba se entiende la parte del Paseo.

Los huertos ya hacía tiempo que habían dejado de ser huertos. Los habían llenado de cascote, de basura, de tierra, de enruna, y alcanzaban el nivel de

las Económicas. Las alambradas y vallas también habían desaparecido. La regata de portland, donde los chiquillos jugaban con sus bolas, ídem. ¡Total, para lo que servía! Las acacias las habían cortado, derribado, arrancado, talado, casi todas. En la calle Central quedaban siete, a lo mejor, nueve; en la calle de los Huertos, tal vez menos. En la calle de los Huertos persistían — más robustas, más lozanas, más verdes que ninguna— las de enfrente de la casa del Gafas. Los berrinches y patatuses que le habían costado a la madre del Gafas defenderlas, no son para descritos. Peleas con las mujeres que colgaban aparatosas cuerdas de ropa y las doblaban; riñas con los críos, que ataban sus columpios, y con los que probaban un hacha o una navaja en los troncos, a ver si cortaban; escándalo con el tío Huevos, que se empeño en podar una de las acacias y cortaba cada rama que metía miedo, pies queda construir no sé qué con aquellos palos, ¡huevos!; fregado con, etc.

A las fuentes les habían quitado el largo remate de hierro. Ahora lucían casquetes, bien atornillados, así era más difícil llevárselos. Los grifos habían desaparecido —como eran de metal...—; había sido necesario remachar lo que quedaba para que no fluyera eternamente el agua.

Siempre había algún odioso sentimental que rezongaba:

Tan bonita como era esta barriada al principio, ¡tan bonita!

¿Pero es que ahora es fea? ¡El tío este!

Aparte de las barracas de los gitanos, otros habían levantado las suyas, y otros, casitas que no estaban mal, y algunos comprado el terreno, para más adelante hacer un piso en él o lo que se terciara. En los huecos o descampados que quedaban, las vecinas tiraban la basura. Luego pasaba el basurero con su carro y trompeta y, ¿para qué? Nadie le echaba nada.

El Antolin abandonó los campos de su nombre y se fue a Gavá. Con aquella clase de vecindario no valían copias, y menos sembrar. Se los quedó, se los compró, se los subarrendó, lo que sea, lino a quien llamaban él Cuevero, conque debía de serlo.

Surgían más barracas, más barrios. En los Arbitrios, en la Fontana (una finca cuyo dueño no la hacía servir ni te sacaba jugo y alquiló aquellos terrenos), en la Corralera, junto al campo de fútbol del Barri Vell.

Estas especies de barrios tenían sus características. Las barracas de la Fontana eran de obra, con tejas, encaladas, con antenas de radio galena. Las barracas de los Arbitrios, de madera, de cartón cuero, en el principio del Paseo, en hilera a lo largo del muro. Las barracas junto al campo de Fútbol estaban distanciadas unas de otras, y tenían sus huertos y sus higueras en la puerta. Las barracas de la Corralera ya no nos acordamos cómo eran, cualquiera se acuerda de tantas cosas. Las barracas de los gitanos eran bajas, achaparradas, sólo pata estar en cuclillas, de barro, encaladas, ahumadas, con sus burros y perros a la puerta. Los gitanos vivían más fuera de ellas que

dentro: los gitanos de largas patillas y chalecos; las gitanas de sucios refajos; los churumbeles como su madre los parió... ¡Cuánta poesía, ¿verdad?, y qué cotidiano milagro vivir, comer, multiplicarse, subsistir, no perecer!, ¿eh? Por favor, honduras, no. Vamos a dejarlo, si os parece bien. Sí que nos parece bien. Pues dejado.

Pese a todo, aquellos barrios progresaban. Además del tranvía 97, que enlazaba La Maresma con el Paralelo, había unos autobuses que por el Paseo iban a la Plaza de España. No muy buen servicio, desde luego, pero qué se le iba a hacer. Los destartalados autobuses «Roca» que antes iban a San Pablo y que la Compañía no sabía qué hacer con ellos, dónde meterlos, los habían colocado allí. Casi no tiraban y continuamente se escacharraban. Eran como esas chaquetas viejas que los ricos, ufanamente, regalan a los pobres y que los pobres, sonriendo, agradecen. ¡Y no lo agradezcas! En el Barri Vell había un cine.

La dudad, para bien o para mal, para bien, eso ya lo veremos, eso habrá que demostrarlo, empezaba a poner sus ojos de colonizador en aquellas tierras.

47

El Grúa, en la «mili», no lo pasaba mal; lo pasaba como un rey. Comía bien. Si un hombre come bien y duerme, también, bien, no puede pedir más. Lo demás son añadiduras, cuentos, tonterías; lo demás, si viene, bueno, y si no viene, pues, ¡bueno!, igualmente.

El Grúa no era escrupuloso en cuanto a las comidas, no lo había sido nunca, ni en sus momentos de prosperidad a él, lo que le preocupaba, era llenar la andorga, atiparse como un animal.

Y en el Cuartel la llenaba.

En los cuarteles se comía mal, decían. El soldado es un artículo de primera necesidad, pero barato. Nunca falta, siempre hay, no vale la pena preocuparse.

En los cuarteles se comía poco y malo. En Pedralbes daban habas cocidas, pero sin grano, sólo las cáscaras. «Gabardinas», llamaban a ese plato. El humor nunca falta. ¿Cómo es aquella película? ¡Muchos inventos, pero no comemos! En Caballería era donde se comía mejor, aseguraban, y si los soldados no le metían mano a las algarrobas, fenecían. El presupuesto para la tropa debía de ser bajo; encima, los oficiales de cocina, lo cercenaban. Mas todo esto no atañe a la novela, se sale del paisaje, cae fuera de su marco. Tonto es buscarnos compromisos contándolo. ¿No? ¡Es que uno también tiene cada cosa!

El Grúa tuvo suerte. En su Cuartel se comía bien, ya lo hemos dicho. El sargento de cocina era amariconado, eso no importaba. Se creía una excelente ama de casa y

los soldados sus hijos, o sus, ¡vete a saber!

Se paseaba por los largos pasillos del amplio comedor del Regimiento, por entre las mesas, mirando amorosamente a los famélicos servidores de la Patria.

—Coman, coman, que me huelgo de verlos comer.

El sargento de cocina había leído «La vida del Buscón», se ve.

Afortunadamente la había interpretado bien.

—Coman, coman, que para todos hay.

Comían como lobos. Del primer y segundo plato les era factible repetir. Del tercer plato, con gran dolor para el sargento, no. El tercer plato era un primor. Una costillita asada, con trocitos de ajo; medio huevo cocido, con su chispita de perejil; una croqueta, según. Vino todos los días, en unos porrones de pitorros anchos como de botijo. Jauja.

—¿De verdad que os dan todo eso que dices?

—De verdad, de verdad.

—¡Madre mía! Si en nuestro cuartel nos dieran igual. Allí...

El Grúa se sentía rey, como cuando los campos; seguro, aplomado. El traje de caloyo le cala como un guante. El gorro se lo colocaba ladeado, sobre la ceja, a estilo «novio de la muerte». Era jaquetón, pendenciero, randa. Cuando veterano, les hizo la vida insoportable a los quintos.

—Quinto, a beber agua...

—Quinto, a dormir con calcetines...

—Quinto...

Lo que más hubiera deseado hubiera sido ser cabo. Esto no podía ser, pues no sabía leer, ni aprendió.

—¡A ver, que salgan los analfabetos!

—*Oye qué es eso de analfabeto.*

—*Tú sabes leer.*

—*No.*

—*No pues tú.*

El Grúa salió de la fila. El Grúa, luego, no iba nunca a la clase de analfabetos. Se escabullía a un rincón de los patios, a un rincón escondido detrás de alguna pared, y se pasaba la hora de la clase panza al sol, como un viejo lagarto, con más conchas que un galápago, la cara dura como el cemento.

El Grúa, aun allí, tan cerca de los barrios, pegado a ellos, en aquel cuartel dentro de los mismos ámbitos, echaba de menos las Económicas; si en el Grúa cupieran sentimientos románticos o sentimentales a aquello se le hubiera podido calificar de nostalgia o añoranza. Los primeros días, cuando aún no les habían dado la ropa caqui y no los dejaban salir del cuartel, se pasaba largas horas en los ventanucos de la enorme sala abuhardillada donde los habían instalado. Desde allí se veía un camino amarillo, lleno de polvo, rico de sol, ribeteado de espinos, que sabía iba donde empezaba su mundo: los BARRIOS.

Cuando las Fiestas Mayores del Barrí Vell y de las Económicas, se escapaba cada noche del cuartel. Eran una tentación irresistible aquellas fiestas bullangueras donde había caballitos que chirriaban; altavoces que ensordecían; tiros al blanco donde nunca salía premio; puestos de churros calientes, pringados de aceite, con poco azúcar, pues escaseaba, y muchachas regordetas y tetudas que bailaban con él sin parar, riendo estentóreamente, mostrando, al hacerlo, unas encías rabiosamente coloradas a causa de la pasta dentífrica «El Torero», cosa que, según ellas, era una cosa elegante.

Estas escapatorias le valieron al Grúa infinidad de arrestos y constantes rapaduras de pelo. Por ello fue que se pasó más tiempo en el «cala» que en el jergón de la compañía y el cabello jamás le creció más allá de los dos dedos; claro que esto del pelo con el gorro se disimulaba.

A pesar de sus constantes escapatorias a las Fiestas y de sus más o menos asiduas visitas al barrio, jamás puso los pies en su casa ni se acercó a ver a su madre.

¡...!

48

Cuando al Grúa lo licenciaron, encontró que muchas cosas habían cambiado. Si el Grúa hubiera pertenecido a esa clase de rumiantes mema —o inteligente, vete a saber— que todo lo mascan dos veces, hubiera pensado —si no mucho, algo— sobre lo efímero de las cosas y otras zarandajas por el estilo que se piensan siempre. ¡Cómo cambian los tiempos! ¡Cómo lo que hoy es así, mañana es así! ¡Cómo no me he movido de este ambiente, podría decirse, y cómo no me he dado cuenta de sus mutaciones!, ¡cómo, ahora, casi tampoco! ¡Cómo...! Pero el Grúa mascaba una vez y, además, digería bien, sin complicaciones.

Las calles de las Económicas ya no eran ambigüedades: Central, la de los Huertos, la de la Fábrica, Adyacente, la de la Farmacia, la de los Colegios, la del Figurín, la del Toño, Mi calle, la Tuya; eran nombres concretos: la Central, Fortuny; la de los Huertos, Maragall; la de la Fábrica, Businyol; la de la Farmacia, Verdaguer; la de los Colegios, Bartrina; la del Figurín, Carner; la del Toño, Casals; Mi calle, Morera, Clavé, Gaudí; la Tuya, Garreta, Junceda, Guimerá; la Adyacente bis, Raurich bis.

Ya podían haber puesto calle Murillo y no Portón, ya. ¿Es que somos franceses?

No se acostumbraban, no se acostumbraron, no se acostumbrarían nunca a estas veleidades, a estos ilustres y sencillos —para ellos complicados— nombres catalanes que se les enroscaban en la lengua y no podían salir. Siempre llamarían a las calles por su nombre-clave en lugar de su nombre-

nombre. Sin embargo, en las esquinas, en todas las esquinas, unos hermosos cuadrados blancos, impertérritos y formales, rezaban la nueva moda: calle Fortuny, calle Maragall, calle Rusinyol, calle Verdaguer, calle tal, calle cual, etc., etc., etc.

Y a mí, ¿qué? Como si quieren ponerle Diagonal o José Antonio...

No importó que pasaran equis años.

¿Dónde vive usted?

En la calle de la Farmacia.

No. Dígame el nombre de ahora.

¡Huy!, ese nombre yo no lo sé. ¿No ve usted que hace poco que los han cambiado?

¿Poco? Lo menos diez años.

¡Ay!, pues si yo creía que fue ayer.

¡Bella fórmula para detener el tiempo! Diez años. Yo creía que fue ayer. Diez años. Yo creía que fue ayer. Diez-años-yo-creía-que-fue-ayer. Diezañosyocreíaquefueayer. Sólo es cuestión de metérsela en la cabeza. ¡Vamos a probado! Todo cambiaba.

La carretera Recién Terminada ya no estaba como recién terminada. Estaba llena de baches que las ruedas de los canos acababan por convertir en largas desolladuras. Todo cambiaba.

Se hacían nuevas fábricas. Las viejas, como la de la Arena, la del Cartón, se desmoronaban. Otras —Almacén de Hierros; Fundición de los Tornos; Serrería; Trefilería— adquirían la pátina esa que dicen da el tiempo. Las nuevas fábricas, por el contrario, eran como soberbias bofetadas al paisaje.

Todo cambiaba. Todo crecía. Crecer es cambiar, ¿no? Más barracas. Al lado del Paseo, en una hondonada, próximas a las nuevas fábricas de Aceros; junto a la Trefilería, pasada La Maresma, al pie de unos riscos, etc.

Estas barracas de la Trefilería fue preciso desalojarlas. Cuando las lluvias torrenciales, se desprendieron grandes terrenos de la Montaña. Enronaron algunas barracas. A los habitantes de ellas los tuvieron que llevar al Palacio de Misiones. El tranvía de La Maresma quedó interceptado. Tuvieron que doblar el servido de autobuses por la parte de la Plaza de España. Pusieron de los de dos pisos. Dijeron que momentáneamente. Luego los dejaron. Se prosperaba. No hay mal que por bien no venga. Los refranes siempre tienen razón. ¿Es verdad o es mentira?

Todo cambiaba, o se transformaba, que viene a ser lo mismo. La balsa del Molino había desaparecido. El molino, que tenía instinto para orientarse igual que los animales, también. ¿Dónde se ahogarían de ahora en adelante los chiquillos?

Todo cambiaba. El Cementerio Viejo lo hacían grande, y parecía Nuevo. Todo cambiaba.

El Grúa, no. Los payeses...

¿Por qué ese raro afán de no querer dejar nada en el tintero, martirizándonos como chinos, igual que si hiciéramos Crónica y no Novela? ¿Podrías Tú explicarlo, Dios de los novelistas? ¿Podrías echarnos una mano? ¿No? Pues sigamos. La Patarranca murió. Delirium tremens, dictaminó el forense. Oye, ¿de qué dijo el médico que murió? De una cosa muy rara, tú. Los médicos son tontos, tú. Murió trompa, a mí que no me digan, tú.

El Grúa ni se enteró, y si se enteró hizo como si no, que nene a ser lo mismo.

Todo cambiaba. Ya lo hemos dicho. Vertiginosamente. No lo hemos dicho.

49

—Tu madre murió.

—Eso ya lo sé. Eso no es necesario que usted me lo diga.

La buena vida se había terminado.

—Déjame acabar. Tu madre murió, Grúa.

El momio del chusco y del rancho diario, en la vida civil, de nuevo en ella, ya no existían.

—Tu madre, desde que tú te fuiste al ejército, ya no me pagaba nada por la habitación.

Era necesario volver a empezar.

—A tu madre, Grúa, últimamente se puede decir que la mantenía yo.

Había que volver a la vida a salto de mata. Mala papeleta. El Grúa estaba y no estaba por lo que la buena —¿buena?, ¡phs!— señora Esperanza razonaba.

—Como comprenderás, Grúa, yo no podía tener el cuarto desocupado, luego de morir tu madre. Además, yo no quiero hacer méritos, ni lo digo porque tú me lo agradezcas, pero si no es por mí, tu madre muere abandonada como un perro.

El Grúa ya veía el resultado de aquel extenso rollo; se quedaba sin habitación.

—Tu madre murió en mis brazos, Grúa. Si me hubiera hecho caso a mi, tu madre aún viviría, Grúa, tu madre no habría muerto, Grúa. Yo ya se lo decía: Usted no tiene que beber tanto. Pero ella no me hacía caso.

El Grúa atajó:

—Bueno, resumiendo, de mi habitación, ¿qué?

—Tu madre ya no tenía nada, sólo la cama. TU madre se lo bebió *too*.

—Yo digo el cuarto.

—Hombre, Grúa —la señora Esperanza sudaba—, la habitación no era tuya. Y si lo miramos bien, tampoco era de tu madre. La casa es mía. Además, tu madre ya no pagaba, a tu madre la mantenía yo, yo no podía tener el cuarto desocupado...

Estaba volviendo a lo de antes.

—Además, la Maruja es ya una mujer y no podía dormir en el mismo cuarto que sus hermanos.

«Pero si se acostaba con ellos lo mismo que si hubiera sido conmigo». La frente del Grúa no era de cristal.

—La Maruja, ahora, ocupa esa habitación.

«A lo mejor, la Maruja se había enmendado».

—Yo, hijo, no sé qué decirte.

—Pero, señora Esperanza, como usted comprenderá, yo en algún sitio tengo que dormir...

Al final todo se arregló. El Grúa se quedó a dormir con los hijos de la Esperanza —tres—, en la cama que ocupara antes la Maruja. Esta cama, antes, la ocupaba la Maruja sola, y los tres hermanos en una contigua. Ahora estaban mejor. Dos en una, y el Grúa y el tercer hermano, en la otra. El Grúa, algunas noches, de puntillas.

—Grúa, ¿adónde vas?

—Al water. (El hijo pequeño de la señora Esperanza dio media vuelta y siguió durmiendo). De puntillas, pues, se deslizaba en el cuarto de la Maruja.

—Grúa, ¿qué quieres?

—Déjame acostar un rato contigo.

—No, que tú sólo vienes a aprovecharte. El Grúa insistía, insistía, besos, besos, manoseos, manoseos, y lo conseguía, el aprovecharse, claro. La Maruja, el primer día, le había dicho:

—Grúa, si quieres, la habitación puede volver a ser tuya.

—¿Cómo?

—Casándote conmigo.

El Grúa la miró, la miró, la miró; la vio con las faldas al aire, todo el mundo metiéndole mano; se vio a sí mismo con cuernos en la cabeza, y se echó a reír. La Maruja se puso colorada.

—Ya sé lo que piensas. Pero yo no soy como antes.

El Grúa le pellizcó un pezón por encima de la ropa.

—Conque no, ¿eh?

50

DIVAGACION, APOLOGIA, LANZA, GLOSA, ETC., DE LAS BARRACAS. (Continuación).

Las barracas, que son como una especie de lacra para las ciudades, y, especialmente, para sus gobernantes, algo así como una bofetada moral, para el campo y sus moradores, no. Según y como, resultan un adorno, un detalle, una nota, y, siempre, una costumbre. Para los artistas, además, un tema. Las barracas, con razón, ocupan un puesto en la Historia del Arte. Hicieron furor

en la cinematografía neorrealista; podrían hacerlo en la literatura tremendista. Si la pintura no caminara por esos extensos y absurdos terrenos de la abstracción, también hubiera reparado en ellas. El mundo respira así: lo que para unos es un horror, para otros es una bendición.

(Ningún artista dispensada una calamidad si al desaparecer ésta desapareciera su obra).

Las barracas, al campo, le caen como un guante. Las fábricas, no. Las fábricas están bien junto a los puertos, junto a las estaciones de ferrocarril, en las partes grises y nauseabundas de la ciudad. Los magnates de la industria, esto, no lo saben, y si lo saben, no lo tienen en cuenta, que viene a ser lo mismo.

Una barraca aplasta unas briznas de hierba. Una fábrica, hectáreas. Una barraca es como el burro Platero de Juan Ramón (q.e.p.d.). Una fábrica, el caballo de Atila: chafa, deforma, superpone tierras, cambia estructuras y geografías: no vuelve a crecer la hierba.

La barraca compone, hace paisaje. La fábrica, lo rompe. La barraca es esclava del paisaje, se subordina a él. La fábrica se transforma en dueña y déspota, en destructora del paisaje. (Ya continuaremos, si a mano viene, y si nos acordamos).

En el campo del Antolin —ahora del Cuevo— estaban edificando un cuartel para la Guardia Civil. Qué rectos vamos a ir, ¡huy!, qué rectos vamos a ir... En sus inmediaciones, a base de pisotear tierra, había surgido un abollado campo de fútbol, en donde las pelotas, debido a las desigualdades del terreno, rebotaban cual si fueran lanzadas con efecto, igual que en el billar, marcando tantos complicados, desconcertantes y geométricos.

Proseguía la inmigración. Parecía que sólo en Barcelona hubiese que comer. El Gafas le vino un pariente de Ademuz.

Allá en el pueblo te mueres de hambre. Sólo trabajas medio año y por cuatro chavos.

Tuvo que ir al Sindicato, que estaba en la Vía Layetana, a sacarse el carnet de parado. El Gafas lo acompañó. El Gafas estudiaba en San Jorge. Quería ser pintor. Se relacionaba con universitarios y pseudoartistas.

El Arte, ¡oh, el Arte! Si no fuera por el Arte, ¡mecachis!, si no fuera por el Arte.

El Gafas, de vez en cuando, se aupaba las gafas con el dedo índice, pues se le corrían hacia la punta de la nariz. Las gafas eran de grueso Carey, de formas aerodinámicas, y no de alambre como antes.

En el Sindicato, al pariente del Gafas, el elemento que lo atendió, un individuo con las cinco flechas, no hacía más que decirle:

¿Y por qué no se ha quedado usted en su pueblo? ¡Oh!, es que la vida allí, es que la vida allí... No es eso. Lo que pasa es que usted se ha creído que en Madrid, digo, en Barcelona, atan los perros con longanizas... Hizo una pausa efectista y pavorosa... y se equivocan, porque en Madrid, digo, en Barcelona, no atamos los perros con longanizas... Siempre se equivocaba, no había tu tía. Usted lo que tiene que hacer es volverse a su pueblo, que aquí no se le ha perdido nada.

Debía de hacer poco que había venido a copar —no ocupar— aquel puesto. El Gafas quiso decirle:

Y usted, amigo, ¿por qué no se vuelve a Madrid, siguiendo tan piadoso consejo?

Y luego:

Me parece que usted, amigo, sí que ata los perros con longanizas.

Y haber añadido, además...

Moraleja, diríamos si estuviésemos escribiendo una fábula: al pariente del Gafas no le dieron el carnet.

Aunque no la escribamos, decimos lo mismo: al pariente del Gafas no le dieron el carnet.

Por aquellos días mataron a un hombre en un huerto junto al barrio de la Fábrica de Chocolate y la Casa de la Torre, un viejo que se había vendido unos cerdos. De noche había ido a vigilar el huerto. Los asesinos creían que llevaría el dinero de la venta de los cerdos en la faja. El dinero lo había dejado en casa, bien escondido en el fondo de un baúl. Los asesinos, exasperados, lo clavaron en el suelo de la barraca con una horca del fiemo. La policía andaba loca buscando a los culpables. La policía, por allí, siempre andaba loca. Con aquella gente, ¡qué remedio!

51

El Grúa le guiñó un ojo a la mujer del Pedro. La mujer del Pedro sonrió, y, con un gesto, señaló a su marido. Su marido enjuagaba unos vasos en la pileta del mostrador.

En el bar del Pedro se haraganeaba bien. En todos los bares de la calle Fortuny, antes calle Central, se haraganeaba a gusto. La mujer del Pedro no estaba lo que se dice mal, si no todo lo contrario: estaba soberbia, brutal, cañón.

¡Mmmmmmm!

El Pedro se había quedado viudo y se había vuelto a casar con una mujer mucho más joven que él. Treinta años, al parecer. Treinta de edad la mujer y treinta de diferencia el Pedro.

—¿Ya puedes con ella, Pedro?

El Pedro se sacaba la servilleta del hombro y fregaba el mármol. Sonreía. Se

pagaba, oyendo aquello. ¡Qué bien se siente uno despertando envidias!

Los bares eran el hogar de todo el mundo.

Los hombres, en cuanto salían del trabajo, ya estaban allí. El sábado y el domingo los empalmaban. Tenían que venir los hijos o las mujeres a buscarlos.

—La comida está en la mesa.

—Cenar, cenar vosotros, que ya voy.

El ambiente estaba enrarecido. En los bares de novela, los ambientes siempre están enrarecidos. En los de verdad, cuando hay mucho cliente, también. Durante la semana se jugaba, se hablaba y, además, se bebía; el sábado y el domingo se bebía y, además, se jugaba y se hablaba. Los juegos eran los del burro, *el siete y medio*, capí y dominó. Las conversaciones no seguían un plan fijo: filosóficas se comprende que no; las bebidas eran anís, coñac, vino peleón...

El Gafas, a veces, iba al bar, a dibujar.

El Gafas gozaba de prestigio, de un prestigio ganado a pulso. Se le admiraba. De pequeño, todo el mundo: «¡Cuatro ojos, cuatro ojos!». Ahora, en cambio, lo miraban como a un sabio y como a una especie de gloria local.

—Mira que pinta bien el tío este. No ve, no ve, poro qué bien te saca.

El Gafas dibujaba en las mesas de mármol todo cuanto le pedían.

—Dibuja un barco.

—Dibuja una vaca.

—Dibuja una tía desnuda.

En un bloc trazaba apuntes de todo cuanto lo rodeaba. El Gafas estaba embebido, emocionado con aquellos barrios, con aquellas gentes, con aquellos tipos.

—¡Qué temas! ¡Qué temas!

En San Jorge sólo hablaba de esto. Alguna vez trajo algún condiscípulo para que viera aquello.

—¿Qué te parece? ¿Qué te parece?

Al amigo no le tiraba la pintura social.

—Ni a mí tampoco; yo no quiero hacer demagogia. A mí, lo que me gusta, es el expresionismo quintaesenciado, ¿comprendes? Todo esto es como el Tahití de Gauguin, como el Arlés de Van Gogh, como...

El condiscípulo caminaba por terrenos geométricos y abstractos.

—A mí, lo que me interesa es el color, no la anécdota, ¿entiendes?

El Gafas había hecho un dibujo al carbón del Grúa, desnudo, de cuerpo entero. Debajo del dibujo había puesto: «Estudio del natural», y después su firma. El Gafas, en su casa, tenía un cuarto para él sólo —¡qué suerte!—, y aquello era su estudio.

El Gafas había dicho, a propósito del Grúa:

—Este Grúa es un Adonis.

Adonis y Dionisio se parecían. El Grúa y el Gafas, no. Muchos se hacían cruces.

—No es excesivamente corpulento, pero está bien constituido, tiene una complexión perfecta: hombros anchos, caderas estrechas. Estoy seguro de que su

altura es siete veces y tres cuartos la de la cabeza, como manda el canon de Fritsch. Estoy seguro de que tiene la misma distancia de punta a punta de las manos, con los brazos abiertos, un poco más, tal vez, como desde la cabeza hasta los pies, tal como el canon de Fritsch. Estoy seguro,...el canon de Fritsch.

—*Pregúntale al Gafas qué es eso.*

—*El qué.*

—*Eso qué tanto nombra.*

—*Pregúntaselo tú.*

—*No que me da vergüenza.*

Los amigos del Gafas en torno a la mesa de mármol, lo miraban con aire de suficiencia, que es como decir con cara de sí, siendo no. Los amigos del Gafas, la *élite* de sus amigos, en la barriada, claro, en la Academia, no, eran: el Fernando, viajante de radios; el Marianete, director del cuadro escénico del Barrí Vell, y el practicante de la farmacia. Consideraban a los de barriada, vulgo. Charlaban por los codos.

—Es que en esta barriada lo que no hay es dignidad...

—Es que nosotros lo que no tenemos es amor propio...

—El otro día le decía yo a un señor que estaba admirado de mi cultura y educación: Pues si viera con qué clase de gente me toca estar rodeado...

—Yo nunca digo que vivo en las casas Económicas de la Maresma, tú. Me da vergüenza, tú. Cuando dices La Maresma todo el mundo te mira mal, tú. Yo siempre digo que soy de Sans, tú.

El Gafas miraba a sus amigos con miseratativamente. Alternaba con ellos porque entre éstos y los otros. Sentían más admiración ellos por él que él por ellos. Seguro, él por ellos, ninguna. Pero, pero, pero, ¡qué se le iba a hacer!, ¿no? En este mundo tiene que haber de todo.

El Gafas había dicho del Grúa que era un Adonis.

—¿Dionisio?

—No, Adonis. Un Apolo, ¿me entiendes?

Sonreía, el otro. Sí. Había entendido. Apolo. En el Paralelo había uno. Sonreía. Su cerebro, no. Su cerebro arañaba.

—En la Mitología griega, Adonis y Apolo son los tipos más perfectos y bellos que encontramos, de ahí que...

—¡Ah!, bueno.

La gente decía:

—El Gafas ha dibujado al Grúa en pelotas. ¡Le ha salido más bien! Le ha dibujado todo, todo, incluso la chorra.

—Oye, ¿ese Gafas no será del ramo del agua?

—A ti, Grúa, ¿no te propuso nada?

—¿A mí? Si llega a intentar algo le pongo los lentes por sombrero. Lo que me dijo es que podía ganarme la vida como modelo. Cien o doscientas pesetas por hora

que pagan. Donde él va a aprender a dibujar hay tíos que sólo hacen eso.

—¿Cien o doscientas pesetas?

—No lo sé bien. Pero me parece que dijo eso.

—¿Y se dejan dibujar desnudos?

—Desnudos del todo, no. Con un taparrabos. Las mujeres, sí, tú.

—¿Pues sabes que vale la pena aprender a dibujar?

—Lo que molesta es estarte tanto rato quieto.

—No, si yo digo ir a aprender a dibujar, Eso de tener una tía en cueros adelante tuyo...

—Ellos ya no hacen caso. Ellos, como si te vieran a ti.

—Sí, como si me vieran a mí. ¡Ya te darán!

—¡Jope, el Gafas, con su cara de mosca muerta! ¡Cómo se la debe trincar a costa de las mujeres que pinta!

Pues sí, el Grúa, verdaderamente, era un Adonis, o un Apolo, vamos a dejarla así.

Las mujeres, algunas, decían:

—El Grúa, de tipo, no está mal.

—Ni de cara tampoco.

—Mujer, de cara...

—Ni de nada.

—¡Lástima que sea tan golfo!

—Os digo que de nada está mal. Sí no que se lo pregunten a la Maruja.

La Maruja decía:

—El Grúa y yo como si fuéramos hermanos. ¿No ve que nos hemos criado juntos desde que éramos chiquillos?

—Sí, como que ésa hace distingos entre hermanos y no hermanos —colegían algunas.

—El Grúa como si fuera mi hermano.

La Maruja estaba celosa.

—Yo no soy como esa zorra del bar que lo tiene encandilado. Y su marido sin ver nada. Reventándole los cuernos por la calva y sin notarlo. No cabe por la puerta, de tan anchos que los tiene, y sin notario. Se tendría que llamar Juan, Juan Lanás, ¡claro!

El Grúa le guiñó un ojo a la mujer del Pedro. Ésta había sido su táctica durante un tiempo indefinido. La mujer del Pedro sonrió. La mujer del Pedro señaló la calva del Pedro, lo único que se le veía, tan ensimismado estaba sacándole brillo al grifo de latón.

El Grúa se pasaba el día en el bar. Con el Cuartel de la Guardia Civil allí mismo, en el antiguamente campo del Antolin, la situación se había puesto insostenible. Ser delincuente era una heroicidad.

Durante el día había pocos clientes en los bares. Algunos enfermos que no trabajaban, tuberculosos los más; algunos maleantes estilo Grúa. Permanecían horas y horas sentados a las mesas, sin tomar nada. Se enfrascaban en alguna partida de

naipes. Hablaban guturalmente. La Tere rezongaba:

—Para clientes así, más valía cerrar.

—¡Mujer, no los vas a echar a la calle!

—Pues no estaría mal, no creas.

La Tere, al Grúa, lo miraba con buenos ojos.

Cuando pasaba cerca de él, sus piernas se rozaban. Continuamente se estaban mirando.

—¿No toma usted nada, Grúa?

El Grúa estaba a dos velas.

—Tenga, y que no se entere mi marido.

El Grúa se inflaba de vanidad. Todas las mujeres estaban por él. A las mujeres hay que tratarlas a patadas para que estén por uno.

El Grúa se apoyó en el mostrador.

—¿No está tu marido, Tere?

Le pellizó una teta. El marido estaba por dentro. El bar, vacío.

—¿Sabe que es usted muy atrevido, Grúa?

La Maruja hubiera dicho:

—Se hace la Cándida y tiene diez años más que él.

—¿Diez?

—Bueno, los que sean.

El Grúa salía al patio para ir al water. Adivinaba que la Tere andaba por allí, trajinando entre los cajones de gaseosas vacías.

—¿Te ayudo?

Se daban un par de refregones. El Grúa la besaba.

Ella se hacía la inocente, se ponía encarnada, rehusaba.

—Sí, inocente, inocente —hubiera dicho la Maruja.

—Cuidao, Grúa, cuidao; nos pueden ver.

La policía andaba loca buscando a los que clavaron al viejo con la horca del fiemo. En los bares de la calle Fortuny, antes Central, se hincharon de coger sospechosos. Sé presentaron en el bar del Pedro. Por una de las ventanas introdujeron un naranjero.

—¡Qué nadie se mueva!

Todo el mundo puso los brazos en alto.

Tres secretas, la pistola empuñada, irrumpieron por la puerta.

—A ver las manos.

Las palpaban. Al que no tenían callos lo metían en la camioneta.

—Es que trabajo en una oficina, es que yo trabajo en una oficina...

—¡Una leche en una oficina! Tira *p'alante*, chorizo.

Se aproximaron al Grúa. La Tere dijo:

—Ese señor es mi marido.

—Está bien. Y ése del mostrador, ¿quién es?

—¿Éste? Éste es el mozo, el camarero.

El Pedro no dijo nada. Estaba blanco. La Tere dijo:

—Ponle de beber a las autoridades.

El Pedro, temblando, escanció unos vasos.

—¿Anís o coñac?

—Coñac. No tiemble usted, buen hombre, que a usted no le vamos a hacer nada.

Usted tiene cara de persona honrada.

La policía se largó con las «manos finas». Los pocos que quedaban en el bar, joparon. ¡Cualquiera no!

—Grúa, no te vayas.

—¿Por qué no, Tere?

—A lo mejor van buscando por las casas. —Sí, pero yo, a fin de cuentas, no he hecho nada.

—Ya lo sé. Pero la policía no es tan fácil de conformar.

Aquella noche, el Grúa y la Tere durmieron juntos, Al Pedro le pusieron un colchón en el suelo en el otro cuarto. Aquélla y la siguiente. La Tere cebaba al Grúa.

—¡Qué vidorra, Grúa, qué vidorra!

El Grúa le partió la cara a quien se permitió decirle esto.

—¡Era una broma, hombre, era una broma!

—Pues ni de bromas ni de veras, ya lo sabes. Nadie dijo nada más. El Grúa era allí el nuevo amo, en realidad, la verdadera ama era la Tere, que por algo tenía el bar a su nombre. El Grúa no se preocupaba.

—¡Jope!, si tú quisieras le sacabas el bar. ¡Tonto, más que tonto! Está por tus huesos, no sé preocupaba de estas menudencias. No hacía nada. Comía, bebía, sobre todo bebía, y tenía mujer. ¡Casi nada!

La Maruja ardía.

—¡La mala zorra, la mala zorra! ¡Cómo lo tiene cogido! No pone los pies por casa. Ni que le hubiera dado *seguirillas*. Seguro que se las ha dado. Algún caramelo untado con su... Eso tenía que haber hecho yo.

El Pedro andaba encorvado, como carcomido. Por bajo mano, algunos —pocos— se atrevían a darle consejos.

—Yo que tú, le plantaba cara.

—¿No es el bar de usted?

—Yo le expondría las cosas claras. Él o yo.

El Pedro expuso las cosas claras. Él o yo.

—El —dijo la Tere.

No había nadie en el bar. Acababa de subir las sillas sobre las mesas, el Pedro. Dejó la escoba y se atrevió. El Grúa estaba metiéndole mano a una botella de *peppermint*, que dicen que excita, que pone en forma. No se preocupó de lo que el Pedro decía a la Tere.

—Él.

Tampoco se preocupó. Estaba seguro de que la cosa era así y no podía ser de otra manera. Bebió.

La Tere añadía:

—Lo mejor es que te vayas de esta casa.

El Pedro se echó a llorar. Quería aguantarse, pero no podía. Se le marcaban los tendones en las mandíbulas y una especie de bola se le atascaba en la garganta. Resolló estruendosamente, lo mismo que un caballo. Las lágrimas corrían mejillas abajo.

—Teresa, por favor...

Su mujer le contestó desabridamente.

—¡Qué quieres!

—Que me des..., que me des... —la voz se le entrecortaba—, que me des un beso, antes de irme...

Rompió a llorar, hipando como un becerro. Al Grúa le entraron ganas de soltarle una patada en los riñones al cornudo-hijo-de-tal aquél. La Tere lo besó en la calva.

—Hala, hala, no te pongas así. Hay que ser hombre.

—Sí, Teresa, sí... pero es... que no... pue... do... Los sollozos le comían la voz. Salió.

52

La guardia civil, a su manera, había empezado a poner orden en aquella babilonia. A raíz de la inauguración del Cuartel la vida se había puesto imposible, para los maleantes, claro. Los estaban metiendo en cintura. En el cuartel había unos calabozos, unos sótanos llenos de agua —el mar estaba cerca— en los que no daba gusto pernoctar. Además, soltaban —los guardias, naturalmente— unas guantadas que temblaba el Misterio. ¿Qué Misterio? El de la Santísima Trinidad.

El brigada de la guardia civil era una especie de juez mosaico que practicaba la antigua y poco complicada ley del Talión, sólo que en lugar de ojo por ojo y diente por diente, hacía ojo por diente y diente por ojo, o más dislate todavía. Para muestra un botón. Santigüense.

Una de las veces en que el brigada hacía su recorrido por las tascas por mor de pulsar el ambiente y enganchar de paso alguna convidada, encontró en una de ellas al Rompetechos, un carretero bajito como un tapón de bassa (balsa), blasfemo tortuoso y recalcitrante, que soltaba las blasfemias a la buena va, al buen tuntún, como palomas en una inauguración. Brigada, pida lo que quiera, yo invito, ¡me cag...! Las paredes palidecieron. Las fichas de dominó cesaron de hacer ruido. El brigada tiró la copa de coñac al suelo, sin bebérsela, ¡cosa extraña!

Oiga, amigo, el que seas tres dedos más alto que yo, no te da derecho a chillar de esa manera. Aquí, el único que grita, soy yo. Y yo no suelto semejantes disparates. En España no se tolera la blasfemia ni la palabra soez. Yo, por la palabra soez, aún paso. Uno es hombre y los hombres ya se sabe. Pero por la blasfemia sí que no paso. ¡Ea!, en eso sí que no transijo. Mañana, a las doce, haga el favor de pasarse por el cuartel, ¿me oyes?

Sí, el Rompe había oído. Por poco suelta otra barbaridad. El sentido común pudo más que la costumbre.

Los amigos acabaron de fastidiarle la velada al Rompetechos. Seguro que te pela. Al cero, seguro.

Seguro que te da una purga.

Seguro que te mete en el cala.

El brigada sólo le dijo:

Mire, por cada blasfemia que le oiga, oirá usted una misa. Mañana ya puedes oírte una. Que le haga un certificado el cura, conforme es verdad que ha ido.

El Rompetechos no sólo oyó una misa, sino que encima la pagó. Él quería una misa que fuera suya.

El señor rector le hizo el certificado. Al señor rector, aquello le hacía mucha gracia. El señor rector no era el cura rudo «vosotros-vosotros». Era otro. Lo habían cambiado. Al «vosotros-vosotros» lo habían enviado a convertir infieles. Ahora ya tenía experiencia.

El brigada, pequeño, pequeño, chupado, chupado, sumido, sumido, rostro de vinagre, rostro de vinagre, se las traía. Tenía la ley —¿ley?— con él y esto da mucha fuerza. Llegaba a atreverse con la gente del fútbol, ese quinto estamento. Sucedió los domingos, esto, el enfrentarse con la envenenada masa rugiente, cuando los partidos que jugaba el Celta, gloria local, en su campo del Barri Vell. El equipo del Celta nunca quería perder, ¡naturalmente! A veces perdía. Entonces el público se enfurecía y la tomaba con el árbitro. Le pegaban: con los puños, con los pies, con alguna botella de gaseosa. El árbitro se refugiaba en los vestuarios. La masa rugía:

¡Sal de ahí, hijo de tal! ¡Cobarde! ¡Da la cara!

Algún inocente incauto defendía la perdida causa del árbitro.

Hombre, cobarde, no. Uno contra mil es imposible defenderse.

Sí, cobarde, cobarde. Si tuviera riñones daría la cara.

La pareja de la guardia civil, con los fusiles en ristre, empujaba a la muchedumbre. Era inútil. Entonces comparecía el brigada.

¡A ver esos valientes, que me los como!

Se producía el vacío a su alrededor. Vado y desbandada. Desde las aceras, la gente miraba, miraba. Eran como un flujo y reflujo a veinte metros de distancia del brigada.

¡A ver esos valientes, que salgan!

El inocente incauto volvía a sus candideces.

Ahora son mil contra uno. Atrévanse.

Sí, ¡atrévanse, atrévanse! ¡Cualquiera! Con éste no hay que gastar bromas.

Sin embargo, en el abollado campo de fútbol que habla en el campo del Cuevero, antes del Antolin, junto a su mismo cuartel, alguien, estando de espaldas, en una pelotera, y en un momento de confusión, le dio tal puñetazo en el cogote que lo amorró contra el suelo y no hubo forma humana ni divina de saber quién había sido aquel aprovechado.

Si sería reconsagrado el brigada en cuestión que se compró una máquina de cortar el pelo. Con ella esquilaba a quienes a su juicio delinquían. A la maquinica de marras se le tenía más miedo que a las guantadas y al «cala». La estética, ¿saben?

El Figurín, el Príncipe, otros, reconocieron que su reinado se había acabado. Con la gente del tricornio siempre encima no se podía hacer nada a derechas, o mejor dicho: a torcidas, ¡ciñámonos!

Pero no fueron atascados como los artistas y supieron retirarse a tiempo.

El Príncipe entró de serenó en una fábrica, la misma que asaltara una noche con el Grúa. ¡Como agarre a uno una noche robando!... Se relamía. El Figurín estaba de conserje en la Fábrica de Tejidos, y se cuidaba de registrar a los obreros durante la salida, por si acaso se llevaban metros de tela enrollados en la cintura, bajo la ropa.

¡Disfruto más cuando pesco a alguno!... En la Fábrica de Tejidos, al principio era el disloque. Todo el mundo quería trabajar allí. El jornal era poco, pero el género que robaban, mucho. A veces echaban rollos de estampado por encima de la pared, por donde estaba el río de la Cal, en combinación con alguien que aguardaba. En cuatro días, a costa de estos hurtos, se forraban. Se compraban una gabardina, una escopeta de cazar, tabaco rubio a todo meter... Intervino la policía, junto con el Figurín, y aquello se acabó.

El Figurín estaba orgulloso de codearse con la policía. Le invitaban a fumar y a tomar café. La gente decía: ¡Quién te ha visto y quién te ve! A él, esto, le daba igual.

El Gil regresó de Francia. Sabía tres o cuatro idiomas, decía. El francés, el inglés, el castellano, un poco el catalán, otro poco el italiano. Se colocó de «intérprete», como decía él. En realidad estaba en un hotel, el «Urbe», nos parece, y buscaba cuentas entre los turistas. Llevaba una gorra en la que se leía URBE. Con aquella gorra se creía almirante o capitán de hotel, y no había quien le tosiera. Hablaba una jerigonza que no había Dios que lo entendiera.

All right. (Ol raí).

Je ne comprenda pas. (Yo no comprén pos).

Comment oliez vous. (Coman talevú).

Very good. (Verigut).

Yes, yes. (Yes, yes).

Oui, oui. (Gui, güi).

Cuando no lo entendían —que era siempre— recurría a la mímica, ese lenguaje más universal e internacional que el esperanto. Comer y dormir, a lo que parece, en todas las latitudes se indica igual. En la barriada se lucía y deslumbraba. Gil, ¿cómo se dice esto en francés?

La table. (La tabla).

¿Y ca inglés?

The table. (La teibol).

¿Qué tío, qué tío!

El Gangrenica fue el único que perseveró en su profesión, Actuaba por Hospitalet, por Sans, por el Barrio Chino. Siempre fuera del distrito.

A mí no me pescan.

Se burlaba del Príncipe, del Figurín, del Gil, de otros; del Grúa, no, pues el Grúa vivía sin trabajar. Se burlaba porque ya no eran hombres, ni tenían ya tales órganos en el cuerpo, ni... Sí su léxico y su modo de expresarse hubiera sido más retórico, les hubiera dicho que ya no tenían vocación, como la tenía él, que cayó mártir de ella en una tasca de la Bordeta, llevándose dos polis y medio por delante, ya que a uno sólo lo hirió.

¿Qué tíos! ¿Qué cosas! ¿Dios!

53

La Cirila pasó corriendo por enfrente del bar. Llevaba el moño suelto, un imperdible en la boca, la mano sujetando el escote. Se estaba arreglando y salía a buscar un pintalabios a casa de la Elvira, que era tienda y perfumería a la vez. El Grúa la siguió con los ojos. La aguardó fuera del bar. Cuando volvió le cerró el paso colocando un brazo, a modo de barrera, contra la pared.

—¿Quieres que te pinte yo, guapa?

El Grúa creía que sabía echar piropos. La Cirila creía que se los merecía. Empatados.

La Tere le dijo:

—¿Qué le has dicho a ésa?

—¿Que qué le he dicho, que qué le he dicho? Le he gastado una broma.

—Sí, tú gastas muchas bromas.

—Anda, no te enfades y ponme algo de beber.

La Cirila era nueva en las Económicas. La población aumentaba de un modo alarmante: a lo riada y no a lo cuenta gotas. Vivía con sus padres y hermanos, todos

en una misma habitación, realquilados. En las Económicas no se podían tener realquilados. Si el Patronato se enteraba echaba a los realquilados a la calle, y, al dueño de la casa, también. Muchos corrían el riesgo.

—A ti te gustan todas las mujeres, por lo que veo.

—¿Y a quién no, Tere: y a quito no?

La Tere puso mala cara.

—No sé qué le has visto a ésa.

La Cirila, lo único que tenía feo, era el nombre. Tenía el pelo largo, recogido en un moño. Era un pelo pasado de moda, pero ella estaba orgullosa de él.

—Sólo tiene boca.

Tenía una boca grande.

—No sé qué le has visto a ésa.

La boca se la pintarrajeaba, exagerándola. Esto hacía relinchar al Grúa.

—¡Mmmmmm!

Tenía los ojos grandes. Todo lo debía de tener grande la Cirila. Unos ojos que le cantaban. Todo el mundo lo decía.

—Tiene unos ojos que le cantan.

El Grúa también lo dijo:'

—... unos ojos que le cantan.

Volvió a relinchar:

La Tere, no.

Eran unos ojos, en plan de exagerar, más grandes que los pies. Le cantaban, le bailaban, le reían. Cuando coqueta, haciéndose la pasmada, los abría, ¡clac!, las pestañas se le clavaban en la frente y en las mejillas.

—Sí, pasmada; pasmada ésa.

El Grúa estaba entusiasmado.

—¡Mmmmmm!

—¡Hala, hala, que aún te vas a casar con ella!

—¿Casarme? ¿Yo casarme? ¡Bueno! Ésa me la pico yo y sanseacabó.

Los amigotes reían.

—¡Jo, jo! ¡Claro que sí, Grúa! ¡Claro!

—A ver, si no.

—¿Y qué dirá la Tere?

—Que diga lo que quiera.

—Mientras a ella no le falte, ¿verdad Grúa?

—Eso digo yo. Mientras a ella no le falte.

Eran las fiestas de la calle Fortuny. El Grúa venga a bailar con la Cirila. La Tere, trajinando y sudando detrás del mostrador.

—Ya podías echar una mano, Grúa, ya podías.

—¿Yo? ¿Pero no has alquilado un mozo para estos días? Además, que el bar no es mío.

—Pero bien chupas de él, bien vives a costas mías, bien...

—Si quieres, me iré.

—No, yo no he dicho eso. De todos modos ya podías...

El Grúa apuraba su copa y volvía a la vorágine de la calle, al bailoteo con la Cirila. Invitó a la Cirila a beber y la llevó al bar del Buque.

—¿Por qué no vamos a ese bar del que dicen que eres el dueño?

—¿Yo dueño? ¿Dueño yo?

—Bien vives en él.

—Yo le pago a la dueña un tanto por una habitación y nada más.

—Pues a mí me han dicho...

—Tú deja estar lo que te hayan dicho. Yo te quiero a ti y a nadie más. ¿Tú no me quieres?

La Cirila tuvo una reacción rara.

—Yo no me fío de usted, Grúa. Hoy no puede una fiarse de nadie.

El Grúa se retiraba de madrugada, cuando el último baile, que siempre era: «Buenas noches, mi amor, me despido de ti...».

El Grúa se lo cantaba a la Cirila, mientras daban las últimas vueltas, con la boca pegada al oído. La Cirila se ponía tierna.

Se retiraba de madrugada. La Tere y el mozo colocaban las sillas encima de las mesas, para poder barrer bien a la mañana siguiente.

—Toda la noche que estás con ésa.

—Mujer, voy para pasar el rato.

—Sí, para pasar el rato...

—¡Mujer, no me hagas escenas delante del camarero!

—No, por mí ya se las puede hacer —decía el camarero—. Yo me voy en seguida.

La Tere lloraba. El Grúa se encogía de hombros. El Grúa pensaba en lo difícil que era la Cirila. A duras penas si se dejaba *arrambar* en los bailes.

—¡Jope!, estás que primero no, aluego...

—El Costipao capó tan extraordinario y brillante pensamiento.

Eran las fiestas del Barri Vell. Los quiero-y-no-puedo de ese barrio habían montado un monumental entoldado. Las familias pudientes —el frutero, el droguero, el lechero, el relojero, el...— tenían un palco familiar en torno a la pista de baile, un magnífico entarimado encerado, Estaban en la gloria, sonreían felices. Eran gentes —catalanes recalcitrantes—, que trabajaban y sudaban como burros, pero que cuando era necesario —una vez al año, ya se ve- se los gastaban. Bailaban, gordos y orondos, el relojero con la relojera, el lechero con la lechera, el frutero con una de sus dependientas.

—¡Habrased visto, el tío sinvergüenza! No tengáis miedo, que a su mujer no la sacaré, no.

Su mujer no estaba para que la sacaran ni para que la lucieran.

Haca, consumida —los disgustos, ¡Señor!, los disgustos—. Estaba que no valía lo que se dice un real.

Bailaban, estos sangre azul de barriada, a los acordes de un vals o de un pasodoble torero que los remontaba a los tiempos idos y felices de su juventud, Cuando la orquesta —«La Gran Casino»; una vez al año, pero se los gastaban— atacaba un *mambo* o un *jazz*, contemplaban beatíficamente, desde sus palcos, cómo su prole —los futuros fruteros, los futuros drogueros, los futuros lecheros, los futuros relojeros— sudaban y gozaban al por mayor.

—*Aquestajoventut, aquestajoventut!...* [28]

Estas fiestas familiares —en las que no se hace mal a nadie, argüían— eran su máxima felicidad. Esta felicidad venían a empañarla los de las Económicas, a quienes, como que pagaban, como que llevaban traje y corbata, no se les podía negar la entrada.

El Grúa se había puesto su traje azul marino con rayas blancas —regalo de la Tere—, sus zapatos negros de *antilop* (ante) —regalo de la Tere—; la corbata —regalo también de la Tere- se la había metido en el bolsillo.

—Ya te vas por ahí de bureo," ¿no? Con los amigotes, ¿no? Tú a divertirte y yo toda la tarde aquí pudriéndome, ¿no?

—Mujer, ¿y yo qué quieres que haga?

—No, si esto se va a acabar, ya verás cómo se va a acabar.

Los Sisquets —los hijos del Sisquet—, honorables padres de familia ya, que se habían vendido los campos ya, futuras zonas de industria, y se habían establecido en el Barrí Vell ya, estaban en la puerta del entoldado pidiendo la entrada. El de la nariz corva le dijo al Grúa:

—Oiga usted, sin corbata no se puede entrar. El Grúa, parsimoniosamente sacó la corbata del bolsillo. La sacudió y la hizo chasquear como un látigo. La alisó. Luego se la puso. Los amigotes —el Costipao, el Alberto, el Chonilla, el Martos, etc., las antiguas bandas— corearon la hazaña.

—¡Jope, Grúa, jope!

Se colaron para dentro. El Grúa buscó a la Cirila, que había venido con unas amigas, y se puso a bailar animadamente con ella.

El Alberto se dedicó a molestar a todo Dios, especialmente a sus amigotes. El Alberto se aburría porque ninguna chica quería bailar con él. Las chicas le tenían un poco de asco al Alberto. El Alberto había forzado a una nena de cinco años, de ahí provenía el asco.

—Pero es que tú, Alberto, tienes unas cosas. Habiendo tanta mujer grande que se muere de ganas, dedicarte a las criaturas.

—Peor tú, que lo hacías con tu madre.

—Eso no es verdad. A mí nadie me ha visto. En cambio, a ti, te pillaron en el inte.

El Alberto molestaba a sus amigotes. Se metía por en medio de ellos y se frotaba, con gestos lascivos, contra el trasero de la pareja. Algunos se reían y disimulaban,

pues el Alberto tenía fuerza y mala entraña. Contra el trasero de la Cirila, frotó con más ánimos que contra el de las demás.

—Alberto —el Grúa estaba terriblemente serio—, si vuelves a hacer eso, te partiré la cara.

El Alberto se echó a reír. Siguió metiéndose con otros, con otras, y luego volvió de nuevo a la Cirila. El Grúa dijo:

—Alberto, lo dicho. Cuando salgamos a la calle te tengo que partir la boca.

—Eso ya lo veremos, macarra —chuleó el Alberto.

El Grúa se acabó de exacerbar. La Cirila lo apaciguaba.

—No te pongas así, hombre; no hay para tanto.

El Grúa estaba enardecido.

—Ése me las paga. ¡Vaya si me las paga!

Siguieron bailando. Cuando pasaba cerca del Alberto lo miraba hecho un gallo. El Alberto lo miraba, con el ojo encendido.

—El macarra este, el macarra este...

—Éste me las paga, ¡vaya si me las paga!

En la media parte del baile se sorteó la *toya*, «t, o, i griega, a», a, «t-o-y-a», ¿pasa algo? Quedaban muchas tiras de números y éstas las subastaron. Una tira, dos tiras, tres tiras, cuatro, cinco, etc., por dos pesetas: ¿quién da más? El público pujaba. Los novios se lucían delante de las novias, ofreciendo; los más ricos, delante de los más pobres. Salió a subasta un lote de cincuenta tiras. El Grúa llamó a sus compinches a conciliábulo.

—Vamos a ofrecer más que nadie, a ver si hay suerte y nos cae la *toya*.

Cada uno puso lo que pudo. El Grúa puso más que ninguno. Cuando parecía que nadie daba más por aquellas tiras, siendo el máximo postor uno de los Sisquets, el Grúa ofreció cien pesetas más de golpe. Reinó el desconcierto. ¡A la una, a las dos y a las tres! El Grúa se quedó con las cincuenta tiras.

—Ahora, a ver si nos cae.

Les cayó. El Grúa subió al estrado a recoger la *toya* —una engorrosa figurilla de escayola que representaba una señorita con sombrilla y galgo— de manos del Sisquet de la nariz corva. Hubo aplausos y se despejó el centro de la pista, para que el Grúa bailara a solas con su pareja. Entonces, el Grúa, cogió la *toya* y la estrelló contra el suelo. Los amigos aplaudieron. La gente se quedó parada. Los de la Comisión se echaron sobre el Grúa.

—¿Es que no es mía la *toya*?

—¿Es que no puedo hacer con ella lo que quiera?

El de la nariz corva dijo:

—Usted es un sinvergüenza; cómo se conoce que es usted de las Económicas.

El Grúa se acordaba de *la paliza del olivo*. El Grúa llamaba así a aquel asunto. Los Sisquets de esto no se acordaban, seguro. Los Sisquets habían dado muchas palizas a mucha gente. Al Grúa se le acabó de encender la sangre y de atravesar el

nariz corva. Le sacudió una patada con la suela del zapato, el pie plano, estilo *llesca*, que se dice, en el bajo vientre. Lo tumbó patas para arriba. Si le da con la punta del zapato, lo mata.

Otro de los hermanos se abalanzó sobre el Grúa, pero el Alberto le hizo la zancadilla y cayó cuan largo era. Ya estaba armada. Se liaron a palos. Las mujeres chillaban. Los de las Económicas llevaban las de ganar; por consiguiente, los otros, las de perder. Les sacudían a los cuatro Sisquets que era un gusto. Los del Barri Vell, unos porque no se querían meter, y otros porque intentaban apaciguar los ánimos y separar a los contendientes, acabaron de estropear la cosa, pues sólo hacían que recibir. El Costipao se encaramó al estrado de los músicos, agarró el micrófono y empezó a dirigir la batalla.

—¡Duro, Grúa!

—¡Animo, Alberto!

—¡Venga, Chonilla!

Hacía ruido con los platillos y con el bombo. Los músicos *le dejaban hacer*.

Entre el alcalde y la guardia civil apaciguaron los exaltados ánimos.

El alcalde recomendó a los estropeados Sisquets, calma. Al Grúa le razonaba:

—Usted no tenía que haber hecho eso.

—¿Pero no era mía la *toya*?

—Sí, pero usted no tenía que haber hecho eso.

—¿Y por qué me ha llamado sinvergüenza? ¿Usted cree que eso está bien? Uno puede vivir en las Económicas y ser tan honrado como los del Barri Vell.

—Sí, eso es verdad.

—Además, que si vamos a mirar, tantos ladrones hay en el Barri Vell como en las Económicas.

—Sí, eso es verdad. Pero usted tenía que haber bailado el baile de la *toya*, en lugar de haberla roto. Luego, en su casa, podía haber hecho usted lo que hubiera querido con ella. Eso que ha hecho usted ha sido como una falta de respeto, como una desconsideración.

—¿Ve?, en eso tiene usted razón —dijo el Grúa.

El alcalde era una especie de conservador. Quería arreglar las cosas bien. Sin disturbios ni jaleos. Que las personas, además, hablando se entienden, esta vez fue cierto. La fiesta continuó.

El alcalde, que era el lechero, le contaba a los pudientes:

—A esta gente hay que saber metérsela en el bolsillo. Se cogen más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre.

El Grúa les decía a los suyos.

—Ya sé que era una desconsideración. Por eso lo hice. Por darle en la boca al narizotas aquél.

La fiesta continuó. Los de las Económicas se habían hecho los amos. Se habían ganado el favor popular. Los mozalbetes del Barri Vell se les habían adherido.

Algunos de los riquillos se fueron. Ellos no aguantaban aquello. Los de la Comisión aseguraban que otro año esto no pasaría; otro año entraría todo el mundo por rigurosa invitación. El Costipao había intimado con los músicos. Dirigía la orquesta y cantaba por el «micro».

—Para mi amigo Grúa, para que lo baile con su novia, tengo el gusto de dedicarle «Sombrero»...

*Tienes planta de macetaaaaa,
y hay en ti tal señoríooooo...*

El Costipao no cantaba ni bien ni mal. Muchos creían que cantaba *muy* bien. Él.

El Grúa lo bañó con la Cirila. El Grúa bailaba los pasodobles achulado y postinero, con muchas vueltas y floreos, adornándose, creyéndose que los bailaba como nadie. A la Cirila, un suave gozo o ternura se le derramaba por dentro.

—Al Alberto, para que lo baile solo, ya que no hay ninguna mujer que se atreva a bailar con él, la rumba «Cerezo blanco»...

El Alberto bailaba solo, sin compañía, solo, la pista sólo para él, solo, haciendo el ganso desesperadamente, para disimular su humor, solo. La gente se partía. El Grúa argumentaba:

—Ellos organizan la fiesta y nosotros nos aprovechamos. ¡Habrased visto tíos más burros!

Cuando salieron a la calle —las cuatro de la madrugada— el Grúa le dijo al Alberto:

—Aunque ha pasado lo que ha pasado, no creas que me he olvidado de ti. Yo, cuando prometo una cosa, la cumplo.

—Hombre, Grúa...

—Nada. Voy a romperte la cara.

—Nos la romperemos.

—Eso, *nos* la romperemos.

La Cirila se pegaba contra el Grúa.

—Venga, Grúa, ya está bien por hoy.

La presencia de la Cirila enardecía al Grúa; lo hacía héroe y suicida.

—Tú te callas. Tú aguántame la americana y no te preocupes por nada.

El Costipao se echó a reír.

—No sé por qué te quitas la americana si ya te la han hecho trizas en el tomate de ahí dentro...

El Alberto ya no era como cuando muchachos: romántico y caballeresco. El Alberto no le dio tiempo a que se acabara de quitar la chaqueta. Se lanzó en picado a la cintura del Grúa, para derribarlo. El Grúa lo esquivó como a un toro, y con el brazo ya desembarazado de la chaqueta le soltó un mazazo en la nuca. Pegó de morros contra el bordillo, el Alberto: se partió los dientes y perdió el conocimiento.

El Grúa volvió a colocarse la destrozada americana.

—¿Vamos?

A la Cirila le latía la carne.

El Costipao dijo:

—Yo me quedo con este desgraciado. No te lo tomarás a mal, ¿verdad, Grúa? No lo podemos dejar así.

—Yo no me lo tomo a mal. Yo, cuando doy una palabra, la cumplo; eso es lo único que pasa. Le dices, cuando vuelva en sí, que si quiere, tan amigos como siempre.

—¡Jope, Grúa! Yo no sé si va a querer.

La Cirila se extrañó de que calle de los Huertos arriba (Maragall ahora), pasaran de largo por delante de la calle Pitarra (antes no nos acordamos), que donde ella vivía.

—¿Adónde vamos, Grúa?

El Grúa le apretó la mano. La atrajo hacia sí y la besó. Por el final de las Económicas salieron al campo, un campo cómplice, oscuro como la noche, latidor como sus exaltados corazones. Cruzaron la carretera Recién Terminada.

—Tengo frío, Grúa.

Llegaron al talud de la vía. El Grúa se quitó su trozo de americana y se la puso a la Cirila. Volvió a besarla desesperadamente.

—¿Qué haces, Grúa?

La Cirila sabía qué era lo que hacía el Grúa. Pero esto siempre se pregunta.

—Nada, tonta.

—Te quiero, Grúa; te quiero.

—Y yo también, Cirila. Como a nadie, Cirila. Más que a nadie, Cirila.

En aquellos momentos el Grúa decía la verdad.

Pasaba el mercancías. El tren siempre jugaba un papel importante en la vida del Grúa; ¿por qué nos empeñamos en decir esto? El terraplén trepidaba. Unas piedrecillas rodaban por el talud.

CUARTA PARTE

AHORA

*Dios te salve...
¡Cristo negro,
santo hediondo,
Job por dentro,
vaso infame del dolor!*

ALMAFUERTE

La Galdufa, tan pobre, tan pobre, había salido por peteneras, digámoslo así. En uno de los pocos solares que quedaban a lo largo de la calle Maragall, donde antes fueran huertos, había levantado una enorme casa de pisos moderaos. La de duros que iba a sacar con ellos. Ella, sin embargo, continuaba viviendo astrosamente en la calle de los Colegios (Bartrina ahora). A los inquilinos de estos pisos les había hecho pagar veinte mil pesetas de entrada o traspaso, y, de alquiler, quinientas al mes. ¡Casi nada! Se estaba forrando.

¿Y de dónde habrá sacado el dinero para levantar esos pisos, de dónde?

El José de la Manolica, el de la charcutería, también había levantado unos pisos, en el solar cercano a los colegios.

Pero ése tenía dinero. Una charcutería da dinero. Cualquier, negocio, hoy, da dinero. En cambio, la Galdufa...

El de los fogones se había hecho una casita la mar de mona, también en un trozo de lo que fueron huertos. (Al de los fogones, como que vendía o corría fogones, de petróleo, le llamaban el Fogonero. Lógica pura. ¿No?).

Ése le saca muchas perras al negocio ese de los fogones. Ahora todo el mundo compra fogones de ésos. Pero la Galdufa...

El Flores, hacía los finales de la calle Maragall, había levantado una enorme y destartalada sala a la que le había revestido él suelo con cemento y convertido así en una magnífica pista de baile. Por nombre le había puesto: «Las Económicas sí, el Barri. Vell no». ¡Bonito nombre!

Pero éste tenía cabras, y las cabras dan dinero. La Galdufa, en cambio...

Las Económicas, por la parte de la calle Maragall —con las barracas de los gitanos, los nuevos pisos, «Las Económicas sí, el Barrí Vell no», otras construcciones de aglomerados cuchí, triles a manera de aturdidoras colmenas, tales como él «Patio de los gaditanos», y algún solar lleno de basuras, aún por edificar—, se desbordaban, eran como si hubieran engordado, roto los moldes que una especie de ley antigua —ley de perspectivas y de cada cosa en su sitio— les marcara. El Ortiz había montado un bar, en ese margen también. Desde la puerta de la Esperanza ya no se veía el tren pasar. El Ceregumil había puesto otro bar, lugar: ídem. Las edificaciones eran una barrera, un muro para las Económicas. El horizonte lo rompían. Daba igual.

Pero ésos tenían dinero. El Ortiz se traspasó él bar de la calle Central. Al Ceregumil le cayó la lotería, ¿os acordáis? Lo que no tiene explicación es de dónde ha sacado el dinero la piojosa de la Galdufa, esa muerta de hambre, porque mira que se necesita dinero para levantar semejante edificio de pisos, el mejor de todos, semejante bloque, el más grande de todos.

Los vecinos estaban intrigados. No hay cosa que dé más rabia que ver levantar cabeza a un miserable. Los vecinos ataban cabos como podían. A los piojos resucitados no sabemos lo qué daríamos por poderlos aplastar de nuevo. Ataban cabos, los vecinos, como podían, y, a su juicio, los ataban bien.

¿Os acordáis del hijo de ella, del Macarías, que lo mataron los rojos? Sí, que lo mataron por ideas.

Por ideas, por ideas... Por el oro que robaron entonces.

Sí. El Oro siempre tiene valor. A ellos no se lo pudieron encontrar entonces, pero ésta lo ha sacado ahora, cuando ya nadie se puede acordar de aquello.

¡Oro! Yo lo he visto. Buenos lingotes.

Mucho oro del que se dice que salió de España, no salió, no salió. Que se lo quedaron entre cuatro. Si yo quisiera, a ésa se le caía el pelo. Lo que pasa es que uno es de buena ley, no lo puede remediar.

Ya veréis como la mujer del Guega y la del Patillas, y la, familia del Joselete, respirarán por alguna, parte, ya veréis.

Efectivamente, respiraron. ¡Quién lo había de decir! ¡También es casualidad!

La mujer del Guega bacía mucho que se había vuelto a cagar, y su marido había comprado un camión. ¿No os lo decía, no os lo decía?... La del Patillas, de nuevo casada hemos, diez o doce años de luto ya está bien, puso una tienda. ¿No os lo decía yo, no os lo decía yo?...

La familia del Joselete, su pobre y anciana madre, puso un puestecillo de pipas y cacahuets, que primero no le daba para nada y luego le daba para menos. ¿No sus lo decía yo, no sus lo decía yo? Si tengo una vista. A lo mejor, los suspicaces tenían razón. Cosas más difíciles hizo Dios y nadie se ha extrañado por ello.

55

La barraca surgía, erecta, de abajo arriba, como los árboles como los niños, pero no lentamente sino de prisa, lo más aprisa posible. El Grúa no había construido nunca ninguna, no las había visto construir, no sabía cómo se construían, pero lo hacía instintivamente, igual que el acto sexual, sin que nadie le hubiera enseñado. Una barraca es dúctil y se hace como se quiere, acoplándose a ella, acoplándose ella a nosotros. No son como los hijos, en los que se pone parte, pero no arte. La Cirila, en la hierba, contemplaba al Grúa. El niño, en el regazo, miraba al vacío, y, con sus manos, quería cogerlo.

—¡Míralo cómo garrea!

La Cirila le tocó la barbilla.

—¡Ajo, ajo!

Se lo comía a besos. El crío berreaba.

—Vas a matar a la criaturita.

El Grúa se había llevado a la Cirila, del terraplén de la vía, a rastras. Hacía frío.

—¡Vámonos ya!

La Cirila gimoteaba. El Grúa la llevaba de una mano, tirando sin parar, arrastrando, como se lleva un mulo cabezón al abrevadero. La Cirila se dejaba llevar a trompicones, lacia, floja, el cabello suelto una enorme mata hasta los pies.

—Ahora ya no me querrás, Grúa. Los hombres sois así.

Al Grúa le daba rabia, coraje que dijera aquello.

—Los hombres una vez encontráis lo que buscáis, ya no queréis saber nada.

Le sulfuraba oír aquello. Todas las mujeres eran igual. Ásperas antes; pegajosas luego.

—Ahora no querrás saber nada de mí. Los grandes ojos, llenos de agua, relucían.

—Ahora, si te he visto no me acuerdo.

«¡Mira que da asco una mujer cuando ya se ha hecho con ella lo que se ha querido!».

—Ahora, por qué fuiste tonta y te dejaste. «No tendría que ser así».

—Ahora, tú te lo quisiste.

«Siempre tendríamos que estar junto a ellas con la misma disposición y entusiasmo que antes de empezar».

—Ahora, a mí que me cuentas.

«La mujer tendría que ser como el hombre. Terminado el asunto, a otra cosa, mariposa; cada uno por su lado».

—Ahora, a mí qué me explicas.

El Grúa, rumiando y razonando, era como usted y como yo, ¡caramba!

—Ahora, a mí allá te apañes.

Ante el silencio del Grúa, la Cirila cambió el disco.

—¡Cómo callas y no dices nada! ¡Cómo callas y te haces el desentendido! ¡Cómo callas y piensas a mí qué! «¡Bueno!».

—¡Claro, como que ahora ya me has logrado! ¡Claro, como que ahora ya te has salido con la tuya! ¡Claro, como que ahora ya has hecho conmigo lo que te ha parecido! ¡Claro, como que ahora...! «¡Bueno!».

Llegaban a la calle de la Cirila. Llevaban los pies mojados, de la rociada.

—No alborotes, vas a despertar a todo el vecindario —dijo el Grúa.

—¿Y qué les digo yo a mis padres?

—Dile que el baile ha terminado en estos momentos.

—¿Me pasará algo, Grúa, me pasará algo?

—¿Qué te tiene que pasar? Se le echó al cuello. No paraba de besarlo.

—¡Cómo te quiero, Grúa, cómo te quiero! Ahora más que nunca.

El Grúa le devolvió los besos con desgana. Pensaba, tanto que se resistía hace un rato y ahora con qué esplendidez los da.

—Hala, adiós —le dijo.

La dejó en la puerta de su casa. Ella lo siguió desde el portal con aquellos ojazos que parecían faros de coche, comiéndoselo, llorando, feliz en su atribulación, hasta que dobló la esquina.

La Tere dijo:

—¡Qué tarde vienes!

—Sí.

—¿Ahora ha terminado el baile?

—Sí.

—¿Que no sabes decir otra cosa?

—No.

—¿Qué se te ha secado la lengua?

—Sí; anda, vuélvete a dormir.

—No, ahora ya me has desvelado.

La Tere empezó a besuquearlo. El Grúa se moría de sueño y de asco. ¡Menudas mujeres! Se hizo el remolón. La Tere se quedó con las ganas.

—El golfo éste, ¡despreciarme a mí! Seguro que se ha ido con alguna, ¡seguro!

El Grúa dormía.

Para hacer la barraca, primero había alisado el suelo, removiéndolo, limpiándolo de hierbas, apisonándolo. Había escogido un trozo de descampado libre en el antiguo campo del Antolin, un poco apartado del conglomerado que se alzaba como una barrera delante de las Económicas. Quería estar solo. Con su mujer y su hijo, pero solo. Era un trozo alfombrado de césped, un césped no muy verde, sí bastante pisoteado. Antaño, cuando chico, allí, donde él alisaba, había habido caña dulce. Cada año plantaban caña dulce. La caña dulce la chupaban, la mascaban, la trituraban, la rumiaban, hasta que quedaba convertida en hilos que parecían cabello de ángel y que al final, carentes de sabor, tenían que escupir. ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Bah! El Grúa clavaba las estacas en el suelo con gusto. De momento un cobertizo, para albergarse cuanto antes por la noche, por si llovía. Luego todo se andaría. Era feliz, era poderoso. Parecía un patriarca bíblico. Aquel cuadrado, aquel rectángulo era suyo. Aquella mujer, aquel chiquillo, también. La barraca la forraba de cartón cuero. El techo con planchas de lata y encima grandes pedruscos, por el viento, para que no las levantara. La Cirila había encendido fuego *entre* cuatro piedras. Y había cocinado. Era verano. Hacia buen tiempo. El chiquillo estaba boca arriba *entre* unos trapos. Perneó y fue a parar *entre* la hierba, boca abajo. Era feliz.

—Ese nene, Cirila.

A los nueve meses, la Cirila, ¡pías!, había parido, esto no es cogernos de sorpresa, ¿verdad, avisados? Tuvo el crío en la Maternidad. Lo bautizaron —las quisquillosas monjas no se lo dejaban sacar sin bautizarlo previamente y previsoramente— y le

pusieron solamente sus apellidos. El Grúa, desde la noche de marras, se había esfumado, no había querido saber nada con ella.

—Eso ya me lo imaginaba yo. Los hombres siempre hacen igual.

La Cirila, a pesar de todo, le hubiera puesto los apellidos del Grúa, pero la Cirila no sabía los apellidos del Grúa, ni el nombre tampoco. ¡No lo sabemos nosotros! ¿Cómo se llamaría el Grúa? ¿Qué querría decir esto de Grúa? Claro que en nosotros cabe más disculpa.

Al hacer la inscripción le habían preguntado:

—Pero, ¿usted conoce al padre?

—Sí.

—¿Y piensan casarse?

—A lo mejor.

—¿Y no sabe cómo se llama?

—No.

—¡Ésta sí que es gorda!

La barraca era un cuadrado, con una puerta en uno de los lados, sin ventana alguna, ¿para qué? La barraca era un solo compartimiento.

—Cuando el chico sea grande ya haremos un tabique de separación.

—¡De aquí a entonces! A lo mejor ya tenemos casa...

—Sí, a lo mejor.

El Grúa se había jactado delante de los amigos.

—¿No os dije que ésta me la picaba yo y sanseacabó?

—¡Jope!, eso no es de hombres, Grúa.

—¿El qué?

—El Ir pregonando lo que has hecho.

—¡Bah, bah!, si esas cosas no se contaran no lucirían, no darían gusto.

El Grúa para hacer la barraca, había empleado de todo. Clavos, alambres, maderas, ladrillos de derribo, barro, trozos de uralita vieja, latas. Las herramientas se las habían dejado. Sólo había comprado el cartón cuero. ¡Era un tío! Se sentía más hombre —HOMBRE— que nunca. Se sentía lleno de responsabilidad. Se escupía las manos enrojecidas, cubiertas de ampollas, manos suaves de maleante y no de honrado trabajador. La Cirila lo miraba arrobada y embobada. Hada poco que la había poseído de nuevo, luego de tanto tiempo, allí, entre la incipiente construcción, ¡cualquiera esperaba a que la barraca estuviera terminada! El niño dormía. Le dio una arcada. Había tomado demasiado biberón. La leche le vino a la boca y le corrió por la barbilla. Pareció que se ahogaba.

—¡Límpialo, límpialo, no seas despreocupada!

La Cirila, al principio, se había callado, pero luego, en vista de que no había remedio, se lo había confesado a su madre.

—¿Y cómo ha sido, y cómo ha sido?

—¿Y yo qué sé, y yo qué sé?

—¿Y quién ha sido, y quién ha sido?

—¿Y yo qué sé, y yo qué sé?

—¿Cómo que yo qué sé? ¿Con tantos has ido, pendón?

—No, no, sólo ha sido con uno. Pero yo no quiero decir quién es. Su madre le sopló dos guantadas.

—¡Toma, zorrón! ¡Ya verás tu padre! ¡Eres nuestra deshonra!

Al final tuvo que decir quién había sido. El padre se quería comer al Grúa. Luego se rajó, cuando le dijeron que el Grúa se lo comería a él.

—La culpa es de ella. Si una mujer no quiere, no pasa nada. ¡Descastada!

El palizón reservado para el Grúa se lo mamó la Cirila.

—tendría que echarle de casa.

La madre lloraba.

—¡Esta hija, es tu hija! ¡No la mates, no la mates!

El Grúa la había venido esquivando desde el primer día.

—Ésa me la pico y sanseacabó.

Las bravuconadas con los amigos hay que cumplirlas.

—Y, ahora, Grúa, cuando seas padre, ¿qué?

—¿Yo? ¿Padre yo? Ya buscará quien cargue con ella y con el hijo; algún cabrón surgirá.

La Tere, rabiosa, dijo:

—A saber si está de ti.

—¡Pues de quién, entonces! —Se quedó mirándola, serio y solemne—. A lo mejor te crees que todas son como tú. Ésa era virgen.

La Tere se puso a llorar.

—Eso es lo que le ocurre a una por enamorarse. La de *caradas* que tengo que aguantar.

El Grúa se puso chulo.

—Y las que aguantarás.

La Cirila desistió del Grúa. La Cirila pensaba: «Cuando vea a su hijo, volverá». La Cirila siguió trabajando en la fábrica hasta un día antes de ingresar en la Maternidad. Luego, ya con el hijo, siguió trabajando igual. El crío lo dejaba con su madre, que se cuidaba de darle el biberón. La abuela, enternecida, besaba a aquella especie de lechoncillo y decía:

—¡Angelito! ¡Inocente! ¡Tesoro de mis entrañas!

—Y otras sensiblerías por el estilo.

A veces se ponía filósofa.

—¿Y qué culpa tienes tú de la maldad de los hombres? ¿Eh? ¡Ninguna!

Al Grúa le decían:

—Rediós, ¡cómo se parece a ti! Es tu vivo retrato.

El Grúa se encogía de hombros.

—¡Jope!, es chivado a ti, Grúa.

La Cirila decía:

—Mientras viva su madre no le tiene que faltar nada.

El Grúa se puso en ganas de ver al chiquillo.

—No tiene padre ni falta que le hace. Aquí está su madre para lo que se presente.

La Cirila estaba más maja, más hembra, más leona que nunca.

—Fregaré pisos, robaré si es necesario; a mi hijo no le tiene que faltar nada. Pero seré honrada. El que lo haya hecho una vez no quiere decir que lo vaya a hacer siempre. Una vez y no más, como santo Tomás. A mi ya no me engaña nadie.

El Grúa le dijo al Costipao:

—Me gustaría hablar con la Cirila.

La Cirila no quería saber nada con el Grúa. Sí que quería. Pero hacía como que no.

—El chiquillo es mío, mío únicamente, sólo mío. A ver si se cree él que ahora va a venir con sus manos limpias y...

—No es eso —dijo el Costipao—, es que...

No supo qué más decir.

La Cirila, al fin, accedió.

—Bueno, sólo verlo. Pero yo no quiero saber nada con él.

Se encontraron en la esquina Maragall-Pitarra, lejos del bar. La Cirila estaba sofocada. Pasaba gente. El Grúa dijo:

—Hola.

También estaba encarnado.

—¿Me lo dejas ver?

Cogió al chiquillo. Lo puso en alto, estirando los brazos.

—A ver si lo tiras.

Una rara ternura, como nunca en la vida la había sentido, le bañaba las entrañas al Grúa.

—No dirás que no se te parece.

La Cirila estaba orgullosa de que se pareciera al Grúa. Allí no había trampa ni cartón.

El Grúa acunó al chiquitín. Al fin lo besó. No miraba a la Cirila cuando habló:

—Si quieres, Cirila, podemos volver.

—Tú, Grúa, no eres muy de fiar.

—Bueno, eso era antes.

El Grúa se vendió un par de trajes, para comprar el cartón cuero y lo que hiciera falta. La Cirila y el ario continuaron —sólo por unos días— en casa de la madre.

—Aquí, los tres, no podéis vivir.

—No, si nos estamos haciendo una barraca.

El Grúa dormía en el suelo, al lado de su construcción, que era como su segundo hijo. La Cirila continuaba trabajando. El chiquillo, durante el día, seguía con la abuela.

—¡Inocente! ¡Angelito! ¿Qué culpa tienes tú de que tus padres sean tan cabezas rotas?

—En cuanto tengamos la barraca hecha y yo me ponga a trabajar, tú *plegas*^[29] de la fábrica, ¿eh?

—Lo que tú quieras, Grúa, lo que tú quieras.

—Y arreglamos los papeles en seguida para casarnos, ¿eh?

—Lo que tú quieras, Grúa, lo que tú quieras. La Cirila veía que ahora todo iba de verdad. Por eso se dejaba siempre que el Grúa quería, entre la barraca a medio hacer. El crío, con sus lloros, los apremiaba.

—Ahora hemos de tener cuidado para no cargarnos de hijos. Con éste basta y sobra.

—Sí, con éste basta y sobra.

La Tere, cuando vio al Grúa recoger sus bártulos diciendo que volvía con la Cirila, se había descompuesto. Se le había puesto mal color, mal sabor de boca y aflojado el estómago. Se había burlado:

—Tu vivo retrato, tu vivo retrato. A saber de quién será. De todos los críos dicen lo mismo. Todos se parecen al padre. ¡Cuentos!, Había llorado:

—Aquí no te faltaba nada. Mejor no podías estar. Hadas lo que querías. Yo siempre me he portado bien. Haré siempre lo que tú quieras. Me callaré. No te molestaré.

Suplicado:

—No te vayas. Si quieres un hijo, tendremos un hijo. Yo te lo puedo dar. Un hijo bien tuyo. Yo te lo puedo dar, igual que te lo ha dado *ésa*. Ofrecido:

—Pondré el bar a tu nombre: Insultado:

—¡Macarrón! ¡Chulo! ¡Te tienes que morir de hambre! ¡Si no sirves para trabajar, si no sirves para mantener a una mujer! Forcejeado:

—¡Eso no te lo llevas! ¡Esos trajes te los compré yo! ¡Esa ropa te la regalé yo!

Vociferado:

—¡Ladrón! ¡Golfo! ¡Sinvergüenza! ¡Qué me has levado engañada! ¡Qué has hecho conmigo lo que has querido! ¡Qué...!

¡Flap! El Grúa le soltó tal bofetada que la estampó contra la pared. Se quedó con los ojos abiertos, fuera de las órbitas, la mano sobre la boca. Quería gritar y no podía, quería llorar y no podía, quería moverse y no podía. Trastabilló y cayó al suelo. La clara conciencia de que lo perdía para siempre le paralizaba los nervios. Se arrastró como pudo y se cogió a él. El Grúa se la sacudió con el pie. Quedó en el suelo convulsionándose como una serpiente. El Grúa cruzó la sala del bar ante la absorta clientela que puesta en pie y en silencio barruntaba que algo gordo se acaba de ventilar allí dentro.

A la Cirila, su madre le prestó un colchón. El Grúa fue a casa de la Esperanza y reclamó la cama de la Patarranca o Colorá.

—La habitación me la negó, pero la cama de mi madre me la tiene que dar.

La Maruja decía:

—¡Cómo te han pescado, Grúa; ay, cómo te han: pescado!

Al Grúa le vinieron ganas de atizarle, ni más ni menos que a la Tere, pero lo dejó correr.

La noche en que cerró la puerta de su barraca, con su mujer y su hijo dentro, el Grúa se sintió honrado, honorable, decente, cabal, recto, burgués, con una impresión como si lo hubiera sido siempre, toda la vida, como si lo hubiera heredado así y no hubiera, sido nunca de otra manera.

—Mañana mismo saldré a buscar trabajo.

La felicidad, a pesar de lo grande que es, y aunque mentira parezca, cabe dentro de un rectángulo.

—Mañana mismo empezaré a trabajar. ¡Verás!

56

Las cosas que de principio no se enmiendan, luego son difíciles de corregir. Es aquello el arbolito que de tierno no enderezaron y del niño que en la infancia, etc. Se estaba intentando poner remedio a la inmigración y a la oleada de barracas. ¡A buena hora, mangas verdes! Había escasez de trabajo.

Tanto personal venido de fuera, tanto, la mano de obra iba tirada. Los murcianos y andaluces se enrolaban por cuatro cuartos. Habla que vivir, ¿no? Trabajaban de sol a sol, las ocho horas reglamentarias, y cuatro o cinco extras. Comparado con el pueblo que habían abandonado, Jauja. ¡Inexplicable! A mí que no me falte trabajo y lo demás son cuentos.

El Grúa trabajaba en las nuevas pistas de aterrizaje del aeropuerto, con agua y lodo hasta las rodillas, como un condenado cabrón, decía, y aún menos mal. Por la mañana y por la noche, con unos camiones, los llevaba y los traían, desde la Ciudad al Campo y desde el Campo a la Ciudad. Luego, muchas veces andando si el último autobús ya había salido, a casa, es un decir, a la barraca, es una realidad. Llegaba a las quinientas, ¡ya saldría algo mejor!

La Cirila no se había dejado la fábrica.

En cuanto nos, casemos, la dejas. Si no, no podré cobrar los puntos.

El cura que les arreglaba el papeleo para el casorio, le había hecho una carta de recomendación para aquel trabajo que tenía, de lo contrario no hubiera habido nada que hacer. Los curas lo pueden todo. Había sido la Cirila quien había pedido dicha carta. Él, por nada del mundo se hubiera humillado.

Si no es humillarse.

¿No? No poco.

El papeleo para el casamiento iba lento. Partidas dé bautismo, defunción

de la madre del Grúa, paradero ignorado de su padre, fe de soltería de la Cirila del pueblo, ¡complicaciones! Si quisieran, una firma y ya estaba. Las Señoritas habían prometido encargarse de pedir y sacarles todos estos papeles. Las Señoritas de No Sé Qué Diablos, con tal de casar a unos que vivían juntos, todo; las Señoritas de No Sé Cuántos, que en todo se metían, que todo lo arreglaban, que todo lo preguntaban y que él abominaba; las Señoritas...

¡Chafarderas, eso!

¡Ave María Purísima! ¡Alabado sea Dios!

¡Sí, sí que lo son! ¿Pasa algo?

Había, además, el problema de cambiar los apellidos del hijo. Otro jaleo. Más complicado que el otro. También, la Cirila, ¡vaya ocurrencia!

¡Y yo qué salda cómo te llamabas! ¿Qué querías, que fuera sin ningún apellido, como los incluseros?

Con el nuevo hijo ya tendría cuidado, aseguraba el Grúa, ya vería; esto no pasaría, ya vería. No, si en las mujeres no se puede confiar. Todo lo que tocan, lo lían. ¡Claro, como que no saben andar por el mundo!

Los primeros días en el trabajo parecía que le hubieran dado una paliza, que lo hubieran baldado. Le dolían los riñones, el lomo, los costillares. Las manos las tenía hechas un asco, llenas de ampollas, llenas de grietas: ahora se le estaban endureciendo.

El Costipao, ¡jope!, había entrado en la Compañía de Tranvías. ¡Iba más chulo, con su gorra de medio lado, billete, por favor!

En el distrito, prácticamente, ya no quedaban maleantes, o los habían encauzado por la recta vereda. ¡Buena labor social! La letra, con sangre entra; y los convencimientos, también.

El Costipao se las había visto un poco moradas para ingresar en la Compañía; tenía antecedentes penales, dos o tres veces; antecedentes penales de poca monta, claro, pero antecedentes. Tuvo que hacer una instancia, al Ministerio de No Sé Qué, y se lo solucionaron, no sabemos cuándo, pero se lo solucionaron.

¡A ver!

El Costipao ya, andaba por el mundo limpio como una patena. ¿Quién ha dicho que no cabe la regeneración?

El Alberto también se había hecho tranviario, conductor. Conducía el 29 con el mismo empaque y énfasis de quien capitanea un barco.

Esta línea del 29 es la línea de más responsabilidad de toda Barcelona. Yo soy responsable de lo que pueda ocurrirle a los señores pasajeros. Yo...

Creía que llevaba un «Pegaso» y no un tranvía, o un autocar de viajes internacionales y no un tranvía, o... y no un tranvía.

Ser tranviario era una especie de ganga a la que todo el mundo se

agarraba, todo el mundo que podía, desde luego, qué duda cabe. Aquello no era darle al pico y a la pala. Aquello, si bien se mira, no era trabajar. El Grúa se desesperaba. No sabía leer ni escribir, y de este modo no había manera, y eso por más recomendaciones de cura que hubieran terciado.

Más me hubiera Válido ir a la escuela y no todo el día golfeando.

Aparte de que él al cura no quería pedirle nada más. Los curas no le hacían gracia.

Me pasa con ellos lo que con el escribir: me estorba lo negro. ¡Ja, ja!

Como veníamos diciendo, las autoridades quisieron poner coto a la inmigración y a las barracas. Era un poco tarde, pero todo se andaría.

¿Es que cada uno no puede ir adónde?

Sí, pero aquello no podía ser.

Yo trabajo y me los gano, ¿no? Supongo que tos catalanes no me mantienen de balde. A nadie le dan nada si no trabaja. Todos somos españoles, me parece a mí.

Pero no, no era aquello. Eran otras cosas. El asunto de h Vivienda sobre todo. ¿Dónde albergar aquel alud? Y los campos que abandonaba, ¿qué? Pronto habría más gente sin trabajar que trabajando. La sangre no puede amontonarse en un solo miembro. Pusieron coto, asegurábamos; intentaron ponerlo que viene a ser lo mismo.

Vigilaban los trenes. A los paletos con maletica los detenían y los hacían volver, o los encerraban en Misiones, si ya era en Barcelona donde los cogían. Desde allí, vuelta a facturarlos para el pueblo. Uno va a ganarse la vida, uno no es ningún maleante. ¡Hala, hala!

El cura se hinchaba de hacer certificados. Mire, padre; mi familia, que venían a mi boda, y los han detenido a todos. Están en el Palacio de Misiones. A ver si con mi papelico de usted... certificados para que soltaran a aquellos desgraciados.

¿A qué va usted a Barcelona?

Es que se casa un hermano mío...

Se casa un hermano mío, se casa un hermano mío... A quedarse, a eso va usted. Y en Misiones, cuando el certificado milagroso los recuperaba: Estos curas practicaban mucho el amor al prójimo. A más de uno deben encubrir.

Encubrir, no. Lo que ocurría es que luego de la boda muchos se quedaban.

Hubiéronse de tomar más determinaciones, tajantes éstas. Se controlaron las barracas. Se les dio un número a cada una, que se clavó en la puerta, a modo de contraseña, como un Sagrado Corazón aritmético. Estas barracas eran respetadas. Las nuevas, las de «luego de dado el numérico», las derribaban, sin contemplaciones. Los numeritos en cuestión alcanzaban cifras inverosímiles. El dos mil y el tres mil y pico. ¿En dónde vive usted? En

las barracas de la Fosa. ¿Qué número?

¡Huy!, esto sí que es difícil, espere que me acuerde. ¿No ve que aquello parece un número de teléfono y no un número de casi?

A su debido tiempo —prometían— se daría vivienda decente a los inquilinos de cada barraca. Para años tenemos.

Algunos núcleos de barracas los derribaban y a sus componentes les daban vivienda en la otra punta de la Ciudad: en Verdún, en La Trinidad...

Se levantaron unos grupos de viviendas protegidas. Detrás de la Serrería, en una hondonada de la Montaña y junto al Polvorín. Trajeron a vivir en ellos a gente del Somorrostro, de Ja Barcelonesa y de la Diagonal, otros extremos de la Ciudad. Los que alcanzaban piso en La Trinidad, remugaban:

¿No podían enviar éstos allá y nosotros aquí?

Los que venían del Somorrostro, etc., rezongaban.

¿No podían enviarnos allá y éstos que se quedaran aquí?

Todos gruñían:

Es que en España todo lo hacen mal.

Todos triscaban:

Y aún menos mal que hemos encontrado piso.

Todos suspiraban:

Otros los hay de peor.

A muchos, acostumbrados a la barraca, en la que no se pagaba alquiler, agua ni luz —agua y luz porque no la había, desde luego—, se les hacía cuesta arriba pagar ahora todo esto en el nuevo piso.

La población aumentaba vertiginosamente, a grandes contingentes y no relativamente. Aquello ya no era como antes, en que se conocían unos a otros y que sólo por la pinta de cada cual podías decir: éste es del Barri Vell, éste de las Económicas, éste de La Maresma, pues cada barrio imprimía en sus convecinos un sello particular, distinto de los demás. Ya, ahora, continuamente eran caras nuevas.

Todo aquello, se decía, era zona industrial; en los planos de la nueva Barcelona así estaba decretada, delineada y marcada, eso aseguraban los sabelotodo, el pijo del Gafas entre ellos. Los payeses vendían sus tierras, por las buenas, y, si no querían, por las malas. Es curioso que una persona no pueda mandar ni en lo suyo propio. Ley de expropiación, ¿no es eso?

Detrás de la ola de barracas había la perspectiva de la ola de fábricas, ésta no preocupaba a los gobernantes, es el progreso. Muchas fábricas había ya, muchas se estaban haciendo, pero muchas más se levantarían, si no, al tiempo. Aquello iba camino de convertirse en un nuevo Pueblo Nuevo, con calles rectas llenas de polvillo negro, con fachadas ahumadas, con sempiternos cielos neblinosos.

Algunos antiguos propietarios de aquellos antaño agrestes y abandonados

terrenos se habían pillado los dedos, el dueño de La Fontana, por ejemplo. Propietario de un terreno baldío, lo alquiló a fragmentos y levantaron barracas en él, todo un barrio. Cada año, o cada mes, igual da, pagaban su alquiler y en paz. Ahora, una fábrica en potencia, ofrecía una suma considerable por todos aquellos terrenos. Sí, sí, ya, ya... El dueño se mesaba los cabellos. Las barracas, con su número de extenso catálogo, aguantaban impávidas y sin arredrarse.

Si no nos dan casa no nos pueden echar, ¿es verdad o es mentira?

¡Verdad, verdad! ¿Para qué sirve la ley entonces si nos echan sin más ni más?

Eso quisiera el dueño, ¡mal dolor le del

¡Anda y que reviente!

...

57

La barraca del Grúa era de las «no numeradas», es un modo de decirlo. Vinieron los *de la camioneta*, es otro modo de decirlo. La gente gritaba:

—¡Los de la camioneta, los de la camioneta!

Era un espectáculo como el de la perrera.

—¡La perrera, la perrera!

Éste más angustioso y escalofriante, naturalmente. El piquete de demolición llegó a la barraca del Grúa. Iban amparados por una pareja de la Guardia Civil. Los guardias civiles echaban hacia atrás a la ávida multitud, con los fusiles terciados a modo de barrera, horizontales o de través.

—¡Venga, atrás, atrás! ¡Circulen! ¡Aquí no se les ha perdido nada!

El capataz era un tipo raquítrico, mellado, de boina y gabardina. Le silbaban las palabras al salir por la aspillera de los dientes.

—Haga el favor de *sssacar sssus cossass* de ahí dentro.

La Cirila se puso a llorar. Su madre había acudido corriendo.

—¡Van a tirar la barraca de su hija, van a tirar la barraca de su hija!

—¡Tenga, madre!, aguánteme el crío.

Salió volando a buscar al cura que los había casado.

—Díselo al joven. El viejo no te hará caso.

Sí, el cura era joven. Mal negocio ser joven. Se piensa con los pies más que con la cabeza. Aquélla era su primera parroquia, su debut como vicario. Salía a lío de éstos diarios. Casi nunca conseguía nada. *Cogerse los dedos, todo lo más*. Pero él iba donde lo llamaban. *Cristo está* en todas partes como Dios omnipotente, como *Hombre* sangrando. Más así que asá. La Cirila se restregaba los ojazos, hipando. En la mejilla, por donde se restregaba, le quedaban unos rebordes sucios.

—Padre, me tiran la barraca.

—Vamos allá, a ver lo que se puede hacer.

El hombrecillo insignificante enseñó al cura un papel.

—Traigo una orden, ¿ssssabe?

El hombrecillo no era insignificante; era poderoso, Inconmensurable. ¡Hay que ver lo que es un papel! El día era gris y triste. Hay días grises que son alegres. Depende. El cura comprendió que no había nada que hacer. La Cirila se arrodilló delante del tipo de la gabardina. Con la mata de pelo suelta y los hermosos ojos rebosando llanto, parecía María Magdalena a los pies de Cristo. ¡No! El cura rechazó la idea. ¿Aquella mierda de hombre, Cristo? ¡NO! El cura hizo trizas la idea. El raído hombrecillo miraba a la Cirila. ¡Qué ojazos, Dios! Si en mi mano estuviera... No demolía la barraca a cambio... Seguro que decía que sí.

—Ssssi en mi mano estuviera, sssseñora...

Se dirigió al cura:

—Yo obedezco órdenes ssssuperiores. Yo hago lo que me mandan, ¿ssssabe?

Sí, el cura sabía, mejor dicho, comprendía. Estaba I anonadado, como siempre que sus intervenciones no servían para nada.

En cuatro zambombazos la barraca se vino abajo.

La Cirila se mesaba los cabellos.

—¡Tanto que le costó a mi Grúa! ¡Tanto que le costó!

Empezaron a cargar en la camioneta los tablones, los trozos de uralita, el cartón cuero. El cura le dijo al hombrecillo:

—Por lo menos déjenles los desechos, los materiales que emplearon. El suelo no es de ellos. Pero esas maderas y esas uralitas y ese cartón cuero, sí.

El cabo de la Guardia Civil apoyó la petición del cura.

—A usted no le cuesta nada hacerlo.

—Sssssí que me cuesta. Yo me cojo *loss dedoss* haciendo *esssto*. Se volvió hacia los hombres que ya metían los picos y las palas en la camioneta.

—Vuelvan a descargar *esssso*.

De mala gaita obedecieron.

—Mire padre, *ess* que esta gente levantan una barraca *sssin* más ni más, donde les parece. Luego *esss* esto lo que *sssse* encuentran. ¿*Ussted* fuma, padre?

El cura no contestó. Peor aún, aceptó el cigarrillo. Lo hizo instintivamente. Después se arrepintió. Aquel mellado no debía vivir en una barraca, seguro, pero en un palacio tampoco, no hacía cara. ¿Por qué se empecinaba en aquello?

—*Yooo*, padre, cumplo con mi deber.

¡Ah, sí, el deber, claro, ya salió, no había pensado en ello! El humo del cigarro no silbaba como las palabras al salir por entremedias de los dientes. ¡Qué extraño!

Subieron a la camioneta los ángeles destructores. El mellado, también. Los guardias civiles saludaron al cura respetuosamente, servilmente, llevándose la mano al tricornio. El cacharro arrancó. Donde poco ha estuviera la barraca, había un

pequeño y caótico mundo de desolación.

—Como ves, hija, poca cosa he podido hacer.

—Sí, padre, usted ha hecho lo que ha podido. ¡Gracias de todos modos! Lloraba, pero estaba más serena.

—A ver cuando te acercas por el despacho y arreglamos lo de los apellidos del crío.

—Cualquiera piensa ahora en eso.

Era verdad. Qué importaba en tales momentos aquello. Lo había dicho por decir algo, por nada más. Hubiera querido hacer alguna cosa. La impotencia es el más desesperante estado del hombre. Los curiosos le abrieron paso. Algunos le decían:

—No hay derecho, padre, no hay derecho.

—Ésas no son maneras de tratar a *naide*.

El cura asentía. En cierto modo se sentía desplazado.

—Adiós, padre, adiós.

—Adiós, adiós.

—Adiós.

Saludaba mecánicamente. Quería gritar: «¡Yo he hecho lo que he podido!». Sentía como cierto temor de que no lo comprendieran así. ¡De cuántas maneras fracasa un hombre! Cuando el Grúa llegó, la Cirila se lo contó todo.

El Grúa no dijo nada. Existen cosas tan enormes ante las que sólo resta callar. ¿Frustración? El Grúa no empleaba palabras *técnicas* ni siquiera pensando.

—Suerte del padre cura, que se lo llevaban todo en la camioneta y él lo ha hecho dejar.

El Grúa no dijo nada. Había sido feliz levantando aquello. ¿Lo hubiera sido destruyéndolo? Amontonó las tablas y el cartón cuero y les prendió fuego. La Cirila quiso detenerlo.

—¿Qué haces?

El Grúa no dijo nada. De un manotazo la echó a un lado. El cartón cuero despedía un humo denso, compacto, a veces negro y a veces blanco. El alquitrán chirriaba, se deshacía. El Grúa, de cuando en cuando, removía con un palo. Respiraba con delectación —¿delectación?— el olor acre del cartón. La Cirila lloraba.

—¡Tanto que nos ha costado, tanto que nos ha costado!

El Grúa, en cuclillas, seguía removiendo las cenizas. Era de noche. Sus ojos iban más allá del rescoldo, de las ascuas como rubíes. Miraba y no veía. ¿Pensaba?

Parecía un enorme pajarraco petrificado. ¡Eso!

un compartimiento. Pagaba cien pesetas al mes.

Cien pesetas que les caen limpias, la Cirila lo decía por los amos del barracón, pues ellos no pagan nada, absolutamente nada. Cien pesetas, ¡qué abusones!

Y aun gradas, mujer, decía el Grúa.

¿Gracias? ¿De qué?, replicaba la Cirila.

Ahora hubiera dado eso y mucho más, el Grúa, por un cuartucho. Ahora, ese núcleo, lo habían derribado.

Ande, cédame una habitación en el piso que le dan, amiga. Le daré doscientas pesetas.

Ni aunque me diera trescientas, compadre. No nos dejan tener realquilados en las nuevas habitaciones. El Gobernador lo ha dicho. Si cogen a uno con realquilados, fuera. Él y los inquilinos.

Son órdenes muy severas.

Era el mes de julio. El Grúa pensaba que unas noches de cualquier manera, podrían aguantarlas.

La Cirila llevaba en brazos al recién nacido. No vamos a tener ningún hijo más. Éste con los apellidos bien puestos. No vamos a tener ningún hijo más. El otro, el de «sólo nombres de la madre», le estaba tirando de la falda.

Mía, mama; mía, mama.

Acababan de echar en la hoguera una lona embreada y se levantó un surtidor de estrellas.

Al chiquillo, aquello, le hacía gracia.

DIVAGACION, APOLOGIA, LANZA, GLOSA, ETC., DE LAS BARRACAS. (Final).

Las barracas, como el caballo como el tren de carbón, como el barco de vela antes, tocaban a su fin. Unos siglos más y no quedarían. Habrían desaparecido. Y las que quedasen, cortapisas inevitable en todo plan o proyecto, serían entes agonizantes, desahuciados, cadáveres irremediables. Seguían, pero tenían que morir. Un condenado a muerte, por más que se aplace o prorrogue su pena, es un condenado a muerte. Vive, pero no pertenece al mundo de los vivos. Las barracas, igual. Se había decretado su fin. Hasta ahora se las había consentido. De ahora en adelante vivirían de chamba y de milagro. ¡Muera el romanticismo; alegrémonos!

En la historia de la locomoción, el caballo, el barco de vela y el tren de carbón quedarán como piezas de museo: será grato recordarlos. En la historia de la vivienda, la barraca, no. No será pieza de museo y su recuerdo no será grato, sino todo lo contrario, ¿por qué?

En la historia de las actividades humanas, nunca ha habido un retroceso, siempre ha habido un paso hacia adelante. La vivienda ha sido una

excepción. Primero fue la intemperie, entre las hierbas, bajo los árboles, al socaire de una peña tal vez. Luego el cubil, la cueva, la gruta. Después la choza: de ramas, de paja, de pieles. Finalmente la construcción con materiales nobles y fuertes. En la arquitectura es donde el hombre ha demostrado más su soberbia. Y en este ramo o arte es en el único que ha metido Dios mano, allá en los comienzos, y apabulló al hombre, armando un galimatías enorme, ¡recordémoslo!, pero luego le ha dejado hacer y el hombre ha progresado, y cuando parecía que llegaba al no va más —la era del acero, del hormigón, del cemento armado— va y aparece la barraca, de ramas, de paja, de madera, de latas, de cartón, prehistórica y arcaica, pero contundente. Y el hombre va a ella, ¿qué ha pasado? El hombre no es retrógrado, pero le obligan a serlo. Se vive donde se puede. No donde se quiere. Nada más.

El Grúa no soñaba con un piso, únicamente con un techo. Añoraba su barraca que tan poco le había durado. El suelo de tierra al que echabas un cubo de agua y quedaba endurecido, sus maderas que pensaba blanquear con caí, su libertad y ninguna sujeción a leyes de inquilinato, su ninguna clase de tributo. Si le dejaran, levantaría otra. Pero no podía ser. Pronto se hubiera aproximado por allí un municipal, olfateando, y al día siguiente la camioneta de la brigadilla, Ya lo había visto.

Al Grúa le hubiera gustado tener una barraca estilo esas casitas remolque que había visto llevaban algunos coches de turistas extranjeros, y no por afán de viajar, que a él el viajar se la traía floja, ni por hoy me estoy aquí y mañana allí, no. Tampoco por sentirse caracol, siempre con su casa a cuestras, tampoco. Si, por sentirse saltamontes. Por estar fijo en un lugar, y, cuando fueran a echarlo, a derribarle la barraca, ¡pam!, salto, palmo de narices a los demolidores, y a otro sitio, dispuesto a esquivar de nuevo. Como el saltamontes, siempre escapando. Entonces imaginaba la barraca, no con ruedas, sino con muelles, una especie de muelles automáticos que la hicieran botar sin parar, a su gusto y discreción.

El Muelle hacía años que se había apropiado de la zona costera. Cuando este Muelle estuviera hecho llegaría hasta la vía del tren, decían. Todo el mundo se pasmaba.

El espantajo del Muelle hacía años que había estampado en grandes letras sus credenciales sobre los muros de antiguas fábricas medio derruidas, sobre las paredes de los Almacene de la Goma, sobre las casitas del Paseo de la Playa, sobre... Por todas partes se leía: PROPIEDAD DEL MUELLE COSTERO, PROPIEDAD DEL MUELLE COSTERO, como una epidemia de viruela, en letras negras y gigantescas. Algunos parias levantaron su fila de barracas en esta sagrada

zona. El Muelle había hecho una especie de muro o brazo de pedruscos y rocas que se internaba, atrevido y gallardo, en el mar; había levantado unos enormes bloques de cemento armado, como monstruos antediluvianos, y ahora iba a derribar aquellas pigmeas barracas.

Unas desgredadas mujerucas habían ido a llamar al cura. Nos tiran nuestras casas, nos tiran nuestras casas. No decían barracas, decían casas. No exageraban. Patéticamente hubieran podido decir: nuestros hogares. No exageraban.

No se trataba de dos o tres barracas, sino de quince, veinte, treinta. Y no les daban vivienda, garantía o indemnización alguna. A la perra calle. Había que hacer algo.

El lugar hervía, y no de curiosos, sino de interesados. La brigada de demolición, los picos en la mano, apoyados en ellos, aguardaban, el cigarrillo en la boca, chupada tras chupada. Los guardias, un piquete al mando de un sargento, procuraban despejar las inmediaciones, primero con buenas formas, luego ya con no tan buenas formas. Muchos hombres, al enterarse, habían soltado de sus trabajos y se movían por allí iracundos, enfebrecidos, dispuestos a hacer algo, ¿qué?, lo desesperado, lo último que se hace siempre; matar o dejarse matar si es necesario.

El cura temía el sonrojo y el ponerse en evidencia. El sonrojo no lo podía evitar: como un tomate, se había puesto ya... En evidencia, se estaba poniendo.

A ver, los hombres, que se separen, que se vayan lejos de hache, dijo.

Las mujeres y los niños aquí conmigo, continuó.

Se había colocado en la entrepierna del dichoso paso que va de lo sublime a lo ridículo. ¡Veríamos qué saldría!

Los hombres se habían apiñado en un montículo próximo, huraños y sombríos, no convencidos de su papel, malhumorados.

El cura extendía a las mujeres y a los chiquillos, una cadena humana, a lo largo de la hilera de viviendas. El cura iba arriba y abajo, a la altura del sargento, como si fuera su sombra.

¿Qué está usted haciendo, padre?

El cura no contestó.

El sargento se volvió hacia sus hombres, que estaban atónitos. Al cura no se le ocurrió otra cosa que sacar él rosario y empezar a rezarlo en voz alta. Todo era incongruente, y él se daba cuenta.

Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Tenía ana voz aguda, poco radiofónica. Para esta escena de serial, él no hubiera sido buen protagonista.

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros...

La voz de la multitud era más acorde, más suave, más ondulante, más

arrulladora, más impresionante. Algunos hombres se habían descubierto. Los de la brigada de derribos se quitaron las boinas. Los guardias no sabían qué hacer: si descubrirse, si presentar armas, si empezar a culatazos, si las tres cosas, si ninguna. El sargento, de pronto, se enfureció, o se quiso poner patético.

Mire, padre, que mando a mis hombres que abran fuego y hago una carnicería.

El cura, sin hacerle caso, arriba y abajo, dale que te pego a las cuentas del rosario. «Dios te salve, María, etc.»

Mientras aquellos desbandados —«Santa María, etc.»— confiaban en el milagro

taumatúrgico y divino, él confiaba en el milagro humano y racional.

Mire, padre, que usted va a ser responsable de las muertes que aquí hayo. Yo traigo órdenes y las órdenes hay que cumplirlas.

Los mismos guardias empezaron a razonarle al sargento.

Vamos a dejarlos.

Si, pero, ¿en qué situación quedo yo?

Usted cuente lo que ha pasado y ya está.

La brigadilla metía picos, palas y capazos en la camioneta.

Los guardias del Muelle abandonaron la empresa. El sargento le dijo al cura:

En menudo lío me ha metido usted.

El cura, sin dejar de rezar, sonrió y le dio un golpe amistoso en la espalda con la mano.

Los de la Sociedad del Muelle Costero llamaron al cura a conciliábulo. Hubo sus más y sus menos. El cura les echó en cara lo que habían intentado hacer; lo hizo con arrebató, con fe, con entusiasmo. No temía el ponerse encamado —lo estaba— ni el ponerse en evidencia —lo estaba— ni el ponerse en ridículo —no lo estaba—. La Sociedad o Junta del Muelle Costero prometió viviendas para aquellos desgraciados antes de echarlos. Y lo hicieron. El cura no estaba muy seguro ni muy convencido de que aquello hubiera salido tan bien. Se pellizcaba.

De película, tú, de película, contaba luego, después, siempre.

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

El Grúa y la Cirila —y los dos críos, claro, no faltaría más, claro, naturalmente, claro— habían encontrado vivienda, en las barracas que había al lado de la Fábrica de Aceros, a la derecha, en una hondonada, unas barracas con huertos y vallas llenas de

madreselva, muy junto al Paseo, cerca de la parada del autobús, buena combinación. La Cirila había querido que buscaran habitación en las Económicas, o en el Barri Vell, o...

—En algún piso, ¡sí!, que ya estoy harta de barracas. Luego llega que las tiran y a ellos les dan piso y a nosotros, ¿qué?

No pudieron encontrar. Iban muy buscadas y muy caras las habitaciones. Nadie quería realquilados. Y menos, matrimonios. Y menos, con hijos. Si fuera un hombre solo... Los hombres no traen complicaciones. Los matrimonios, sí. Los hombres sólo vienen a dormir pues el día se lo pasan en el trabajo. No dan nada de guerra.

Llegan, saludan: «Buenas noches», y ya está; se meten en su cuarto y se acabó. Los matrimonios, no. El marido se va a trabajar y con la mujer hay que bregar todo el día. Y las mujeres ya se sabe. Los primeros días muy amigas, muy amigas, todo son sonrisas y atenciones, lo mío tuyo, lo tuyo mío, miel sobre hojuelas. Al mes, se acabé. Entonces todo son miradas de reajo, torcer el morro, cantar para molestar, hablar entre dientes, cerrar una ventana si la otra la ha dejado abierta, abrirla si la ha cerrado, envidias, disputas, murmuraciones, escándalos, que si patatín que si *patatán*, etcétera, etc. Un hombre es mejor; no rechista, todo lo encuentra bien, incluso paga más religiosamente.

Tuvieron que conformarse con un cuartucho en una de aquellas barracas. Ciento cincuenta pesetas al mes, ¡ya estaba bien!

—Por una habitación en un piso nos harían pagar más, Cirila. Lo menos el doble.

—Pues mis padres pagan esto en las Económicas.

—Sí, pero tus padres hace años que están allí metidos.

Que probaran ahora de ir a otro sitio...

—Pues uno de mis hermanos... Además, en aquellas barracas en que habían ido a parar, sus propietarios pagaban: doscientas cincuenta pesetas al mes; conque.

—Sí. Pero fíjate, Grúa; nosotros pagamos más de la mitad del alquiler.

—¿Y tus padres, que en las Económicas pagan el alquiler ellos solos y el dueño a la guagua?

—Sí, pero aquello es una señora habitación, con su luz, con su agua, con su todo.

—Bueno, bueno, en comparación pagábamos mucho más en el sitio donde estábamos antes.

Las doscientas cincuenta pesetas al mes las cobraba un municipal, un guardia municipal. Pasaba cada mes, con un talonario de recibos. En un principio no se pagaba absolutamente nada. Mas un buen día cayó este fulano husmeando por allí.

—¡Cómo!, ¿ustedes no pagan ningún alquiler?

—No, ninguno.

—Claro, luego ocurre que los echan y no pueden hacer ninguna reclamación.

El vecindario no sabía nada de todo aquello. El urbano *siguió* con su retórica.

—Cuando una persona paga algo por una cosa, adquiere ciertos derechos sobre ella, eso está claro, ¿no? Con *las* barracas, igual. Cualquiera día se van a encontrar

conque se las echan abajo y no podrán reclamar, no podrán alegar absolutamente nada, no tendrán derecho alguno, ustedes me entienden, ¿no? Ahora, si ustedes pagan un alquiler, el asunto cambia, el asunto es completamente diferente, eso está claro, ¿no? Entonces nadie les molestará, nadie les podrá decir nada, pues ustedes pagan y tienen unos derechos que son sagrados y unos recibos que lo acreditan y...

—Es que a nosotros nadie nos ha dicho nunca lo más mínimo —arguyó uno de los circunstantes.

—¡Oh! —contestó el urbano—, son ustedes los que tienen que espabilarse y correr los pasos. —Luego se compadeció—. De todos modos, si quieren, yo miraré de arreglarles la cosa. No sé si podré, pero haré todo cuanto esté de mi parte.

El concurso de vecinos accedió y al mes se presentó el municipal de marras con un talonario cobrando doscientas cincuenta pesetas por barraca. La gente se compadecía del pobre urbano.

—¡Cuánta molestia que se ha tomado!

—¡Cuánto interés!

—¡Qué trabajo que se ha buscado!, y le daban un duro o dos de propina.

—¡Pobre hombre!, ¿no?

El Grúa fue a coger el tranvía. Las pistas de aterrizaje, para él, hacía tiempo que estaban listas. Ahora trabajaba para otra empresa. Dos pesetas más, hora. En la Barceloneta. El tranvía era un 55 de dos plataformas. El Grúa subió por la delantera. El conductor se volvió.

—Por aquí no se puede subir. Haga el favor.

Era el Alberto.

El Grúa dijo:

—¿Ya no conoces a los amigos?

—¡Ondima, Grúa, no te había conocido! ¡Cuánto tiempo sin verte! Ponte aquí conmigo y verás como no pagas.

Se volvió para el cobrador. Tenía ganas de darse pisto, ponerse de relieve.

—¡Eh, tú, a éste no le cobres, éste es amigo mío!

El cobrador, sentado en la otra punta del tranvía, se encogió de hombros. ¡Bueno, y a él qué!

—Oye —dijo el Grúa—, ¿en qué tranvía va el Costipao?

—En el 63.

—¿No va en el 97?

—No. En el 97 va el Chota. Es un choteo. Como todo el mundo lo conoce...

—¿Tú no ibas en el 29?

—Sí. Estos días estoy en puesto de un compañero que está enfermo. Aquella línea sí que es de responsabilidad, Allí sólo ponen a los de más confianza de la Compañía. No creas, que la línea ésta también es de cuidado. Por eso me han traído a mí. —Frenó, dándole vueltas a la rueda. Sacó la cabeza y le chilló a un individuo con gafas y narigudo que por poco se mete debajo—: ¿Es que no ve, es que no ve? ¡Gafas!

¡Narigón! —Desfrenó. Se volvió hacia el Grúa—. Y su madre lloraba porque no tenía nariz. —Rió—. ¡Jo, jo! —Siguieron rodando—. Pues, sí, por eso me han traído aquí. No creas, que la Compañía ya sabe lo que se hace. ¿Dónde vives ahora, Grúa?

—Ahí en esas barracas que hay junto al Paseo, pasada la Fábrica de Aceros.

—¿Allí, junto a esas viviendas que están levantando para los trabajadores de la ANSA?

—Eco.

Ahora, en una película, la cámara cinematográfica hubiera enfocado, de una manera efectista, el cartel que había sobre la cabeza del Alberto: «TERMINANTEMENTE PROHIBIDO HABLAR CON EL CONDUCTOR».

—Si nos ven hablando, me la puedo cargar. Aquí lo dice. *Terminantemente prohibido*.

—¿Qué quiere decir eso de *ter-mi-nan-te-men-te*?

—Pues muy mucho. Es una palabra técnica.

—¿Pues sabes lo que te digo, Alberto? Que me cago en las palabras técnicas.

—¿Tienes tabaco, Grúa?

El Grúa se pasó la bolsa de comida a la otra mano y sacó un ideal bastante arrugado y retorcido.

—Toma, he comprado tres al tío de los iguales.

El Alberto soltó las manijas de conducir y prendió fuego al pitillo. La cámara, ahora, habría enfocado otro de los letreros: «PROHIBIDO FUMAR EN EL INTERIOR DE LOS COCHES».

—En la plataforma se puede fumar, ¿no es así?

Subió un revisor por Ja plataforma de atrás, con el taladrador en ristre. Cambió unas hojas y unas palabras con el cobrador. El Alberto apagó el cigarro y se lo puso detrás de la oreja.

—Para después.

Cuando el inspector llegó a la plataforma delantera, el Alberto dijo:

—Es un primo hermano mío, si tiene que pagar algo lo pago yo.

El revisor le hizo un gesto amistoso. El Alberto le dio con el codo al Grúa. «¿Te das cuenta qué listo soy?».

El Grúa se había fijado en que el Alberto llevaba todos los dientes de delante de oro. Se echó a reír. Luego le dio rabia. Debía de tener sus perneas el mierda aquel. Dentadura de oro, ¡vaya!

—Oyes, ¿te acuerdas de la paliza que te pegué?

El Alberto no contestó.

—Es una broma, hombre, no te enfades.

El Alberto ni pío.

—Creo que por fin te casaste, ¿no?

El Alberto, ídem.

—Con la Concha, ¿no?

—Mira que era gorrina esa chica.

El Alberto reventó. Estaba ofendido, no sabemos por qué. Quería ser altivo en el hablar.

—Pero es honrada, por lo menos es honrada. Peor es que tu mujer sea limpia y lleves cuernos.

—Yo no los llevo.

—Pero bien te tiraste a la Cirila antes de casarte.

—Ay, ¿y eso qué tiene que ver?

La sangre le hervía, al Alberto. ¡El cabrito aquel! La sangre se le hacía negra, al Alberto. Desde la paliza que se la tenía jurada. La sangre se le revolucionaba, al Alberto. Y, sin embargo, ahora, se había comportado bien con él. ¡Qué pedazo de burro había sido! No tenía que haberlo dejado subir. Por atrás, como todo el mundo. Que se hubiera... Y que hubiera pagado.

El Alberto, esto, todo esto, lo había hecho por demostrarle al Grúa que tenía un empleo mil veces mejor que el de él, por nada más. Por darse pisto, por nada más. Pero se había jorobado. El Alberto no lo reconocía, no lo acababa de reconocer así, lo de jorobarse, claro.

El trayecto había sido largo.

Entraban en la Barceloneta.

El Grúa le golpeó la espalda al Alberto.

—Bueno me bajo aquí.

El Alberto, al contacto, se estremeció. Al Alberto le tembló la carne instintivamente, como a un mulo cuando se le posa un tábano. No contestó. Rehusó la caricia, suponiendo que aquello fuera una caricia. De todos modos, él pringa todo el día en una obra, sudando como un cabrito. Yo, no. Desfrenó. Todo lo que me ha dicho, envidia pura que me tiene. Le dio a la manivela de arranque. Y éste me las paga, vaya si me las paga, ya lo creo que me las paga, un día u J otro, pero me las paga, como hay Dios que éste me las paga.

Junto a las viviendas que habían levantado para los obreros de la ANSA, estaba la barraca del Grúa, el Alberto tenía razón. La misma barraca de antes, expliquémonos. Aquel reguero de barracas —con sus huertos, con su madreSelva— estaba junto a la Fábrica de Aceros, así lo habíamos dicho, a continuación del Almacén de Carbón, una gran explanada llena de montones negros, así no lo habíamos dicho. Al borde del Almacén de Carbón, en una estrecha franja de tierra, habían levantado estos pisos, a un ritmo vertiginoso. La franja era estrecha, por eso sólo cogieron una hilera de barracas —con sus huertos, con su madreSelva—, a todo lo largo, como una barra de pan que se corta de arriba abajo y no de través; si la franja llega a ser ancha, las cogen todas. Las barracas en que vivía realquilado el Grúa —con sus huertos, con su madreSelva— estaban a la orilla de aquí, por decirlo de algún modo, y no les cogió la escabechada, se libraron de aquella especie de guillotina al azar. Por eso decimos en la misma barraca, antes *no* cerca de los pisos de la ANSA, pues no estaban, y ahora, *sí*,

pues ya estaban hechos, ¿comprendido? Nos parece que no. Esto es para verlo y no para explicarlo. El Cine y la Novela, ¿en qué se parecerán?

—Aquí ocurre como en la guerra —decía uno de los vecinos, que por lo visto la había hecho, y a propósito de las barracas que eran alcanzadas y de las que no—; ves caer un mortero aquí, y otro allá, y siempre andas pensando: el próximo pepinazo, yo.

—¿Pero no decían que pagando no nos podían echar?

Esgrimían los recibos.

—A ustedes los han *enredado*. Estos recibos no son del Ayuntamiento ni de ninguna otra parte. Estos recibos son esos talonarios que venden en cualquier papelería y que cualquiera puede comprar.

—Pues si los traía un urbano...

—¡Valiente urbano!

Los echaron, y a pesar de la placa que ostentaban como una salvaguardia, no les dieron vivienda, sólo unos miles de pesetas a cada barraca.

—Y si no llegamos a tener el número, ni eso.

—Sí, pero con esto que nos han dado no hay ni para un *pequeño* traspaso por *pequeño* que éste sea.

Algunos se conformaron. Los otros se tuvieron que conformar. Viene a ser lo mismo.

El resto de las barracas que permanecían vivas se las prometían muy felices, pensando en el urbano, cuando volviera con su talonario a cobrar.

—O devuelve lo que nos ha timado o lo arrastramos, ¡eso!

Se quedaron con el ¡eso! Al urbano no le vieron el pelo más.

—Y tenía cara de buena persona.

—Sí, fíate de las aguas mansas.

El Grúa, ahora qué no pagaban nada de alquiler, le protestó a su *dueño*, es un modo de decirlo, de lo que le tenía que dar cada mes.

—Si no está conforme, puede marcharse tranquilamente. Para mí mejor.

—Hombre, esto no es. Usted habló del alquiler que pagaban y yo le propuse ayudarle. Ya sabe lo bien que le venía, que le pagaba más de la mitad.

Finalmente, le rebajó diez duros. Algo es algo. Menos es nada.

El chiquitín, que se criaba esmirriado y canijo desde que naciera, al contrario del otro, *del de los apellidos de madre solamente*, que estaba robusto y sanóte, les cayó enfermo al Grúa y a la Cirila. Lloraba, lloraba y no sabían lo que tenía. Se llevaba las manos a la cabecita llena de pupas. —A este crío le duelen las pupas.

—No, no. Que yo se las curo muy bien. Lo que le duele es la cabeza. Mira, mira cómo se queja.

La Cirila lo llevó al Dispensario de Beneficencia. El médico le clavó una aguja en la espina dorsal, al chiquillo. Un chorrillo de agua clara, como el que sale por el pitorro de un botijo, brotaba por la cánula. Llenaron un tubo de ensayo con el líquido.

La Cirila estaba espantada.

—Doctor, yo no quiero que le haga usted eso a mi hijo. Se va a secar.

—Calle, calle, señora. Usted, ¿qué entiende de esto? El chiquillo ni se quejaba.

—Vuelva pasado mañana y le diré el resultado. Déle su nombre y sus señas a la enfermera antes de marchar.

El doctor en persona fue a la mañana siguiente a la barraca de la Cirila. Los análisis habían sido positivos. *Meningitis tuberculosa*.

—¿Y eso es grave, doctor?

—No. Ya verá como se curará.

La Cirila lloraba.

Le recetó unos gramos de estreptomicina.

—¿Su marido trabaja?

—Sí.

—¿Tiene seguro?

—No. Es eventual. Antes sí que tenía seguro. Ahora, no. Se buscó trabajo en otra parte, porque le pagaban más cara la hora. Lo que entonces ganaba por un lado, ahora lo pierde por otro.

—Bueno, en la farmacia se lo darán de balde con este papel.

—Gracias, doctor, gracias. Le pasaba las manos por la ropa y se las besaba.

—Es usted un santo, es usted un santo.

Las vecinas decían:

—Huy, si se te cura, quedará tonto.

El chiquillo murió. La Cirila se mesaba los cabellos.

—Y eso que buenas medicinas y asistencia no le han faltado.

Era verdad. El médico había venido continuamente a verle, de día, a altas horas de la noche, cuando la habían llamado, sin que lo llamaran. El Grúa, no sabía por qué, miraba a aquel hombre de reojo, como a un enemigo. Es muy bueno, pero a él no le ocurren desgracias.

El entierro fue de un cura. El cura también era muy bueno, pero no se lo morían hijos ni tenía que trabajar ni vivir en barracas sentenciadas. Una ira sorda le invadía. La muerte del pequeñín había sido un fuerte impacto. Casi hubiera preferido que hubiese muerto, el otro, el que no llevaba sus apellidos, Él *sólo nombres de madre*, y que, según y como, parecía un hijo bastardo, un hijo que no era de él. ¡Adivina! A lo mejor, después de aquel día... tanto tiempo sin estar con ella... o antes, ¡quién sabe! No, antes, no, que bien virgen era, bien que se lo notó.

Al entierro fue sólo el Grúa y tres o cuatro vecinos. Como la mayoría trabajaban. Si hubiera sido en domingo...

La Cirila, cuando el entierro arrancó, se puso a gritar como una endemoniada, chillando, las venas del cuello gruesas, los ojos desorbitados. Unas vecinas la sujetaban. Si quería demostrar que sentía la muerte de su hijo, tenía que gritar hasta extenuarse. Además, que ella lo sentía, ¿quién ha dicho que no? Un muerto sin gritos

es un muerto desdichado que no tiene a nadie o los que tiene como si no los tuviera. Él sólo *apellidos de madre*, cuando la Cirila rugía como una hiena, lloraba también. Luego se olvidaba y jugaba con los críos de las barracas. La Cirila y antaño la Pucha, el Grúa entonces y su hijo ahora, quienes los rodeaban, eran una especie única, una sola línea sensorial, un mismo instinto, un mismo espíritu al servicio de una colectividad, como los gatos, como los perros, como los gusanos.

Aquella misma noche el Grúa buscó a la Cirila.

—No está bien. El chiquillo nos puede ver.

—El chiquillo duerme.

—No, si no quiero decir éste. Yo digo el que se nos ha ido.

—Por ése ya no hay que preocuparse. Ya no sufre ni padece. Los muertos se los traga la tierra.

La Cirila suspiró.

—En cierto modo, mejor que se haya muerto. ¡Para haber quedado tonto!

—Si, mejor.

El Grúa volvió a la carga.

—Hemos de tener otro hijo.

La Cirila se relajó.

—Como tú quieras, Grúa.

La inexorable guadaña de las construcciones caía sobre las barracas. Vivían con el alma en un hilo, que se dice. Como bajo un bombardeo continuo. Hoy cortaban por aquí, mañana por allí. Te cogían por en medio o no te cogían. Todo era cuestión de suerte. En cuanto aparecían los hombres de la cinta métrica y los extraños trípodes tomando medidas, todo el mundo a temblar. Los agrimensores eran la vanguardia o tropa de reconocimiento de la especie de apocalipsis que venía después.

La barraca en que vivía realquilado el Grúa fue alcanzada esta vez. Todo el grupo de barracas —con sus huertos, con su madreSelva— fue alcanzado, excepto dos o tres barracuchas de las puntas extremas.

Hacían un cine, allí, frente a los pisos. ¡Y qué pisos! Los llamaban los rascacielos de la ANSA, por lo altos que eran. Vistos desde la humilde hondonada de las barracas, eran como rascacielos norteamericanos. Las barracas eran más barracas y los rascacielos más rascacielos. En ellos había de todo: farmacia, barbería, estanco, frutería, ultramarinos, papelería, de todo, ya lo hemos dicho. Incluso la Comisaría y el Dispensario Municipal, que antes estaban en La Maresma, los habían trasladado allí, bajo un mismo local, a todo lujo y últimos adelantos, en el edificio donde estaba el despacho del alcalde, la Alcaldía, claro. Sólo les faltaba un cinematógrafo, y, ahora, el mismo dueño del destartado cine del Barri Vell, lo hacía, éste no destartado, sino elegante, *última*, moda, pantalla panorámica y todos los ingredientes, y bajo los auspicios del despampanante nombre de «Cine de los Rascacielos». El avisado dueño o empresario contaba con la enorme clientela que le proporcionarían los habitantes de aquellas nuevas viviendas y el personal de algunos

otros barrios que por allí cerca caían, como los del Barri Nou y los de los nuevos Bloques, que indudablemente se desplazarían hacia allí, por serles más cómodo que ir a la Ciudad, qué duda cabe. ¡No hay como tener vista para los negocios!

A los propietarios de las barracas les dieron un dinerillo como indemnización. El Grúa, como era un realquilado, no percibió ni tuvo derecho a nada.

—También es mala suerte, también.

Para el Grúa todo empezaba a ser como aquellas mismas barracas a las que demolían atacándolas por la base: derrumbamiento.

Los había con suerte, pensaba el Grúa. El fulano de la barraca que había quedado justo a la pared donde empezaría el cine, librándose por un pelo, era un buen ejemplo. Con una botella de vino, irnos vasos y un cubo de agua para enjuagarlos, había improvisado una especie de cantina. Los primeros clientes, quienes demolieron las barracas; luego, quienes levantaban el cine. Además, una vez terminado el susodicho cine, le harían un cubierto de uralita para que la lluvia que desaguara el nuevo local no les cayera encima. ¿Quién ha dicho que los poderosos no tienen en cuenta a los humildes? Los había con suerte, sí, pensaba el Grúa. Y sentía un poco de envidia de aquel matrimonio —hubieran podido ser él y su Cirila, seguía pensando— que servía vasos de vino entre el estruendo de las hormigoneras y de las máquinas perforadoras, chapoteando por entre el barro y el agua que salía de los hoyos para los pilotes; algunas veces se había acercado a mirarlos, sobre todo los domingos por la mañana, que también trabajaban, pues el cine corría prisa, y había experimentado una especie de nostalgia como si aquello hubiera sido algún bien que alguna vez poseyera y ahora hubiese perdido.

El Grúa remozó una especie de casita minúscula y arruinada, hecha de piedra y barro, que había encontrado abandonada. Había pertenecido al lechero del Barri Vell y le servía para guardar las herramientas del huerto. Como que daban poco tiempo de vida a aquellos terrenos, el lechero dejó *estar* huerto y barraca. Al Grúa le vino de perilla. Aquel día no se quedó a hacer las dos horas «extras» que tenía por costumbre. Ya habían pasado allí la noche de antes. Amasaba barro en el idílico riachuelo que discurría por allí mismo y revocaba las piedras y los desconchados. El suelo de la barraca lo limpió de hierba que había vuelto a crecer, una hierba alta, blanca y raquílica que buscaba desesperadamente el sol. Arregló unas goteras del techo, enmendó la puerta, restauró un ventanuco. La Cirila y el chaval le ayudaban llevando pozales de barro. En la parte de afuera, bajo una desmantelada glorieta, preparó una rústica cocina.

La Cirila iba desgredada, una cinta en el pelo, ahora ya no peinaba ni cuidaba el hermoso cabello. Se le hablan hinchado las piernas y las tenía con varices.

—¿Sabes, Cirila, que te estás haciendo fea y vieja?

—¡Pues, anda, que tú!

El Grúa estaba renegrido por el sol, con arrugas en torno a los ojos y en torno a la boca.

Los vecinos les habían dicho:

—¡No sé por qué se instalan aquí! Todos estamos amenazados de desahucio. Al cabo de los años ha aparecido el dueño de estos terrenos. A nosotros no nos echarán así como así. Nosotros tenemos chapa del Ayuntamiento, pero ustedes, no.

El Grúa no hizo caso. Además, no tenía adonde ir. Había que jugársela y decidirse.

—Igual pueden echarnos mañana como dentro de dos años —habían continuado diciéndoles.

Dos años son mucho tiempo. Entre tanto, algo se andaría. Entre tanto, y a lo mejor, algo bueno surgiría. Entre tanto nacería su chaval. Su mujer estaba ya de unos meses.

—¿De cuántos, Cirila?

—Ahora no me acuerdo si son tres o cuatro faltas las que llevo.

—Mira que estás fea y vieja.

—¡Pues, anda, que tú!

Había unas siete barracas en aquel rincón. No estaban amontonadas unas con otras, sino distanciadas, separadas por huertos. La mayoría tenían higueras plantadas en la puerta. Parecían minúsculas casas de campo y no barracas. Tenían patos y gallinas. Los patos nadaban en el regato. Todo era muy lírico, muy bucólico, muy rústico, muy campesino, por lo menos visto desde fuera, desde el Paseo, por ejemplo. Había retazos de prado, con florecillas amarillas, donde las chiquillos jugaban a la pelota.

—Yo soy Kubala, yo soy Kubala.

—Yo soy Manchón y dos cabras y un borrego negro pastaban y embestían a los chicuelos. Era como un paisaje recortado y transplantado. Parecía que los hombres —agrimensores, arquitectos, propietarios, contratistas, aparejadores— se habían olvidado de él.

El Grúa arregló el huerto abandonado. Sembró habichuelas. Al poco tiempo volvió a ser padre. La Cirila tuvo el crío en la Maternidad, en el pabellón de las casadas ahora, el pabellón azul, blandiendo orgullosamente su partida de matrimonio.

—Si el que *me sé* murió lo hubiera tenido aquí y no en la barraca, a lo mejor no *me se* habría muerto, no hubiera nacido tan canijo como nació.

Éste tampoco era muy robusto. Parecía un viejecillo.

El Grúa se cabreaba si le robaban las habichuelas y los tomates.

—Si yo fuera gobernante no iba a dejar ni uno ni medio de ladrones.

Al recién nacido lo bautizaron en la iglesia del Barri Vell, que ahora la tenían al lado, con apellidos de padre y madre, como el que murió, con apellidos de padre y madre, como *ya no* el que les vivía.

—¿Arreglasteis aquello de los apellidos?

Se azoraron.

—Sí, lo arreglamos.

El cura sonrió.

A los pocos días empezaron a tirar escombros en la parte del huerto del Grúa. El Grúa se desmadejó.

—¡Eh, ustedes!

—Nos han dicho que podemos descargar los camiones aquí.

Las enrunas llegaban hasta la misma barraca del Grúa. Entre el cascote se levantaba, como una etiqueta en un pastel, el cartel SE ADMITEN TIERRAS. El Grúa, una noche, lo arrancó e hizo fuego con él. Pasado un tiempo dejaron de afluir carros y camiones, y todo el mundo se tranquilizó. El Grúa sólo tenía medio huerto, pero ya no le ilusionaba cultivarlo. A los demás les pasaba igual. ¡Tan cuidados que los habían tenido siempre y ahora estaban llenos de hierbajos y de maleza!

—Cualquier día nos meten fuera.

No fue cualquier día. Les dieron un plazo.

—Tienen de tiempo hasta tal fecha para desalojar.

Podían derribar las barracas y llevarse hasta el último ladrillo si querían. Además hubo indemnización. Algunos derribaron hasta las higueras.

—Ni para leña me van a servir, pero antes de que se aprovechen otros, las corto.

En realidad, nadie iba a aprovecharse de ellas. Allí iban a levantar una fábrica. Todo aquello iba a ser removido, levantado, aplanado. Aun ahorran trabajo. Les daba igual, a ellos, a los desahuciados. Iban como obcecados. Como un ejército vencido que todo lo va volando.

El propietario de aquel terreno les dio siete mil pesetas, a modo de indemnización, a cada dueño de barraca. Hubo uno, el Carrasco, que se puso tonto y logró sacarle doce mil, con la condición de que no lo contara a nadie. El Carrasco sólo se lo contó al Grúa, que no tenía derecho a nada.

—Yo, que tú, probaba; el *no* ya lo tienes.

El Grúa perdió una mañana de trabajo y fue a ver al propietario de aquel andurrial.

—Usted no tiene derecho a nada. Lo extraño es que le dejen edificar, que no se dieran cuenta y no le echaran fuera.

El Grúa, todo esto ya lo sabía. En vez de ponerse a las malas se puso a las buenas.

—Usted es un santo y no nos puede dejar en la calle sin más ni más. Lloró. Suplicó.

—Usted tiene mujer y tiene hijos. A usted no le gustaría que ellos se vieran igual. El hombre le dio al Grúa cinco mil pesetas.

—Está visto que no se puede tener buen corazón.

Lo que tenía que haber hecho era no haber dado nada a nadie.

El hombre creía de verdad en su propia bondad, estaba convencido de ella. El Grúa, mientras se embolsaba las perras, pensó que menos era nada. Le dio las gracias efusivamente. En su interior pensaba: la madre que lo hizo.

La Cirila nunca había visto tanto dinero junto. Aquella noche se emborracharon.

Al pequeñín también le dieron vino y anís, mezclado, y le sentó mal. Cogió una diarrea que se les iba. El otro zascandil, el *de los apellidos de madre solamente*, bailaba como un energúmeno. Muchos de las barracas también celebraban el dinero. Pero estaban angustiados porque con aquellas pesetas no había ni para un ridículo traspaso.

El Grúa pensaba: y ahora, adonde; y luego, adónde; y después, adónde; y eternamente, adónde. Siempre a salto de mata, sin encontrar un lugar definitivo, un puñado de tierra, como los muertos, que fuera de él, de donde no lo pudieran echar. Una madriguera, como los conejos. Se acordó de los refugios que cuando la guerra habían hecho en la Montaña. Aquella misma noche, medio a la vela, los fue a mirar.

—Grúaaaa, ¿adóóóónde vaaaaas?

—Aaaaahora vueeeelvo, muuuuujer,
aaaaahora vuuuuelvo. ¿Essss que no te fíaaas?

Estaba contento. Le dio un beso. Estaba triste. Le dio otro beso. No, estaba contento. La volvió a besar. El zascandil los miraba. Le dio un sopapo.

El Grúa salió fuera. Sentía una rara euforia. Se notaba ingrátido, como si flotara. La noche era rara y misteriosa, de un color entre lila y naranja. Se respiraba a gusto. La diarrea del pequeñín había hecho irrespirable el aire de la barraca. Ensanchó los pulmones. Miró la luna. Se frotó el dorso de la mano. Le dolía. El *mandado* había sido de aupa. En los mismos dientes. Ese escuerzo melonero, si pudiera, se zumbaría a su madre. Se echó a reír.

60

FABULA DE LOS CUERNOS.

El Alberto decía que todos los tranviarios eran cornudos. También decía que los que más lo eran, eran los de las Económicas. También decía que los otros —tranviarios no de las Económicas, se entiende—, a lo mejor, todos no lo eran. También decía que los de la barriada sí; todos, toditos. También decía que de los dé la barriada, sólo él, no. También decía que sus mujeres —las de sus colegas, naturalmente—, muchos perifollos, muchos mejunjes, pero... También decía que sus colegas mucho presumir de mujer, pero... También decía que a su mujer, mucho criticarla, pero que ya quisieran... También decía que mejor así que asá. También decía... Sigamos.

La Concha era —según diversos decires— más puerca que la tía Tal de quien se aseguraba que hasta los cerdos e tenían antojo o que la tía No Sé Cuántos, que vivía cerca del río y lavaba a sus hijos con saliva. La Concha —expresión literal, no metafórica— tenía más conchas que un galápago. Verdaderas costras o rodellas de roña —sobre todo de las piernas— le caían en rodanchas al sudo por su propio peso. ¿Para qué lavarse entonces, no?

Lleva más mierda encima que el palo de un gallinero.

El Alberto rezongaba: Bueno, bueno, no será tanto. O:

Envidia, envidia que se la tiene O:

Ya quisieran algunas parecerse a ella. O:

Ya quisieran algunos que su mujer, fuera tan honrada.

Otras cosas importan, que no eso. O... Sigamos, será mejor.

¿Pero es que tú, Alberto, estás ciego? ¿Y es que tú no te punchas cuando te llevas la mano a la frente?

El Alberto tenía mala baba. Llegar a las manos con él no era muy conveniente. Aun así no comprendías cómo alguien no le metía mano.

Porque todos tienen porque callar. Cuando una cosa es verdad no hay Dios que rechiste. ¡Jope, Alberto; cuando te pones eres de miedo! El Alberto le puso la mano en la frente al Costipao. ¡Muuuu!

Les tenía lo que se dice acoquinados.

¿Ya coges por la puerta? ¿No te estorban para pasar?

Para la mayoría, las befas del Alberto eran más bochorno que el asunto en sí. En esto de los cuernos, los últimos en enterarse, si es que se enteran, son los interesados. Ojos que no ven, corazón ya se sabe. Con el Alberto, esto era imposible. Era una trompeta de Jericó acusando, derrumbando. ¡Y qué trompetazos, Dios! En cuanto veía a dos del gremio juntos, ya estaba armada.

¡Mirarlos, mirarlos! ¡Mansos, mansos! ¡Cabestros! ¡Muuuuu!

Le llamaron la atención. En broma; riendo. No hubo nada que hacer. En serio. Tampoco hubo nada que hacer. Lo esquivaban. Disimulaban sus befas.

En esto de los cuernos, los interesados, además de ser los últimos en desayunarse, también son los últimos en creerlo. Algunos no lo acaban de creer jamás. Envidias, murmuraciones, dicen.

Infundios, piensan. El Costipao, por ejemplo. Su mujer; se la pegaba basta con él mismo, decían, pues entonces cerraba los ojos y soñaba con otro. El Costipao nada de esto veía. ¡Jope! Cuando se quiere hundir a uno, hasta las virtudes son defectos.

Lo que pasa con mí mujer es que siempre va mudada, por eso hablan. ¡Envidia! ¡Envidia pura! Si la envidia fuera tiña, cuántos tiñosos habría.

Su mujer siempre iba muy compuesta, muy emperifollada. ¡Claro!, como que... Guiños, muecas, puntos suspensivos. Al Costipao, las calumnias — ¿calumnias?— del Alberto, al final te hicieron mella, lo tornaron receloso, pero no mucho. Tenía celos, mas no creía.

¿A dónde vas tan compuesta? ¿Cómo es que siempre vas tan endomingada? ¿Cómo...?

¿Pues qué quieres, que sea como la Concha?

De las infidelidades de sus mujeres, muchos que no lo sabías, al final se enteraron por el Alberto. Lo odiaban. Valía más lo otro que esto. Mejor

ignorar que saber. La felicidad consiste en cerrar los ojos. Ante la evidencia había que tomar una determinación y esto era lo molesto.

Yo la plantaba.

Sí, los toros...

Etc. Eso de la barrera. Ya saben.

Lo trágico, o lo divertido, o lo que sea, era que la verdad eso de que todos los tranviarios del barrio eran cornudos. El porcentaje de cornudos, por aquellas lindes, como por todas, era muy elevado. No era de extrañar, pues, que la media docena de tranviarios estuvieran incluidos en él. El Alberto no lo era. Claro que con la Concha nadie se atrevía. ¡Cualquiera! Si debía de tener telarañas en el... Eso decían. Carpetazo.

La mujer del Costipao, con quien más se la pegaba era con el Bonico. El Costipao, al principio, ni se daba cuenta. Cuando hacía el último turno y llegaba, altas horas de la noche ya, a su casa, se hinchaba de aporrear la puerta.

¡Micaela, Micaela! ¡Abre, que soy yo!

A la Micaela, al lado del Bonico, le daba pereza levantarse. Se hacía el longuis (la desentendida).

¡Abre, abre, que soy yo!

La Micaela le espetaba:

Anda y vete a pasar la noche por ahí. Éstas no son horas de despertar a naide.

El Bonico se restregaba los ojos.

¡Vaya manera de no dejar dormir!

El Costipao, al final, se liaba a patadas con la puerta.

¡Abre, abre o la tiro abajo!

La Micaela, por la ventana, le daba la llave a su marido.

Acuéstate en el cuarto de la cama pequeña. A estas horas me despiertas y ya no puedo volver a coger el sueño.

El Alberto no cejaba.

¡Cabestro, cabestro! ¡Manso! ¡Mauuuu!

El Alberto llevaba un diminuto cuerno de marfil colgando de la cadena del llavero, a manera de dije. Con él pinchaba a sus colegas.

¡Mansos, mansos! ¡Mamúa!

La Micaela, un día, se tiró del moño con la mujer del Chota, por el Bonico. El Bonico dejaba que se mataran. Luego se acostaba con las dos.

¡Cabestros, cabestros! ¡Rejas! ¡Mansos!

En esto de los cuernos es donde mejor cuaja el refrán ese de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro. Todos vemos los cuernos en las frentes de los demás; en la nuestra, no, a pesar de mirarnos en el espejo. Todo el mundo es cornudo menos uno. Es el defecto que más nos gusta

comentar y criticar. Porque gusta creer que los demás lo son y se hace difícil admitir el que uno lo sea o llegue a serlo. Pero sigamos dándole a la maraña de la novela y dejemos la de la filosofía, será mejor.

El Costipao llegaba a admitir que sus compañeros lo eran, pero él, no, y eso que una noche que pateaba la puerta, uno de los vecinos, desvelado por los zambombazos, le esclafó:

¿Cómo quieres que te habrá si está acostada con el Bonico?

El Costipao pateo con más rabia, hasta que la Micaela, por la ventana le alargó la llave.

Acuéstate en la habitación de la cama pequeña, etc.

¡Cabestro, cabestro!, etc.

La Micaela, al final, se fugó con el Bonico.

El Bonico la hacía hacer de la vida y vivía a costa de ella. El Costipao le cogió un odio mortal, ¿al Bonico?, no, al Alberto.

Ése, sólo ése tiene la culpa.

El Costipao hubiera deseado medir metro noventa. Para que todas las mujeres hubieran ido detrás de él como tontas. Para haberle roto la cara al Alberto. Para que la Micaela hubiese vuelto cabizbaja y enamorada. Para haberle roto la cabeza al Alberto. Eso sobre todo. Para haberle roto la cara al canalla aquel del Alberto. Sobre todo, eso.

Al final te lo has tenido que creer, ¿no?

Al Costipao se le llenaban los ojos de lágrimas. Los demonios se lo llevaban. Metro noventa, metro noventa, metro noventa, ¿por qué no tendré metro noventa?

Una noche en que estaban jugando a las cartas cuatro de la media docena de tranviarios, entró en el bar el Alberto. (La Tere y el Pedro despachaban tras del mostrador). Al ver a sus colegas se le iluminó —todo oro, por culpa del castañazo del Grúa— la sonrisa.

¡Mirarlos, mirarlos!

Se aproximó y arrojó el cuernecito de marfil en medio de la mesa de juego.

¡Arrastro!

Todos miraban. El Alberto prosiguió:

¡Cornudos, cabestros, mansos, rejas. Meros, muuuu!

Toda la retahíla.

Callaban, amedrentados. El Costipao se levantó. Lloraba.

Eres un miserable, Alberto. ¡Un canalla!

El Alberto le colocó la mano encima de la cabeza y lo hizo sentar de golpe. Luego les palmeó la espalda a todos. ¡Hala, hala, no enfadaros!

Hizo como que se marchaba.

El cuerno podéis quedároslo.

El Costipao cogió el cuernecillo y se lo tiró. El Alberto lo recogió del sudo y lo volvió a enganchar en la cadena del llavero.

Como queráis.

Se pitorreó por última vez.

Cómo se yo que os sobran.

Estaba ya en la calle cuando volvió a sacar la cabeza. ¡Rejas, rejas! ¡Cabestros, cabestros!

¡Isleros, Isleros! La boca le relucía. ¡Cornudos, cornudos! ¡Muuuuuuu! Los del bar se tronchaban. No cesaban de reír.

Este Alberto es de miedo.

Si que es de miedo este Alberto.

Ya lo creo que es de miedo este Alberto. ¡Vaya si es de miedo este Alberto!

El Pedro, tras el mostrador, cuando lo miraban, sonreía; cuando no, no.

El Costipao les decía a sus correligionarios:

Esto nos lo tiene que pagar.

¿Si?, ¡cómo!

Como sea, pero nos las tiene que pagar.

El Chota apoyó:

Sí, hemos de escarmentarlo.

El Gonzalo, uno que su mujer se la había pegado ana vez y que le había prometido no volver a hacerlo, era de la misma opinión.

Sí hay que escarmentarlo.

El Tobías, que no sabía ya a qué carta quedarse, en lo que respecta a su mujer, volvía: Pero, ¡cómo?

No te preocupes. Orno sea.

Pero hay que escarmentarlo.

Bueno, bueno, yo, como queráis.

Si, hemos de escarmentarlo.

Eran el centro de las miradas y de los comentarios del bar.

Si el sudo se hubiera abierto para tragarlos, se lo hubieran agradecido.

Nada, nada, hay que escarmentarlo.

La palabra «escarmentarlo» empezaba a perder significado. Era como si hubiesen pronunciado demasiadas veces «zanahoria» o «deslavazado». La idea del Costipao era ésta:

Lo esperaremos una noche que haga el último turno, y, en el Paseo, todos con cuernos, lo embestimos. ¿No se burla? Pues, ¡anda!, que nos toree. Nada de sangre, ¿eh?

No, hombre, no. Sólo revolcarlo.

La idea les fue entusiasmando. Proyectaban lo que harían. Lo hablan comunicado a los otros dos tranviarios —el Gallego y el Porcuna— que no

estaban tan animados.

Si llegáis a estar esta noche, igual se mete con vosotros.

Si, claro, claro.

Los defectos no unen, nos parece a nosotros, pero a lo mejor nos equivocamos. Aquí, en este caso, les unía la ofensa, las ganas de un desquite por algo que cada uno para sí creía injusto y para los demás merecido. Más dejemos las teorías y reflexiones, que las novelas no se han hecho para esto. ¿Para qué, pues?

Se comunicaban los proyectos cada día. Los redondeaban. Tenían que aguardar a que el Alberto fuera de noche y los demás, no. Un poco difícil, esto. El Chota había encontrado un enorme cuerno de vaca. Lo embestiría con él. Otro tenía un cuerno de camero retorcido. Para lo que lo queremos, también sirve. Les daba un poco de vergüenza pronunciar la palabra «cuerno».

Lo embestiremos todos a la vez y que pruebe de toearnos a todos.

Luego nos querrá coger uno a uno. Eso ya se verá. No le van a quedar ganas. ¡Jope, os juro que no!

El Gonzalo había encontrado una cornamenta completa. El Costipao trataba de hacerse con un artilugio de esos que emplean para enseñan a torear. El Gallego y el Porcuna se conforman con palos a los que sacarían punta.

Primero que se tire uno encima de él, y cuando esquive a éste, que se te eche otro en seguida. Eso si lo esquivas. Si, eso; si lo esquivas. Se reían.

Una tunda, entre todos, se la damos. Unos cuantos varetazos, desde luego, se los lleva El Gonzalo afiló la cornamenta. Sin afeitar, sin afeitar, gritaba.

Sin embolar, sin embolar, continuaba gritando.

Como los de verdad, como los de verdad, proseguía.

La idea se desarrollaba, se inflaba, se hacía grande, como el velamen de un barco.

Eligieron una noche.

Ésta,

Todos no iban. Faltaba el Gallego. Igual que el Alberto, hacia aquel turno, más tarde todavía. Además, el Gallego vendría por la Maresma y no por el Paseo, como el Alberto.

El Costipao, finalmente, había preparado su armatoste. Había desmontado la rueda delantera de la bicicleta con el manillar. En el manillar había puesto dos palos aguzados.

Me hubiera gustado más dos astas de vaca.

Le había añadido unas varas para empujar.

Parece el carretón del afilador.

Por el Paseo adelante, el Costipao se detenía continuamente.

¿Qué haces?

Nada, esto que se desala.

El domingo antes, en el Mercado de la calle Fortuny, el Costipao había comprado dos navajitas de esas que parecen estiletes —total, ocho pesetas cada una no es nada— y las iba sujetando fuertemente a los palitroques. Aguardaron donde empiezan las acacias. El Alberto venía por la parte iluminada con la cartera auestas. Ahora ya no era conductor. Mejor, menos responsabilidades. En cuanto entró en lo oscuro lo embistieron. El Gonzalo mugió, incluso escarbó con los pies. Parecía un toro, es irremediable esta comparación. El Alberto lo vio llegar y lo esquivó. Detrás se lanzó el Chota, con su cuerno de vaca.

Esquívame a mí, ¡anda! ¡Muuuuu!

El Alberto había descolgado la cartera de los cuartos y le atizó con ella. El Gonzalo le metió mano por detrás. Le dio con uno de los cuernos en los riñones, de refilón, un varetazo. El Alberto aulló. Intentó volverse, pero ya se le había echado encima el Costipao con su especie de carromato. Una de las navajas le penetró en el vientre.

¡Asesinos, asesinos! ¡A mi! ¡Canallas!

La noche era inconmovible e inmutable. La noche era justa. La noche era serena. La noche era sorda. La noche era... ¡Dejémoslo!

El Alberto, la mano sobre di vientre, quiso correr. El tranviario del cuerno de camero, el Tobías, nos parece, le cascó con él. Otro, el Porcuna debió ser, con dos palos, también le buscó. Todos colaboraban. Todos mugían — ¡muuuu, muuuu, muuuu!— compenetrados con su papel. El Gonzalo volvió a embestirle. Estuvo a punto de caer al suelo, el Alberto, pero el Costipao volvió a ensartarlo, por un costado, esta vez. Todos pinchaban al mismo tiempo. El Gonzalo notó que le fallaba la carne bajo los cuernos, que éstos penetraban. Se emborrachó. Se emborracharon. El Alberto, de rodillas, hizo el molinete con la cartera. La calderilla se desparramaba. El Costipao dio un rápido viraje con él artefacto y lo volcó, le hizo caer definitivamente al suelo. Entonces amonó el manillar hacia él y volvió a clavar, esta vez las dos navajas. El del cuerno de carnero estaba asombrado. No pensaba que iban a llegar a tanto. Lo azuzaron.

Venga, métele mano.

El Costipao dijo:

Hay que rematarlo, d no, estamos perdidos.

Lo acribillaron. El Alberto se arrastraba hada d adoquinado, como si allí estuviera su salvación. Lo asaetearon. Por todas las partes. Lo cosieron. El Chota, en vez de clavar, le daba golpes con el enorme cuerno de vaca en la cabeza. Lo empuñaba por la punta.

Conque cornudos, ¿eh? ¿Y. ahora, qué? ¡Si, ahora, qué!

Se ensañaron con él. Lo revolcaron, lo rebotaron por los adoquines. El Costipao lo empujaba, atravesado en la horquilla del manillar.

¡Conque cabestros, conque rejas, conque Isleros!

Por el final del Paseo deslumbraban unos faros. Echaron a correr. No dejarse nada, ¿eh?

Era el Costipao, que arreaba su rueda, como un fantasmagórico afilador, como alma que se lleva d diablo, que debe ser una buena velocidad.

Eran de un taxi, las luces, que volvía de un viaje y subía por la parte derecha del Paseo. Estuvo a punto de arrollar aquel bulto derrengado.

El chófer dudaba entre recogerlo o abandonarlo. Sí, porque luego todo son líos y preocupaciones. Optó por lo primero. Al pobre taxista se le desangraba entre las manos. Me está poniendo el coche perdido. Luego, esto, a mí, quién me lo paga. Vio las luces de los rascacielos ANSA allá al fondo y la luz roja del Dispensario. Bueno, es cerca.

El Alberto aún tuvo tiempo de pedir por sus hermanos y decirles que había sido el Grúa..., que..., lo... ven... ga... ran...

El hilo de la vida se le desenhebraba a paso de carga por los amplios agujeros que le abrieron las cornamentas.

¡Catacrac! Palmó.

Los tres hermanos del Alberto salieron corriendo. Hemos de adelantamos a la policía. La Concha se quedó llorando.

61

¡Zis, zas! ¡Zis, zas! ¡Zis, zas!

—¡Tenemos que matar!

El uno había cogido un vergajo de nervio de buey, que gruñía y cortaba el aire. El otro, una vara, que rebotaba en las costillas. El otro, un palo, el mango de una azada, compacto, macizo.

—Con el palo, no. Lo dejarás en seguida en el sitio.

—Y qué.

—No; hay que tardas mi matarlo. Que sufra como nuestro hermano. ¡Zis, zas, zis, zas, zis, zas! El vergajo era un relámpago.

—¿Tú sabes dónde vive? —Claro que lo sé.

Habían llegado a la cueva sudorosos y jadeantes.

—¡Grúa!

—Debe faltar poco para ser de día.

—Mientras no se nos haya adelantado la policía.

—La policía aún no lo sabe.

—La Concha lo dirá.

—La policía lo coge y, luego, con siete años, listo.

—O antes.

—Eso: o antes.

Se metieron dentro de la cueva.

—¡Grúa!

—¿Qué?

—Sal un momento. Llevaba los ojos hinchados.

—¿Qué queréis?

—Anda, ven un momento con nosotros.

—Pero, ¿qué es lo que queréis?

—Ahora te lo explicaremos.

—Esperar, que voy a calzarme.

—Está haciendo como que no sabe nada.

Salió de la cueva.

—Bueno, ¿qué es lo que queréis? ¿Qué se os ha perdido a estas horas por aquí?

Se apartaron de la cueva, hacia donde doblaba el camino.

—Bueno, decir de una vez qué queréis. —¿Qué queremos, qué queremos?

—¿Qué le has hecho a nuestro hermano?

—¿Yo? No sé de qué me habláis.

¡Zis, zas! ¡Plif plaf!

¡Toc!

El palo le retumbó en la cabeza y cayó fulminado. Quería gritar, pero no podía.

—Le has hecho perder el conocimiento. Ahora no; notará que le pegamos.

—Sí que lo notará. Aún rebulle.

—Dejarme a mí.

El del vergajo se quedó solo.

¡Zis, zas! ¡Zis, zas! ¡Zis, zas!

Le estaban midiendo las costillas que era un gusto. No podía gritar. Le faltaba la respiración. Se quiso incorporar.

—¡Dale en los flatos!

Empezó el de la vara.

—Vamos a ver si lo reventamos por dentro. ¡Zis, zas! ¡Plis, plas!

Vergajazo y varazo va, vergajazo y varazo viene. El del palo se moría de ganas.

—Y yo, ¿qué? ¿No voy a poder pegarle?

Se lió a darle patadas. No miraba por dónde.

En la barbilla, en la boca, en los ojos. El Grúa, a tentón, extendía las manos. Si le cogía el pie, estaba listo. ¡La Cirila allí mismo y no poder llamarla! Abrió la boca. Se le llenó de sangre. Escupió dos dientes.

¡Zis, zas! ¡Zis, zas!

Si no le hubieran dado con el palo, si no hubiera caído en seguida al suelo, si

no..., ya hubieran visto. Le pegaban de tal manera que rebotaba por entre las piedras. El cerebro parecía que lo tenía suelto y que le zurría dentro del cráneo.

¡Plif, plaf! ¡Plif, plaf!

—¡Criminal! ¡Verdugo! ¡Asesino!

Estaba confundido. Anonadado. Los criminales eran ellos. Tres contra uno, ya podían. Y con palos, además. ¿Por qué le pegaban? Perdía el mundo de vista. Su razón se estaba astillando.

—Cirila cirila

No le salía la voz.

Le salía sangre.

¡Zis, zas! ¡Plif, plaf! ¡Patín, patán!

—¡Te vamos a matar! ¡Te vamos a dejar que no te van a conocer! ¡Te vamos a reventar por dentro!

Las voces le llegaban como desde lejos. Los golpes como desde cerca. Le pegaban en la cara, en la cabeza, en los costados. Se había hecho un ovillo, los codos en los lados, las manos en la cabeza. Da nada le servía. Le parecía que le pegaban en el corazón, en el sexo. Una red eléctrica y nerviosa le corría por todo el cuerpo, arriba y abajo, zigzagueante.

—¡No vas a ser más hombre en tu vida!

¡Plis, plas! ¡Pim, pam! ¡Zis, zas! Cerró los ojos. Notaba algo caliente en ellos. Estaba como loco. No sabía a qué venía aquello. No comprendía.

—¡No va a quedar nada para la policía!

—¡No van a saber qué hacer contigo!

Notó que bailaban encima de él, que le crujían los huesos. Después, que lo dejaban. *¡Zis, zas!* Dos últimos vergajazos. *¡Plif, plaf!* Dos últimos verdascazos.

—Ésta, no la cuenta.

—Matar a nuestro hermano, ¡el cabrito!

—Tan bueno como era nuestro hermano.

—Un honrado padre de familia.

Le dieron dos patadas más, con toda rabia, furiosamente. Uno de ellos lloraba.

—No te pongas así, lo hemos vengado.

—Está amaneciendo. Vámonos, antes de que sea más tarde.

—Éste debe de estar muerto.

El Grúa se recobraba poco a poco. Se arrastró.

—¡Cirila...!

No le salía la voz. Se haba quedado como mudo. Siguió arrastrándose. La Cirila se había vuelto a dormir. Había permanecido un rato desvelada, para preguntarle cuando entrara:

—¿Qué querían éstos?

Pero se había vuelto a dormir. Cuando se despertó, como no estuviera *su* hombre a su lado, se levantó. A la entrada de la cueva lo encontró molido y derrengado.

—¡Grúa! ¡Grúa! ¡Grúa! ¡Qué te han hecho!

Lo ayudó a que volviera a echarse en las mantas. Le empezó a secar la sangre de la cabeza.

Poco después llegó la policía. Los de las cuevas andaban alborotados. Aquellos hombres, con linternas, enfocando a todo el mundo, deslumbraban, y no en el sentido encomiástico de la palabra; pasmaban.

—¿No hay por aquí uno a quien llaman el Grúa?

—¡Sí, señor, sí! ¡Sí, señor, sí! En la última cueva.

Todo el mundo se había levantado a medio vestir.

—¡Buscan al Grúa!

—¡Van buscando al Grúa!

Los policías tropezaban y hacían rodar pedruscos.

—¡Vaya trabajo que nos han encomendado!

Uno se pinchó con una pitera.

—¡Ni que lo digas!

Se metieron en la cueva que les habían indicado. Al traspasar el umbral, agacharon la cabeza.

—Vivir aquí significa padecer de los riñones continuamente. ¡Eso de no poder enderezarte nunca!

—¡Pobre gente!

Con las linternas, pistola en mano, enfocaron un montón informe; cuando sus perfiles adquirieron vigor, el informe amontonamiento se resolvió en la siguiente composición: un eccehomo, una mujer cuidándolo y dos criaturas, todos revueltos en harapos. La luz de las linternas, sin ser muy poderosa, eclipsaba la del «chumino».

—¿Eres tú el Grúa?

La Cirila dijo:

—¿Qué pasa? ¿Para qué lo quieren?

Enseñaron las placas.

—¿Es su marido?

—Sí.

—Su marido ha matado a un hombre.

—Nos lo tenemos que llevar.

—A él sí que lo han matado, ¿qué no ven como está?

—¿Cómo ha sido eso?

—Lo vinieron a buscar tres de las Económicas. Lo hicieron salir. Yo no me imaginé que fuera para esto.

—¿No los conocía usted?

—¡Claro que los conocía!

—No te quepa la menor duda. Los hermanos que han venido a vengarse.

—Luego nos mandarán a detenerlos.

—Seguro.

—Y decía la mujer del pobre diablo, aquella tía llena de mugre: «En las cuevas de la Montaña, es muy fácil de encontrar». Remendaba la voz llorosa de la Concha.

—Si nos descuidamos vamos a buscarlo allá donde Cristo dio las tres voces.

—¿Cómo nos llevamos a este desgraciado?

—Como podamos. En cuanto lleguemos a la carretera, paramos un coche.

—Eso si da la casualidad que pasa alguno.

—Ahora falta que tengamos esa suerte.

—A estas horas ya pasan muchos camiones.

—Menuda somanta le han pegado.

La Cirila lloraba y se tapaba sus sueltas carnes. El mastuerzo abría unos ojos como platos.

El Grúa había perdido eso que hemos dado en llamar la moral. Tenía fiebre. Estaba baldado.

No sabía a qué venía todo aquello. Ni la paliza de los hermanos del Alberto, tampoco. Ya los cogería uno a uno. Se las iban a pagar. Estaba desconcertado. Él era honrado. Él siempre había sido honrado. Ni siquiera se le ocurría que pudieran detenerlo por algo de lo que había hecho antaño. Él no tenía pasado. Él era ahora. Y él, ahora, no había hecho nada.

En la Comisaría le dieron una manta.

—¡Pobre diablo!

—¡Pobre diablo, pobre diablo! Pero es un criminal.

A media mañana, tarde ya, empezó el interrogatorio.

—¿Cuántos erais? ¿Cuántos ibais? ¿Cómo se llaman los otros?

El Grúa no sabía nada. No sabía ni contestar. La sangre se le había secado en las narices. Tenía mal olor y mal sabor, la sangre. Olor acre, sabor acre, que diríamos en literatura. El Grúa no la sabía. Ni lo de acre, ni su belleza literaria, ni lo que le preguntaba la policía. Sólo tenía ganas de vomitar la sangre que se le había coagulado en la garganta.

—¡Mira que es cabezón, el fulano!

—¿Cuántos os juntasteis para matar a aquel desgraciado?

El Grúa habló. No se le entendía nada.

—Habla más claro. Dadle un vaso de agua.

El Grúa bebió. La sangre coagulada se iba para adentro. Emitió unos balbuceos roncacos.

—¿Qué dice?

—Que no sabe nada.

—¡No nos va a hacer creer que aquella carnicería la hizo él solo!

—La paliza, a él, se la han dado entre tres.

—¡Pues, por eso!

Intentaron persuadirle. Con más o menos modos.

—No te pongas tonto y di lo que sepas.

Después convenciendo.

—No sacas nada con ocultar a los demás.

Prometiendo, luego.

—Saldrás ganando si desenmascaras a los otros.

Finalmente, gritando.

—¡Habla ya, cabrón!

No sabían que hacer.

—Está el pobre que no se aguanta.

—Para mí que no sabe ni lo que le decimos.

Era cerca del mediodía. Preguntaban incansables, monótonos, rítmicos, monocordes, infatigables, eternos, alucinantes.

—¡Habla ya!

—¡Canta ya!

—¡Dilo ya!

—¿Cuántos ibais?

—¿Quiénes eran los otros?

Al Grúa todo le daba igual. Le zumbaban los oídos. Estaba ciego. Sordo. Mudo. Tenía frío. Tenía fiebre. Tenía ganas de estar acostado. Tenía ganas de dormir. Tenía ganas de morir. Todo él era una espiral luminosa que daba vueltas sin parar.

—Mira que es terco el fulano. Toda la mañana con él y como si nada.

El Grúa notó que lo cogían del cuello y lo zarandeaban.

El Abrán estaba jugando a «chepas». En el Paseo. Con los de la fábrica. Era mediodía. Después de comer. En una hora y tres cuartos, muchos, la mayoría, no podían ir a comer a casa. Vivían lejos. En Barcelona, en la Ciudad. El Abrán sí que podía. Su mujer estaba indignada con él, escamada.

—¿Por qué no vienes a comer a casa?, tos demás lo hacen.

—¡Los demás, lo demás! Tú deja *estar* a los demás. Así puedo comer tranquilamente y no tengo que correr como ellos.

—Pero es que me sale más caro preparar para que te lleves que sí vinieras a comer.

—Lo mismo que como aquí, me lo puedo llevar. «Se llevaba el hatillo, como los de la Ciudad. En media hora comían. O antes. Parecían embudos engullendo. Luego ya se sabía. A piropear a las chicas de la Fábrica de Aceros o a las de la Fábrica de Anilinas. O a jugar a chepas», como hoy. La fábrica donde trabajaba el Abrán era la de la Serrería. ¿Y qué? La pelota era un envoltorio de trapos, bien sujetos por un cordel.

Dentro una piedra. Para que pesara. Y para que hiciera daño.

Cruzaban La Riera, por detrás de la iglesia, y al Paseo. Allí había más anchura para jugar que en la carretera del Barri Vell. Y además, estaban las fábricas en las que

trabajaban sólo mujeres o más mujeres que hombres. Se sentaban a las puertas de esas fábricas, y, cuando las obreras salían, todos a rugir a coro:

—¡Tía buena!

—¡Tía guapa!

—¡Eso es carne y no lo que echa mi madre en el puchero!

—¡Eso es una mujer y no la bicicleta que tengo en casa!

—¡Etc!

Había uno que dirigía aquella especie de orquesta de cuerdas vocales. Decía:

—Una, dos y tres.

Y todos, entonces:

—¡¡Chata!!

A la agraciada se le torcía el tacón del zapato, se ve que del nerviosismo; se destrutturaba.

El Borrull le tiró la pelota al Abrán. Así empezaba esta clase de juego. Sin previo aviso. El Abrán se agachó. La recogió el Riuserra, que estaba allí al lado, y le atizó al Abrán en las costillas, en toda la chepa. Ya estaba armada. El Abrán se volvió airado. El Atienza era quien tenía más próximo. El Atienza, ante las aviesas intenciones del Abrán, salió pitando. El Abrán tenía mucha fuerza y un «chepazo» de manos de él, era mortal. El Atienza corría con la cabeza vuelta.

—¡No tires, no tires!

La cabeza para atrás y los pies para adelante.

—¡No *vale* moverse del sitio!

El Atienza chocó contra un ciclista que venía gritando:

—¡Ojo, ojo!

El ciclista se había ido pegando contra la acera, al otro lado del Paseo, los pies sueltos, dejando de pedalear, esquivando, rasando el bordillo.

—¡Ojo, ojo!

La colisión fue de quién-lo-había-de-decir-antes-tan—bien-y-ahora-si-lo—llegamos-a—saber -etc. Aparatosa, estruendosa. Mucho ruido, pero también muchas nueces.

El Atienza se clavó el freno de la bicicleta en la mejilla izquierda, debajo del ojo ídem.

—¡Ojo, ojo!

El ciclista cayó cuan largo era, luego de dar una vuelta de campana, de costillas sobre los adoquines, rebotándole la cabeza, por lo menos tres veces.

El Abrán fue el primero en personarse junto a la catástrofe, como las autoridades. Cuando vio al ciclista sin conocimiento, los brazos en cruz y echando sangre por los oídos, no lo pudo remediar, y eso que era valiente: se dio la vuelta, se puso de espaldas. La visión de la sangre le ponía malo. Siempre, no; pero aquella vez, sí. Su vigorosa imaginación le hizo ver a aquel hombre reventado por dentro, deshecho por dentro, los órganos sueltos por dentro. Notó que se le constreñía el estómago. Un

vahído, un mareo. Le entraron ganas de ir al water. Le cogió frío en los pies, como si el sólo apoyarlos en donde fuera le diera corriente o algo peor; como si le pasaran por las plantas cristales o navajas de afeitar, suavemente, *ris*, *ras*, pero siempre a punto de cortar. Él no era así. Pero aquella vez no había podido ser de otro modo.

El Riuserra, el Borrull, el Feliu, otros, se aproximaron al herido. No sabían qué hacer. Estaban blancos como el herido. No sabían qué hacer. Lo agarraban por una pierna, por un brazo. Lo soltaban. No sabían qué hacer.

El Ortuño Cid, uno que había sido de la lucha libre; uno que había estado en un campo de concentración donde cada mañana los sorteaban para fusilarlos —uno, dos, tres, cuatro, cinco, tú; uno, dos, tres, cuatro, cinco, tú— y a él no le había tocado nunca, por eso estaba allí, pero qué tragos, ¡Señor!; uno que tenía mucha experiencia, pues había vivido lo suyo; uno que tenía mucha serenidad, la vida te enseña también lo suyo; uno que... dijo:

—Vamos a llevarlo aquí, a la Alcaldía. Lo agarraron en volandas y al trote para allí. ¡Tenía razón!

El hermano del Atienza, uno que era boxeador, *amateur*, por ahí se empieza; uno que se comía de postres dos kilos de plátanos, eso da mucha fuerza, sólo se preocupaba de su hermano.

Le quitaba las manos de la cara.

—¡A ver, a ver qué te has hecho!

El Atienza pequeño tornaba a ponerse las manos en la cara. Por entre los dedos le fluía la sangre.

—Vamos también al Dispensario para que te curen.

Al Atienza pequeño le daba vergüenza. Lo suyo no era nada al lado de lo del otro, que a lo mejor estaba muerto.

—¿No es nada, no es nada y *te se ve* el hueso?

El Atienza pequeño se asustó. Se puso el pañuelo sobre la herida y, acompañado de su hermano que lo sujetaba de un brazo, echó detrás de los otros.

El Abrán se había sobrepuesto y se había unido al grupo del ciclista. Lo llevaban entre cuatro. De cada brazo y de cada pierna. Uno en cada extremidad. El Abrán y el Ortuño Cid lo cogieron de la cintura, ayudando.

—¡Venga! ¡De prisa, de prisa! H llegaron a los rascacielos de la ANSA. Doblaron. A la izquierda —cuatro pasos— estaba el edificio de la Alcaldía. ¡Menos mal!

—¡Por allí, por allí! —dijo el policía armado que había en la puerta.

—¡Por aquí, por aquí! —dijo el Ortuño Cid, que aquello lo conocía bien—. Esto lo conozco yo bien.

Empujaron una puerta y se metieron donde estaban interrogando al Grúa. Se quedaron de una pieza.

Sin moverse. Sin saber qué hacer. Sin soltar al herido.

Un hombre pequeñete —el comisario, contaban ellos luego— apartó al hombre que zarandeaba al Grúa del cuello.

—Dejadlo. No puede aguantar más. Pero que me corten lo que tengo de hombre si esta noche no ha cantado de plano quiénes eran todos los que lee acompañaban.

Uno de los policías empujó al grupo que transportaba al herido.

—Eso es aquí al lado, aquí al lado.

El comisario bramó:

—¡Esta Comisaría es un asco! ¡Todos los que vienen al Dispensario se cuelan en ella!

Se volvieron y tropezaron con los hermanos Atienza, uno llevando del brazo al otro, el llevado tapándose un lado de la cara con un pañuelo lleno de sangre.

—Aquí al lado, aquí al lado El agente les explicaba:

—Un asunto lamentable. Han apuñalado a un tranviario, este individuo y algunos más. No quiere decir quiénes eran los otros. Es un peligro para la sociedad a el que ese hatajo de desalmados anden sueltos todavía.

El agente tenía cara de buena persona y se explicaba demasiado.

—Aquí al lado lo curarán. ¿Qué ha sido?

—Nada. Un accidente de bicicleta.

Estábamos jugando a *chepas*, ¿sabe?, eso que tiras la pelota a las costillas al que tienes más cerca, sin moverse del sitio, etc...

El Abrán le decía al Riuserra:

—Ése es el Grúa.

—¡Qué paliza le están dando! ¿Os habéis fijado?

—¡Qué manera de pegarle!

—No lo conozco.

—Sí, de críos habíamos sido muy amigos. Él era jefe de una banda y yo de otra.

El Riuserra había vivido en las Económicas hasta que se casó y se fue a vivir a casa de la novia, en Collblanch.

—No caigo quién es.

—Se hizo muy amigo del Costipao. Más amigo que conmigo. Son los más amigos que he visto en mi vida. En cuanto *plegue* de trabajar se lo tengo que ir a decir.

Por lo menos, que pruebe de hacer algo por él. Estaba medio muerto ese desgraciado.

—No sé quién es el Costipao.

—Uno que ahora es tranviario.

—Hace tanto tiempo que me marché del barrio...

—Lo tienes que conocer a la fuerza. Su padre era aquel tío que siempre estaba estornudando.

—¡Ah! ¿uno de pequeñito?

—*Equelicuá*.

El Abrán empleaba unos adverbios que, como dirían los catalanes, *Déu n'hi do*^[30].

En cuanto salió de trabajar, lo primero que hizo el Abrán fue irse a casa del Costipao.

—¿En qué puerta vive el Costipao?

—Ahí.

—No, mi hijo no está. Viene mucho más tarde.

—Dígale que venga a mi casa. Tengo una cosa urgente que decirle, muy urgente, ¿sabe? Dígale de parte del Abrahán. Él ya sabe dónde vivo. Ahí en la calle de los Huertos.

—Sí, ya sé quién es usted. Usted es el hijo del Ferroviario.

La madre del Costipao ponía cara de preocupada.

—No, no; no pasa nada grave. Pero es algo que le interesa.

Desde el plante de la mujer, el Costipao vivía con sus padres.

—Como una madre, nadie.

El Abrán se fue.

—No se olvide, ¿eh?

—No, no, ¡qué va! Ándese tranquilo.

El Costipao llegó a casa del Abrán con el alma en un hilo. Tenía una cara rara. Todo el día había estado pensando que de un momento a otro vendrían a detenerlo. Alguno se chivará. De todos modos, el Abrán no lo puede saber. Desde luego y verdaderamente, el Abrán no lo sabía.

—¿Qué quieres? Dice la vieja que me buscas.

—Sí.

El Abrán le contó lo que aquel mediodía, por equivocación, por despiste, habían visto en la Alcaldía de la ANSA al transportar al herido.

—Era el Grúa, tú, Daba pena. Como sois tan amigos yo he pensado en contártelo en seguida a ti. Dijeron que había matado a un tranviario.

El Costipao estaba pálido. No tenía ni color en los labios. Le temblaban. El Abrán pensó: «¡Cómo le afecta esto de su amigo! Se ha quedado blancor». El Abrán preguntó:

—¿Sabes si lo sabe su mujer? El Costipao preguntó:

—¿Sabes si el tranviario ése era el Alberto?

—¿Cuál tranviario? ¿Te refieres al que nos ha dicho el poli que ha matado el Grúa?

—Sí.

—Pues no sé. El Abrán hizo una pausa.

—¿Quién es el Alberto? Yo no lo conozco.

—Sí que lo conoces. Vive en la calle de la Farmacia. Es uno muy chulico que tiene todos los dientes de oro.

El Costipao se presentó en la Comisaría, a contarlo todo. No podía con su alma. No podía vivir. Había pasado un día de perros, No se había atrevido a preguntar nada. No había querido oír hablar de nada. No había querido verse con los otros, no había

hecho por verlos. No se fiaba ni de ellos ni de él. Estaba cansado. Aquello no se podía aguantar. Él las había hecho gordas, pero como aquélla, ni hablar.

—¿Así que ha sido usted?

—Sí.

—¿Y el otro, no?

—No.

—¿Pues cómo se explica que antes de morir lo acusara a él?

—Le tenía mucha rabia. O tal vez creía que venía con nosotros. O se confundió.

O...

—Supongo que usted no va a ser tan terco como para no contar quiénes fueron los otros.

—No. Fueron fulano, fulano y fulano.

El comisario estaba un poco consternado. Afortunadamente, el Costipao había llegado antes de que el buen hombre pusiera en situación desairada lo que tenía de ídem queriendo hacer cantar al Grúa. Casi quería abrazar al Costipao.

—Ahora me explico, por qué el desgraciado no hablaba ni a la de tres.

El Grúa estaba hinchado como un barril, el rostro como un pan redondo. Embotado. Con sangre reseca en los agujeros de la nariz y en los labios. Amaratado, lleno de cardenales.

—Hay que detener a los causantes de este estropicio.

Los policías estaban apesadumbrados. El comisario sobre todo.

—¿Y ahora qué hacemos con este hombre?

—Van a creer que hemos sido nosotros quienes lo hemos puesto así.

Lo tuvieron tres días más detenido a fin de que se le rebajara la hinchazón y saliera a la calle un poco más presentable.

¿Qué otra cosa se les podía ocurrir?

62

Una ola sucedía a otra, como en el o la mar, a gasto del consumidor, lo de «el» o «la», ¡claro! Luego de la ola de barracas vino la ola de fábricas. ¿No era aquello zona industrial? ¡Pues entonces! En los planos de la nueva Gran Ciudad así estaba marcado y decretado. El Gafas lo había dicho. Y otros. Los entendidos, seguramente. (Sí, seguramente).

A los lados del Paseo era donde más surgían. Ya no había campos. Cada vez iban quedando menos. Y por otros lugares también brotaban. Los letreros de: SE ADMITEN TIERRAS, con sus escandalizadoras faltas de ortografía los más, banderilleaban el paisaje. Acto seguido, ya se sabía: cascote, enronas, tierras, basuras, detritus. Era el proceso. Luego, zanjas, hierros, maderas, hormigoneras, perforadoras. Era el proceso. Después, ladrillos, andamios,

paredes. Era el proceso.

Para hacer pisos no hay, pero para lo que les conviene...

Aquello era zona industrial. Muy pocos espacios —ninguno, tal vez— se reservaban para viviendas. Los entendidos lo aseguraban. La gente no lo comprendía.

No seáis ignorantes.

Y tú no seas tan mierda, ¡anda!

Las fábricas viejas, las viejas fábricas, las antiguas fábricas, las que llevaban años allí, las que parecían tan antiguas como el paisaje, se ensanchaban, se remozaban, se renovaban. Prosperaban, ¿no se dice así? Tendrían nuevas naves, subían nuevos pisos. Se disparaban por arriba y por los lados, como si se ahogaran, como si temieran morir aprisionadas por sus congéneres, por sus colegas. Eran como un traje viejo lleno de vistosos remiendos. Las otras, las flamantes, construidas con líneas esbeltas, siguiendo una tónica moderna, eran tan bonitas que parecía que en ellas no se debía de trabajar. Más que con sus comedores llenos de luz, no de comida, con sus canchas de juego, para deslumbrar al obrero. Ahora, una vez dentro, lo mismo daban las antiguas que las modernas; jornada desesperada, TU como estaba la vida no quedaba otro remedio. Once y doce horas, o más.

Las fábricas nuevas se levantaban donde hacía poco habían habido núcleos de barracas. Sobre aquel suelo que pronto trepidarían motores, sobre aquel suelo apisonado, sobre aquel suelo artificial, de subterfugio, había vibrado la vida, eso tan misterioso que cuando menos te lo piensas desaparece, en todos sus aspectos y gamas: dolor, alegría, procreación, nacimiento, muerte, vicio, miseria, alegría, esperanza, bondad, felicidad, continuación. Te parecía que habían quedado enterrados entre los cimientos de aquellos templos del progreso los antiguos pobladores de aquel sagrado suelo y que por la noche, de sus huesos profanados, se levantarían espectros, como en las leyendas. ¡Narices! Una realidad más tangible de que esos primeros pobladores, diseminados, se las veían negras para encontrar dónde meterse, y otros fantasmoneaban por las galerías del Palacio de Misiones, hombres a un lado, mujeres a otro, la familia desarticulada, esperando — ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿hoy?, ¿mañana?, ¿dentro de un año?, ¿seguro?, ¿bien?, ¿mal?— a que todo se solucionara.

Aquello de las fábricas, en cierto modo, se parecía mucho al Mercado o Encantes que cada domingo hacían en las Económicas. En los Encantes o Mercado encontrabas de todo. Allí también había toda clase de fábricas. De tejidos, de sedas, de cartón, de anilinas, de aceros, de cojinetes, de waters, de pozales, de mosaicos, de ladrillos, de bombillas, de hielo. Fundiciones, serrerías, hilaturas, estampados, altos hornos, productos químicos, «bóbilas», laboratorios. No acabaríamos. Aquello pronto sería un Pueblo Nuevo —nos

vamos a poner pesados repitiéndolo—, con sus calles sucias por el polvillo del carbón, con sus bosques de chimeneas, con sus neblinas, con sus peculiares olores, con sus estruendos, con sus detritus, con sus ríos de ácido. Las ranas de los regatos y los grillos de los prados, ¿dónde irían a parar en lo sucesivo? Alguna primavera, cuando las golondrinas tornaran, se encontrarían chasqueadas, seguro.

A lo largo del Paseo se ampliaba, se renovaba, se remozaba, se rejuvenecía la Fábrica de Aceros, se erigía la de Bombillas, como un castillo de uralita, se levantaban otras, bosque de hierros todavía, encrucijada de andamios todavía, incógnita todavía.

¿De qué será esa fábrica?

No sé. Me han dicho que de maquinaria.

... A mí me han dicho que de zapatos.

A mí que de...

Los payeses se vendían los campos los pagaban bien. Ya no había amor a la tierra.

«Tú, que farías^[31]?».

«A mes, que si volen te les “pondrán” igual».

En los campos de los Segalés se levantaba una fábrica de Hielo, a los del Mascarella, una de Cartón.

La que más payeses había desplazado era la ANSA. La Factoría de la ANSA (Automóviles Nacionales Sociedad Anónima; la nueva dueña de aquellos contornos, la soberana, la mandamás. Cerca de donde estuvo la Colonia Lluñana, próxima a la Estación, más allá de los campos de la Marieta, se extendía como un pulpo agarrado a la roca, los tentáculos estilados, como un águila posada con las alas abiertas, como una clueca que incubaba automóviles, segura de su soberanía. Nadie se le podía resistir. Los terrenos se le tenían que vender a la fuerza. Ley de expropiación, que dijimos una vez. Trazaba sus nuevas carreteras, sus nuevas líneas de ferrocarril, desalojando, borrando del mapa a quien pillaba por delante, sin consideración ni miramientos de ninguna clase. Cuando el Muelle Costero se llevara a cabo, llegaría a sus pies, de allí no pasaría. Dos fuerzas, una al servicio de la otra. Tendía sus avanzadillas, la ANSA. En la esquina de las Económicas, una fundición; en los Arbitrios, donde estuvieran las barracas, una Estación de Servicio gigantesca, de ensueño, con pisos como pensiles babilónicos. Todo quedaba dentro de los límites del distrito, que es decir dentro de casa.

La fundición, desde fuera, no parecía tal cosa. Vidrieras. Líneas rectas y de apariencia frágil. Ventanales de aluminio. Fachada de mosaico. Entrada jardín con vende césped en los resquicios de las losetas del sendero. Etc. Los domingos, los Encantes de las Económicas se extendían hasta allí. A su entrada se sentaban los mendigos piojosos. En su acera vociferaban

mercancías y hacían martingalas publicitarias los charlatanes. La Opulencia y la Miseria, el Poder y la Esclavitud, el Progreso y la Retrogresión, la Máquina y el Hombre, ¡cuántas diríamos!, el Orondo y el Pícaro, Epulón y Lázaro, ¡cuántas diríamos!, no se daban la mano, ¡claro!, pero sí la espalda, ¡naturalmente!, ajenos los unos a los otros, como si no se necesitaran, indiferentes, ignorándose, desconociéndose. ¡Todos somos hermanos! ¿Quién ha dicho eso, que me lo como?

En un principio había habido pugna, afanes desmedidos, por entrar a trabajar en la ANSA, aquello era una ganga. Recomendaciones del cura, del brigada de la Guardia Civil, instancias, Una vez dentro la ganga ya no era tal ganga. Trabajar como en todas partes. Nadie regala el jornal, ni las empresas pequeñas ni las grandes. Hay que sudarlo. Muchos lo hacían por la vivienda, los rascacielos junto al Paseo. Pero la vivienda había que pagarla, y no un alquiler barato, sino un alquiler como otro cualquiera. Y si morías y tu viuda o tus hijos no trabajaban en la Factoría, afuera. Tampoco era demasiada ganga. Claro que en los tiempos que corremos, por un piso, todo, hasta el honor. Y que uno no se muere así como así. Y además, a tus familiares, antes de echarlos, se les daba toda clase de facilidades para que pudieran entrar al servicio de la Empresa. Claro que si a pesar de eso... Sigamos.

Los antiguos habitantes del condado, es un modo de decir, andaban quejosos de estos nuevos invasores, es un modo de definir. Todo para los de la ANSA, decían. Tenían sus autobuses, abundantes y regulares, que no paraban, aunque fuesen vacíos, al personal ajeno a la casa, es otro modo de definir. El resto de la población —con autobuses que se estropeaban cada dos por tres, que no eran abundantes ni regulares— opinaba que aquello era una guasa, una befa, un abuso y un sarcasmo. Tal vez tuvieran razón.

Claro, ellos, como que son una Empresa rica, como que son una Empresa del Estado, que no les falte, aunque nos tengan que amelar a nosotros...

El muro del Paseo, el vetusto muro, el muro que parecía que había muro para siempre, como se dice de los hombres corpulentos que mueren de repente, estaba desapareciendo. El corpulento muro de hormigón, aquel recio muro con el que el Moisés probara el 19 de julio su ametralladora, a ver qué tal, dos impactos en los que el Grúa metió el dedo para ver si tocaba el fondo, y no lo tocaba, a ver qué tal, y hubiera resistido más el muro que la ametralladora, de haberse empecinado, seguro, a ver qué tal; aquel muro, solaz de los muchachos, que andaban en equilibrio por encima de él, y que una bomba, cuando la guerra, lo cogió de pleno y no le hizo casi nada, sólo una caricia, estaba desapareciendo. Las fábricas se lo comían, Cada nueva fábrica, una brecha. Había ya más brechas que muro. Ya no podías acodarte en él y contemplar la hondura de los campos, unas veces verdes y otras veces siena, siempre bellos y serenos, siempre eternos y renovados. De todos

modos, como que ya no había campos, como también estaban sucumbiendo...

A las acacias del Paseo les estaba ocurriendo lo que al muro y lo que a los campos. ¡Ay!, vivir para ver. Contaban, las acacias, cinco lustros, seis, siete, más tal vez. Diríase que habían estado allí desde la creación del mundo, hieráticas, milenarias, robustas, campesinas, cargadas de cigarras. Permanecían en dos hiladas rectas y largas, besándose unas a otras allá en los confines del Paseo donde las leyes de la perspectiva hacían posible este milagro. Uno creía que el Paseo surgió en torno a ellas, que el Paseo era para ellas y no ellas para el Paseo. Habían vivido tranquilas cinco lustros, seis, siete, más tal vez. Solamente la poda anual, una poda sanguinaria de mezquinos aprovechamientos por conseguir buenas ramas, buenos palos o cayados, sacrificando la estética y la esbeltez de ellas, dejándolas nudosas y jorobadas, las hacían temblar. También una vez, a una, la derribó el rayo. Pero esto es casualidad, a lo sumo, castigo de Dios. Mas ahora empiezan a desahogarse, y, lo que es peor, a desaparecer, ya lo han ido viendo o imaginando. En las márgenes del Paseo brotan rápidamente, como amapolas en un campo de trigo, fábricas y barriadas, ya lo dijimos.

Empezó esta tala mortal un autobús de dos pisos que volcó a una de ellas, saliendo él ileso. Luego, un coche de la ANSA descortezó y dejó reclinada para siempre a otra, como si desde pequeñilla no se la hubiera corregido, el refrán falla. Este coche pagó tributo, o lo pagaron por él. Junto al corpulento tronco aplastó a un absurdo ciclista que repetía asombrado antes de morir:

¿Por qué precisamente a mi me ha ocurrido esto? ¿Por qué precisamente a mi me ha ocurrido esto? El coche, además, quedó hecho un acordeón. Sin embargo, son las fábricas quienes —voraces— guardan menos consideración. Unen banda y banda del Paseo, abriendo paso a sus transportes, modernos corceles de Atila siempre que esto hacen pescan alguna ingenua y bendita acacia por medio. En invierno, secas, no dan tanta pena, desde luego. Es como si mataran a un muerto. Pero en primavera, cuando están blancas de flor como novias llenas de azahar, cuando huelen tan bien que hasta logran dulcificar el nauseabundo olor de la gasolina, es una lástima, palabra. ¡Ay!

63

Es otoño, nos parece, no lo sabemos bien. Está harto de la cueva. ¡Siempre allí metido, todo el día solo! La Cirila se va con los críos, a pedir limosnas. Estuvo un tiempo sin saber de ellos. Por poco muere de hambre. Los cogieron mendigando y los llevaron a Misiones. A la Cirila la pelaron al rape. A los críos también: A1 pequeñín

no hizo falta. Era pelón y tenía males. Nada de eso tiene importancia. La Cirila parece ser que berreó. El mastuerzo, no.

—¡Mi pelo, mi pelo!

La Cirila evoca sus buenos tiempos.

—Tan hermosa mata que tenía...

El Grúa ya no tiene recuerdos. Es un hombre sin memoria. La Cirila le da lo mismo pelada que sin pelar. Cuando le mete mano lo hace por instinto. Pensar es molesto; recordar, también. La vida es hoy. A lo sumo, mañana. Esto no lo piensa el Grúa, esto lo pensamos nosotros. El Grúa, desde la paliza, es un hombre desmoralizado, derrumbado, desmoronado, acabado. Todo le da igual. O todo *no* le da igual. Es un hombre informe. Masa. Sólo sensaciones externas. Como un molusco. Comer, dormir, cohabitar. Y todo por un algo —hábito, vicio, rutina, instinto, necesidad— que le impulsa a hacerlo. Si le pinchan, se encoge. Si le da el sol; se estira. Si bebe vino, se alegra. Su cabeza es un cubo. Cuatro barreras limitadas. Limitación de fuera a dentro. Limitación de dentro a fuera. Te mira con esos ojos de los animales que no sabes si te miran a ti o miran detrás de ti. Esos ojos sin fondo que por ello te hacen suponer que dentro no hay nada, sólo un vacío que ni siquiera es horroroso.

La Cirila se va con los críos, a mendigar. Busca un lugar extremo, estratégico, donde no la cojan, donde no la vuelvan a atrapar. Las escaleras del metro de las Navas, o de la Sagrera, o de Fabra y Puig. O Mercado Nuevo y Bordeta. Siempre estos lugares extrarradio. Se turna. No va siempre al mismo lugar. De vez en cuando, cambia. Para no empalagar a la clientela. Los críos van de cualquier manera. Ella, también. Para el oficio que tienen, mejor uniforme no hay. El escuerzo se larga a jugar, a vagabundear. Ella, con el pequeñín en brazos, extiende la mano, sin decir nada. Compone una estampa clásica y trágica. Ella lo sabe. Lo de clásica y trágica, no. Que da lástima, sí. A todos, no. A muchos, no. A pocos, sí. A bastantes, sí. La calderilla cae. La ridícula calderilla de aluminio con la que parece que damos el no-va-más y damos el no-va-menos, la ridícula calderilla que aligera la conciencia, cae. Los domingos, más. Los domingos, la gente tiene el corazón más blando. ¡Pobre! ¿No me he divertido yo?, pues que se divierta ella. Los domingos, en según qué ocasiones, va a la puerta de una iglesia. Y si le da pereza levantarse y desplazarse a la Ciudad, mendiga en el Mercado de las Económicas. Con cuidado, pues tiene miedo de que la vean sus hermanos o sus padres. Aunque una vez que la vieron, lo que ella les dijo:

—¿Por qué no me ayudáis vosotros si no queréis que pida?

—¡Anda y que trabaje tu marido!

—Mi marido está enfermo. Mi marido no puede trabajar.

—Sí, enfermo; ¡no puede trabajar!

—Trabaja tú. Vete a fregar pisos.

—¿Y con quién me dejo los chiquillos? ¿Con vosotros? ¿Con las señoritingas de

vuestras mujeres?

Sus mujeres no quieren saber nada con su cuñada.

—No querréis que me meta a...

Los hermanos, en su fuero interno, en lo más recóndito de su fuero interno, tan recóndito que unos a otros no se lo comunican ni se lo sospechan, piensan que tal vez sería mejor. Aunque la hermana ya no está para esos trotes, se ha dejado mucho, se ha estropeado demasiado, y eso que vieja no debe ser, unos años más que ellos, pero pocos, pocos...

La Cirila, a los mediodías, interrumpe su trabajo de mendicante y compra algo, lo mete en medio de la barreta de pan, y a morder. Además, buen latigazo de vino. Eso que no falte. El escuerzo y el otro, que ya empieza a correr solo, también muerden la barreta, también beben vino.

No tanto como la madre, de esto último. Al Grúa le deja pan y algún dinero, algunas perras, para que se avíe. El Grúa baja de la Montaña y en el primer bar entrando por la Calle Mayor del Barri Vell, compra sus sardinas o su *sigaleta de perro* y las mete en el pan. Además, una botella de vino y a pimplar. El vino produce una extraña y agradable euforia. Parece que flotes. Lo esencial es no dejar de sentir esa ingravidez. Con trago de vez en cuando, esto se arregla.

El Grúa está como inflado. Tiene la piel tersa. Tose. Escupe; alguna vez, rojo. Con la vista, asustado y deslumbrado, sigue la geométrica trayectoria del gargajo. Tiene el rostro desfigurado. La noche de la somanta perdió un par de dientes. Tiene las facciones abultadas, fofas, abotargadas. La gordura falsa que da el alcohol. Esta adiposidad le satisface y se cree recuperado de lo que tuvo a poco de la paliza: unos vómitos de sangre. Habla con los dientes apretados, como si los tuviera enclavijados. Le cuesta trabajo desclavarlos.

—Y yo *sooooy un hooommbreee* que no me *gusssta meeteeerme* con *naide*. Eso *sííí*, que *naide* se *meeeeeta conmigooooo*...

La Cirila también se entrompa de vez en cuando. El escuerzo, cuando puede. Por las noches, la Cirila y los críos ya vienen medio cenados. Si se acuerda, trae algo para el Grúa. A la Cirila, el Grúa ya no le importa demasiado. La Cirila piensa que cada uno tiene que espabilarse y procurar por él. El Grúa lo piensa también. El escuerzo lo empieza a pensar. El chiquitín aún no ha aprendido a discurrir.

Por la noche colocan una botella de vino junto al colchón. De vez en vez y de cuando en cuando alargan la mano y lengüetazo. Flotar de gusto. El Grúa, de tarde en tarde, busca a la Cirila. A la Cirila, estas cosas ya no la emocionan. Experimenta una *anafrodisia*^[32] completa. El Grúa es su marido y le deja hacer lo que deseada Es su obligación. Lo que no quiere es que la preñe.

—Ten cuidado, ¿eh?

El Grúa, en según que ocasiones, no tiene cuidado; no lo puede remediar y no se acuerda de la advertencia, o no hace caso, que viene a ser lo mismo.

—¡Puerco, marrano!

La Cirila hace lo que puede por evitar la concepción. Si no hay el barreño de agua a mano se lava con vino.

—Con vino *nooooo*, Cirila.

El Grúa, luego del jaleo, tose, jadea y resopla como una vieja locomotora Mataró 1840.

El Grúa, aquella mañana, baja de la cueva. Hace sol. Es otoño. Es primavera. A lo mejor es verano. El Grúa no lo sabe bien. Nosotros, tampoco. Dará una vuelta. Al mediodía, a lo mejor, en lugar de comprarse *barret* y algo, a lo mejor, compra todo vino, lo echa todo en vino, a lo mejor. Privar es flotar, ausentarse, encaramarse por un mundo nuevo, sumergirse en un mundo feliz que no es como el de Huxley: perfecto pero utópico, sino etéreo pero realizable.

La Cirila marchó ya. A tender la mano. ¡Buen oficio! De buena mañana. La gente que va a los trabajos tiene el corazón sensible. ¡Buen oficio! A él todo le da igual. Todo él se resume en una cosa: desmoronamiento.

Semeja un edificio al que le han socavado los cimientos. Luego de la tunda, después de los tres días para que se desinflara, llegó *a casa* peor que *la noche aquella de indeleble recuerdo del olivo*. Se tumbó en la cueva, entre los harapos, y estuvo varios días con fiebre, tiritando. La Cirila, al verlo llegar, lo había abrazado, lo había besado, se lo había comido.

—¡Grúa, Grúa, Grúa!

El escuerzo también.

—¡Papa, papa, papa!

El Grúa no se daba cuenta. Sólo quería estar arropado, abrigado. Era como una piedra. No notaba nada. Era un poco más que una piedra. Notaba que no notaba nada.

No volvió por el trabajo. Perdió el trabajo.

—Grúa, avisa que no puedes ir.

La miraba.

—Manda recado de que te encuentras mal.

La miraba.

—¿Quieres que vaya a decirles lo que te ha pasado?

La miraba.

—Supongo que se harán cargo.

La miraba.

El Grúa no volvió más a trabajar.

—Hombre, ahora ya podías intentar hacer algo.

El Grúa ya no iría más a trabajar.

—A mi me parece que ya no te encuentras tan mal como todo eso.

El Grúa ya no quería ir más a trabajar.

—Si de verdad te encuentras mal, ¿por qué no llamamos al médico?

El Grúa, por dentro, se encogía de hombros.

Tuvo unos vómitos de sangre.

—¿Lo ves como me encuentro mal?

—¿Lo ves como tendríamos que llamar al médico?

El médico del Dispensario de Beneficencia —el médico que no pudo curar a su hijo —dijo— ¿cómo lo iba a curar a él?—, dijo: «Que no trabaje, que no haga nada». Eso ya lo sabía él. ¿Lo ves, Cirila? Dijo:

«Que baje un día, cuanto antes, al Dispensario, y lo miraré por rayos».

No bajó. Dijo:

«Que se tome entre tanto estas pastillas». Se las tomó; hasta que se acabó el frasco, y ya no pensó más, ni en las pastillas ni en nada. Era un enfermo. Eso quedaba decretado. ¿No? ¡Pues ya estaba bien!

La Cirila, primero fue a la Plaza, a la de San Antonio, a vender ajos y limones. —«¡Ajos y limones, para las irritaciones!»—. Ser corrida por los guardias, con un crío en brazos, la mercancía en el delantal, y del otro crío tirando, no era mucho negocio. Fregar pisos, menos, porque, ¿cómo?, ¿con quién dejaba los críos? ¿Con el Grúa enfermo? Además, que pidiendo, sacaba igual, o casi igual, «por ahí, por ahí», ella nunca lo cotejó.

La Cirila ya no quería al Grúa. Pero era su marido. El Grúa ya no quería a la Cirila. Pero era su mujer. A lo mejor sí que se querían. Estas cosas, preguntadas de pronto al corazón, no se saben responder. El Grúa ya no quería al chiquitín y al escuerzo. Pero eran sus hijos. Sí que los quería. Estas cosas, preguntadas de pronto al corazón... La costumbre y el siempre juntos son así, tienen más callos que el afecto, más resistencia.

El Grúa, bajó de la Montaña. Solo todo el día, se aburría. La cueva era húmeda. Suficiente con pasar la noche. La greda rezumaba agua, como si sudara. Había sacado las mantas y el colchón, para que se airearan. Aparte dé que andar, es bueno. A él, lo que le convenía, era andar. Y beber. El coñac va bien para el corazón. A lo mejor, hoy, en vez de vino, compraba coñac.

Echó por la vía estrecha del Carrilet. De chiquillo pasaba por el puente haciendo equilibrios sobre los rieles. Ahora había bajado a la carretera y subido a la vía por el terraplén, pasado el puente, pisoteando basuras que había al pie del talud. El puente no tenía pasarela. El Grúa ya no se acordaba de cuando era chiquillo. El Grúa tenía siglos de edad. La vida se mide por hondos pozos de memoria. A lo mejor, no; a lo mejor tenía días. La vida se mide por hondos pozos de olvido y de despreocupación. Él hacía mucho que navegaba, pero no podía recordar cuánto.

En los campos del Mascarella se alzaba la ECFA, una Empresa Comercial de Faros de Automóvil, pegada a la Fábrica de Chocolates (una fábrica de las antiguas, de las del paisaje) y colindante con otra, aún sin terminar, que absorbía el resto del campo (de Cartón ésta, decían). Se veían ladrillos, andamios y sillares. Se veía la casa le campo, empequeñecida, como presintiendo su desaparición, y los eucaliptos, llenos de polvo, blancos, como mustios. Aquel enorme triángulo de campo era de los más bellos y de los últimos en el núcleo del distrito. Siempre verde de alfalfa, lo

delimitaban unas higueras, unos chopos con su río, una vía con su tren. Idílico. El Grúa se había hartado de higos, cuando chaval, y se había reído de la voz de cazalla del Mascarella. El Grúa, ahora, aquello, lo miraba sin verlo. El Grúa era un enorme mejillón que, en lugar de estar adherido, andaba.

A la izquierda se veía la hermosa entrada del Cementerio Viejo. El Grúa estaba muy avezado a él, como todo quisque de los barrios, para pensar esas jeremiadas de eres polvo, tarde o temprano ahí, nadie se escapa, y otras *chorradas* por el estilo. Entre la vía y carretera del Cementerio, la faja de huertos del Pupa todos llenos de crisantemos.

Aún quedaba naturaleza: trozos de campo, hierba, regatos, juncos. Había pasado por debajo de uno de los puentes de la Vía Grande, por el camino que había junto al Almacén de Hierros. La carretera que venía de la Factoría de la ANSA, de allá a lo lejos, partía, amenazaba con partir en dos la arcaica Casa de la Torre, una torre a la que sus dueños quitaron la vistosa caperuzza de azulejos antes de que la derribara el viento. La carretera, momentáneamente, hasta que se ganara el pleito, se había detenido. El Grúa, esto de la caperuzza no lo sabía. O no se acordaba. Antes estaba y ahora, no. ¡Phs! Con todo estaba ocurriendo igual. Arrancó un junco con mucho esfuerzo, costándole, jadeando, eso no lo debía hacer, y mascó su raíz, blanca, jugosa y fresca. Se recostó en el terraplén. Equis metros más allá, cerca de la Estación, se había tirado en su tiempo, y por primera vez, a la Cirila. De eso no se acordaba. Eso en una novela, tiene importancia. En la vida, no. El Grúa no era un junco. Era un pedrusco, máxime un tocón de árbol. ¡Buen Dios!

Al Grúa no le gustaba que la Cirila se fuese por ahí, con los críos, a buscar la subsistencia. Al Grúa le gustaba que estuviera a su lado. El Grúa entonces se quedaría acostado en la cueva, con el porrón al lado, mejor la botella, trago va, trago viene, eso de vez en cuando, adormilado, abriendo los ojos, en ese nirvana al que había llegado sin alambicar, tipo ella esclava y él raja. Alargaría el brazo y la tocaría. Le acariciaría la mano. Sería señal de que aún continuaba aquí abajo, de que no se había ido. Necesitaba a la Cirila como poste de señales, como tabla de comparación. Si ella está ahí, yo estoy aquí. Para nada más. Si, para que le trajera la lata para mear y para escupir, para que fuera a por más vino, para que encendiera cuando se apagaba el «chumino».

(El «chumino» era una botella de colonia, con agua y aceite en lugar de colonia, y una torcida a través del tapón. Hacía un humillo negro que hollinaba la pared y se metía en las narices. Aquello, para los pulmones...), para que se acostara con él, para... Para no estar tan solo. El Grúa, a la Cirila, no la amaba. Pero la quería, le era necesaria. Comprendía, a pesar de todo, que tenía que ir a ganar las perrillas para el pan y el vino y algo más. El Grúa, en aquellos instantes, no era un pedazo-de-carne-con-ojos-que-se-movía, pero en otros momentos, sí.

Se durmió recostado en el terraplén. Bajo el sol —era Otoño, era primavera—, con la misma delectación que los lagartos. Los bacilos de Koch rebullían, ganaban

posiciones. El mercancías de las doce, resoplando, lo despertó. Parecía que en lugar de tirar vía adelante, bajaba por el talud. Tuvo un acceso de tos, fuerte. Le dolieron las puntas de las costillas, de tanto toser. A veces ya le ocurría eso. ¡Bueno!

64

EL AUTOR, QUE NO CREE —POR LO MENOS EN ESTA OBRA— EN LA NOVELA OBJETIVA, NOVELA PARA PAZGUATOS SNOBS; QUE NO CREE —POR LO MENOS EN ESTA OBRA— EN LA NOVELA POR LA NOVELA, NOVELA DE ALLÁ TE APAÑES; QUE NO CREE —POR LO MENOS EN ESTA OBRA— EN LA NOVELA OSCURA, RETORCIDA Y AL USO, NOVELA PARA TONTOS QUE SE CREEN LISTOS, PERO QUE SI CREE —POR LO MENOS EN ESTA OBRA— EN LA NOVELA CONSUBSTANCIAL, EN LA NOVELA EN LA QUE EL AUTOR VA DELANTE, DANDO EL PECHO, COMO LOS BUENOS CAPITANES, SE LAMENTA POR EL GRUA, POBRE DIABLO AL QUE VA NO LE QUEDA ALMA NI CONOCIMIENTO PARA HACERLO, Y, QUE DE QUEDARLE TAMPOCO LO HARÍA, PUES AL GRUA, TODO ESTO, ¡PCHS! (¡Quejémonos!).

A la vista del paisaje agónico que presencié el Grúa, de esos últimos resquicios de paisaje, o jirones, últimos baluartes, condenados a desaparecer más o menos tarde —menos que más—, más o menos temprano —más que menos—, el autor piensa que la Naturaleza rompió su equilibrio al crear al Hombre.

: Las golondrinas, cada año se van y cada año vuelven. Son las mismas que vimos cuando niños. Los grillos y las flores no se repiten, son los mismos, incólumes en su esencia. Y los campos de alfalfa, y los perros, y los gatos, y las ranas, y los tristes burros de los gitanos.

El campo es sublime. Encarna la armonía y la serenidad. Su verde incita a todo cuanto no puede traicionarle: a retozar, a echarse, a pensar, a contemplar...

El hombre llega hasta él con sus fábricas, sus ciudades y sus despojos: el polvo, la escoria, los detritus, la suciedad, lo horroroso, lo feo... Él, que se cree perfecto, lleva la imperfección adondequiera pone sus manos.

Amar a los animales y odiar a los hombres es irreverente, suena a pecado. Pero es cierto. He llorado más por la muerte de las cosas que por la de las personas.

El autor, lo mismo que el Grúa, siguiendo sus pasos, para que no se le escape —¿del libro?, ¿de la vida?—, ha dado un paseo por todo este paisaje que desaparece. Los tentáculos industriales se extienden cada vez más. Lo van abrazando todo, absorbiendo lentamente. Llegarán hasta los confines del mundo. Con los siglos las ciudades se unen y el verde desaparece por completo quedando en un color nostálgico. (El autor, como profeta, queda un poco tronado).

Junto a la playa hay las antiguas fábricas, las viejas, las derruidas, las de la pátina, las en consonancia con el paisaje^A las que el paisaje, en sus tiempos, tomó a ganar. Ahora, sus hermanas, las vengan con creces. ¿Tornará a vencer ti paisaje?

El progreso es necesario. La industria es progreso. Uno se encoge de hombros. Matar el campo quizá sea necesario. Matar el hombre, no. (El hombre que no odiamos, el hombre que amamos; el hombre que posee una barraca, a lo sumo una casa; el hombre que no posee fábricas).

La Gasolina o Gasolinera ha procreado. Sus depósitos se extienden, y medio barrio de La Maresma desaparece. La vivienda o no se les da vivienda a sus habitantes, se les indemniza o no. El derecho de propiedad, ahora sí que ya no existe, por lo menos en pequeña escala. No se puede ser patriarca ni sentimental ni decir yo quiero morirme aquí. Nada es de uno. No se pueden poner los ojos en las cosas de la tierra, ¿verdad? Sigamos.

El autor, paseando, ha llegado adonde llegara el Grúa, ha cruzado la vía del tren y contempla la Casa, de la Torre con su torre desmochada. La carretera que viene de la ANSA se ha detenido frente a la torre. La carretera quiere seguir adelante, pero sin dar la vuelta, sin humillarse, sino recta, arrogante. La torre deberá claudicar.

Hay cardos, «varillas de San José», cañaverales —¿es otoño?, ¿primavera?—, juncos, matorrales. El autor los acaricia, incluso a los cardos, que no le pinchan. Todo tiene que morir, todo tiene que desaparecer, y no por ley natural, sino por ley humana (inhumana). Un otoño volverán las golondrinas y se encontrarán sin paisaje. Las ranas, sin regato. Los grillos, sin tallo donde posarse. Las lagartijas, sin piedras donde tomar el sol. Las mariposas saldrán de su crisálida y no encontrarán flores. ¿Qué harán? ¡No seamos pesados! El autor sigue andando. Llega más lejos que llegó el Grúa, él no jadea, él no se cansa. Llega hasta allí donde parece que el paisaje no va a ser alcanzado. ¡Ilusiones! Vuelve. Por todas partes concierto de chimeneas, preludios de fábricas, fábricas que nadie sabe —ni se preocupa— de qué son, qué vomitarán. ¿Tanto se puede fabricar en el mundo? ¿Tanto necesita para vivir el hombre?

El autor se detiene frente a la verja del Cementerio. Al lado de sus paredes crecían adelfas. Las han segado. Los eucaliptos y cipreses prosiguen en su sitio. El autor ha visto este paisaje, el de la verja del Cementerio, de noche, con plenilunio. Los eucaliptos y cipreses parecen siluetas de tinta china. El ambiente es espectral y fantasmagórico. La verja es de vieja mansión señorial y no de cementerio. A su través, blanquean los mármoles. Recuerda el autor la única frase humilde de Dalí: «Yo no soy el hombre que robó un paisaje. Fue el paisaje quien me robó a mí». El autor no sabe si un día marchará de allí. Tal vez no. Si lo hace, volverá una noche de luna a

contemplar el paisaje de la verja del Viejo Cementerio, ese paisaje que, por pertenecer a los muertos, la industria y el progreso no van a poder matar.

El autor sigue por la carretera Recién Terminada —antaoño recién, hoy acabada— dejando atrás y a la derecha los huertos de flores —¿dalias, crisantemos, alhelíes, rosas?, ¿otoño, primavera?— del Pupa.

Fábricas, fábricas, conatos de fábricas. Por el Paseo cruzan raudos los coches de la ANSA, la poderosa, la mandamás. Los coches, esto, se lo han creído. Van o vienen, lo mismo da. En lugar de correr, vuelan,' lo mismo da. De vez en cuando, un chiquillo sale corriendo de las Económicas, o baja del bordillo a coger una pelota, y el coche se lo carga, lo mismo da. El niño tiene seis años y la madre treinta, lo mismo da.

El autor, hay que reconocerlo, es un romántico y un sentimental, incluso un decadente, si se nos apura mucho. Si se le hiciera caso, las selvas del África aun estarían por desbrozar. ¡Mejor! El autor es un abogado de las causas desesperadas, no lo dilucidemos más.

El progreso y la industria son necesarios. Hacen que el mundo avance. Traen riquezas, adelantos, bienestar. A los habitantes de por allí les traían, además, desahucios, desorbitados desahucios, dejándolos a la intemperie o casi a la intemperie a muchos; a otros, no; a otros, por carambola, casa en la otra punta de la Ciudad, ya fuera de ella, seguramente. A todos, luz deficiente todos los días, excepto los domingos y fiestas, debido a la mucha energía eléctrica que las fábricas absorbían tenía que ser, sino no se explica, como dicen que hacen los vampiros con la sangre de los muertos. Y además, ruidos ensordecedores de camiones con vigas, de carros, de trenes. Y polvo, mucho polvo. Y hollín, mucho hollín. Y barro negro. Y...

¿Y qué?

65

Al cura vinieron a avisarle que un hombre se estaba muriendo en las cuevas de la Montaña. Subió corriendo.

—¿Pero acaso este hombre no tiene a nadie?

—Es que su mujer va a pedir, ¿sabe, padre? Viene luego, a la noche, o, *asegún* qué veces, a la tarde. Yo he mandado a mi chiquilla *a que vaya* al metro del Mercado Nuevo a ver si la encuentra. A veces pide allí.

La cueva estaba oscura. Andaba con tiento para no tropezar.

—Aquí hay un *chumino*, padre.

—¿El qué?

—Eso de la luz.

El cura sacó cerillas. Encendió. El «chumino» colgaba de un clavo por mediación

de un alambre. La vecina despabiló la mecha.

—Hasta hace poco estuvo encendido. Tiene poco aceite.

La pared gredosa estaba ahumada. Un reguero de hollín subía por ella y en el techo formaba una gran mancha: el hongo atómico, pensó el cura.

El Grúa yacía entre unas mantas, en una galería colateral. Respiraba con fatiga. Las tablas del pecho parecían fuelles. Silbaba como una tetera. Carraspeaba. Regurgitaba. Tenía al lado una lata de esas grandes de escabeche. Estaba llena de orines y de esputos sanguinolentos. Miraba con asombro al cura y a la mujer. ¿Qué querrán éstos? Tal vez no pensaba eso. Eso ni nada.

—Está así, padre, de una paliza que le dio la policía, ¿sabe?

—¿Quiere dejarme a solas con él?

La mujer salió.

El cura se inclinó sobre el Grúa, La agónica luz del «chumino» agigantaba las sombras, las hacía temblorosas, dejaba los rincones oscuros, llenos de penumbra. La yacija del Grúa estaba sobre el duro suelo. Al cura le dolían los riñones. Era una mala postura. Se tenía que inclinar demasiado. Casi encima de la lata. No había la suficiente iluminación como para vislumbrar perfectamente aquel *mare magnum* de orines y gargajos. Sin embargo, los percibía con demasiada claridad, los intuía. Hubiera querido retirar la lata. Le daba asco tocarla. Pensaba en el médico del Dispensario, que se arrimaba a ellos como si tal cosa. Él era médico, claro. Y él, cura. Peor. El Grúa quiso escupir. Le ayudó a incorporarse. Haciendo de tripas corazón, como dicen por ahí. Cuando volviera a casa se desinfectaría. No se desinfectaría. Fuera escrúpulos. Lo echó todo por la borda. Se sentía más descansado. Con más desenvoltura. Como el que estrena un traje y primero mucho cuidado, mucho cuidado, pero a la primera mancha, todo a rodar, fuera rigidez. Se acomodó en la yacija, sobre el montón de harapos, medio sentado, medio en cuclillas, medio de rodillas. Pegado al Grúa. Junto al rostro sin afeitar, próximo a la boca, una boca que gorgoteaba como una caldera cuando hierve. El cura imaginaba, oía, veía la sangre en el fondo de aquella tenebrosa garganta, una sangre que la suponía burbujeante, fermentando como el vino, próxima a desbordar. En fin de cuentas, la tuberculosis no es la lepra. Se arrimó un poco más. Aquel hombre, los ojos muy abiertos, muy abiertos, parecía que no veía ni oía, que no comprendía nada de todo aquello, que las palabras lo traspasaban y se perdían a lo lejos, como si fuera transparente, como si estuviera hecho de humo, de gasa o de cristal...

Habló, habló sin parar. Ya que él no hablaba, hablaría él. Recorrió la escalera de los mandamientos. Le apretaba la mano para darle confianza. Aguardaba anhelante que se la apretara él, como un signo de reconocimiento, o de arrepentimiento, o de aseveración, o... Apretar la manó es sí, razonaba el cura. Eso se dice siempre. Aupó un poco a aquel desgraciado. Le puso la chaqueta debajo de la cabecera, para que le viera mejor con aquellos ojos tan abiertos que contenían todo el asombro del mundo. Lo movió con cuidado, como si fuera una frágil redoma de vidrio. En un momento

dado, temía, aquella sangre que llevaba suelta por dentro, pensaba, podía salir fuera, argüía, como una catarata, sofisticaba.

Aquel hombre vestido de negro se expresaba bien. Aquel cura, ¿cura?, sí, cura, ¿pasa algo?, hablaba como los ángeles. Cuando un cura viene a verte es que vas a morir. No, él no se iba a morir. Un poco mal sí que se encontraba. De todos modos, dolerle, lo que se dice dolerle, no le dolía nada. El cura había pasado por allí y había entrado a verle. El cura así se lo había dicho. Él se lo agradecía. Los curas son buenos. Los curas nunca mienten. Los curas son unos golfos. Muchos lo dicen. Aquel hombre vestido de negro se expresaba, usaba palabras técnicas, la mayoría no las entendía. «¿Cumplés el precepto pascual?» ¿...? «¿Vas a misa?». Esto sí que lo entendía. «¿Has fornicado?». Esto no sabía lo que era. Aquel cura era el que le buscara trabajo. Se lo quería decir. Se lo diría después que hablara. Era un buen hombre. Los curas son hombres. Los curas son hombres como nosotros. ¿Quién ha dicho que no? Él a casi todo decía que sí. Todo lo que le preguntaba lo había hecho. ¡Qué tío adivinando! Los curas son Dios. Muchos lo dicen. Sí, Dios, ¡una leche! Decía que sí con los ojos, con la boca, gorgoteando. El cura le apretaba la mano. Él, también. Siempre, no, A veces. Según como le pareciera...

* * *

El cura dudaba. Me entiende, no me entiende. Cuando aprieta la mano es que dice sí. Cuando no la aprieta, no. Se lo habían enseñado en el Seminario, Los ojos no los entendía. No quería mirarlos. Tan persistentes, tan fijos, no sabía si lo miraban a él o detrás de él. Aquello era una bestezuela. Dios y la hormiga. No. San Antonio predicando a los peces. Peor que un pez. San Francisco predicando a los pájaros, Sí, eso, una avecilla de Nuestro Señor. Esta comparación era mejor, menos insultante. Lo invadió la ternura. Hay cosas más fuertes que el asco, hay cosas que vencen la náusea. Sacó el pañuelo y le limpió la frente, las perlas —¿perlas?— agónicas de sudor. Le secó la boca. Cuando llegara a casa tiraría el pañuelo. Los ojos no los entendía, el lenguaje de ellos no lo comprendía, siempre fijos, rígidos, sin desviarse, como la curiosidad, como la desesperación. La boca tampoco la entendía. Sólo ruido. Un ruido sordo. Parecía como si quisiera hablar. «No se canse, buen hombre; no se canse». Proseguía con la escalera de los Mandamientos. «¿Ha odiado alguna vez a alguien hasta desearle la muerte?». Todos odiamos a alguien. Es irremediable. La boca dice no y el corazón, sí. El quinto mandamiento sobraba. Ya nadie mata a nadie. Menos, aquel pobre hombre. Si fuera un burgués... De todos modos, tendría que explicarle que difamar es matar, lo mismo que desear la muerte, y dar mal ejemplo; que quien escandaliza... No podía dar tantos rodeos. Siguió adelante. «¿Ha fornicado?». Como si hablara a la pared de greda. Seguro que no lo entendía. «¿Ha

mantenido relaciones ilícitas?». Puntualizó, «¿Se ha acostado con otras mujeres, aparte de la suya?». Pareció que le aprestaba la mano. Suspiró. Menos mal. No que hubiera pecado, sino que le entendiera. Siguió indagando. Era complicado el sexto. Por sentado que en todos sus aspectos —pulsados a *grosso modo* estos aspectos, claro — habría caído o en casi todos. Adelante, pues, como a través de una manigua. Matar no habría matado. Robar, sí; probablemente, sí; seguramente, sí. Le apretó de nuevo la mano. Era sí. Le dolía herir susceptibilidades. Le empezó a hablar del cielo, de un Dios bueno y misericordioso, de un mundo justo y mejor...

* * *

Todo lo adivinaba. Sin embargo, no le había preguntado si había matado. Él había matado. Al Parar cuellos. ¿A alguien más? Probablemente. No lo recordaba. Al él sí que lo habían matado. Lo habían matado por alguien que él no había matado. El Costipao se había portado bien. Como, un tío. Aún estaba pringando, Y los demás también. Pringando, claro. ¡Bueno! Sé internaba en un mundo maravilloso, mejor. El cura lo decía. «Mejor». Todos se querían en él. Las mujeres no protestarían cuando las *arrambase*, «Un mundo mejor». Sin la Cirila. Sin el escuerzo. El *queñillo*, sí «Donde todos nos reuniremos». Luego vendría la Cirila. Y el escuerzo. Ojalá el pequeñín viniera antes. «Un mundo feliz». «Gozando de Dios». ¿Quién era Dios? Su madre decía que la luna. Otros, el sol. Otros decían que Dios era todo.

Otros, que Dios no existía. «Allí no se padece». «Donde todos seremos iguales». Tenía ganas de llegar allí. A lo mejor, luego, lo echarían. ¿Quiénes? Los de la brigadilla, ¡toma! ¿Vivirían en barracas? Era cuestión de pedirle al cura una recomendación. Antes de que se fuera y le dejara. Ahora mismo. Le diría que a él ya le conocía, que a él le había buscado trabajo una vez, ¿no se acordaba?; él era el de los apellidos cambiados de su hijo, que no los podían arreglar, ¿no se acordaba?; él era el de la barraca, que la tiraron, ¿no se acordaba?, y su mujer lo fue a buscar y no pudo arreglar nada, ¿no se acordaba? Tenía que pedirle una recomendación para ese mundo mejor, una recomendación que él exhibirla tranquilo por completo, seguro de su invulnerabilidad, una recomendación para Dios, ese elemento que tanto mencionaba, un panel... un papel..., un papel...

* * *

Se había incorporado. Hablaba. Tenía la voz ronca, afónica. El cura se arrimó a su boca. No lo entendía. Gesticulaba. Se cansaba. El gorgoteo era más fuerte que la voz. Los estertores dominaban.

Entendió algo. Miró en derredor. No había ningún papel. Sólo sombras. ¿Querría defecar? «¿Que quiere hacer de vientre, buen hombre?». Miró la lata. Se la arrimó. Contempló alelado como volcaba la cara sobre el recipiente y echaba sangre. Mucha.

Parecía un odre de vino desinflándose. Volvió a acostarlo. Tenía la nariz afilada. Estaba blanco. El cura le quitó la chaqueta que había debajo de la almohada. Así estaría mejor. Respiraba anhelante, entrecortado. El pecho subía y bajaba. Parecía una vejiga que se hincha y deshincha, los ijares de un caballo que ha corrido demasiado, los costados de una lagartija miedosa. Las fosas de la nariz latían apresuradas. «¿Se arrepiente de todos sus pecados, de todas sus faltas, de todos sus errores, hijo mío, de...?». Hablaba de prisa, veloz, pero pronunciaba «hijo mío» con unción. Notó los dedos de él apretados, clavados, engaritados. Entonces, solemne, levantó la diestra. «*Deinde, ego te absolvo...*». Los ojos lo miraron. Si duraba unos días más le diría al bueno de Barrera que subiera a afeitarlo. «... *a peccatis tuis...*». Los ojos lo miraban. Estaban llenos de horror. Asomaba una lágrima consciente en uno de ellos, esa lágrima de la clarividencia que se vierte siempre antes de morir. Lleno de majestad trazó la señal que lo redimía. «*in nomini Patris et Filii et Sprit...*».

Le dio la extremaunción, luego. El Grúa notó que levantaban las mantas por la punta. Sintió cosquillas en los pies. Rió. Una risa breve, corta. Una mueca. Después le untó algo en las manos, y en la cara: en los párpados —los ojos se volvieron a abrir, grandes, desmesurados, como cajas de sorpresa—; en la boca, junto a la sangre; en los oídos... Alguna medicina, pensó el Grúa débilmente allá en el fondo de todo, como una lucecilla mustia que se apaga y no se quiere apagar; alguna medicina que le ha dado el médico para mí. Ahora me curaré.

Las vecinas cuchicheaban:

—Le ha dado el Santo Aceite.

—Cuando venga su mujer lo va a encontrar muerto.

—No, que la han ido a avisar.

—Está muy mal, ¿verdad, padre?

—No sé, Eso el médico.

—¿Aún no ha venido su mujer?

—No, padre. Mi hija ha ido..., ¿sabe, padre? Lo querían acompañar montaña abajo y no les dejó.

—Entrad de vez en cuando a verle, es un hermano vuestro.

—Sí, padre... Sí, padre... Sí, padre Parecían un coro de gorriones.

66

Bajaba por la trocha. Pisaba las piedras que rodaban bajo su peso y le hacían perder el equilibrio. Los zapatos resbalaban. Me doblaré un tobillo. La sotana se le enredó en unas matas de espliego, un espliego polvoriento, que parecía seco y, vivo a la vez. ¿Espliego? ¿Espliego aquello? No, aquello no era espliego. No tenía aquella categoría. Se le parecía. Pero eran unas matas

ruines, como toda la escasa vegetación de aquel monte; unas plantas incatalogadas, que no debían de estar en ningún tratado de botánica seguramente. Cuando se le gastaran los tacones, los pondría de goma. Por aquellos vericuetos, bajaban los habitantes de las cuevas a comprar y a buscar agua con garrafas, y pozales. Otros echaban por el otro lado, por el Camino de las Cadeneras. Más vuelta, pero mejor camino. Lo uno por lo otro. Todos se abastecían en el Barri Vell.

Había hecho sol. Calor incluso, mucho calor. Ayer lluvia y frío. ¡Qué tiempo más variable! Una neblina se extendía por el llano. El humillo de las fábricas. El cielo era diáfano. El subcielo, no. El ocaso se teñía de arrebol. ¡Qué frase más cursi! Era un atardecer impresionante. En primavera los atardeceres siempre impresionan, siempre son impresionantes. En otoño dicen que también. Más todavía. Antes, desde él despacho, entre el ajetreo de atender al cuantioso público, echaba un vistazo al sol que se ocultaba. Era un vistazo sedante, un vistazo tonificador. Ahora, las paredes de un almacén, lo impedían. A él no le gustaba el calor. Pronto vendría. El frío, sí. El frío intenso, no. El invierno, si. El verano, no. En verano sudaba, sudabas, siempre, iba empapado. Llevaba pantalón corto, de sport, debajo de la sotana, y una tenue camisa, de seda, debajo de la sotana. Aun así. El negro es un buen conductor del calor. No podía prescindir de la sotana, su divisa. Se pesó un dedo por entre el cuello blanco, postizo, de tela, y el cuello moreno, auténtico, de carne. En la cueva se había acabado de sofocar.

Quería acordarse de aquel «desgraciado». Compadecerse. Sufrir con él. No quería la tranquilidad de haberlo acomodado hacia buen puerto. Quería sentir la angustia del hombre solo ante la muerte, esa angustia animal que ni la fe remedia en el instante postrero. No lo conseguía. Se olvidaba. Era como los médicos. Tanto «últimos auxilios espirituales», inmuniza. Se olvidaba. No podía conseguir ese dolor. Pensar en el hermano que estaba muriendo. Era como Pilatos. Se lavaba las manos. Él había cumplido. Se olvidaba. Que Dios se entendiera con aquel pobre diablo. Que el pobre diablo se entendiera con Dios. Hay pensamientos que no los puedes remediar. Son como esas palabrotas que no quieres proferir y con el cerebro las mascas. Se olvidaba. En invierno, con pantalón de pana, como todavía ahora, debajo de la sotana, con jersey de lana, como todavía ahora, debajo de la sotana, con el sobretodo, como ahora, encima de la sotana, aunque el frío apretara, no se notaba. Moviéndose, menos. Sí, decididamente, el invierno era mejor. Sin embargo, prefería el verano al invierno. Él prefería por su feligresía. Por su feligresía pudiente, no. Por la otra. Por la de las cuevas, por la de las barracas. A l'estiu, tota cuca viu^[33]. Por los realquilados que se amontonaban a docenas en un reducido espacio y que en el buen tiempo podían dormir en la calle. Por,..., Se le fue el santo al cielo.

Se paró en medio de la senda, mirando el valle, ¿valle?, mirando el llano. Grandes extensiones de campos —pocos ya— allá a lo lejos. Un día serían fábricas, como todo lo demás, grandes núcleos obreros. Cómo le gustaría para entonces permanecer allí. Sin embargo, se iba. Tal vez no volviera a ver nunca más aquello que tanto amaba, aquello que en cierto modo había considerado suyo. Sintió vértigo. Un pinchazo que partía del corazón y moría en los pies. Tenía que obedecer. Si no hiera por la obediencia, la carrera de cura sería fácil. La lujuria se acaba domeñando. La caridad, uno se la puede imponer, como una obligación. La obediencia es matar aquello que nos queda de hombre, es romper la pequeña soberanía de cada cual, matar nuestra competencia. ¡Cuántas veces el criado es superior al amo! Se mordió los labios.

Siguió mirando el paisaje fabril. Conocía aquello. Su sucesor caería allí como una piedra en un océano. Conocía aquello. Sabía su desenvolvimiento. Sabía de qué era aquella fábrica que estaban levantando allí, en tal punto. Suponía para qué servirían aquellos enormes montones de, ladrillos que había en tal otro. Sabía en qué fábricas admitían sus recomendaciones y en cuáles no. Conocía un puñado de argucias para buscar trabajo a un hombre. Hay patronos para los que no hay mejor recomendación que la que puede hacer un mismo compañero de fábrica, ya que éste tiene que apechugar con la responsabilidad del que recomienda. ¿Recomendaciones de cura?

Eso no, pues una vez admitido, si te he visto no me acuerdo, y si salía rana... Los curas recomiendan a todo el mundo, todos son buenos chicos cuando tratan de endosártelos. Sonrió. Entonces había que buscar al compañero de fábrica dispuesto a correr el riesgo de la intercesión, y obligar al otro, al recomendado, a que cumpliera, por mor del compañero que se comprometía. Esto creaba solidaridad. Conocía encargados de tal y cual industria. Conocer a un encargado, para lograr la admisión en ese trabajo de un hombre, es un gran qué, mucho más contundente, a veces, que conocer al dueño o al director. Conocía también dueños y directoral que, sólo por él, eran más humanos con el trabajador. Pero lo que más conocía era obreros, muchos obreros, infinidad de obreros, multitud de obreros. Él veía a Cristo debajo de las ropas del trabajo. Cristo fue un obrero. Él era un cura obrero. Ahora iba a ser cura payés, un cura rural.

Le gustaba el paisaje. Más adelante sería más bello. Donde todo fueran chimeneas, calles rectas, grúas, industrias, colonias de barrios obreros tipo ANSA. Aquello sería el mundo del trabajo. Sería un paisaje moderno donde los hombres tendrían razón de ser, en el que los hombres no serían un adorno sino algo esencial. El paisaje de los hombres que valen algo en el mundo. La parroquia crecería, no de extensión, sino de almas, ese factor primordial. Ahora ya era grande, abrumadora. Tendrían que partirla. Dos, tres parroquias,

a lo mejor cuatro. Él había soñado con una de ellas. Se había mantenido doce años de vicario allí por eso. Ser rector, tener su parroquia entre aquellos seres auténticos y telúricos era su meta. No quería canonjías, ni prebendas, ni púrpuras cardenalicias. Quería ser como ellos, pasarlo mal como ellos, ser uno más entre ellos y luchar con ellos por su reivindicación, una reivindicación que quería inculcarles partiera de ellos. Tenían el suficiente mérito, calidad y valor para valerse por ellos mismos, sin necesidad de que otras clases se inmiscuyesen en sus vidas, con el cuento de socorrerles, y les derrumbaban ese mundo de justicia que les pertoca, esa justicia que hay que darles y reconocerles en lugar de administrársela y arrojársela. Y pedía, para él, para su labor, la peor parroquia de las tres o cuatro, la más miserable, la más pobre, en la que menos ricos hubiera. Miró las Económicas con sus tejados rojos, sus calles rectas, sus fachadas simétricas. Vistas desde allí parecían una maqueta.

Le hubieran enviado un vicario joven, fácil de moldear. Uno de esos jóvenes recién salidos del seminario, todavía puros, aún no abatidos por las circunstancias, aun no domados por los tinglados parroquiales, con ganas de combatir. Formarían un verdadero equipo. Nada de Centros de Acción Católica, nada de tardes de domingo con su teatrillo y su ping-pong para jovencitos tontos y virtuosos. Serían —vicario y párroco— irnos más entre ellos. La parroquia no sería el edificio de la iglesia, sería toda la demarcación. La Iglesia iría a ellos, no ellos a la Iglesia. Sonaba. Labor de equipos. Que las dos o tres parroquias adyacentes que quedarían formadas, fueran curas así, curas con el hombre y sus miserias en sus venas; curas para darse, no para tender la mano y recibir. Soñaba. Veía mis proyectos. La realidad le daba un duro mazazo. Se iba. Dentro de unos días, aquello ya no lo remediaba nadie. Tal vez Dios. Había rezado tanto que ya no le quedaba fe, por lo menos en aquel pequeño y oscuro punto. Se iba. A todos los curas, tarde o temprano, los cambiaban. Para ascender. Eso le habían dicho. Para prosperar. Eso le habían dicho. Él no quería prosperar. Existe una carrera parroquial a la cual uno se debe. ¿Es que te quieres quedar de vicario toda la vida?, le decían sus colegas. Quería morir de cura, de nada más.

Echó a andar. Sí. Se iba. Dentro de dos días. A un pueblecito. ¿Qué cosa más obtusa! ¿Qué pito tenía que tocar él allí? Allí él no hacía falta. Aquí, sí. Sin embargo, marchaba. No lo entendía. Dios escribe torcido para que leamos recto... Algo así había dicho el Obispo. Más larga, la sentencia. Dios escribe con renglones torcidos, etc. Él no había rechistado. Su cara, sí; la cara que ponía, sí. Por ello le había dicho eso de los renglones. Sí, seguramente por eso. Doce años en aquel suburbio, doce años siendo llamado al Palacio Episcopal para preguntarle por su suburbio, demostrando más confianza en él que en el abúlico párroco, y, aquel día cuando creía que le iban a

preguntar —como siempre— por aquel pedazo de tierra inhóspita que se estaba ganando a pulso, el hachazo: te vas. Habían ido a reclamar por él. Se lo habían contado. Una comisión, primero. Luego, una multitud. Estaba emocionado. Les habían prometido que les devolverían el cura. ¿Vosotros creéis que os lo podemos quitar? Los sencillos habían creído. Nos lo devolverán. Otros —los que capitaneaban la comisión— no habían creído. Eran inteligentes, no eran sencillos. Por eso no creían. No les conviene un cura que abra los ojos al pueblo. Él tampoco era de los sencillos. No pasaba por lo del cura que abre los ojos al pueblo. No quería pasar. Pero no creía. Hombre de poca fe. Las palabras del Maestro. Lo devolverían. Cuando fuera rector. Pero no allí precisamente. No creía. ¿Y qué más daba que allí no? Donde hiciera falta allí iría. Sí, pero no era esto. Había un algo turbio; un algo que quería ser limpio, que de intención lo era, pero que era turbio. Te conviene marchar de ahí, le había dicho el Prelado. Por la carrera parroquial, claro, pero no era por eso, claro. Le había tomado cariño a todo aquello, daría su vida por todo aquello, su mundo era aquello, su Iglesia era aquello, su Cristo era aquello. Y Cristo no era aquello. Sentimientos pecaminosos. No se pueden poner los ojos en las cosas de la tierra. Los grandes argumentos. ¡Qué poco creían en el hombre! ¡Cómo hay que hacer la caridad? ¡Amando sin aguar? ¡Y qué poco tenían en cuenta los sentimientos! El hombre tiene que ser santo. De acuerdo. Pero es hombre: no le pidáis lo irremediable. ¿Qué cuesta tener algo de calor, algo de ternura, algo de humanidad, Iglesia de la Edad Media?

¡Por qué esa poca confianza en el hombre, ese creer que siempre está abocado al peligro! ¡Por qué! En el Seminario, igual ¡Por qué! Todo era pecaminoso excepto la morbosidad que en ello se ponía. No eran posibles amistades íntimas. Grupos de tres eran sospechosos. Grupos de dos, escandalosos. De su promoción o generación, de su curso, no tenía ningún amigo. No había podido ver quién era como él, quién veía la caridad como él, quién veía al pobre como él, quién veía, a Cristo como él. Desengañémonos: incluso dentro de las cosas únicas, incluso dentro de las normas establecidas, en éstas más, existen distintos prismas. Había tenido que buscarse amigos luego, fuera de su curso, en aquellos que sentían la causa obrera tan hondo como él, con quienes podía comunicarse, descargar sus penas, celebrar sus alegrías, analizar sus avances, evaluar sus pérdidas, todo eso que constantemente y cada día la iglesia por un lado gana y por otro pierde. Qué concepto más raro, había observado siempre, se tenía sobre Trivialidades las desorbitaban, enormidades no las captaban. ¡Pobre clero español! Se mordió la lengua. Decididamente iría a confesarse antes de lo que tenía por costumbre.

Debía obedecer. Obedecer y callar. Cuando se hizo cura, para siempre, lo

había medido todo. Para siempre. Nunca palpó como ahora que esto — obedecer y callar— pudiera llegar, pero había llegado, ahora, en este momento. Aceptaba. Aceptó en cuanto Su Ilustrísima se lo comunicó. Le habían dicho, algunos compañeros, al enterarse: Renuncia a la carrera parroquial; búscate un puesto de beneficiario en cualquier puesto; podrás quedarte en Barcelona. No. Él no quería quedarse en Barcelona, por lo menos en el sentido cómodo que significaba, aquel podrás quedarte en Barcelona. Si lo que quería... Él no quería nada. Él aceptaba. Él lo ponía todo en manos del Señor. Él comprendía muchas cosas. Él dejaba de comprender otras. Él veía lo tremendo que es tener una visión amplia de las cosas y amoldarse a las exigencias de otra más pobre y estrecha creyendo esta que es la clarividente, la poseedora de la luz-J y no del error, y a la que no le puede gritar; ¡te equivocas, te equivocas! Él comprendía, ahora, en este instante, en este momento de ira, de rabia y de desespero, perfectamente y de un modo claro, ¡Señor, perdonadme!, a Lutero; él, tal vez luego, ¡ayudadme, Señor!, comprendería, también perfectamente y de un modo claro, a San Francisco de Asís, el más humilde de las criaturas y que de un modo silencioso y misericordioso llevó a cabo una gran revolución y su protesta. Lloró, y no por él solamente. Entonces se acordó de aquel desgraciado que acababa de dejar allá arriba en la cueva con un paso que dar más definitivo y trascendental que el suyo, pues pensó, con clarividencia y seguridad, que en aquella desazón suya habla un poco —o un mucho, no quería dilucidar— de incomodidad a tener que romper aquella norma de su vida ya establecida por la cual había avanzado hasta ahora tan abiertamente.

67

Reventó en esa hora mística del anochecer, cuando el ambiente adquiere tonos de sotana descolorida y canta el grillo rítmicamente, rítmicamente, metálicamente, metálicamente, como berbiquí misterioso, como berbiquí misterioso, taladrando el campo, taladrando el campo.

Tenía las manos crispadas, agarrotando con rabia el colchón puerco, dobladas como garfios; los ojos vidriosos, dilatados, como girasoles, abiertos en un supremo afán de ansias de algo, y la boca sumida, espantosa, con cuajarones de sangre.

Cuando la Cirila llegó se puso a llorar. Hipó. Una vecina comentaba:

—El marido muerto y ella borracha.

La Cirila se volvió.

—¿Teee impooooortaaa?... Yooooo no lo sabíaaa...

Las vecinas salieron. Habían entrado para ver más que nada la cara que pondría ella al verlo. Además, ti ahora se ponía así... ¡Allá se apañase!

La Cirila había depositado al chiquitín sobre la chaqueta de su padre. El hijo mayor cogió del bolso el trozo de pan con sardina en medio que traía para el Grúa. Salió corriendo. La Cirila se levantó tras él.

—*Traaaee eeessooo...*

El pequeñín metió la mano en la lata de los orines.

Chirriaba el «chumino», apagándose.

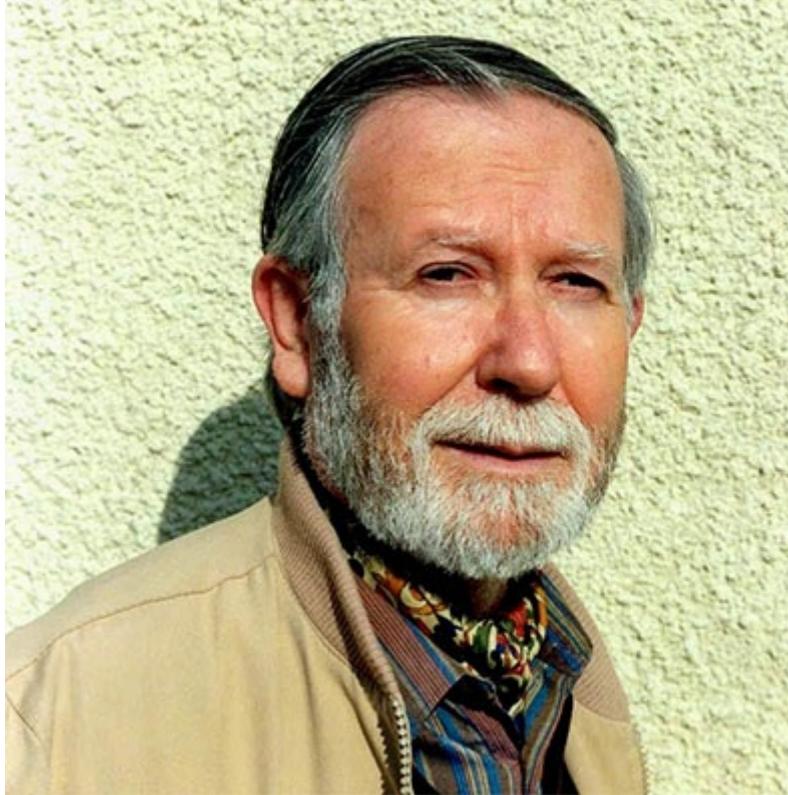
Silbó el mercancías a lo lejos.

—Se lo *diréééé* a tu *paaaadree...* ¡*Traaaeee!*...

La Cirila, como una cuba, fuera de la cueva, andaba a la greña con el escuerzo.

¡Santo Dios!

Barcelona, 22 de junio de 1958.



FRANCISCO CANDEL. (Casas Altas, 1925 - Barcelona, 2007). Escritor español. Su familia se trasladó a Barcelona cuando era aún niño, lo cual le permitió conocer de cerca los problemas de los suburbios proletarios de las grandes ciudades. En el caso de Barcelona, la inmigración proveniente de otros lugares de España durante los años cincuenta planteó problemas adicionales, como los de su integración en la población catalana residente y su aceptación por parte de ésta.

Candel hizo suyas estas preocupaciones, convirtiéndolas en materia literaria. Esta temática provocó la censura o la prohibición de muchas de sus obras por parte de la dictadura franquista. Candel publicó tanto obras en castellano como en catalán, estas últimas en traducción de Ramón Folch.

Su obra más conocida es el ensayo-reportaje *Los otros catalanes (Els altres catalans, 1964)*, que fue fundamental para que la sociedad se apercebiera de la situación que se estaba generando al aglutinar a los inmigrantes en las afueras de la ciudad de Barcelona. De este libro se realizaron numerosas reediciones y dio lugar a dos secuelas: *Encara més sobre els altres catalans (1973, Todavía más sobre los otros catalanes)* y *Els altres catalans vint anys després (1985, Los otros catalanes veinte años más tarde)*, en traducción de Estanis Puig.

Aunque algunos de sus restantes libros pertenecen a este mismo género periodístico —*Parlem-ne (1967, Hablemos de ello)*, recopilación de artículos en la prensa, *A cues tas con mis personajes (1975)*, *Un charnego en el Senado (1979)*, *El Candel contra Candel (1981)*, *Aquella infaència esvaïda (1987, Aquella infancia*

desvanecida)— otros se enmarcan plenamente en el género de la novela —*Hay una juventud que aguarda* (1956), *Donde la ciudad cambia su nombre* (1957), *Han matado a un hombre, han roto el paisaje* (1959), *Los que nunca opinan* (1971) o del cuento: *Trenta mil pessetes per un home* (1968, *Treinta mil pesetas por un hombre*) y *Fem un pols, Hemingway* (1980, *Hagamos un pulso, Hemingway*).

Sus últimas obras fueron *El juramento y otros relatos* (1987), *La nova pobresa* (1989, *La nueva pobreza*), *Crónica informal, sentimental i incompleta 1936-1986* (1992, *Crónica informal, sentimental e incompleta 1936-1986*), libro de memorias, y *Un Ayuntamiento llamado «ellos»*. Candel mantuvo asimismo una actividad destacada en el mundo de la política activa de izquierdas, siendo senador en las filas del partido Entesa dels Catalans (1977-1979) y concejal de cultura del Ayuntamiento de Hospitalet de Llobregat, Barcelona (1979-1983).

Notas

[1] ¡*Apreta, va, apreta!*: ¡Aprieta, vamos arieta! (N. del Ed.) <<

[2] *barrecha*: mezcla. (N. del Ed.) <<

[3] *Nois, baixeu d'aquí!*: ¡Muchachos bajad de aquí! (*N. del Ed.*) <<

[4] *Fóra, fora, aquest és per a nosaltres: ¡Fuera, fuera, éste es por nosotros! (N. del Ed.) <<*

[5] *Anem a lligar-lo a l'olivera: Vamos a atarlo a la olivera. (N. del Ed.)* <<

[6] *Aixís pesa més i fa més mal.*: Así pesa más y hace mas daño. (N. del Ed.) <<

[7] *I que s'ajusta millor a les costelles: Y que se ajusta mejor a las costillas. (N. del Ed.) <<*

[8] *Qué aneu a fer?: ¿Qué vais a hacer? (N. del Ed.)* <<

[9] *Vos té deixi'ns, pare!*: ¡Usted déjenos, padre! (*N. del Ed.*) <<

[10] *Deixeu-me a mi!*: ¡Dejadme a mí! (*N. del Ed.*) <<

[11] *Tenen raó. Donem-els-hi!:* ¡Tienen razón, démosles! (N. del Ed.) <<

[12] *monchetas*: judias. (N. del Ed.) <<

[13] *Masa grans: al front tindríeu d'anar*: Demasiado grandes: al frente tendríais que ir. (N. del Ed.) <<

[14] *Barcelonins, hi ha perill de bombardeig*: En Barcelona hay peligro de bombardeo.
(N. del Ed.) <<

[15] Barceloneses, ya ha pasado el peligro de bombardeo. Podéis salir de vuestros refugios y regresar a vuestras casas. La Generalitat vela por vosotros. (*N. del Ed.*) <<

[16] *si s'hagues posat a sota*: si se hubiese puesto debajo. (N. del Ed.) <<

[17] hacer de *espelma*: hacer de carabina. (N. del Ed.) <<

[18] *Compró pell de conill! El pellaiiire: ¡Compro piel de conejo! El peletero. (N. del Ed.) <<*

[19] *Lladre! Lladre!:* ¡Ladrón, ladrón! (*N. del Ed.*) <<

[20] *alpartas*: ¿serán alpargatas? (N. del Ed.) <<

[21] *musclos*: mejillones. (N. del Ed.) <<

[22] *bidorra*: buena vida. (N. del Ed.) <<

[23] *Fill de tal, fill de qual*: Hijo de tal, hijo de cual. (N. del Ed.) <<

[24] *malage*: En Andalucía, persona que carece de gracia, ingenio, simpatía y, en general, de ninguna característica atractiva en su personalidad. (N. del Ed.) <<

[25] *Ondima!*: ¡Caramba! (expresión de sorpresa). (*N. del Ed.*) <<

[26] *Ho diré al meu germá!*: ¡Se lo diré a mi hermano! (N. del Ed.) <<

[27] *camálic*: mozo; persona a quien le asignan trabajos pesados. (N. del Ed.) <<

[28] *Aquestajoventut, aquestajoventut!*: ¡Estajuventud, estajuventud! (N. del Ed.) <<

[29] *plegas*: terminas, dejas. (N. del Ed.) <<

[30] *Déu n'hi do: ¡Ahí es nada! (N. del Ed.)* <<

[31] *Tú, que farías?: ¿Tú que harías? (N. del Ed.)* <<

[32] *anafrodisia*: falta de deseo sexual. (N. del Ed.) <<

[33] *A l'estiu, tota cuca viu*: En verano cualquier cosa vive. (N. del Ed.) <<